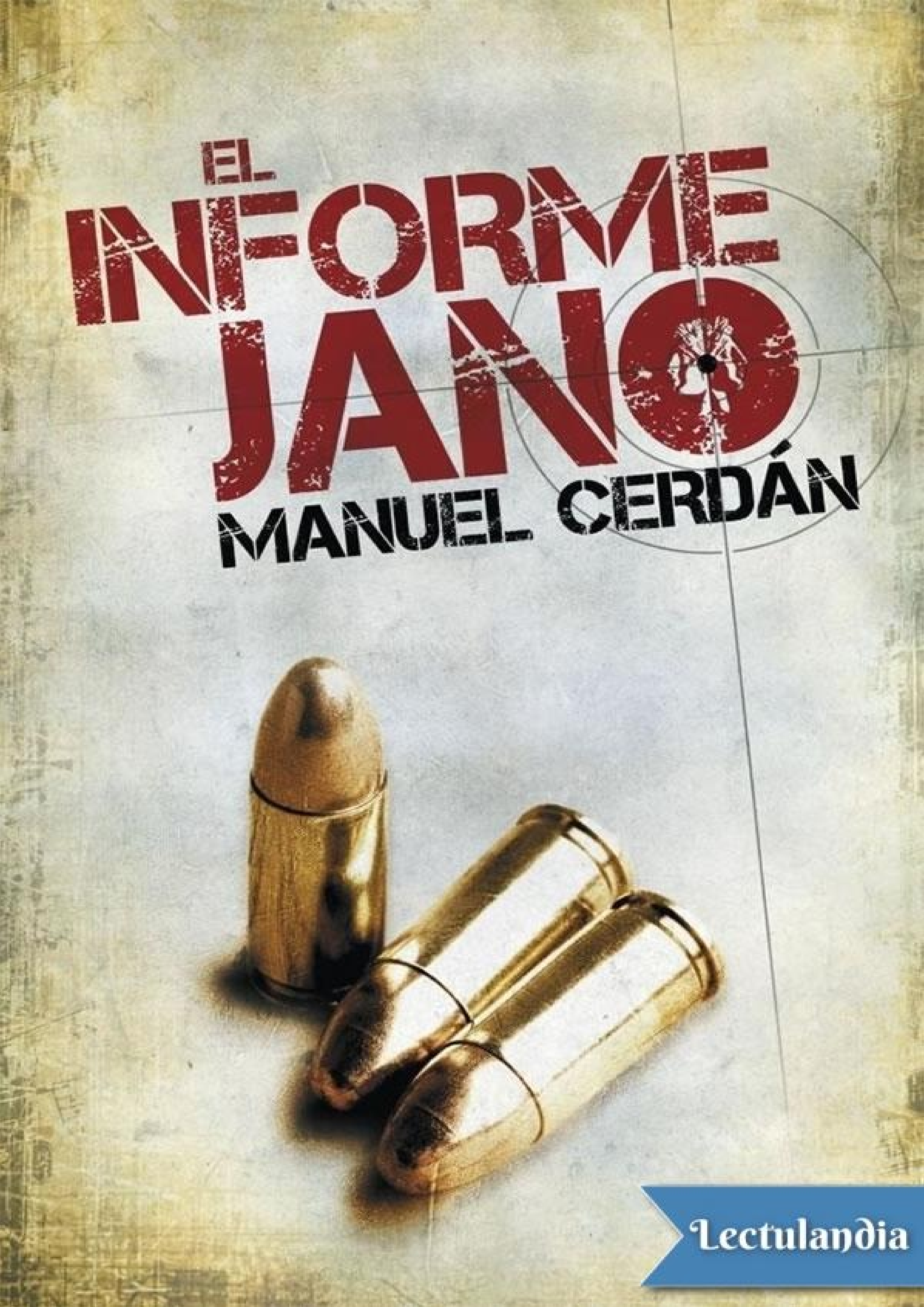

EL
INFORME
JANO
MANUEL CERDÁN
Lectulandia

Un thriller en torno al secreto mejor guardado de la lucha sucia contra ETA.

1983, Madrid. Un mendigo es drogado con una sustancia experimental que anula la voluntad del individuo, pero la dosis es demasiado fuerte y muere. Años más tarde su madre recibe una carta diciendo que su hijo fue asesinado y decide acudir a un periódico para denunciar el crimen. Es Juan Montalbán, periodista de sucesos, quien indaga el caso, ayudado por su amigo, el comisario Herrera, y por un misterioso confidente apodado El Ronco. Todo se complica y empiezan a salir a la luz los entresijos de una trama orquestada desde el CESID para anular por métodos expeditivos cualquier amenaza contra el Estado, incluida la banda terrorista ETA. Manuel Cerdán retrata desde su experiencia como periodista de investigación una historia con trasfondo histórico en la que se describen las complejas y secretas relaciones entre el gobierno, los jueces, la policía y el periodismo. Un escalofriante viaje de las cloacas del Estado a las más altas esferas del poder en el que nadie es inocente.

Lectulandia

Manuel Cerdán

El informe Jano

ePub r1.0
Mangeloso 26.08.14

Título original: *El informe Jano*
Manuel Cerdán, 2010
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

Ésta es una novela en la que la realidad y la ficción se confunden. Eso sí, la mayoría de sus protagonistas nacen de la imaginación del autor. Por tanto, sólo valdría aplicar en parte el aserto popular de que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Ahora bien, si cree identificar a alguno de sus actores con personajes de la vida real, déjese llevar por su intuición.
El autor

Madrid. Hotel Miguel Ángel. Julio de 1997

> «Nosotros fuimos leales a una Transición que no vindicaba el pasado. Reivindicaba el futuro y de ahí nuestra lealtad de fondo con los gobiernos que nos precedieron, hasta el final, de algunas de esas operaciones de acordeón inacabadas, que se acabaron, durante nuestro gobierno, de algunas de aquellas operaciones que hubo que aplicar para acabar con una parte de la violencia terrorista».

Quien habla tan crípticamente es Felipe González. Se dirige a un ramillete de exaltos cargos de la Seguridad del Estado. Algunos de ellos testigos excepcionales de la Transición: Sáenz de Santamaría, Andrés Cassinello, Manuel Ballesteros, Emilio Alonso Manglano… Pero el protagonista del acto es el exministro del Interior, José Barrionuevo, que presenta su libro: *Barrionuevo. 2001 días en Interior*. En esas fechas el Tribunal Supremo lo investiga por el secuestro del ciudadano francés Segundo Marey, la primera acción reivindicada por los GAL.

El expresidente del Gobierno se ampara en la Transición para justificar su estrategia antiterrorista contra ETA y echa mano de un instrumento musical, el acordeón, para respaldar sus decisiones políticas:

> «En esa maravillosa operación de acordeón hay una serie de protagonistas que permitieron superar el bache y consolidar la democracia… José [Barrionuevo], Rafa [Vera], señores generales [Manglano, Sáenz de Santamaría, Cassinello…], gracias, por lo que hicieron, gracias, por España, y hoy me toca decirles con claridad que hoy estoy aquí para dar la cara y querría darla por ustedes, para que ustedes no tuvieran que darla porque no lo merecen».

Madrid, 23 de junio de 1998

Sala de audiencias del Tribunal Supremo. El expresidente del Gobierno Felipe González comparece como testigo en el juicio por el secuestro de Segundo Marey.

ABOGADO: ¿Ordenó actuar en Francia contra ETA?
FELIPE GONZÁLEZ: Jamás se me ocurrió cosa semejante, si se entiende por cometer acciones ilegales.
ABOGADO: ¿Barrionuevo le propuso alguna acción ilegal?
FELIPE GONZÁLEZ: Jamás, nunca se le hubiera ocurrido, nunca. No creo que haya estado en su cabeza.
ABOGADO: ¿Tiene explicación de cómo se crearon los GAL?
FELIPE GONZÁLEZ: No tengo explicaciones sobre esas actuaciones ilegales.
ABOGADO: ¿Quién secuestró a Marey?
FELIPE GONZÁLEZ: Aquí hay personas que reconocen haberlo hecho, no sé por qué. En su momento no lo conocí, cómo iba a conocerlo. Consideré que en las relaciones con Francia era muy negativo.

Madrid, 29 de julio de 1998

La sala segunda del Tribunal Supremo afirma en su sentencia condenatoria contra José Barrionuevo que el exministro del Interior «conoció, aprobó y dio el dinero» para el secuestro de Segundo Marey.

Prólogo

Roma. Verano de 2005

Jacinto Milans llevaba años prometiéndose una visita al Vaticano. Y, por fin, aquel mes de agosto de 2005, materializó sus deseos. Tiempo atrás, cuando era el director del CESID, posiblemente lo habría recibido en audiencia hasta el mismísimo Papa. Pero las jubilaciones siempre tienen un inexorable compañero de viaje: el olvido. El general Arturo, como se conocía a Milans en los servicios secretos, se había preparado para su nueva vida. Sabía que cuando uno era destronado se perdía el poder y, por ende, la capacidad de irradiar miedo y respeto. A él todavía le quedaban varias balas en el cargador, pero no le importaba la pérdida de influencia. En el fondo, prefería pasar inadvertido por las calles de Roma con su pareja, como dos turistas más. Su atuendo así lo evidenciaba: pantalones vaqueros, camisa a rayas rojas y blancas con el cuello abotonado, zapatillas de piel y una gorra de deporte para resguardarse de los rayos solares del ferragosto romano.

A sus sesenta y cinco años, el general del ejército de tierra en la reserva presentaba un aspecto inmejorable: atlético, fibroso, nervudo… Aunque la cercanía del río Tíber hacía mella en sus rodillas artríticas, no se había resentido de ellas en la larga cola que tuvo que soportar en la via Bastioni di Michelangelo. La espera fue más llevadera porque se resguardó, mientras avanzaba la fila, en la sombra que proyectaba la muralla pontificia. Permaneció así una hora hasta que llegó a la puerta de acceso de los museos en Viale Vaticano.

Una vez en el Patio de la Pina, con esa gran escultura esférica de Pomodoro, agradeció la frescura de su césped y se dirigió hacia una de las galerías que daban al jardín. Había programado contemplar las estatuas romanas antes de recrearse con los murales de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. El frescor que transpiraban aquellas gruesas paredes centenarias atenuaba la alta temperatura de la calle. Aminoró el paso y se recreó en aquel largo pasaje que exponía una gran representación de la escultura de la Roma imperial. Destacaban las esculturas de dioses paganos, emperadores y senadores romanos. De repente, la frente de Arturo empezó a sudar y sus pupilas se dilataron como si hubiese visto a la parca. La camisa se le empapó de sudor y sus manos comenzaron a temblar. La mujer que lo acompañaba se alarmó, pero el general quitó importancia a ese inesperado cambio en su estado físico.

—Es el cansancio, cariño. No te preocupes.

No decía la verdad. Su mirada se había cruzado con la del dios romano Jano. Frente a él, un busto de mármol del siglo I antes de Cristo reproducía la imagen bifronte de la deidad pagana. Arturo permaneció hipnotizado por la fuerza visual de Jano. El mito que, durante años, había iluminado su camino. Se quedó pasmado y su

turbación sólo se vio alterada por la voz de un guía que informaba a un grupo de turistas españoles en un castellano/spaghetti.

—A su derecha tienen ustedes una estatua del dios Jano. En la mitología romana se le representaba con dos rostros, uno mirando al pasado y otro al futuro. La palabra «enero» procede de su nombre, del latín Janus o Ianus. No es una anécdota, porque los romanos dedicaban el primer mes del año a ese dios. Una de sus caras recuerda el año transcurrido y la otra, el que comienza. Jano, con su rostro bifronte, era el dios guardián de las puertas. En la Roma antigua se levantaron multitud de templos en su honor; también un arco que hemos podido ver hace unos minutos en la zona norte del Foro. Las dos puertas del templo miraban una al este y la otra al oeste, por donde comienza y termina el día. Como ven, era un dios con la mirada puesta en el futuro pero sin olvidar las marcas del pasado.

La estatua estaba formada por dos cabezas desiguales pegadas por la nuca. Sus largas y rizadas barbas y sus miradas penetrantes le conferían un halo de misterio. Arturo intentó reflexionar sobre la importancia que Jano había tenido en su vida, pero la escandalera de los turistas impidió su concentración. El guía italiano seguía vociferando con un verbo chillón.

—Jano era un dios eminentemente etrusco-romano. No existía en la mitología griega. Se le relacionaba con la guerra. Cuando Roma luchaba contra sus enemigos, las puertas del templo permanecían abiertas para que acudiera en auxilio de sus legiones. Antes de que las tropas emprendieran su camino al lugar de combate, se le hacía una ofrenda en el templo. Los romanos eran un pueblo muy beligerante. Hay un dato que lo confirma: si la Roma pagana tuvo una vida de unos mil doscientos años, en ese tiempo el templo de Jano permaneció cerrado sólo siete años.

Arturo seguía abducido por aquella imagen. El guía pronto lo captó y, aunque sabía que aquel jubilado desconocido no pertenecía a su grupo, se dirigía a él cada vez que vociferaba.

—A Jano también se le atribuye la invención del dinero, las leyes y la agricultura. Su figura de doble rostro aparece en las monedas romanas más antiguas y recuerda las dos caras de una puerta.

Aquella intervención no convenció a su parroquia, que mostraba interés por otras estatuas más llamativas de César y otros emperadores. El guía, con un gesto de resignación, miró a Arturo y continuó su recorrido cotidiano. Cuando el grupo avanzó y se alejó de ellos, el subconsciente delató al general. Se encaró al busto bifronte del dios pagano y musitó unas palabras.

—¡Jano, cuántas desgracias nos has acarreado! ¿Cuándo cerrarás la puerta de tu templo?

—¿Decías algo? —preguntó la mujer.

—No, cariño, hablo solo.

El guía, alejándose de él, lo miró y sonrió.

1

Lunes, 12 de septiembre de 1983

A esa hora del día, la plaza del Dos de Mayo de Madrid estaba semidesierta. Era media mañana de un lunes, 12 de septiembre de 1983, y en la atmósfera se respiraba la resaca del fin de semana. Sobre todo, los efluvios pestilentes de las litronas derramadas. La plaza olía a orín y a fécula de cerveza putrefacta. El exiguo servicio de limpieza de la ciudad estaba más volcado en adecentar las calles del barrio de Salamanca que en barrer aquel foco de yonquis, drogatas y porreros de la capital. Así las cosas, era corriente hallar junto al monumento de los héroes de la guerra de la Independencia, Luis Daoíz y Pedro Velarde, jeringuillas con las agujas ensangrentadas. Los dos capitanes del cuartel de artillería de Monteleón, que se sublevaron contra los franceses en 1808, también habían derramado su sangre por la patria, pero de una manera más heroica.

El espacio central de la plaza se hallaba en una superficie inferior a la que se accedía por tres escaleras. Tenía forma oval y su estado de conservación era realmente deprimente. La estatua de los héroes, esculpida por Antonio Sola, se levantaba justo en el centro, junto al arco de entrada del viejo Parque de Artillería de Monteleón, donde estalló la sublevación contra las tropas napoleónicas.

En un decrépito banco de madera, con más carcoma que barniz, yacía un joven veinteañero, ajeno a la renqueante actividad de la plaza. Había escogido ese lugar, en una de las cuatro esquinas, la del sudoeste, porque era el más apartado y oscuro. Las farolas municipales, que en otro tiempo habrían dado luz, tenían los cristales y las bombillas destrozados, obra de quienes se sentían más cómodos en la oscuridad. Los muros traseros de la parroquia de Justo y Pastor, antiguo convento de las Maravillas, proporcionaban una sombra agradable. En la pared, rejuvenecida con un estuco de tono pastel, sobresalía una placa de piedra en memoria de los caídos ante los franceses: «A los héroes populares en el 2 de mayo de 1808, auxiliando a los soldados de los inmortales Daoíz y Velarde, pelearon aquí por la independencia de la patria contra las fuerzas de Napoleón. El Círculo de Bellas Artes, 1908».

El joven yaciente, uno de los visitantes habituales de la plaza, jamás se había detenido a leer la leyenda de la lápida. Tampoco tenía fuerzas para mover los párpados. Era una piltrafa humana, un montón de huesos, frágil como una pluma que se lleva el viento.

Su turbia mirada, su semblante mortecino y su extrema delgadez delataban su condición de yonqui. Lo más probable era que hubiese pasado allí tirado toda la noche. Pero ni siquiera su estado extremo sobrecogía a los pocos paseantes que cruzaban la glorieta. Era asumido como una pieza más del mobiliario urbano de aquel

sórdido escenario. Los escasos viandantes eran mujeres mayores que portaban cestas de la compra camino del mercado de Barceló. ¿Qué les importaba un enganchado más al precio que estaba la ternera?

El barrio de Malasaña, nombre que recuerda a una bordadora también heroína de la guerra de la Independencia, servía de experimento social por el choque de generaciones y de sistemas de vida que allí cohabitaban. Por una parte, en sus antiguos pisos vivían ancianos abandonados, que pagaban una renta muy baja por el alquiler de las viviendas. Por otra, parejas de jóvenes que pertenecían a la conocida Movida Madrileña. Ellos se habían adueñado de las calles. Eran las dos caras antagónicas de un barrio que componían un cóctel explosivo. El barrio, plagado de ruidosos bares nocturnos, era un punto de encuentro de ese movimiento *underground* de la joven democracia española.

Pero aquella mañana soleada de septiembre, el barrio lo habían ocupado unos extraños inquilinos. Todos hombres de mediana edad. Altos, corpulentos, cabellos rasurados, gafas con cristales oscuros y algunos cubiertos con gabardinas, a pesar de la calurosa temperatura. Saltaba a la vista que desentonaban con aquel paisaje tan castizo. Eran una docena de espías del CESID que habían escogido la plaza del Dos de Mayo para ejecutar un plan secreto. Oficialmente, se trataba de una misión antiterrorista, pero, en realidad, encubría un propósito mucho más espurio. El comandante Jacinto Milans, jefe de la AOE (Agrupación de Operaciones Especiales) y responsable de aquel operativo, había desplegado a todos sus hombres en torno a la glorieta. El jefe de los servicios secretos españoles era conocido en el mundo del espionaje con el sobrenombre de guerra de Arturo. Los agentes bajo su mando formaban parte de la unidad de élite de los servicios secretos españoles. Todo estaba calculado, pero el azar les reservaba una jugarreta de imprevisibles consecuencias. De esas que dejan huella para toda una vida.

El comandante Milans dirigía el operativo desde el asiento del conductor de un Renault 18, de color gris, aparcado en el chaflán que formaban las calles Velarde, Fuencarral y Corredera Alta de San Blas. Se mantenía en contacto con sus agentes a través de una emisora. Se le notaba relajado porque tenía plena confianza en su segundo, el capitán Alfonso Pastrana, un militar experto en la lucha contra ETA, que coordinaba sobre el terreno la ejecución del plan. Sentado junto a Arturo, descansaba un tipo corpulento que, por el color de sus cabellos y de su tez, no aparentaba ser español. Su acento, un híbrido fonético entre un castellano sudamericanizado y spanglish, delataba su procedencia, sin duda alguna, al norte de Río Grande. Se llamaba Richard Donaldson y en su tarjeta de visita figuraba como asesor económico en la embajada norteamericana, en Madrid. Era una tapadera, porque, en realidad, se trataba del jefe de la CIA para la península Ibérica. Mantenía unas excelentes relaciones con Arturo desde que se conocieron en 1971 en Saigón, en la recta final de

la guerra de Vietnam. En la capital del Sur, entre bombas de napalm y torturas, sellaron una estrecha amistad. El oficial español participó en Indochina en un programa sobre métodos de interrogatorios en situaciones extremas, que los servicios secretos de Carrero Blanco habían conseguido de Estados Unidos.

Diez años después, Arturo y el agente secreto americano se reencontraban en Madrid y colaboraban en otra misión conjunta. La antena de la CIA de la capital les había proporcionado cobertura y los medios necesarios para llevar a cabo el simulacro de un secuestro. Donaldson sujetaba con sus pies una caja metálica de color plateado del tamaño de una guía telefónica. Se hallaba vacía. En su interior, una plancha de poliuretano tenía marcada la silueta de una jeringuilla. Al lado había otras huellas con forma de frascos farmacéuticos de vidrio. También estaban vacíos.

—Arturo, espero que la dosis del anestésico sea la correcta. Confío en que tus hombres sepan aplicar la cantidad adecuada.

—No te preocupes. Está todo calculado. El doctor Figón, a partir del peso y altura de Josu Ternera, nos ha marcado unas pautas para obtener la dosis adecuada según la volumetría del objetivo.

—Sí, pero no todo acaba ahí. También es muy importante tener en cuenta su estado cardíaco, respiratorio y defensas sanguíneas.

—Eso resulta mucho más complicado, pero he dado instrucciones a Pastrana para que no se pasen con la dosis. En todo caso, le he pedido que, ante la duda, se queden cortos.

El amigo americano, sin venir a cuento, cambió de tema.

—Arturo, no te molestes por lo que voy a decirte. Los españoles sois un gran pueblo, pero no sabéis honrar a vuestros héroes. ¿En qué ha quedado esta plaza del Dos de Mayo? En un foco de drogadictos y delincuentes. Está para que pase una apisonadora.

—Te entiendo. ¿Qué esperas de un alcalde de izquierdas? Esto no es Washington, Donaldson. Aquí, a España la llaman «este país» y a la patria, «Estado español». El alcalde socialista, Tierno Galván, promociona la litrona, las putas y el porro. Así nos va. En esta plaza manda la gente conocida como de «la Movida». Un movimiento de putas, maricones, drogadictos y anarquistas. Como ese desgraciado que está tumbado en el banco.

Todos los hombres del comandante Arturo eran experimentados agentes antiterroristas. Sus hojas de servicio presentaban decenas de operaciones secretas en el sur de Francia contra ETA. Unas veces, como guardias civiles; otras, como espías del CESID. Todos ellos, durante años, se habían zafado no sólo de los terroristas sino también de la Gendarmería francesa. La mayoría contaba además con el plus de haberse bregado en acciones de guerra sucia.

Los pata negra del CESID, como los conocían en el Centro, tenían tomada la

plaza del Dos de Mayo y las calles adyacentes. Se habían colocado en los puntos estratégicos desde donde podían controlar visualmente todo lo que se cocía en la plaza y en las calles que desembocaban en ella.

Alfonso Pastrana, con las espaldas bien cubiertas por un corpulento agente, que escondía un subfusil debajo de su gabardina, coordinaba la operación desde una de las escalinatas que desde la calle San Andrés daba acceso a la parte más baja de la plaza. Su vehículo, un Seat 124 de color blanco, con el motor en marcha, estaba estacionado en la acera de la esquina de la calle San Andrés con Velarde. El número dos de Arturo, desde su ubicación, tenía plena visión sobre el banco en el que dormía el objetivo y sobre todos sus agentes.

El teniente Juan Alberto Nieto, acompañado por Fernando Romero, cubría la retaguardia desde el interior de otro automóvil, aparcado en la esquina de la plaza con la calle Ruiz. El teniente Ruiz era otro de los héroes que destacaron durante la sublevación contra los franceses. Se le recordaba como un tipo arrogante y valiente. No era ése el caso de Romero: un espía de los catalogados de cuello blanco, más experto en restaurantes de cinco tenedores y en la manipulación informativa que en el manejo de las armas. Jamás había participado en una misión operativa ni pegado un tiro pero, como se trataba de un señuelo, había pedido a Arturo permiso para asistir en calidad de observador.

Los agentes permanecían en todo momento conectados por radio con el comandante Arturo y el capitán Pastrana. Para esa misión, el CESID estrenaba un equipo especial de transmisión. Todos los participantes en el plan lucían, camuflados en las conchas de sus oídos, unos diminutos pinganillos por los que recibían instrucciones del mando. El material lo había proporcionado el agente de la CIA Donaldson.

Otro espía, el más joven de la AOE, pero no por ello el más inexperto, tenía por misión el control de las emisoras de la Policía Municipal y la Nacional. Desde el interior de una pequeña furgoneta, camuflada con rótulos de una floristería, rastreaba con un escáner sus frecuencias. Permanecía aparcado en la calle Daoíz. Se hallaba en una ratonera, ya que esa vía, de dirección única, moría en la plaza.

El agente Enrique Leal Dorado, junto al capitán Julián Pellón, permanecía al volante de un Seat 1500, estacionado con el motor encendido en la esquina de la calle Dos de Mayo que daba a la plaza, en dirección a la calle San Vicente Ferrer. Su misión consistía en el traslado del objetivo y sus secuestradores hasta las instalaciones secretas que la unidad tenía en la Dehesa de la Villa. Había estudiado el recorrido y la mejor opción era acceder a San Bernardo desde San Vicente Ferrer. El barrio de Malasaña dificultaba el operativo por sus estrechas y angostas callejuelas, en las que una furgoneta de reparto podía bloquearles la salida. En una situación de apuro podrían exhibir sus placas de funcionarios de la Seguridad del Estado, pero ésa

era la solución menos aconsejable. No debían olvidar que participaban en una misión ilegal, ajena al control de la dirección del CESID. Todos los allí presentes habían consentido ante su jefe situarse al margen de la ley. Si algo salía mal, cada uno asumiría su responsabilidad, dejando fuera a los servicios de información del Estado. No era nada nuevo. Respondía al mismo patrón que otros servicios secretos imponían a sus agentes. Enrique Leal se lo recordaba a Pellón, el número tres en la línea de mando de la unidad. Pellón ostentaba el rango de capitán y, como Arturo y Pastrana, procedía de la vieja guardia del SECED.

—Capitán, para mí es un honor que me hayan elegido para esta misión. Sé que de estas operaciones clandestinas no se obtienen medallas, pero estoy dispuesto a darlo todo por España. Si falla algo y nos para la policía, estoy preparado para comerme el marrón.

El cabo de la Guardia Civil Felipe Gómez Villalobos tenía fama de ser el agente más duro y aguerrido de la unidad. Le habían crecido los espolones en el servicio de información en el cuartel de la Guardia Civil de Intxaurrondo. Su paso por San Sebastián había coincidido con la fase más cruenta de ETA, con un saldo de noventa muertos por año. Felipe Gómez se había especializado en situaciones límite, como secuestros e interrogatorios agresivos. De ahí que Arturo le asignara la parte más difícil del plan: el contacto físico con el secuestrado.

Junto a Gómez se hallaba un tipo estrafalario que hablaba con acento italiano. Se llamaba Stefano Massera y, a simple vista, daba la impresión de ser un discípulo de Mussolini. Cabellos engominados, peinados hacia atrás, bigote fino, gafas oscuras, camisa y chaqueta negra. Por su cintura asomaba la empuñadura de una pistola Star. Tenía la apariencia de un gigoló de discoteca, pero le precedía la fama de ser un sanguinario soldado de fortuna. Un mercenario matón que se prestaba a ejecutar los trabajos sucios para los servicios de información. Con el cabo Gómez y con Arturo y Pastrana, había intervenido en un sinfín de operaciones secretas en el sur de Francia. Había destacado como jefe de un comando formado por neofascistas italianos de Ordine Nuovo, conocido como la Centuria de Stefano. Todos ellos disponían de armas y documentación falsa proporcionadas por el CESID. Stefano adornaba sus acciones con el falso discurso de que combatía a los terroristas porque eran unos marxistas asesinos. Aunque, en realidad, no daba un paso sin comprobar antes las millonarias transferencias a su cuenta de un banco suizo. Sus posiciones totalitarias eran una buena inversión.

—Felipe, creo que ya es hora de que actuemos. La plaza está desierta y tu gente está desplegada. Pide autorización a Arturo y terminemos de una puta vez. Me aburro con estos simulacros. ¿Para qué tanta prueba previa? Le metemos al Ternera una dosis de caballo y si se queda tieso lo enterramos con cal viva. Un hijo puta menos. España nos felicitaría.

—Stefano, te pasas de impulsivo. Los jefes quieren que el americano verifique sobre el terreno que el anestésico funciona. Lo de Josu Ternera ya llegará.

Stefano y Felipe intentaban pasar inadvertidos apoyados en la cerca de hierro que protege el monumento de Daoíz y Velarde. Tan sólo llevaban esperando cinco minutos, ya que habían sido los últimos en sumarse a la escena del secuestro. El cabo dio un respingo cuando comenzó a crepitar el pinganillo que llevaba en su oreja derecha. El sonido era mejorable. Escuchó la voz de Arturo que le ordenaba:

—¡Adelante! Objetivo libre.

Felipe sacó una gruesa jeringuilla del bolsillo de su chaqueta y retiró de la aguja una funda protectora de plástico. Comprobó que Stefano ya había emprendido la marcha y se puso a su lado. El objetivo seguía tumbado en el banco a unos veinte metros. Era un cuerpo inerte. Sólo mostró una débil resistencia cuando el italiano lo sujetó con fuerza y lo inmovilizó para que su compañero actuara. En ese instante, el cabo Felipe clavó con fuerza la aguja y empujó hasta el final el émbolo de la jeringuilla. No se detuvo para comprobar los efectos del pinchazo en aquel cuerpo tan debilitado. Sin perder un instante, Felipe y Stefano llevaron en volandas al joven hasta la esquina de la calle Dos de Mayo. Allí les esperaban Leal y Pellón con las puertas traseras del automóvil abiertas. Stefano dejó caer el cuerpo inerte del toxicómano en el asiento de atrás. Antes de que Felipe cerrara de golpe la puerta, Leal ya había metido la primera y arrancado con potencia. Pero el objetivo no reaccionaba. Ni gritaba. Ni se resistía. Sus ojos se nublaron y comenzó a echar espuma por la boca, al tiempo que su cuerpo se retorcía espasmódicamente. Todos sus músculos se contrajeron y su corazón comenzó a latir a la misma velocidad con la que Leal conducía el automóvil. Stefano intentó reanimarle presionándole el pecho con fuerza con las palmas de las manos. De manera intermitente, apretaba con más fuerza y le propinaba bofetadas en ambas mejillas. De repente, el corazón del drogadicto dejó de latir.

—¡Se nos va! ¡Se nos va!

Stefano, con su acento italiano, gritaba dirigiendo su voz al micrófono que llevaba incorporado en la muñeca, debajo de la manga de la chaqueta.

—Arturo, Arturo, se nos va. Tenemos un problema. Felipe se ha pasado. No aguanta la dosis. Está fiambre. Arturo. Arturo…

Stefano seguía reclamando la atención de su jefe que, por fin, atendió la llamada.

—¿Qué ocurre?

—Se nos ha ido. Su corazón ha reventado.

—Os lo advertí. Os habéis pasado con la dosis. Felipe la ha cagado. Julián —dio instrucciones a Pellón que iba de copiloto—, trasladad el objetivo a Base Uno.

Seguidamente, se dirigió a su segundo:

—Pastrana, quiero a todo el mundo allí en unos minutos.

Base Uno era una de las cuatro dependencias que la AOE tenía distribuidas en la capital. Estaba situada en una esquina de la Dehesa de la Villa, en una zona que tenía fácil acceso a la carretera de La Coruña y al anillo de circunvalación de Madrid. Era un discreto chalet con muros altos, vigilado por una serie de cámaras. Se accedía a él a través de un ancho portón metálico. Allí se hallaban el despacho de Arturo y las dependencias de la unidad de élite que él tanto mimaba. Disfrutaban de los mejores equipos y también de los mejores sueldos, estatus que provocaba recelos y envidias en el resto del servicio secreto. La AOE tenía poder y capacidad para actuar al margen de la dirección del Centro. Arturo había alcanzado un gran prestigio y estaba considerado el oficial con más futuro dentro del Centro.

Cuando el comandante Arturo entró en la sala de reuniones, acompañado por su amigo Donaldson, todo el grupo lo esperaba. El ambiente era irrespirable. Sorprendentemente, Felipe, el causante de tal desaguisado, era el agente que se mostraba más sereno. Asumía su negligencia como un pequeño revés. Así se lo había hecho saber a Pastrana y a Pellón. A Stefano, acostumbrado a situaciones mucho más extremas, también se le notaba relajado. Pero la cara de Pastrana, el responsable del operativo, era todo un poema. Le había echado un rapapolvo al cabo, pero éste ni se había inmutado. Felipe era uno de esos tipos que habían perdido la noción entre el bien y el mal. Incluso, había olvidado la cuenta de las personas que habían muerto en sus manos.

Arturo irrumpió en la sala hecho un basilisco.

—Pastrana, ¿dónde está Felipe? Os lo advertí. Había que dosificar la droga en función del peso del objetivo. Sois unos cafres. Josu Ternera pesa más de cien kilos y mide más de 1,80. Ese chico era una piltrafa humana. ¿Dónde está el cadáver?

Pastrana iba a contestar pero se le adelantó Felipe.

—Lo tengo en el maletero.

—¿Qué has pensado hacer con el cuerpo? —le preguntó con preocupación Arturo.

—Creo que lo mejor es devolverlo al mismo banco y que cuando la Policía Municipal lo encuentre muerto piense que es de una sobredosis. Que lo entierren los servicios públicos.

—¿Eres tonto o te lo haces? ¡Cómo vas a devolverlo al mismo banco! ¿No te has detenido a pensar en los riesgos? Primero, puede verte alguien. Segundo, un toxicómano no se inyecta la droga en el cuello, donde has dejado el aguijonazo. Tercero, la autopsia dejará al descubierto que lo que ha consumido no es caballo. Cuarto, sus brazos tendrán hematomas de cuando lo habéis sujetado con fuerza. Cinco, la familia pedirá que se abra una investigación. Seis, se nos echarán encima los medios de comunicación… ¿Quieres que te enumere más inconvenientes? Tú la has cagado, tú te deshaces del cuerpo. No quiero saber ni cómo ni dónde va a parar.

Ni un fallo más. Tienes que hacerlo tú solo. Que nadie te acompañe. No quiero testigos. Tú sólito te las apañas. Y sé prevenido: siempre aparece el perro inoportuno de un cazador que excava la tierra y encuentra los huesos. Móntatelo para que eso no suceda.

Felipe permanecía callado aguantando el chaparrón de su comandante. Sólo abrió la boca para ofrecerle soluciones.

—Jefe, tiene razón. Estoy un poco aturdido. Usted sabe que no fui yo quien eligió el objetivo. La orden partió del capitán Pellón. Nos fijamos en él porque, si sucedía algo, no tendría a nadie que lo reclamara. Era un yonqui a quien le quedaban cuatro días de vida. La verdad es que nosotros hemos acortado su agonía y le hemos ahorrado una cama a la Seguridad Social.

Arturo continuó con las observaciones habituales del mando.

—Pastrana, esta operación no ha existido. No ha sido una misión secreta, ha sido fantasma. No quiero ni un documento, ni una minuta. En todo caso, que se justifique como un operativo en prácticas pero sin ninguna mención al anestésico ni al toxicómano. Y a todos vosotros: aquí no ha pasado nada. Os pido, os exijo, un compromiso de silencio. Juradlo. Si nuestros enemigos se enteran, pueden hacernos mucho daño.

Donaldson, aunque estaba de observador y era un agente extranjero, pidió la palabra. Todos los agentes allí presentes lo conocían como el «amigo americano».

—Arthur, algo parecido nos sucedió en Vietnam. Este tipo de operaciones está reñido con las matemáticas. Al menos, sacad una conclusión positiva: esa dosis, un poco reforzada, sí os servirá para el secuestro del dirigente de ETA. Y si se queda tieso, la CIA le habrá hecho un favor a España.

La ocurrencia del gringo provocó una sonora carcajada entre los asistentes. Todos se desternillaron de risa para liberar la tensión. Todos, menos uno. El capitán Pellón, situado en un segundo plano y con el semblante circunspecto, se negó a reír la banalidad del gringo. Arturo se fijó en su subordinado y le lanzó una inquisidora mirada de reproche. Cuando eso sucedió, Pellón ya se había guardado en el bolsillo el DNI arrugado y grasiento del toxicómano fallecido. Se llamaba Pascual López Candela.

2

Lunes, 29 de mayo de 1995

Amparo Candela pisaba por primera vez la redacción de un periódico. Más aún, no recordaba si había leído alguno en su vida. Por tanto, la recepción del diario *El Universal* le venía grande. Se sentía incómoda delante de un guarda de seguridad y una recepcionista que no paraba de colgar y descolgar el teléfono, mientras atendía a las visitas. Detrás de la joven, destacaban, colgados en la pared, tres grandes relojes con los husos horarios de Madrid, Nueva York y Tokio. También uno de esos calendarios en los que los días y los meses pasan como cortinillas. La hora local marcaba las 10.30 y el calendario, el 29 de mayo de 1995. La anciana había dudado repetidas veces antes de introducirse en la puerta giratoria del lujoso edificio acristalado de nueve plantas.

«Quién va a perder un minuto de su vida con una anciana, pobre y abandonada de la mano de Dios».

Amparo vivía en una humilde casita —ella no se ofendía cuando la llamaban chabola— en El Pozo del Tío Raimundo. Allí acabó, sola, tras morir su marido a mediados de los setenta. Ramón trabajaba de portero en una finca de Cuatro Caminos, mientras ella fregaba la escalera del inmueble. A su muerte se vio forzada a dejar la vivienda de la portería. Ella y su hijo Pascual —así lo bautizó porque nació un 17 de mayo— tuvieron que refugiarse en la casita de su madre en una de las zonas más deprimidas del extrarradio madrileño, que competía en miseria con los vecinos de La Celsa y El Pozo del Tío Huevo.

Pero la vida siguió golpeándola: su único hijo se enganchó a la heroína como otros tantos jóvenes del barrio. Cuando la policía se lo comunicó por primera vez reaccionó con cierta perplejidad. Escuchó que su Pascual se había enganchado «al caballo» y dudó si le hablaban de hípica o de las carreras de jamelgos. Desde ese día, la vida de Amparo fue un verdadero calvario. No sólo porque su Pascualín —como ella lo llamaba, igual que cuando era un niño inocente— le robaba el poco dinero que cobraba de la pensión de viudedad y de su trabajo de planchadora, sino también por las continuas visitas nocturnas de la policía. Amparo, cuando veía relampaguear unas luces de color azul a través de los cristales que daban a la calle, ya intuía que su hijo había hecho algo malo. Allí estaba el agente uniformado para recriminárselo o para que se presentara en la comisaría.

Pascualín se convirtió en una piltrafa humana que apenas podía caminar sin ayuda. Un zombi, maltratado y consumido por el pico. Mendigaba por las calles del centro de Madrid para poder comprar una dosis de jaco y el resto del día lo pasaba tirado en un banco de la plaza del Dos de Mayo, en pleno corazón del barrio de

Malasaña. Amparo no sabía qué hacer con aquella masa de carne inerte. Nadie la ayudaba, ni le facilitaba su ingreso en un centro de desintoxicación. Paradojas de la vida. De adolescente, Pascual decía que quería ser policía o militar como sus dos amigos, vecinos de Cuatro Caminos. La pobre anciana maldecía su mala suerte y, en las horas de desconsuelo, pensaba que lo mejor para su hijo era una muerte dulce. «La heroína ya se lo ha llevado en vida». Y no le faltaba razón. La madre llevaba el mismo camino. Había envejecido prematuramente y su único refugio era una parroquia de curas obreros.

Amparo Candela logró soportar y sobrevivir esa vida perra durante años hasta que aquella noche del lunes 12 de septiembre de 1983, su hijo Pascual no regresó a casa. Otra de las suyas, pensó. Estaría tirado en cualquier cuneta o parque de Madrid, después de un fin de semana de excesivo consumo de heroína, como había sucedido en otras tantas ocasiones. Pero siempre un zeta de la policía acababa devolviéndolo, aunque maltrecho, al hogar familiar. Pasaron unos días y Pascualín seguía sin dar señales de vida. Amparo, esta vez, sí se puso en lo peor. «Este desgraciado se ha quedado tieso por ahí por una sobredosis de jaco», pensó. Se equivocó, porque nadie la llamó para comunicarle la aparición del cadáver. No sabía qué hacer, hasta que, pasados unos días, alguien llamó a la puerta. El golpe la sobresaltó. Amparo se esperó lo peor. Acercó su ojo derecho a la mirilla y contempló la silueta de un cartero con gorra de plato. «Éste se ha equivocado, no espero carta de nadie», pensó.

—¿Vive aquí doña Amparo Candela? —escuchó una voz aflautada—. Le traigo una postal del extranjero. De Tailandia.

Amparo contestó:

—¿De Tailandia? Yo no conozco a nadie en Tailandia. No sé dónde está eso. Se ha confundido.

—¿Cómo? Viene firmada por un tal Pascual L. Candela.

—¡Pascualín! Mi Pascualín. Está vivo.

Amparo descorrió el cerrojo de la vetusta puerta y la abrió de manera precipitada. Se abalanzó sobre el cartero.

—Deme. Déjeme ver la postal.

Antes de leer el reverso le echó un vistazo y se fijó en un templo con tejados rojos junto a una especie de cúpula dorada.

«Madre. Estoi bien. No te preocupes por mi. Tube que salir corriendo de Madrid. Empieso una nueba vida en este pais que esta mui lejos. Tendrás más notisias mias».

Amparo se quedó mirando al cartero, que no se movía de la puerta a la espera de algún comentario de la anciana. Su euforia le había despertado cierta curiosidad.

—Es mi Pascualín. No ha muerto. Me escribe desde donde usted ha dicho. —Desvió la vista hacia la tarjeta postal—. Desde Tailandia.

El cartero encogió los hombros, como si no entendiera nada. Dio media vuelta y

se marchó con un: «Me alegro. Que lo pase usted bien».

Amparo recibió otras dos postales en las siguientes dos semanas. Pascualín le decía que estaba bien y que se iba a quedar a vivir allí una larga temporada. En la última postal le comunicaba que había ingresado en un convento budista y le estaban ayudando a desintoxicarse. «Madre, no te preocupes por mi. Soi otra persona».

Ésas fueron sus últimas letras. Después, el tiempo y la distancia se encargaron de enfriar las relaciones entre madre e hijo. Amparo asumió que su Pascualín había encontrado, al fin, su destino y que ella no era quién para arrebatárselo. Tan sólo le quedaba envejecer, día a día, hasta que la muerte, como sucedió con el cartero, llamara a su puerta. Sabía que nadie iba a acompañarla en ese largo viaje. No tenía familia próxima y sólo hablaba con la gente cuando iba los lunes al mercado y los jueves a misa. En la parroquia también ayudaba a jóvenes drogadictos a desintoxicarse.

Amparo se equivocó. Doce años después, a mediados de mayo de 1995, el mismo cartero, más envejecido, llamó nuevamente a la puerta. Esta vez no era una postal tailandesa, sino un sobre, con matasellos de Chamartín, en Madrid. Su nombre y dirección estaban escritos a máquina. Se llevó una decepción cuando dio la vuelta a la carta y no encontró ningún remite. No era Pascualín, pero aquella misiva iba a provocar un vuelco en su monótona y aburrida vida.

Amparo guardaba el sobre, arrugado y manoseado, en un bolso negro que sujetaba con fuerza en su antebrazo, frente al mostrador de la recepcionista del diario *El Universal*. La piel de imitación estaba cuarteada por el tiempo. Se lo había regalado, ya usado, hacía más de veinte años, una de las vecinas del inmueble de Cuatro Caminos, cuando trabajaba en la portería.

—Buenos días. Verá… Perdone las molestias. Quisiera hablar con el director. Un señor que vi anoche en televisión, con tirantes y pajarita, que se explicaba muy bien. No se lo tome a mal. No sé cómo se llama.

—No se preocupe, señora. Es normal. Pero el señor Campaña no está en el periódico, está de viaje. No regresa hasta mañana.

—Bueno, no importa. Puedo esperar. Si quiere, puedo volver mañana.

Amparo le explicó a la amable chica que no tenía otra cosa que hacer. No le importaba, aunque desde su casa en El Pozo del Tío Raimundo hasta el periódico, cerca de la parada de metro de Alfonso XIII, había empleado casi dos horas. El autobús de la línea 24 la llevó hasta Atocha y, desde allí, necesitó dos transbordos en el metro para llegar a su destino final en la calle López de Hoyos.

—No se preocupe, señora. Puede atenderla otra persona porque el director está siempre muy ocupado. La recibirá un periodista de confianza del señor Campaña.

La recepcionista se dirigía a la anciana mientras tecleaba en la centralita y marcaba un número de la redacción.

—Buenos días, Juan. Soy Adela. ¿Están por ahí Víctor o Álvaro? Hay una señora que quiere hablar con el diré o con uno de ellos.

—No los he visto. Deben de estar en la Audiencia Nacional en el juicio de los GAL o con esa historia de las escuchas del CESID.

Quien contestaba era Juan Montalbán, el redactor jefe de la sección de sucesos, un veterano sabueso del periodismo de vísceras y cromosomas. No se dedicaba al periodismo de investigación como sus dos compañeros, pero tenía una excelente hoja de servicios. Era un periodista de unos cuarenta y cinco años, que se había labrado la reputación de profesional serio y correoso en sus años de reportero de sucesos en los diarios *PUEBLO* y *EL CASO* de Madrid.

—Adela, no tengo nada que hacer en estos momentos. Si quieres, y la señora está de acuerdo, puedo atenderla yo. Que te diga de qué va la historia. En unos minutos le doy un pase.

—Se resiste. Me ha dicho que se trata de algo muy grave y que está dispuesta a hablar sólo con el director. Disculpa, ahora me dice que te lo contará a ti, pero en persona.

El guardia de seguridad apretó el botón del ascensor de la tercera planta. Acompañó a Amparo hasta el despacho de Juan Montalbán. Amparo avanzó por un largo pasillo, bordeado de mesas vacías —a esa hora, los redactores están en la calle en busca de la noticia, como le explicó Juan más tarde—, pisó una moqueta de tonos grises y se fijó en una pequeña dependencia acristalada en la que trabajaban media docena de mujeres. «En mi época a las mujeres nos dejaban para los cocidos y la ropa sucia», susurró Amparo al guardia de seguridad, que apenas pudo escucharla.

Juan la esperaba de pie en la puerta de su despacho y la invitó a sentarse frente a su mesa. Amparo permanecía con el bolso bien prieto bajo la axila derecha. El despacho del reportero era de lo más corriente. Aparentaba cierto desorden, aunque eso no le importaba al heredero de la vieja escuela del reporterismo: cuanto mayor sea el número de papeles desordenados encima de la mesa y en las estanterías, más apariencia de trabajo se ofrece. Era el lema de Montalbán. Vestía de manera informal: unos vaqueros Levi's y una camisa de manga corta a cuadros. Una amiga le había reprochado su atuendo, haciéndole ver que la manga que sólo cubría hasta el codo era de horteras. Según ella, la gente con clase usaba la larga. Al reportero, en cambio, poco le importaban las modas. Su obsesión era no pasar calor. Y ahí radicaba su estilo de vida: un pragmatismo exacerbado. La utilidad por encima de cualquier otra consideración. Había trasladado esa filosofía a su profesión y nunca se había arrepentido de los resultados.

Juan Montalbán se movía en torno a una serie de binomios: forenses y cadáveres, policías y ladrones, jueces y ajusticiados, comunistas y ultraderechistas, vivos y muertos, verdugos y torturados… Había hecho del periodismo un sacerdocio, al

menos en lo que concernía a su celibato. Muchas amigas y novias, pero lejos del altar. Solía decir que los hombres estaban ya sometidos a demasiadas instituciones para acabar en otra como el matrimonio. Era un tipo fiel a sus parejas, pero poco constante. Los cierres de los diarios en horas intempestivas, la posterior copa de madrugada en Bocaccio con los colegas y los continuos e inesperados viajes no facilitaban la relación de pareja.

Amparo echó una ojeada a los premios que atesoraba el periodista en una estantería: Club Internacional de Prensa, León Felipe a la Libertad de Expresión y Ortega y Gasset. También fijó la vista en una foto enmarcada que descansaba en una esquina de la mesa del periodista.

—¿Su familia?

—Mi hermana y sus dos hijos. Toda mi familia.

—Yo también tenía un hijo. No lo veo desde 1983. Ahora me he enterado de que lo mataron unos desalmados. Desde entonces vivo sola. Me quedé viuda hace veinte años y luego se me llevaron lo único que me quedaba.

—Lo siento, señora. Es una desgracia. ¿En qué podemos ayudarla?

—No se ofenda, usted es un chico muy amable y le agradezco que me reciba en su despacho, pero yo quiero hablar con su jefe.

—Eso va a ser imposible. Antes de acceder al director los periodistas hacemos de filtro. Es una de las normas de la casa. Tenga en cuenta que está muy ocupado y todo el mundo quiere hablar con él. Yo me comprometo a trasladarle lo que usted me diga. Y le aseguro que todo lo que aquí se hable es confidencial.

—¿Qué quiere decir con confidencial?

—Quiere decir que lo que usted me cuente en esta conversación no podré publicarlo sin su autorización. Muchas veces, ese permiso debe ser por escrito y firmado. Hasta entonces, lo que aquí se diga queda entre usted y yo. Los periodistas, señora, nos debemos a una deontología…

Juan se dio cuenta de que con ese lenguaje no iba a llegar a Amparo, así que fue más directo. Sólo tenía que aplicar el método tradicional, que se sabía de memoria y lo había usado en más de mil ocasiones. Era uno de esos periodistas con un don especial para convencer a sus interlocutores. Preparaba una atmósfera de confianza y, cuando la fuente bajaba la guardia, le mordía la yugular y no la soltaba. Amparo estaba a punto de convertirse en su presa.

—… Quiero decirle que los periodistas nos comprometemos con la fuente, es decir, con usted, a no desvelar su identidad. ¿Sabe usted lo que significa el secreto profesional?

Amparo asumió su desconocimiento negando con la cabeza.

—Quiere decir que yo nunca podré decir, sin su permiso, que usted ha estado hoy aquí conmigo. Tampoco podré decir que usted me ha facilitado tal o cual cosa, sin su

autorización. ¿Me entiende ahora?

—Sí, le entiendo. Pero ¿por qué tengo que fiarme de usted?

—Porque la que llama a esta puerta en busca de ayuda es usted. Si no se fía de mí y de este periódico tendrá que irse a otro medio. Así de claro, señora. No se lo tome a mal. Nosotros nos hemos ganado una credibilidad y vamos a seguir en nuestra línea. Mire, Amparo —Juan, que era un perro viejo, consideró que ya era momento de llamarla por su nombre de pila, lo que iba a facilitar la comunicación—, nosotros también estamos en la misma situación que usted. No me ha confesado a qué ha venido pero, todo lo que me cuente, me veré obligado a verificarlo después, antes de su publicación. Entienda que yo tampoco puedo creer a pie juntillas lo que usted me…

Amparo no le dejó acabar la frase.

—No. Mi palabra, no. No sólo cuenta mi versión. Tengo una carta aquí —y señaló su bolso— en la que un espía narra cómo el servicio secreto de España, así lo llama él, mató a mi hijo.

Amparo intentó interrumpir la frase pero se desbocó. Se percató de que había hablado más de la cuenta, sin haber obtenido antes el compromiso de una entrevista con el director. A Juan se le conectaron las antenas: «Ésta no se va de aquí sin leer la misiva. ¡Vaya historicazo!».

—Enséñeme esa carta y le diré qué grado tiene de credibilidad. Todos los días nos llegan cientos de ellas.

Amparo dudó por unos segundos. Descorrió de un tirón la cremallera del bolso y se encaró al periodista levantando la voz.

—Me voy a fiar de usted. Pero si me traiciona, puedo acabar como mi hijo, bajo tierra. Esta gente es mala y poderosa. Le ruego que no me venda. Tengo miedo. Soy una anciana, pero amo la vida. Desde la muerte de mi hijo he entregado mi tiempo a la rehabilitación de jóvenes toxicómanos en la parroquia y no puedo abandonarlos como hice con Pascualín.

—Señora, no se aflija. Por lo que me cuenta, usted no tuvo la culpa. Fueron unos bestias quienes mataron a su hijo. Ahora merecen acabar delante de un juez.

—No he terminado —continuó Amparo—. Sólo le pido una cosa. Si le entrego la carta, tiene que prometerme que llegará hasta el final, para que los asesinos de Pascualín acaben en la cárcel. ¿Me lo jura por esos niños de la foto?

—Mire, señora. No soy ni juez ni fiscal, ni mi misión es meter a los malos en la cárcel. Soy un humilde periodista que intenta hacer correctamente su trabajo. Sólo puedo comprometerme con usted a una cosa: si logro demostrar que el contenido de la carta es cierto, nadie impedirá que la denuncia vea la luz. Ni mi periódico. Una de las esencias de la democracia es que siempre existirá otro diario dispuesto a publicar lo que otros no quieran. Por muy duras e incómodas que sean las historias. Le doy mi

palabra. Y ahora, permítame que le dé mi opinión sobre esa carta tan misteriosa.

3

Juan extendió el brazo de manera instintiva para coger a Amparo por sorpresa. No le dejó ningún margen para la duda. La anciana sacó el sobre del bolso y se lo cedió con mano temblorosa. Sabía que, a partir de ese momento, ya no había marcha atrás. Dejaba de ser el guardián de sus secretos y los confiaba plenamente a una persona a la que acababa de conocer hacía diez minutos. «No debería ser demasiado confiada». Cedía porque la sinceridad y la ternura de Juan la habían conquistado. No sabía nada de él pero, en tan sólo unos minutos, el periodista había roto el cerco que la anciana había construido para proteger su corazón. Amparo era una de esas mujeres primarias que tienen la certeza de que las desgracias vienen acompañadas de más desgracias. No estaba convencida de que su iniciativa sirviera para obtener buenos resultados. Nadie había hecho nada por ella en sus casi setenta años de vida, excepto el párroco de El Pozo del Tío Raimundo.

Juan manoseó el sobre antes de abrirlo. Lo palpó con tacto, como si se tratara de un incunable. Se recreó inspeccionando su anverso y su reverso. Sacó una lupa del cajón, para ver con claridad el matasellos de correos.

—Señora, esta carta se la han remitido desde Madrid. Tiene el matasellos de Chamartín, porque allí, en la estación ferroviaria, está uno de los centros más importantes de redistribución de correos. Pero eso no quiere decir nada. Hemos recibido otros sobres en el periódico con la misma marca, y después el remitente no residía en Madrid. ¿Coincide esta fecha —17 de mayo de 1995— con el día en que recibió la carta?

—Sí. El 17 de mayo es el día en que nació mi Pascualín. Quien me envió la carta lo sabía. No es una coincidencia. Yo la recibí el lunes pasado, el 22. Hoy estamos a 29; ha transcurrido por tanto una semana. El tiempo que he tardado en decidir si venía a hablar con ustedes.

—Amparo, póngase usted por unos instantes en la piel de la persona que le ha mandado la carta. Quiere que sepa que no es ni un indocumentado ni un chalado. Por eso manda mensajes encubiertos. Si ha decidido dar ese paso tan valiente es porque ha intuido que usted no iba a permanecer callada. El remitente anónimo sabe que usted va a luchar hasta el final para que se sepa la verdad. Generalmente se trata de una persona que, dando ese paso, pretende reencontrarse con su conciencia. No es la primera vez que me topo con una personalidad así. Esté tranquila, porque no le importa que la carta llegue a la prensa.

—Pero él me dice que tenga cuidado, que mi vida corre peligro. Que no hable ni con jueces ni con policías.

—No se preocupe. El remitente sabe lo que se hace. ¿Me permite que lea la carta?

—Es toda suya.

Juan abrió con cuidado el sobre maltrecho y deslizó con delicadeza sus delgados dedos en su interior, de donde sacó tres cuartillas dobladas y escritas a máquina. Estaban tan arrugadas que levantó la mirada para recriminar a Amparo el poco esmero con el que las había manipulado. Ella se dio por enterada.

—Sí. Es culpa mía. Están tan manoseadas porque he dormido más de una noche con esos folios entre mis manos. Así me sentía más cerca de mi Pascualín.

—No se preocupe, señora. No se lo censuro. Lo entiendo. No es una prueba forense. Se puede leer bien.

Juan se centró en la lectura.

Sufrida señora:

No la conozco personalmente ni usted me conoce a mí. Lo más fácil habría sido dejar pasar el tiempo, pero mi conciencia no puede soportarlo más. Habré estado una veintena de veces delante de su casa, pero nunca me atreví a llamar a la puerta. Sé que estas palabras van a provocarle dolor, mucho dolor, pero también sosiego. Señora, su hijo Pascual lleva muerto doce años, desde aquel día que no regresó a casa. Yo participé en su secuestro y en su posterior muerte. La amargura me persigue desde entonces en todos mis sueños. Es una penitencia que pretendo aliviar con estas notas. Usted, como toda madre, tiene derecho a conocer la verdad sobre la suerte que corrió su hijo. Aquellas cartas que recibió con matasellos de Tailandia, en las que le informaba de su nueva vida, eran falsas. Se las remitió un compañero del servicio secreto, que se desplazó dos o tres veces a Bangkok para así confundirla. Su hijo jamás viajó a Asia. Era un montaje del servicio, del CESID, para que usted no reclamara ayuda a nadie.

Juan levantó la mirada y se dirigió a Amparo con un tono de voz entrecortado a causa de la excitación que le provocaba la lectura de aquellas líneas. Intuía que se enfrentaba al caso de su vida. Ya estaba harto de crímenes pasionales y de bandas de delincuentes de medio pelo. Sus dos compañeros del periódico, los expertos en periodismo de investigación, se llevaban todos los laureles mientras él curraba doce horas al día. Estaba convencido de que la carta contenía datos fidedignos para que un juez con redaños sacudiera el polvo de las alfombras de los servicios secretos españoles. No se trataba ni de escuchas ni de espionaje. El remitente, tal vez un agente del CESID, confirmaba que habían asesinado a un pobre desgraciado. La opinión pública debía saberlo. Juan destacó la honradez y la valentía de aquel anónimo remitente.

—Esta persona se mueve en un campo de minas. Se está jugando el tipo, señora. Debe de estar muy mal para actuar así. Agradézcaselo. Ha tenido suerte. Uno entre

tres mil. Nadie actuaría así, con tanta osadía. Esta gente, si se trata de un espía, se maneja con unos códigos de honor que los hace cómplices de un crimen de Estado. ¿Ha oído hablar de los GAL?

Ante la cara de confusión de Amparo, Juan continuó leyendo la carta.

No puedo ayudarla a que Pascual recobre la vida o a recuperar sus restos, pero sí puedo desvelarle lo que ocurrió. ¿Por qué le cuento todo esto, ahora, doce años después? Porque los ojos agonizantes de su hijo han estado persiguiéndome todo ese tiempo. Soy creyente y quiero reconciliarme con el Santísimo. Señora, yo participé en su secuestro y muerte. Falleció entre mis brazos, sin que pudiera hacer nada para reanimarlo. ¿Qué culpa tuvo su hijo? Ninguna. Todo respondía a un juego de espías, a una operación macabra, ideada y diseñada por mis jefes, con conexiones con la embajada americana y grupos neonazis. La única culpa de Pascual fue hallarse en el lugar y en la hora equivocada de aquel día de la misión secreta del servicio. No voy a extenderme en más datos para no perjudicar a otros compañeros que me acompañaron en el plan, pero sí tengo que reconocerle que todo fue un accidente. Aunque un accidente provocado por nuestros superiores. Necesitábamos probar los efectos de una droga que iba a ser utilizada en una operación antiterrorista y elegimos a su hijo de cobaya. Y lo peor: la elección de su hijo fue mía. Pensábamos que iba a resultar inocuo, pero su corazón no aguantó. Murió en unos segundos, sin sufrimiento. Posiblemente, contribuyó a ello su salud tan endeble por los efectos de un consumo abusivo de la heroína. No me malinterprete: no busco ninguna justificación. Sólo nosotros fuimos los culpables. Y usted se preguntará: ¿por qué mi hijo una cobaya? Escribo estas líneas doce años después y no logro detener las lágrimas. ¿Por qué su hijo? Porque, según el plan de mis jefes, a Pascual nadie lo reclamaría y ninguna instancia policial o judicial emprendería una investigación para su localización. Así de cruel es la vida. Nadie movería un dedo por un drogadicto que podría haber fallecido por una sobredosis de heroína. Pascual se ajustaba al perfil más adecuado por si fallaba algo en el operativo.

Sé que escribiendo esta carta corro el riesgo de que mis excompañeros tomen represalias contra mí. Algunos de ellos ocupan hoy altos cargos de la Seguridad del Estado. Si descubren esta carta puedo ser hombre muerto, pero ya no me importa. Abandoné el servicio tras la muerte de su hijo por remordimiento de conciencia. Ahora soy otro hombre. No me importa que me peguen un tiro en la cabeza. Dejé de existir aquella mañana de septiembre de 1983.

Sé que nada puedo hacer por usted, pero usted sí puede hacer mucho por mí: perdonarme y rezar por mi alma. Así podré recuperar el sueño. Podría pedirle que destruyera esta carta cuando haya terminado de leerla, pero no me queda valor después de lo sucedido. Haga con ella lo que quiera. Sólo le ruego que no acuda a la policía ni a la justicia, porque su vida también podría correr peligro. Hay mucha

gente con poder que jamás consentirá que lo que le cuento vea la luz. Es gente perversa que puede lograr que usted también desaparezca. Supongo que esa amenaza para nada impresionará a una madre destrozada por las sombras del pasado. Por favor, hágame caso, olvide todo esto, cuídese y rece por el recuerdo de su hijo. Yo rezo todos los días.

Un pobre desgraciado que no olvida los ojos moribundos de Pascual. Juan seguía alterado y emocionado por la intensidad de la carta. No se había equivocado: se trataba de un agente secreto. Jamás había leído algo tan emotivo. Permaneció callado un instante, porque no sabía qué decirle a la anciana. Pronto comprendió que el cronómetro se había activado y que él era el tercero de la lista de los testigos comprometidos. Desde ese momento, su vida se adentraba en una espiral de riesgo. Amparo había derramado unas lágrimas y esperaba instrucciones del periodista.

—Uf… Uf… Esto es nitroglicerina. Me he quedado impresionado, señora. ¿Alguien más, además de usted y yo, conoce la existencia de esta carta?

—No. No he hablado con nadie. Por eso quería entrevistarme con su director.

—Señora, creo que deberíamos mantener esto en secreto hasta que haga las primeras averiguaciones. —A Juan le salió la vena periodística—. Todo puede ser un montaje o un engaño. Entiéndame. El contenido de la carta aporta suficientes datos para cerciorarnos, perdón, para asegurarnos de que todo esto es verdad. Hay que verificar su contenido y para ello no puedo llamar a cualquier persona. Correríamos un gran riesgo. Un mal paso, nos llevaría a usted y a mí a la tumba. Y eso sería lo último que desearía en esta vida. Le rogaría, ahora se lo pido yo, que no hable de esto con nadie. Espere a que me ponga en contacto con usted y le cuente algo. ¿Me entiende? ¿Es éste su domicilio actual?

Juan señaló con el dedo índice la dirección que figuraba en el sobre.

—¿Puedo llamarla a algún número de teléfono?

El periodista, sin pedir permiso a Amparo, se levantó y se dirigió a una pequeña fotocopiadora de la redacción muy próxima a su despacho. Quería quedarse con una copia de la carta, así que no preguntó, para no darle a la anciana la oportunidad de negárselo. Amparo se mostró de acuerdo. Pensó: «Si el chico va a investigar, ¿por qué no va a tener una copia en su poder? Ahora los dos viajamos en el mismo carro».

Juan devolvió a Amparo la carta y volvió a hacer la misma pregunta.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted? ¿Tiene un número de teléfono?

—No tengo teléfono, pero todos los jueves asisto a misa en la parroquia a las ocho de la tarde. Allí puede encontrarme. En la parroquia de El Pozo del Tío Raimundo. ¿Necesita algo más de mí?

—Por hoy, basta. Pero me gustaría conocer más cosas de su hijo cuando avancemos en la historia. Bueno, perdone, cuando avancemos en la investigación, quiero decir.

Amparo se sintió herida.

—Voy a pedirle una cosa más: no rebusque en los antecedentes de mi hijo. Está muerto y no debemos emborronar su nombre. Era un toxicómano y punto. Hay que encontrar a los asesinos.

Juan se levantó, se acercó a la anciana para darle la mano y ésta se le adelantó y le dio dos besos. Cuando Amparo se giró para dejar el despacho, el reportero la siguió y le dijo:

—La acompaño a la puerta.

Juan se mostró tan galante que la condujo hasta la mismísima entrada del edificio. Antes de abandonarlo, Amparo se despidió de la recepcionista y le dio las gracias.

—Señorita, ha dado usted con la persona adecuada —dijo refiriéndose a Juan.

Ya en la calle, el reportero se despidió con otros dos besos y le aseguró:

—Pronto tendrá noticias mías. No hable de esto con nadie. Con nadie. Hágame caso.

Ni el reportero ni la anciana se percataron de que, muy cerca de allí, desde la acera de enfrente, una pareja de jóvenes que jugueteaban amorosamente los fotografiaban con un potente objetivo, los mismos que utilizaban los paparazzi para cazar a los famosos. Juan, un avezado periodista, quizá confiado por la rotundidad con la que Amparo le había asegurado que ellos dos eran los únicos que conocían la existencia de la misiva, no se dio cuenta del dispositivo de vigilancia que tenía tomada la zona. El periodista y la anciana apenas cruzaron palabra en la calle, pero la frase de despedida de Juan disparó las alarmas del núcleo más duro del CESID.

Amparo caminó despreocupada por la acera de López de Hoyos sin saber lo que se cernía sobre sus espaldas.

4

Jueves, 1 de junio de 1995

Juan trabajaba afanosamente en su despacho porque quería cerrar pronto la sección de sucesos. Era jueves, 1 de junio, y tenía que estar en la parroquia de El Pozo antes de las ocho de la tarde. Necesitaba hablar con Amparo antes de que el monaguillo hiciera sonar la campanilla para el comienzo de la misa. Había preferido no adelantarle nada a su director Campaña hasta que no atara algunos cabos sueltos con la anciana.

Encima de su escritorio se acumulaba un buen montón de noticias de agencia que le iba entregando el mozo de teletipos. Lo de todos los días: asalto a una joyería, varios accidentes de circulación, un cura destituido en Barcelona por abuso de menores, unos vecinos de El Molar que intentan linchar a tres marroquíes, la detención de cuatro skins, un crimen pasional y una anciana muerta en Vallecas por un escape de gas.

A las siete salió de estampida por la rampa del parking del periódico. Nunca había estado en El Pozo, así que necesitaba tiempo de sobra por si se perdía por el extrarradio de Madrid. Para orientarse, había colocado en el asiento del acompañante una fotocopia desplegada del callejero de Madrid. Juan creía que por la M-30 y la avenida de Entrevías podía llegar antes, pero a esa hora siempre había atasco en la capital. Madrid no era una ciudad que se caracterizara por su buena señalización. Además, ese arrabal estaba sin urbanizar y muchas de sus calles seguían sin asfaltar. El barrio creció de manera anárquica extramuros de la capital en la década de los cincuenta para dar cobijo a miles de familias de inmigrantes sin posibilidades económicas. Camilo José Cela tenía razón cuando dijo: «Luchamos para conseguir un monstruo de ciudad y hemos levantado una ciudad monstruo». Juan pensaba en ello cada vez que golpeaba el volante tras equivocarse de avenida.

Tuvo que reiniciar varias veces su ruta porque no encontraba la vía adecuada hasta que se topó con la calle La Mancha y después accedió a la Ronda del Sur. Desde allí se dirigió a un descampado por la calle de Hornachos. Finalmente, el periodista aparcó en la misma puerta de la parroquia Nuestra Señora del Pozo. Si no fuera por una gran cruz que coronaba su fachada aquello podría ser una nave industrial prefabricada. Una vez dentro, también observó que la decoración de aquel templo nunca destacaría por sus materiales nobles, que era como gustaban las iglesias a la mayoría de los feligreses. El templo, levantado por un grupo de sacerdotes progresistas, seguidores del padre Llanos y de la Teología de la Liberación, disponía de lo más elemental para el culto: unos bancos de madera sin barnizar, un atril que sustituía a los altares de oro y mármol y una figura de Jesucristo clavado en la cruz,

esculpida en un tronco, que colgaba de la pared. El cáliz y la patena de la comunión tampoco eran de oro, sino de barro cocido. Aquellos sacerdotes practicaban Con el ejemplo: durante el día trabajaban en la construcción y, por la tarde-noche, celebraban la misa a sus feligreses. «Ora cojo la pala, ora cojo el misal». Aquel escenario se prestaba a un chiste fácil y tal cual se le ocurrió a Juan, que en los consejos de redacción destacaba por su fina ironía.

No habría más de quince feligreses en el templo, la mayoría mujeres de avanzada edad. En un principio, Juan creyó que se había equivocado de iglesia, porque no veía a Amparo y los asistentes vestían de luto. Más que una misa vespertina aquello parecía una ceremonia de difuntos. Se quedó cerca de la puerta con la espalda apoyada en la pared a la espera de que llegara la anciana. Pero el párroco inició la liturgia.

—Estamos aquí reunidos para honrar la memoria de nuestra amiga y vecina. Nos hemos juntado para rezar por su alma. Una desgracia la ha apartado de nosotros y todos unidos vamos a recordarla con esta ceremonia. Os invito a que participéis de la sagrada eucaristía en honor de nuestra hermana. Ella que tanto nos dio, ahora debe recibir nuestra oración. Todos juntos vamos a rezar un padrenuestro como solía hacer Amparo todos los jueves. Vamos a pedir al Señor que la reciba en sus brazos en compañía de su hijo Pascual, que también nos dejó hace más de diez años. En el nombre de Dios… Padre nuestro…

Juan se quedó petrificado. Se le hizo un nudo en la garganta y le entraron ganas de vomitar el pincho de tortilla que había engullido en su despacho a media tarde, pues ese día, como muchos otros, tampoco había tenido tiempo para almorzar. Instintivamente, descartó que la muerte de Amparo fuera accidental, pero carecía de datos. «Algo hemos hecho mal. La han matado», se flagelaba una y otra vez. No encontraba explicación. ¿Qué había fallado? Él no había cometido ninguna indiscreción. Por no hablar, no se lo había contado ni a su director. Se habían conocido hacía tan sólo tres días y nadie más conocía la existencia de la carta. Algo no cuadraba. Y tenía que ver con el rezo del sacerdote. De repente, como si se tratara de un martillazo, una de las frases del cura golpeó su cerebro: «… en compañía de su hijo Pascual, que nos dejó hace más de diez años». Juan permaneció unos minutos intrigado, removiendo como una batidora toda la información sobre Amparo que guardaba en el disco duro de su memoria: «¿Y cómo sabe el cura que su hijo murió hace más de diez años? Se lo contaría la anciana. Y de paso, ¿por qué no mostrarle también la carta?». La anciana no le había contado la verdad. Le había dejado leer la carta al párroco de El Pozo del Tío Raimundo. Un cura obrero, seguidor del movimiento Forja. Un grupo de cristianos que habían combatido la dictadura desde las instituciones, pero que acabó agujereado como un queso gruyer por soplones de la policía. En Forja, como en otros movimientos antifranquistas, sufrieron la infiltración

de agentes de los servicios secretos para acabar con el sindicalismo de izquierda y con los curas rojos.

Juan seguía atormentándose; buscaba una explicación, ajena a él, que no lo responsabilizara de la muerte de Amparo. Estaba convencido de que se trataba de un crimen. No necesitaba más datos. «Una desgracia la ha apartado de nosotros», había señalado el sacerdote. De repente, cayó en la cuenta de uno de los teletipos que habían pasado por su mesa, al que no le había dado la menor importancia: «Anciana muerta en Vallecas por escape de gas» «Era Amparo —afinó Juan—. Claro, El Pozo pertenece a Vallecas y así lo ha recogido la agencia».

El periodista seguía confundido, pero no le gustaba la manera como el sacerdote le inspeccionaba desde el altar. Aquella mirada era más inquisitorial que indulgente. Esperó a que acabara la misa y se acercó a la sacristía en su busca.

—Buenas noches. Soy sobrino de Amparo. Ha llamado la policía a casa y he venido a…

Antes de que finalizara la frase, el cura lo interrumpió:

—¿Cómo me ha dicho que se llama? —No. Perdone, no se lo he dicho. Soy Raúl Pérez Candela. Amparo era mi tía por parte de madre. Apenas nos veíamos y estaba muy sola desde que mi primo se fue a vivir a Tailandia, según le contó a mi madre en una ocasión.

—Su tía falleció el lunes en un lamentable accidente. Al parecer, así me lo ha hecho saber una feligresa, se dejó el gas del infiernillo abierto y murió asfixiada. Una desgracia. Era una gran persona. Nos ayudaba en las tareas de desintoxicación de drogadictos.

—Una pregunta: ¿por qué ha dicho usted que se reunirá en el cielo con mi primo Pascual? Nunca nos dijo que hubiera muerto.

El sacerdote encajó el golpe de Juan y le contestó con naturalidad, sin mostrar nerviosismo.

—Ha transcurrido tanto tiempo sin tener noticias suyas que he dado por hecho que también ha muerto. Buenas noches, si no tiene nada más que comentar debo dejarle. Me llaman otras obligaciones. Perdone.

Y el cura le extendió la mano para dar por finalizada la conversación.

Juan salió corriendo del templo en busca de una cabina. Tenía una corazonada y necesitaba hablar con el jefe de seguridad del periódico para despejarla.

Cuando el párroco se cercioró de que Juan había desaparecido, descolgó el teléfono de la sacristía y marcó un número de Madrid. Aquel hombre de Dios estaba ungido por un don divino, porque seguía sin perder la compostura.

—¿Arturo? Como te dije: lo sabe todo. Acaba de abandonar la parroquia. Ahora es todo vuestro.

A la tercera cabina, Juan logró encontrar un teléfono que funcionara.

—¿Isabel? Soy Juan. Necesito hablar con Manrique. Es urgente.

—Por la hora que es, creo que se habrá ido ya. Espera… Has estado de suerte, te lo paso. —Dime, Juan.

—Tienes que esperarme unos minutos hasta que llegue al periódico. Necesito verte cuanto antes. —Pero, tío, si son ya casi las nueve de la noche. ¿Tan importante es que no podemos dejarlo para mañana?

—Manrique, hazme el favor. Si no fuera así, ¿crees que te haría perder el tiempo? Estoy ahí en quince minutos.

—Vale. Pero no te retrases ni un minuto. Si tardas más de media hora, me las piro. ¿Entendido? Te lo digo en serio. Que te conozco.

—Te lo prometo. Ah, una cosa más. Para ganar tiempo. Por favor, ten a mano las cintas de la cámara de seguridad de la puerta principal del periódico. Me vale lo grabado entre las diez y las doce horas del lunes pasado, el 29 de mayo. Ah… no cuelgues. Necesito algo más: la identidad completa de una tal Amparo Candela. Estuvo el lunes en la redacción conmigo y, por narices, tuvo que registrarse antes.

En veinte minutos Juan estaba aparcando su Rover 405 en el garaje de *El Universal*. El despacho de Manrique estaba en un anejo al edificio principal, al que se accedía por un patio interior y un largo pasadizo. Cada vez que atravesaba aquel pasillo, Juan comentaba: «Esto no aparece en los planos de los técnicos del alcalde Álvarez del Manzano. Seguro». Cuando llamó a la puerta de aquel minúsculo despacho, se encontró a Manrique con gesto de pocos amigos, visionando la cinta VHS en un pequeño monitor.

—Juan, porque eres tú, pero me has gastado una buena putada. Había quedado con unos amigos en el *pub* para ver el partido del Madrid.

—No te quejes. Sólo son cinco minutos. Llegas a la segunda parte. Ya te compensaré con dos entradas para el partido de vuelta en el Santiago Bernabéu. ¿Has visto algo raro?

—Una señora despidiéndose de ti en la puerta y su llegada al edificio una hora antes.

—¿Nada más? Manrique, hagamos una cosa, si no te importa. Tú vete a ver el partido y yo mañana te devuelvo la cinta.

—Ni hablar. Estás loco. Me juego el tipo. Esta cinta no sale de aquí si no es conmigo. Te doy quince minutos para que mires y rebobines lo que quieras, el tiempo que tardo en ir a que me den novedades los vigilantes. Ni un minuto más. Hasta ahora. Y no andes removiendo papeles, que te conozco.

Juan rebobinó aceleradamente la escena de la llegada de la anciana al diario y se detuvo en el momento de la despedida. El plano de enfoque de la cámara no abarcaba mucho, pero sí se veía toda la calle hasta la acera de enfrente, y algo más de los grados que ocupa la fachada del edificio. A simple vista, todo parecía normal, pero su

olfato periodístico le decía que algo fallaba. De repente, detuvo la imagen en una pareja que hacía manitas apostados en una motocicleta de gran cilindrada. Cuando estaba tomando nota del número de matrícula pudo ver cómo el conductor hacía unas fotografías de forma subrepticia.

—¡Hijos de puta!, —exclamó el reportero—. Ya la teníais mordida. Estáis cazados. La matrícula me dirá quiénes sois.

Le dio a un botón e imprimió la imagen ampliada.

Se fijó en un barrendero y obtuvo otra copia en papel.

—Éste no ha recogido hojas en su vida. Lleva un traje recién estrenado. ¿En manos de quiénes estamos?

Cuando regresó Manrique, el periodista ya había acabado de visionar la cinta.

—¿Qué? ¿Has encontrado lo que buscabas? Yo cierro el chiringuito y me voy.

—Todo ha sido una falsa alarma, pero no destruyas la cinta. Puede servirnos más adelante. —No te preocupes, porque tenemos instrucciones de no borrarlas durante un par de meses. El director quiere que se conserven. Y ya sabes cómo se pone Eduardo Campaña cuando no le hacemos caso. Se me olvidaba, la señora que te visitó se llama Amparo Candela Fernández.

—Gracias. Te dejo. La semana que viene te doy las entradas. No lo olvido.

Juan subió a su despacho e hizo un par de llamadas. Antes, en el ascensor, tuvo tiempo para que su mente maquinara otra corazonada.

5

Juan sujetaba con una mano el teléfono y con la otra sacaba del bolsillo una llave para abrir el cajón de su escritorio. Puso encima de la mesa una carpeta y de su interior sacó la fotocopia de la carta que había recibido Amparo. Suspiró aliviado: «Menos mal que estuve ágil y la fotocopia. Si no, no habría caso». Anotó la dirección de la anciana en una hoja y buscó su ubicación en el callejero de Madrid. La casita estaba a unos quinientos metros de la parroquia, separada de ella por un camino y un descampado. Juan verbalizó lo que fluyó por su cabeza: «Mal sitio para la lírica». Guardó la carpeta, cerró el cajón y salió disparado del edificio, rumbo otra vez a El Pozo. Esta vez ya conocía de antemano el recorrido y no podía perderse. Juan estaba con la mosca detrás de la oreja. Sospechaba que tal vez lo siguieran, así que decidió aplicar el protocolo para tales casos. Entró y salió dos veces de sendos aparcamientos públicos de esos que disponían de diferentes accesos. Después condujo su coche hasta una calle sin salida, permaneció unos minutos estacionado en una zona sin visibilidad y se retiró conduciendo marcha atrás. Cuando se convenció de que había sorteado a los supuestos moscones, se dirigió a El Pozo.

Una vez cerca de su destino, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Habría logrado dar esquinazo a sus perseguidores, pero ello no le garantizaba que otros cómplices no estuvieran vigilando la casa de Amparo. Juan seguía la teoría de que el miedo era libre y que a un periodista nadie podía exigirle ser un héroe, porque la heroicidad estaba reservada a los protagonistas de los cómics. Y los personajes de los tebeos, como eran de tinta y papel, ni sentían ni sufrían. Jamás había puesto en riesgo su vida por una información, por muy valiosa que fuera, ni siquiera en los primeros años de la Transición. Y eso que en su círculo periodístico tenía fama de ser un tipo con agallas. Esa noche estaba vulnerando su código de conducta. Estaba justificado. No se quitaba de la cabeza la imagen frágil de aquella anciana que luchaba por vengar la muerte de su hijo. No podía traicionarla aunque se jugara el tipo.

Aparcó el vehículo en el mismo descampado de la iglesia y prefirió cruzar a pie la Ronda del Sur para acceder a la zona de las chabolas. Las calles no estaban asfaltadas y muchas de las viviendas carecían de agua y luz. Bordeó la casa, pero no se acercó a la puerta hasta que comprobó que allí no había nadie. ¡Quién estaría tan loco para regresar a la escena del crimen! Además, los expertos ya habrían destruido hasta la más mínima prueba que pudiera incriminarles. Ésa fue la lección que le dio su amigo Enrique, un comisario de policía de la vieja guardia, durante una noche de copas. Le explicó que los servicios secretos se servían de una unidad especial que se dedicaba a destruir y fabricar pruebas. Les llamaban «los limpiadores» y muy pocos conocían su existencia. Según el policía, antes de entrar en acción, fotografiaban con una cámara polaroid el escenario de sus movimientos desde todos los ángulos para dejarlo

después todo igual.

La puerta de la chabola estaba cerrada, pero el cerrojo era tan frágil que podía abrirse introduciendo un carnet de bingo por la rendija. Juan se frenó porque cometería un delito de allanamiento de morada. Pero ¿quién iba a denunciarlo si no quedaba nadie de la familia de Amparo? Así que decidió entrar. Para no alarmar al vecindario se abstuvo de encender las luces. Sacó del bolsillo una potente linterna y buscó el dormitorio de la anciana. No fue difícil encontrarlo, ya que la vivienda no tendría más de sesenta metros. En la alcoba buscó el bolso negro con el que Amparo se presentó en su despacho. Lo encontró tirado en una silla. Descorrió la cremallera y comprobó lo que ya sospechaba: la carta había desaparecido. Amparo podía haberla dejado en cualquier otro lugar, pero para Juan aquella hipótesis era poco probable. Aun así, quiso verificarlo. Miró en todos los cajones, debajo de la almohada y del colchón, en los escasos muebles de la cocina, en un pequeño aparador del comedor… Tampoco quedaba rastro de las postales que le habían remitido desde Tailandia. Esa era para Juan una prueba concluyente del montaje en torno a Pascual. «Está claro que han venido a por la carta y las postales y la anciana les estorbaba. Era un testigo muy comprometedor. Están equivocados si creen que ya no hay caso», razonó Juan mientras buscaba la bombona de butano que supuestamente había provocado la asfixia de Amparo. La goma estaba vieja, pero ésa no había sido la causa de la muerte. El periodista descubrió que los asesinos de la anciana se habían olvidado de apretar el tornillo de la arandela que ajustaba el manguito al cabezal de la bombona. «¿Cómo no se han dado cuenta de ello los bomberos y la policía municipal?, —se preguntó el periodista—. La muerte de una anciana pobre y abandonada no le interesa a nadie. ¿Para qué tanto papeleo?». Juan se hacía y contestaba él mismo las preguntas.

Cuando el reportero se disponía a marcharse vio las luces de un coche que se acercaba a la casa. No le daba tiempo a salir corriendo sin que lo descubrieran. Sólo tenía una opción: cerrar la puerta y permanecer dentro. Pero ¿dónde esconderse en un habitáculo tan reducido si los visitantes entraban en la chabola? El periodista optó por ocultarse en el minúsculo cuarto de baño, detrás de unas cortinas de plástico con flores que revestían el plato de ducha. Para no hacer ruido se descalzó y permaneció inmóvil.

Desde su escondite oyó cómo abrían la puerta con unas llaves. Por las voces eran dos hombres y ya habían irrumpido en la casa.

—¿Qué te dije, idiota? ¿Ves cómo no habías apretado bien el tornillo? Si se entera el comandante Pastrana te manda de guardabarreras al paso fronterizo de Portbou.

—Perdona, Juan Alberto. Todo ha sucedido muy precipitadamente. La culpa la tuvo la vieja, que se fue de la lengua con ese periodista de mierda. Si me tropezara con él le pegaba dos tiros.

A Juan se le hizo un nudo en la garganta y en otro sitio más meridional.

—Vámonos.

—Espera. Voy a echar una meada.

—Estás loco. Larguémonos. No seas gilipollas. Mea en el bar mientras vemos el resumen del partido. Cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor.

Juan permanecía agarrotado en el plato de la ducha. El Corazón sin latir, los pulmones sin aire, todos sus músculos contraídos y la glotis sin saliva para evitar el más mínimo carraspeo. Respiró profundamente cuando escuchó el golpe de la puerta.

Se había salvado una vez, pero esa gente haría cualquier cosa por evitar filtraciones incómodas para ellos y sus jefes. El reportero estaba descompuesto, casi desbordado por el flujo de adrenalina, pero en ningún momento perdió la calma. Era de ese tipo de personas que se crecen ante las adversidades. «Juan Alberto, o como te llames, lo siento por ti pero vosotros sí la habéis cagado. No sé quiénes sois ni si ése es tu nombre real, pero las huellas dactilares nunca mienten». Juan hablaba en voz alta mientras buscaba en los cajones de la cómoda un rollo de celo. Lo encontró y cortó varios trozos. Después, los fue pegando y despegando por la goma y el cabezal de la bombona, para recoger las huellas.

Recordó a Amparo y sintió un remordimiento de culpabilidad. Se frotó los ojos con la mano derecha y cuando la apartó de su cara se fijó en un portarretratos que descansaba en el aparador. Era una fotografía enmarcada de un niño vestido de comunión. Juan tuvo un nuevo impulso, posiblemente motivado por su afición al cine negro. Lo agarró, le dio la vuelta y retiró el cartón de la parte trasera en busca de algún secreto. No se equivocó. Allí había una tarjeta postal de Bangkok y una fotografía en la que aparecían tres adolescentes pasándose los brazos por los hombros. Identificó a Pascual por la otra foto del marco. Era el del medio y aparentaba menos años que los otros dos chicos. «¿Por qué habrá escondido esta foto aquí? Es todo un enigma», reflexionó el periodista. La postal, por otra parte, era una burda manipulación. El remitente se había preocupado en trazar unos garabatos con faltas de ortografía a fin de que nunca lo identificaran.

«Ahora necesito saber qué ha pasado con el cadáver de la anciana. Si lo han incinerado, lo han enterrado en una fosa común o sigue todavía en el Anatómico Forense. Allí tengo a Marcos».

Juan miró su reloj: «Bueno, por hoy ya está bien. Esto puede esperar. Son casi las once. Mañana será otro día».

6

Viernes, 2 de junio de 1995

Juan no esperó a llegar a la redacción para realizar su ronda de llamadas. Las hizo desde el teléfono supletorio de la cocina de su casa mientras mordisqueaba un cruasán y daba sorbos a una taza de café. Con poca leche y sin azúcar. En primer lugar, levantó el teléfono y contactó con el Instituto Anatómico Forense para hablar con su amigo, el forense Marcos Montes. La línea estaba ocupada. La telefonista le sugirió que llamara más tarde.

El periodista seguía obsesionado con el cadáver de Amparo. Estaba convencido de que el cuerpo sin vida de la anciana delataría a sus asesinos. Ésa era su venganza. Tenían que aparecer nuevas pistas. Descartaba la posibilidad de un fallecimiento por asfixia y más con aquel calor que invitaba a abrir las ventanas. Tenía que existir una relación de causa y efecto, entre la visita al periódico y su muerte.

La segunda llamada, mientras esperaba hablar con Marcos, fue para la Comisaría General de Policía Judicial. Tenía que quedar con el comisario Enrique Herrera para tantearle y, sobre todo, para que lo pusiera en contacto con el jefe de la comisaría de Vallecas. Juan no había tratado nunca con ese comisario, así que lo mejor era llegar a él con la recomendación de un colega. A Enrique Herrera sí lo conocía, y mucho. Mantenía con él una estrecha relación desde sus comienzos de reportero en el diario *Pueblo*. Herrera estaba destinado en la Brigada Político Social de la Puerta del Sol. Desde entonces, les unía una amistad que había ido forjándose al tiempo que el policía metabolizaba su falangismo joseantoniano para convertirse en un demócrata convencido, defensor de los derechos humanos. Además, era uno de esos policías que se volcaban con las causas justas. Despreciaba a los funcionarios complacientes y entregados al poder. Había llegado a comisario, pero sabía que ése era su tope en el escalafón policial. Tenía fama de incómodo porque aplicaba la misma justicia a un millonario que a un mendigo. Le asqueaban los clanes conspirativos y los policías transversales.

Enrique llamaba transversales a aquellos compañeros que se dedicaban todo el día a pastelear con políticos, altos cargos del Ministerio del Interior, abogados de bufetes influyentes, periodistas famosos, empresarios con Visa oro, jueces estrella y, lo peor, jefazos de la Guardia Civil y altos mandos del CESID. Para Enrique, los transversales eran como la carcoma, la más peligrosa casta de la policía, porque dejaban vendido a un compañero o ponían en peligro una investigación secreta. Él los utilizaba —como solía decir— para propagar macutazos. Cuando estaba interesado en que algo llegara al sitio adecuado utilizaba de correveidile al transversal de turno. El sistema nunca le fallaba. Otras veces saturaba los confidenciales periodísticos con informaciones

teledirigidas y bulos.

Enrique era un tipo dicharachero. Poseía un don de gentes que facilitaba la captación de fuentes y colaboradores. En su trabajo era implacable. Era un policía incorruptible e insobornable. De los de verdad. Es decir, de aquellos que podían hacer gala de su honorabilidad porque habían superado con sobresaliente la prueba del algodón. En cierta ocasión, un abogado de narcos intentó comprarle con un maletín lleno de billetes de cinco mil pesetas y él le puso el cañón de la pistola en la cabeza: «Fantástico. Qué generosidad. Acabas de hacer un donativo a la ONG Manos Unidas. Mañana quiero que ingreses este dinero en su cuenta. Si no te las verás conmigo. Y lo comprobaré. Sal de aquí echando leches. Tengo una duda: no sé si pegarte un tiro o ponerte las esposas».

Físicamente tenía un aire a Robert Mitchum pero con el mentón marcado por un hoyuelo como Kirk Douglas. Ese atributo resaltaba su atractivo varonil. Era un tipo alto, musculoso, de ojos incisivos, nariz robusta y tez bronceada. Un prototipo tan masculino que triunfaba con las mujeres. Las entradas en sus cabellos y las arrugas como surcos en su frente delataban su edad: ya había dejado atrás los cincuenta. Sus manos eran grandes como guantes de béisbol y sus dedos robustos. En la policía circulaba una leyenda: un guantazo de Herrera era toda una garantía para que uno acabara en el hospital. Sin embargo, todo ese aspecto de rudeza lo aderezaba con un talante afable y simpático. Sólo administraba su fuerza con la escoria de la sociedad. Los delincuentes de baja estofa lo temían, pero los de cuello blanco con sólo oír su nombre se aterrorizaban.

Herrera no era un virtuoso de la moda, pero vestía con dignidad sus trajes Dustin de El Corte Inglés. Trabajaba en su despacho sin corbata, pero guardaba una anudada en un cajón del escritorio, para las eventualidades, como una llamada de sus superiores o una visita precipitada a un magistrado.

—Enrique, buenos días. ¿Cómo tienes la mañana? Necesito verte con urgencia. Y esta vez lo digo de verdad. No voy a hacerte perder el tiempo con una coña, como siempre te quejas. Esto va en serio. Tienes que echarme una mano. El comisario comprobó por la entonación de su voz que Juan no exageraba. Se notaba que estaba ansioso. Hacía tiempo que no lo veía así, como cuando lo llamó para comunicarle que había descubierto el paradero de un capo de los cárteles colombianos que se escondía en Madrid bajo una identidad falsa. La ayuda del periodista sirvió para desmantelar una red internacional de narcotráfico.

—Pásate cuando quieras. Yo estaré aquí hasta la una. Ya sabes: que te cuele alguien en el edificio para que no quede registrado tu nombre en recepción. No me gastes una putada como la última vez. ¡Bocazas!

Juan tomó nota y volvió a llamar al Instituto Anatómico Forense. Esta vez sí se puso su amigo Marcos Montes, su compañero de partida de mus de los viernes por la

tarde.

—¿Cómo es que me llamas tan pronto? ¿Te has caído de la cama? Te dije que hoy no podía jugar la partida.

—Y yo tampoco. Tengo que verte. Es urgente. Sólo te entretendré unos minutos. En media hora estoy ahí.

—Vale. Vente y tomamos un café.

El Anatómico Forense es un viejo edificio ubicado en la Ciudad Universitaria, a espaldas del hospital San Carlos y cerca de la Universidad Politécnica de Madrid. Saltaba a la vista que era una de esas construcciones que el franquismo levantó en la posguerra siguiendo la línea arquitectónica del fascismo italiano. En su interior, unos intrincados y estrechos pasillos convertían el edificio en un laberinto. El despacho del amigo de Juan estaba en el sótano, muy cerca del portón por donde entraban los furgones con los cadáveres. Juan nunca había entendido la frase «aquí huele a muerto», porque la sala de las cámaras frigoríficas sólo olía a formol, debido a la cercanía de los forenses. El periodista había experimentado a qué olía la sangre pero, como solía decir a las jovencitas becarias para impresionarlas: «Cuando uno está muerto ya no derrama sangre».

—Juan, sólo tengo diez minutos para atenderte. Acaban de entrar dos fiambres y me necesitan.

—Te robaré cinco minutos. Sólo quiero saber qué ha sido del cadáver de una señora que se llama Amparo Candela Fernández. Si sigue aquí. Al parecer, falleció el lunes en su casa por un escape de gas.

—Te lo digo enseguida. Sólo tengo que mirar el libro de registro de entradas y salidas.

Marcos sacó del cajón una gruesa libreta y la abrió por la fecha que le había pedido su amigo.

—Sí. Aquí está: Amparo Candela Fernández. —Le acercó el libro a Juan para que lo comprobara con sus propios ojos—. Ingresó el lunes a las 17 horas después de que el juez ordenara el levantamiento del cadáver. Efectivamente, falleció por emanación de gas.

Seguía mostrándole a Juan la hoja del libro donde figuraban los datos.

—O sea, que el cadáver está aquí.

—No. Aquí figura también la orden de salida. Está firmada por un tal Pascual López Candela. Aquí pone: «su hijo». Se le hizo la autopsia y se la llevó ayer en un furgón. Lo que no sé es adónde. A un tanatorio o directamente a enterrarla o incinerarla.

—¿Estás seguro de que vino su hijo a por el cadáver?

—Yo te digo lo que pone aquí y esto para mí es la Biblia. Ayer yo libraba. Si quieres, esta tarde le pregunto al doctor Figón, que estaba de guardia. Le echaré

también un vistazo al informe de la autopsia. ¿Te sirve? Tengo que dejarte. Te diré más cosas esta noche. Da recuerdos en casa.

Juan abandonó el Anatómico Forense, aturdido y confuso. Alguien se presentó como el supuesto hijo de Amparo y se llevó el cadáver. Pero ¿por qué? Si la autopsia había revelado su fallecimiento por inhalación de gas, lo mejor habría sido enterrarla en una fosa común para no levantar suspicacias. El reportero no lograba encontrar una respuesta. Algo se le escapaba.

Se le iluminó la mente. Dio media vuelta y regresó corriendo al despacho de Marcos. Tuvo suerte, ya que se topó con él antes de que se encerrara en la sala de autopsias.

—Perdona, Marcos. Necesito saber la hora exacta en la que reclamaron el cadáver de la anciana.

—Espera. Conchi —se dirigió a una enfermera—, dígale al doctor Martínez que me retraso dos minutos.

Sacó otra vez el libro de registro.

—Juan, aquí pone a las 21.15. Qué raro. Por lo general, se suele esperar al día siguiente, porque éste no es un caso urgente.

El periodista, por desgracia para él, acertó en sus suposiciones.

«Sólo pudo ser el cura —reflexionó—. Les avisó de mi visita a la parroquia. Se pusieron nerviosos y optaron por hacer desaparecer el cadáver, porque otra autopsia más exhaustiva habría puesto al descubierto la verdadera causa del fallecimiento. No podían esperar a que yo me presentara hoy en el Anatómico Forense o avisara a la policía pidiendo que se repitieran las pruebas.

»Esa gente tiene mucho poder. No es cualquier cosa. Ha utilizado documentación falsa y ha actuado con total impunidad. Nunca daremos con el cadáver de Amparo ni con el de su hijo Pascual. No se detendrá ante nada. Ahora irá a por mí».

El periodista miró el reloj y se dio cuenta de que debía darse prisa si quería llegar a tiempo a la cita con Enrique. En el taxi, durante el trayecto desde la Ciudad Universitaria hasta Hortaleza, planeó la fórmula con la que debía entrarle a su amigo el comisario. Sólo le pediría ayuda para ahondar en la investigación sobre la muerte y la desaparición del cadáver de la anciana. Todo lo demás, por el momento, debía mantenerlo en secreto. No podía permitirse el lujo de que se produjeran más filtraciones. Especialmente porque su vida corría peligro. Tenía plena confianza en Enrique, pero no se fiaba de las personas con las que el comisario se vería obligado a contactar para aclarar las dudas. Ya había experimentado una desagradable sorpresa con el párroco de El Pozo, y eso que se había presentado en su sacristía como un familiar de la anciana. Juan tuvo tiempo para ajustar los pros y los contras, porque el taxi lo llevó por el centro de Madrid y a esa hora de la mañana la Gran Vía estaba colapsada.

Se apeó del taxi en la avenida de Hortaleza, a la altura del complejo policial de Canillas. Desde una cabina llamó a uno de sus contactos para que lo introdujera en las dependencias policiales sin tener que acreditarse en el control de acceso. Al cabo de unos minutos lo recogió un coche y cruzaron la barrera mostrando la placa del agente. La Comisaría General de Policía Judicial estaba ubicada nada más entrar a la derecha, en un viejo edificio de ladrillo visto. En su seno también albergaba las oficinas de la Brigada de Estupefacientes. De ahí que en un pequeño patio, en el acceso de entrada, llamara la atención que estuvieran aparcados varios vehículos de lujo y gran cilindrada: Ferrari, Lamborghini, Porsche…

—No te lleves una impresión equivocada. Estos *bugas* no son de maderos. No nos llega el sueldo para tanto. Pertenecen a narcotraficantes que hemos detenido. Como verás, somos tan cutres que nos han alojado en el peor edificio del complejo. A los de Información sí les han construido una torre inteligente, a pesar de la chusma que hay dentro.

El inspector señaló otro inmueble de unas seis o siete plantas, ubicado al fondo, que acababa de estrenar la Comisaría General de Información, la responsable de la lucha antiterrorista. No ocultó el pique secular que mantenían los policías de la pringue (la criminal) y de información.

Ya en la segunda planta, Juan se dirigió al despacho del comisario Herrera. Su amigo Enrique lo hizo pasar mientras echaba una mirada a su reloj de pulsera que descansaba sobre la mesa.

—¿Qué te he dicho? Que no te retrasaras. Sólo puedo dedicarte media hora. ¡Vaya mañanita! Me acaba de echar un chorreo un juez de la Audiencia Nacional. Uno de esos magistrados jovencitos que creen que la policía sólo trabaja para su juzgado. Todos quieren ser como el superjuez Camacho. Le he dicho que si tiene alguna queja que llame al director general y le pida un aumento de plantilla. Perdona, pero el togado me ha puesto de mala leche. No voy a pagarlo contigo. Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? Joder, no te he ofrecido nada. ¿Te pido un café? ¿Agua?

Juan lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué necesitas?

El periodista puso en antecedentes al comisario. Le explicó su convencimiento de que aquella muerte accidental era un montaje, que tenía sus dudas sobre el informe de la autopsia y que el hijo de la anciana nunca pudo retirar su cadáver del Anatómico Forense porque había fallecido hacía doce años.

—Enrique, tú me conoces desde hace mucho tiempo. Nunca vendría aquí a hacerte malgastar tu valioso tiempo con teorías conspiratorias. Pero este asunto huele mal, pero que muy mal. Si pudieras mandar a un detective al depósito a fin de que recabe datos sobre la entrega del cadáver, te lo agradecería. Por lo menos, que sepamos si ese falso hijo lo ha enterrado o lo ha incinerado. Ya te digo, de antemano,

que surgirán sorpresas.

—Estas investigaciones, como tú bien sabes, las llevan los de homicidios de la Brigada Regional. Puedes llamar a Herminio y te dará todo lo que le pidas.

—Si no he llamado a Herminio es porque sospecho que esta historia nos puede llevar a algo gordo, muy gordo, y prefiero tratar contigo. Sólo contigo. Eres el único de quien me fío.

—Que te conozco. No me hagas de puta ramoneta. ¿Me ocultas algo? Las cartas sobre la mesa. Ya sabes cuál es nuestro pacto: ni mentiras ni medias verdades. Aplícate el cuento, si no te pongo de patitas en la calle. Sabes que no soporto esos jueguecitos de plumillas.

—Lleguemos a un acuerdo. Para qué llenarte la cabeza de pájaros. Para qué levantar falsas expectativas. Averigüemos, primero, qué ha podido pasar con el cuerpo de la anciana y después tú y yo hablamos largo y tendido. En un buen restaurante y con un buen vino. Pago yo. Bueno, ya sabes, paga el periódico. ¿Dónde quieres que te invite?

Enrique echó un vistazo con el rabillo del ojo a su agenda y le contestó:

—La semana que viene estaré fuera. Tenemos una operación internacional con la policía panameña y viajo a Panamá. Quedamos el jueves de la otra semana. Por supuesto, en Txistu. Para entonces mi gente habrá aclarado tus dudas.

Cuando el reportero desapareció de su vista, Enrique llamó al inspector jefe Castaños, uno de sus hombres de confianza.

—Peque, quiero que tú en persona, sólo tú y nadie más, te dediques a un asunto muy delicado. Cuando regrese de la reunión te daré más detalles. Utiliza a tus fuentes en el Anatómico Forense y en la Policía Municipal. Si lo necesitas, puedes llamar también de mi parte a Herminio, a Jefatura. Cuando regrese de Panamá quiero un informe encima de mi mesa.

Para completar la jornada, a Juan sólo le faltaba llamar a su amigo Marcos. El forense del Instituto Anatómico Forense nunca le había fallado; sobre las once de la noche, llamó por teléfono al domicilio de su compañero de partida de mus. Se había comprometido a decirle algo sobre el cadáver de la anciana cuando pudiera conversar con el doctor Figón. Pero las noticias de Marcos, en vez de aclarar aquel galimatías, lo complicaban aún más.

—No he podido obtener información del doctor Figón. Cuando le he preguntado por el cadáver de la anciana me ha contestado que no me metiera en ese asunto. Que no podía hablar conmigo, porque era un tema de Estado, pero que todo estaba en orden. He buscado el informe de la autopsia y no aparece por ningún sitio. Nunca me he visto en una situación así. Lo siento pero no puedo ayudarte. En el instituto hay una especie de pacto de silencio. La versión es la que tú ya conoces: la anciana falleció por intoxicación de gas y su hijo reclamó y se llevó el cadáver.

—Gracias, Marcos. No te preocupes. A más de uno se le va a caer el pelo. Mañana hablamos. Buenas noches.

7

Viernes, 2 de junio de 1995

—Juan, llama una persona que pregunta por ti pero que se niega a dar su nombre.

Mari Carmen, la telefonista del periódico, no se mostraba sorprendida, porque la negativa de los comunicantes a desvelar su identidad ocurría muy a menudo.

—Pásamela.

—¿Juan Montalbán? ¿Es usted el periodista Juan Montalbán?

—Sí, soy yo. El mismo ¿Qué desea?

—Tengo que hablar con usted. Dispongo de una información sobre algo de lo que está investigando que le puede ser de gran valor. Eso sí, antes tenemos que llegar a un acuerdo.

—Oiga, aquí no pagamos. Esto no es el *¡Hola!*

—No, no. No me malinterprete. No le estoy pidiendo dinero. Sólo le pido quedar en el anonimato y que siga mis normas para que podamos vernos.

—¿Puede venir al periódico?

—¿Al periódico? ¿Lo dice en serio? ¿Quiere que me peguen un tiro? Sólo podrá hablar conmigo si sigue mis instrucciones. Tengo la pieza que le falta para completar su puzzle.

—¿Y usted qué sabe de mi puzzle?

—Sé todo lo que no sabe y querría saber.

—Adelante.

—Lo primero: deme el número directo de un compañero de la sección de cultura del periódico y espere mi llamada en su mesa. —Juan miró el directorio y le facilitó la extensión de su amigo Fernando—. No quiero centralitas ni su número directo. Si sigo viviendo es porque siempre he sido desconfiado. Ahora cuelgue y espere unos minutos donde le he dicho.

Juan salió corriendo de su despacho, sin tiempo para colocar la grabadora, y apartó de un empujón a Fernando de su mesa.

—Déjame que conteste yo. Después te cuento. Sonó de inmediato el teléfono y Juan se lanzó sobre el auricular.

—Ahora estoy seguro de que nadie me graba; ni usted ni quienes se hayan atrevido a pinchar su extensión. ¿Tiene papel y bolígrafo a mano? Sólo se lo repetiré una vez y colgaré. Si sigue mis instrucciones recibirá más noticias mías. Si no desapareceré para siempre. Me juego muchísimo en esto. Todo lo hago por España. Coja un taxi y diríjase a la calle Federico Salmón. Espere en la cabina que hay frente al número 14 y recibirá más instrucciones.

Juan tomó nota a toda velocidad y antes de abrir la boca escuchó cómo colgaban

desde el otro lado del teléfono. Se levantó y salió corriendo sin tiempo para recoger la chaqueta de su despacho.

—Fernando, perdona. Luego te cuento.

El taxi lo condujo hasta el lugar de la cita, hasta Federico Salmón, una calle sin salida en uno de los costados de la M-30, entre el puente de Costa Rica y la Cuesta de los Sagrados Corazones, muy cerca del Club de Tenis Chamartín. Se trataba de una calzada solitaria que terminaba en unas pistas polideportivas municipales. Juan apenas había recuperado el aliento cuando sonó el timbre de la cabina telefónica.

—Aquí estoy.

—Cruce la pasarela de peatones hacia el otro lado de la M-30, hasta la calle Ángel Gordillo. Suba por la acera de la izquierda y en la esquina con Arturo Soria espere en la barra del restaurante La Tabernita. No tiene pérdida: la calle es muy corta y es el único bar que hay allí.

Juan subió por una pronunciada rampa y caminó por la pasarela unos doscientos pasos por encima de los catorce carriles de la M-30. Llegó a Ángel Gordillo y a unos veinte metros se topó con el bar. La Tabernita tenía una amplia terraza con mesas, pero él siguió las instrucciones. Entró, pidió un café y esperó en la barra. Nada más dar el primer sorbo, escuchó su nombre en voz alta.

—Por favor, don Juan. Llaman por teléfono al señor Juan.

Dejó la taza en la barra y una moneda de cien pesetas, y le arrebató de las manos al camarero el teléfono inalámbrico.

—Fantástico. Además de astuto es usted una persona ágil. Salga a la calle y en la papelera que está frente a la cafetería encontrará un sobre de color marrón. No lo abra hasta que llegue a la redacción. Se lo repito: no lo abra en la calle. Léalo con atención en su despacho. Tendrá más noticias mías.

Su interlocutor no mentía. Recogió el sobre, lo dobló, se desabotonó la camisa y lo introdujo entre la cintura y el abdomen. Caminó unos pasos hasta la esquina con Arturo Soria y paró un taxi.

—A López de Hoyos con Clara del Rey, por favor.

Cuando Juan llegó al periódico percibió que había cierto ajetreo. El director estaba en su despacho reunido con la plana mayor. Los periodistas estrella habían conseguido una superexclusiva que iba a marcar la agenda política en los días siguientes: el CESID, durante años, se había dedicado a espiar a personalidades de la vida política, económica, cultural y periodística de España; no se escapaba ni el mismísimo rey. Disponían de toda la documentación, incluidas las cintas magnetofónicas, por lo que iban a poner en un aprieto al director de los espías españoles y al ministro de Defensa.

Pero al jefe de sucesos le delató una sonrisa burlona. Desde hacía tiempo mantenía la tesis periodística de que aquellas exclusivas eran fruto de filtraciones

interesadas. Él las denominaba «buzoneo». No ocultó su desprecio por aquel género periodístico cuando se lo recordó a uno de los redactores de su sección.

—Sí, buzoneo. Les han dado un sobre con todos los papeles y a la imprenta. Mañana, en primera: ¡gran reportaje de investigación! Ya verán lo que es el periodismo de verdad.

Malhumorado, se encerró en su despacho y abrió con cuidado el sobre marrón. Antes de nada, lo primero que hizo fue sacar una fotocopia de la nota que contenía en su interior. A continuación, volvió a colocarla en su sitio e introdujo el sobre en una carpeta de su cajón, donde guardaba el celo con las huellas del espía protegidas en una bolsita de plástico, la copia de la carta anónima enviada a Amparo, la supuesta tarjeta de Pascualín y la foto de éste con los otros dos chicos. El reportero se fijó en la cara de uno de ellos, el que estaba situado a la derecha del hijo de Amparo. Aquel semblante le recordaba a alguien de su entorno pero no pudo ubicarlo.

Juan empezó a leer el folio en el que su interlocutor anónimo había escrito una veintena de líneas. Se trataba de un manual de instrucciones para futuros encuentros, sin preámbulos ni despedidas. Todo muy frío y aséptico. Quien había escrito aquello era un profesional de la información. Pero de ese tipo de información que se maneja y no debe ser publicada. En las antípodas de la materia prima de los periodistas. Se había cuidado mucho de no dejar ningún resquicio por el que pudieran dar con su identidad.

Puntos de próximos encuentros:

1. Parking. Plaza España. Segunda planta. Plaza 22. Pegar la espalda a la columna de la izquierda y no girar la cabeza. Repito: muy peligroso girar la cabeza.
2. Monumento a la Constitución. Paseo de la Castellana. Colocarse de espaldas, mirando al Museo de Ciencias Naturales. No repito el riesgo que significa girar el cuello.
3. Hotel a convenir. Tú reservas.
4. Buzón de contacto.

Día y hora de los encuentros:

1. Los encuentros en el parking siempre se efectuarán una hora después de mi llamada.
2. Los del monumento, al día siguiente y cinco horas después de mi llamada.
3. Hotel a convenir. Un día después de mi llamada. Deberás estar en la habitación a las once de la mañana. La reservarás media hora antes a

nombre de Juan Carlos Rey. Te llamaré a las diez a la centralita del hotel Wellington. En ese momento te diré el nombre del hotel. Tienes tiempo de sobra. Dejarás la puerta de la habitación abierta y me esperarás en el dormitorio, con la puerta que da al pasillo del cuarto de baño cerrada.

4. Buzón de contactos. Te dirigirás inmediatamente al punto acordado cuando recibas la clave.
   a. Debajo de la repisa de la cabina telefónica situada en Príncipe de Vergara con Ayala
   b. En la papelera situada frente al número 40 de Serrano.
   c. En el Vips de López de Hoyos. En el expositor de revistas. Debajo del montón de National Geographic.

No intentes descubrir mi identidad, ni fotos ni grabaciones subrepticias. Esto no es un juego. Arriesgamos la vida. Por España.

Un pobre patriota español El reportero sabía que aquello no era un divertimento y que, si no actuaba con diligencia, en cualquier momento podía pillarse los dedos. No sentía miedo, pero sí mucho respeto. El estilo tan gélido de las recomendaciones de su fuente anónima le provocaba cierta alarma. El personaje le recordaba al del Watergate, pero no podía referirse a él con el sobrenombre de «Garganta Profunda», porque ese *copyright* ya lo tenían registrado los periodistas del *Washington Post*, Robert Woodward y Cari Bernstein. Entonces, se le ocurrió bautizarlo con el alias de El Ronco.

Juan se animaba a sí mismo en voz alta. Nunca había pasado por una situación tan rocambolesca. Había tenido encuentros más o menos complicados, pero nunca tan disparatados. De repente, se percató de que en el texto de la nota había algo que le sonaba familiar. Abrió el cajón de su mesa, sacó la fotocopia de la carta anónima enviada a Amparo, la leyó hasta la última línea y allí estaba: «Un pobre desgraciado que no olvida los ojos moribundos de Pascual». Comparó el tipo de letra de la máquina de escribir, pero no coincidían.

«¿Un pobre desgraciado?» «¿Un pobre patriota?» Juan intuía que aquello no era una coincidencia. Desde los primeros pasos de aquella investigación había establecido una premisa: jamás descartaría las coincidencias. Y la primera le daba a entender que El Ronco era el autor de la carta a la anciana. Supuso que quería mandarle un mensaje de confianza y de su total predisposición a llegar hasta el final. Pero, aun así, Juan prefirió no dejarse llevar por el momento de euforia y mantener los pies en la tierra. La precipitación no era aconsejable en periodismo. Conocía numerosos casos de compañeros que se habían estrellado por ser confiados. Por tanto, decidió tantear antes a su fuente misteriosa. Lo afrontó como una partida de ajedrez entre un espía y un periodista. Juan presumía que El Ronco era un tipo con espolones,

curtido en mil batallas, pero él no desmerecía. Se había criado en la universidad de la calle. «De la rué», como solía vanagloriarse ante sus amigos en un lenguaje muy castizo. Por la voz, modales y formación, dedujo que su fuente tendría unos cincuenta años y, casi con toda seguridad, se habría criado en los pechos del SECED, los antiguos servicios secretos de Carrero Blanco. La escuela de Juan tampoco había sido mala: el diario *Pueblo*. Aprendió a volar en los talleres y en la redacción del diario del sindicato vertical franquista, en la calle Huertas de Madrid.

El periodista seguía obsesionado y centrado en la gran investigación de su vida. Se acercó a la fotocopiadora y realizó una copia reducida de las instrucciones de su Ronco. Sacó su cartera del bolsillo, extrajo de su interior una foto de sus sobrinos y pegó el manual secreto en su reverso. No podía depender únicamente de su excelente memoria. Corría el riesgo de que le jugara una mala pasada en esos días en los que se levantaba cabezón. Volvió a guardar la foto en la cartera y continuó con sus tareas en la sección. Madrid, una vez más, se había manchado de sangre por un ajuste de cuentas entre bandas de criminales.

Juan se sentía muy malhumorado. A broncas con todo el mundo: con sus amigos, los compañeros del trabajo y, lo peor, con su director. El *boss* —como solía llamarle— lo citó en su despacho para echarle un rapapolvo. Resultaba que en la última semana la competencia le había infligido dos severos pisotones informativos, con la publicación de dos noticias en portada sobre bandas organizadas en Madrid. La sección de Juan no las había olfateado. El periodista tuvo que morderse la lengua y aguantar, cabizbajo, la reprimenda. Todavía no había llegado el momento de desvelar a su jefe sus investigaciones. A qué había dedicado, en realidad, su tiempo en los últimos días. No podía adelantarle nada por dos motivos: le faltaban datos y no se fiaba de nadie. Su jefe era tan bocazas que en cualquiera de sus entrevistas fuera del periódico podía meter la pata. Ya le había ocurrido en una ocasión cuando, para hacerse el informado, adelantó al ministro del Interior una de las investigaciones del reportero. Aquella imprudencia lo dejó en mal lugar porque, poco después, a su fuente la presionaron y amenazaron. Ahora no podía cometer ese fallo. Otro de los riesgos a los que se exponía era que el «diré» colocara en la investigación a sus periodistas estrella. Para él ése era el peor horizonte, porque sus compañeros eran tan canallas que le usurparían la historia y lo dejarían a él recortando teletipos.

El reportero no podía ocultar su cabreo. Ansiaba un encuentro con El Ronco y comenzaba a sospechar que alguien estuviera tomándole el pelo. O todavía peor: que hubiera pretendido entretenerle para desviarlo de la investigación sobre la búsqueda del cadáver de la anciana. Recapacitó y se preguntó: «¿Qué tengo hasta el momento que pueda demostrar la existencia de una conspiración?». Él mismo se contestó. Una anciana muerta en extrañas circunstancias. Un cadáver que había desaparecido. Un hijo drogadicto, en Tailandia o criando malvas. Una carta anónima, misteriosa. Un

cura sospechoso. Dos supuestos espías que destruían pruebas. Y un «ronco» que, posiblemente, en ese momento estaría riéndose de él. ¿Adónde le conducía aquel puzzle? Cuando pedía a gritos una llamada de El Ronco, sonó el teléfono de su mesa.

—Juan, te llama el tipo misterioso. Sigue sin querer darme un nombre.

—Pásamelo.

—4b.

Un número y una consonante fueron las únicas palabras de El Ronco; luego colgó. Juan se levantó de un brinco de la silla, se puso la chaqueta y salió corriendo del despacho. Ya en el ascensor sacó la foto de la cartera, le dio la vuelta y comprobó si el punto 4b correspondía a la papelera de Serrano.

Juan se llevó una decepción cuando abrió el sobre. Contenía un recorte de prensa. Pero la curiosidad periodística aumentó cuando descubrió que se trataba de un artículo suyo publicado en *Pueblo*, veintidós años atrás, en 1973. Era una crónica sobre unos incidentes que había provocado un grupo de ultras en la Gran Vía. No necesitó leer el artículo. Se acordaba hasta de los menores detalles de aquel Primero de Mayo. Los acontecimientos de ese día marcaron su vida: pasó miedo por primera vez y comprendió que valía la pena ser periodista. Juan se introdujo en el túnel del tiempo en busca de la pista que quería transmitirle El Ronco.

8

Martes, 1 de mayo de 1973

Los Primero de Mayo en España comenzaron a ser diferentes a principios de la década de los setenta. Las frustraciones democráticas y el ansia de libertad incitaban a los obreros a tomar la calle en algunas fechas señaladas. San Juan Obrero había dejado de ser el patrón de los trabajadores, como durante la dictadura había pretendido imponer la oficialidad franquista. El 19 de marzo había quedado, exclusivamente, para celebrar la festividad del padre. Los estudiantes y obreros aprovechaban la efeméride del día de los Mártires de Chicago de 1886 para reivindicar la democracia. Por eso, Madrid, en esas fechas señaladas, amanecía tomada por la policía. Los furgones de los grises, el color del uniforme de la Policía Armada, aparecían aparcados en las plazas y calles más estratégicas de la capital. Principalmente en las bocas de metro. El centro de Madrid —Cibeles, Puerta del Sol, Gran Vía de José Antonio, Alcalá, plaza España, Princesa, Colón…— era el escenario de todas las manifestaciones populares.

Juan Montalbán era entonces un periodista novato de veintitrés años de la sección de sucesos del diario *Pueblo*, un periódico vespertino en el que en su cabecera figuraba la leyenda: «Órgano Oficial de los Trabajadores». Lo suyo eran las noticias sobre crímenes y atracos, pero, ese día, en el periódico necesitaban a un reportero para cubrir una manifestación de estudiantes. El redactor jefe le había dado instrucciones.

—Son sólo un par de horas. Cuatro críos gritando por la calle y unas carreras delante de los grises. A las dos, todos a casa a comer.

Pero esa jornada del Día Internacional del Trabajo se complicó. En un enfrentamiento en la Puerta del Sol, entre un grupo de exaltados y la policía, falleció el inspector Juan Antonio Fernández. El policía fue acorralado y degollado en medio de una gran confusión. Juan, en ese momento, estaba en el epicentro del suceso. Suele ocurrirles a los profesionales con casta: hallarse en el lugar y en el momento preciso de la noticia. Juan no pertenecía a las secciones de laboral o de nacional, las más activas del diario, pero su instinto periodístico le decía que las predicciones de su redactor jefe eran pura palabrería. Aquello era un polvorín y podía estallar en cualquier momento. «Aguanta el tipo, porque esto se va a llenar de camisas negras y fascistas con el brazo en alto», le comentó el fotógrafo del diario, con más experiencia que él en esas revueltas callejeras.

No se equivocó. Pronto comenzaron a llegar por la calle Alcalá, desde Cibeles en dirección a la Puerta del Sol, las huestes de Falange y los guerrilleros de Blas Pinar, quien estaba considerado uno de los políticos emergentes del bunker. Iban armados

con bates de béisbol, porras y palos. Juan, que se hallaba a la altura de la calle Sevilla, junto al edificio del Banco Español de Crédito y frente al Casino de Madrid, permaneció en un segundo plano. Se resguardó en la cafetería Hontanares. Pensó que era una tontería arriesgar el pellejo a la primera de cambio. La carne del periodista rojo estaba muy cotizada en aquellos días y era la preferida de los ultras.

El reportero tomó notas en un pequeño bloc de anillas y su colega fotógrafo ocultó la cámara debajo del anorak.

Juan no tardó en fijarse en un grupo de unos cincuenta jóvenes, vestidos con uniformes negros, que se acercaban caminando organizados en columnas, como en las legiones romanas. En primera fila destacaba un hombre de mayor edad, de unos treinta años, con gafas negras tipo Ray-Ban. Llevaba un palo en la mano derecha, pero de su cintura sobresalía la culata de baquelita de un Astra 400, el arma oficial de la Guardia Civil. Esa pistola española, de calibre 9 mm largo y con cargadores de ocho balas, era junto a la Star el arma preferida por los ultras. Quizá porque, al ser las pistolas reglamentarias de las fuerzas de seguridad y el ejército franquista, eran más fáciles de conseguir. Aquel personaje de fino bigote, cabello ensortijado, cara redonda y gran estatura daba instrucciones a su tropa en una mezcla de español e italiano.

—Ése es Stefano —le indicó el fotógrafo a Juan, señalando con su dedo índice al ultra italiano.

—¿Stefano?

—Sí, Stefano. No puedes ocultar que eres de sucesos. Tío, si no conoces a Stefano Massera y sigues en esto tendrás que hacer un curso acelerado. Se nota que no has tenido que salir corriendo delante de estos descerebrados cuando se dedican a la caza del fotógrafo. Más de uno ha acabado en el hospital. Vosotros los plumillas con dedicaros a tomar unas notas en la barra del bar lo tenéis resuelto.

—No me toques los cojones. ¿A mí va a darme lecciones de periodismo un fotero que, entre diafragmas y objetivos, se olvida de las caras y luego no hay quien escriba los pies de foto?

—Sí, pero mientras tú tomas notas metido en un portal, yo me llevo las hostias de los grises y de estos fascistas. —*Touché*. Me has noqueado. Tienes razón. Sois los mártires del periodismo. No te enrolles, dime quién es ese tal Stefano.

—Es un neofascista italiano. Uno de los fundadores de *Avanguardia Nazionale*. Participó en el intento de golpe de Estado en Italia del príncipe Borghese y en el atentado de la estación de Bolonia. Huyó de su país y nuestro régimen lo ha adoptado. Le da protección y es intocable. Como se le encargan los trabajos sucios recibe de recompensa plena impunidad. Controla toda la carnada ultra, para la que se ha convertido en un héroe. Utiliza como cuartel general una pizzería aquí cerca, en la Gran Vía. Él y su grupo hacen los trabajos que no quiere la policía. Preferiría que me

interrogara Billy el Niño o Cien Kilos antes que este fascista de nuevo cuño. Transmite la maldad que corre por sus venas a esos niñatos de papá que están dispuestos a matar por él.

Los neofascistas llegaron desfilando hasta el escenario donde se había desplomado el inspector. Una mancha de sangre marcaba el lugar de su muerte. Stefano levantó el brazo y la columna paramilitar se detuvo. Se hallaba cerca de la Puerta del Sol. Próximo a ellos, un reducido grupo de trabajadores de Boetticher y Navarro había quedado rezagado del grueso de la manifestación. Una vez tomada la posición, como si se tratara de centuriones romanos, Stefano ordenó el ataque. Los jóvenes cachorros comenzaron a dar porrazos a os manifestantes más despistados. La policía que vigilaba la zona los dejó actuar a sus anchas. No era la primera vez que desplegaban su violencia con absoluta impunidad. En medio de la refriega sonaron algunos tiros de pistola. Eran agentes de policía de la Brigada Político Social, que, de paisano, dispersaban a los obreros más combatientes.

Juan se temió lo peor: sin darse cuenta, lo habían rodeado media docena de ultras, que lo habían visto anotar algo en el bloc. Aquello no tenía buena pinta. No podía salir corriendo ni pedir ayuda, porque ambas soluciones conducían a un mismo abismo.

—¿Qué escribes en el bloc? ¿Eres periodista? —le recriminó un joven, alto y espigado, con camisa negra, mientras hacía girar unos *nunchakus* que sujetaba con la mano izquierda—. ¿En qué periódico trabajas? ¿Eres uno de esos jóvenes rojos de *Pueblo* o *Informaciones*?

Juan, en lugar de achantarse, se creció sin pensar lo que podía esperarle.

—Sí, soy periodista de *Pueblo*, pero no soy rojo, soy demócrata.

—¿Demócrata? ¿Rojo? ¿Qué importa? ¿Cuál es la diferencia? Y, además, gallito. Vamos a enseñarte nosotros qué es la democracia.

Cerca de allí, un policía de paisano de unos treinta años, vestido con una gabardina y gafas oscuras, seguía con atención aquel diálogo que tenía toda la pinta de acabar en tragedia. Se dirigió al grupo de ultras con autoridad.

—Alto. Dejádmelo a mí.

Sacó de su bolsillo una placa de policía y les ordenó que se retiraran.

—¿Sabes una cosa, chaval? Tienes un par de cojones, porque éstos te iban a machacar. ¿Dónde les has dicho que escribes?

—En *Pueblo*, en el diario *Pueblo*.

—Pues cierra tu bloc y sal de aquí echando leches.

—¿Puede decirme cómo se llama? Siempre le estaré agradecido.

—Me llamo Enrique. Para ti, señor Herrera.

9

Martes, 13 de junio de 1995

Veintidós años después, Juan sujetaba en sus manos una copia de la crónica que escribió sobre aquel incidente. La información se la habían publicado a toda página y en primera. Había recibido la felicitación de sus jefes. En una amplia foto, maquetada a tres columnas, se podía ver a Stefano dirigiendo a su ejército de ultraderechistas. El titular no se prestaba a confusión: «Un neofascista italiano toma la calle». Aquel titular provocó más de un problema a sus superiores y a Juan amenazas de muerte. El reportero nunca olvidó aquel Primero de Mayo de 1973, que convirtió el periodismo en su sacerdocio y en el que se ganó el respeto de los veteranos del periódico.

Desde entonces, poco más supo del tal Stefano. Se enteró por la prensa de que había colaborado con la policía en la guerra sucia contra ETA, dirigiendo un comando antiterrorista en el sur de Francia. Con la ayuda de neofascistas italianos, exmiembros de la OAS francesa y exmilitares de la Triple A argentina, Stefano logró asesinar a varios dirigentes de la organización terrorista. Para ello, se sirvió de la misma medicina etarra: tiro en la nuca y coche bomba. La policía francesa halló en un piso franco, en Bayona, un fichero con las identidades de la cúpula de la banda armada. Junto al nombre de los etarras asesinados, figuraba anotada una inscripción macabra: «Sobredosis de *balium*». La «b» indicaba que no era un fármaco contra la depresión, compuesto de benzodiacepina, sino balas de plomo.

El neofascista Stefano desapareció de España meses antes de las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977, para refugiarse en un país centroamericano. Nunca más se supo de él. Eso sí, antes de su fuga llenó un maletín con dinero, lingotes de oro, documentación reservada que afectaba al gobierno español y varios pasaportes y documentos de identidad falsos. En círculos de los servicios secretos, se daban todo tipo de versiones sobre la suerte que debió de correr el neofascista italiano: había muerto en la guerra civil de Guatemala, se había convertido en un importante capo del narcotráfico en Colombia, había cambiado su rostro y vivía retirado en una rica hacienda de miles de hectáreas en el interior de Brasil, trabajaba para la CIA en contrainteligencia sobre movimientos subversivos en Sudamérica y, la más próxima a los intereses españoles, vivía retirado en la Costa del Sol con identidad falsa y protegido por los servicios secretos del CESID. Cualquiera de las versiones podía ser cierta, menos la de su jubilación. Stefano era uno de esos personajes que, hiciera lo que hiciese, siempre viviría en el ojo del huracán.

Juan se preguntaba por qué El Ronco le había dejado aquel recorte de prensa. ¿Sabría algo de Stefano? ¿Sería cierto que vivía en España? ¿Tendría algo que ver con la muerte de Amparo?

En su crónica de *Pueblo*, Juan no había mencionado el in tentó de agresión que había sufrido por parte de los ultras ni la presencia milagrosa de un policía de paisano de la Brigada Político Social. Su intervención fue primordial para salvar su pellejo. Le estaría agradecido de por vida. Pero, como el destino siempre es caprichoso, tuvieron que transcurrir más de diez años para que el policía y el periodista se reencontraran. Fue durante la investigación del conocido caso Urquijo. Juan consiguió la prueba definitiva que sirvió para condenar a uno de los encubridores de Rafael Escobedo. Un día recibió en la redacción de El Caso la visita de un policía de la Brigada de Homicidios que resultó ser Enrique. Necesitaba la pieza de troquel que Juan tenía en su poder y que había sido usada para fabricar unos silenciadores de manera ilegal. El periodista ayudó al policía en sus pesquisas y su colaboración fue clave para desenmascarar a los culpables. Enrique, por aquel trabajo, recibió su primera Roja, una de las condecoraciones más valoradas en la policía. Aquel caso fue el inicio de una larga amistad. Cuando Juan le recordó el incidente de la Puerta del Sol en 1973 y volvió a mostrarse agradecido por conservar intactos sus huesos y su cráneo, el policía le quitó importancia.

—Ahora estamos en paz. Favor por favor. Tu deuda está saldada. Sin tu ayuda no habríamos resuelto los crímenes y, por tanto, no me habrían concedido la medalla. Aquellos descerebrados querían llevar a España al abismo. Lo que necesitaba España era gente como tú y como yo. No nos ha ido mal. Tampoco al país. Del grupo que quería agredirte la mitad se afilió a partidos constitucionales.

Las vueltas que daba la vida… Juan esperaba ahora sentado en una mesa del restaurante Txistu a quien, como él, cada uno en su terreno, había luchado para que la democracia cuajara en España. Eran, como otros cientos de miles de españoles, protagonistas de la Transición, aunque sus nombres no aparecieran en los ensayos políticos. Se sentía orgulloso de su amistad con el comisario. Tenían un pasado político muy diferente. Enrique y toda su familia procedían del movimiento falangista y habían sido colaboradores del régimen. Juan había sido en la universidad compañero de viaje del Partido Comunista y toda su familia había combatido en el bando republicano. Pero ese pasado tan dispar no impidió que se pusieran de acuerdo para construir una nueva España en concordia y democracia.

El reportero seguía obsesionado con un solo pensamiento: «¿Por qué me habrá mandado este artículo?».

El periodista había convenido con Leoncio, el gran *maitre* del restaurante de don Pedro Abrego, que los colocara en una de las mesas del salón central, en una zona un poco elevada del suelo, que les proporcionaba más privacidad. Además, el *maitre* se comprometió con el periodista a sentar en ese espacio, generalmente reservado a clientes de la casa, a comensales de su confianza. De esa forma, Juan podría compartir con Enrique sus avances en la investigación.

El reportero llegó antes al restaurante. Saludó efusivamente a Leoncio, a quien conocía desde hacía años, y se acomodó en una mesa discreta, situada en un rincón. Enseguida, le sirvieron una cerveza en copa de balón, como a él le gustaba, un plato con aceitunas y guindillas y otro con chistorra. Enrique no tardó en llegar. No se paró a saludar a nadie y, cuando divisó a su amigo, se dirigió directamente a la mesa. Mientras se acomodaba en una de las sillas rústicas de enea, anunció a Juan:

—Hoy me daré el gustazo de pedirme unas cocochas con angulas, ya que paga *El Universal*. Y, cómo no, para regarlas un Viña Pedrosa del 82.

Una vez dicho esto, estrechó la mano al periodista, que hizo ademán de levantarse. Juan vigilaba un sobre blanco que había dejado sobre la mesa, cerca de su plato, como si se tratara de un tesoro.

—¿Qué tal tu viaje a Panamá?

—Como siempre que cruzas el charco. Mucha juerga, muchas copas, mucho «hermano» pa arriba, mucho «hermano» *pa* abajo pero, al final, si te descuidas regresas de vacío. Hay que conocer muy bien a nuestros colegas para obtener algo. Tienes que regarles el gaznate con whisky y llenarles los bolsillos de dólares, porque son tan espabilados que desprecian la moneda de su país. Vuelvo contento porque hemos conseguido lo que buscábamos. Hemos dado con la red de blanqueo de dinero más importante del mundo. Ya te daré datos cuando comencemos con las detenciones. Están implicados un par de bufetes de abogados de relumbrón, de esos a los que tanto me gusta hincarles el diente, y varios políticos de mediana importancia.

En otras circunstancias, Juan no habría pasado de puntillas sobre esa superexclusiva, pero seguía obsesionado con la suerte que había podido correr el cadáver de Amparo. Enrique tampoco esperó a los postres para entrar en materia.

—Por cierto, la historia de la anciana huele muy mal y, ciertamente, no es a formol de forense. El cadáver ha desaparecido y nadie sabe dónde ha ido a parar. Aquí tengo el informe que me ha pasado El Peque y, por cómo está montado el *operativo*, me da el *pálpito* que detrás están los «*Cecilios*».

«*Cecilios*» era el calificativo que solía utilizar Enrique para referirse a algunos agentes del CESID. No ocultaba su desprecio hacia esa raza de espías españoles y, muchísimo más, si procedían del Cuerpo Nacional de Policía. El comisario esgrimía una teoría sobre los espías que pocas veces le había fallado: «Esta gente se dedica a crear problemas para después resolverlos ellos mismos. Así quedan como Dios ante el gobierno. Pero todo es una farsa. Todo humo».

Enrique introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó unos cuantos folios doblados. Mientras los desplegaba preguntó a Juan:

—Hay algo que no me cuadra: ¿qué valor puede tener para esa gentuza una pobre anciana que vive en El Pozo del Tío Raimundo? Creo que me ocultas algo.

—Pronto lo entenderás. Cuando te ponga en antecedentes y te enseñe el contenido

de este sobre.

El comisario leyó en voz baja las cuartillas que le había preparado su colaborador. Era un resumen de sus pesquisas, aunque aquel informe se limitaba a una sucesión de titulares.

—Te cuento: en el libro de registro consta el ingreso del cadáver de una tal Amparo Candela Fernández fallecida por inhalación de gas. No aparece por ningún sitio el informe de la autopsia del forense; alguien lo ha hecho desaparecer o no se le hizo, aunque un tal Figón jura y perjura que él lo elaboró, y se ratifica en la asfixia por gas. El cadáver, según el registro interno, fue reclamado por su hijo, un tal Pascual López Candela sobre las 21.15, pero hemos comparado su firma con la de su DNI y no se asemeja en nada. Es un garabato que habría podido hacer cualquiera, hasta tú o yo. Además, la persona que se presentó allí, según confirman los celadores, tampoco se parece en nada a la foto que les hemos mostrado de su último DNI. Es rarísimo. Hemos estado en todos los tanatorios de Madrid y el cadáver no pasó por ninguno de ellos. Tampoco se ha enterrado a esa mujer en su lugar de nacimiento, una pequeña aldea de Cáceres. Pero eso no es todo: uno de los guardias de seguridad anotó la matrícula del furgón que retiró el cadáver y resulta que es falsa, corresponde a un Peugeot 405, propiedad de un médico de Madrid. Al parecer, se la habían robado unos días antes en el garaje donde suele estacionar el coche. ¿De qué va esto, Juan? Si me has citado aquí es porque tienes más datos y porque estás muy interesado en el caso. Me conoces; a partir de ahora este asunto tan misterioso ha dejado de ser exclusivamente tuyo y pasa a ser también mío. Si buscabas eso, ya lo has conseguido.

Juan esperó a que el *maitre* tomará nota de la comanda y que descorchara el reserva de Ribera del Duero que había pedido el policía. El periodista se adelantó y escanció con esmero el tinto tempranillo en las copas bordelesas. Levantó la suya y la hizo chocar con la de Enrique: «Llegaremos hasta el final». Fue un brindis con aire de arenga castrista.

—Enrique, intuía que tus sabuesos no se quedarían indiferentes ante las respuestas del Anatómico Forense. Yo también me he hecho las mismas preguntas que tú, pero vuestras pesquisas confirman mis sospechas. A esta pobre señora la asesinaron y después presentaron su muerte como un accidente doméstico. Se deshicieron del cadáver porque se enteraron por el párroco de El Pozo que yo estaba removiendo la mierda. Desconozco cómo la mataron, pero es evidente que una segunda autopsia pondría en peligro todo su montaje. Está claro que dejaría al descubierto la verdadera causa de su muerte. Sus asesinos son unas alimañas. Tengo las pruebas para demostrarlo.

El reportero, antes de entrar en el apartado de sus pruebas periodísticas, puso en antecedentes al comisario de la Policía Judicial. Le contó pormenorizadamente la visita de la anciana a la redacción, la carta anónima que le informaba del homicidio

de su hijo toxicó mano, las imágenes de la cámara de seguridad del periódico, los números de matrícula de los coches que eran reservados, su paso por la parroquia, el allanamiento de la chabola, la llegada inesperada de los espías… Todo. No se dejó en el tintero ningún detalle. El comisario lo escuchaba atentamente, como si se tratara de la confesión de un detenido.

Juan se dejó para el final la aparición de El Ronco y cómo había jugado con él durante las dos últimas semanas. No le desveló la nota con los lugares de contactos, pero sí le mostró el recorte del diario *Pueblo* con su información sobre Stefano.

Enrique meneó la cabeza y fue directo al grano. No necesitó recordarle a Juan la escena de la Puerta del Sol de 1973, cuando le salvó la vida y Stefano comandaba a aquellos jóvenes ultras.

—Hijo de puta. Hemos estado diez años tras este tipo, pero ha sido imposible dar con él. Sabemos que se cambió la cara y que siempre recibió protección del CESID y de la CIA, pero le perdimos el rastro. En aquella época, el servicio Secreto recibía paquetes de cartulinas de DNI y pasaportes en blanco, así que actualmente puede disponer de varias identidades. Como ha ocurrido con Paesa o Amedo. ¡Stefano! ¡Cuántas veces me entrevisté con él en su pizzería de la Gran Vía! Tenía plena inmunidad. Fue un personaje clave en lo que se llamó estrategia de la tensión durante la Transición. Como el perejil, estaba en todas las salsas: Montejurra, Atocha, Batallón Vasco Español, GAL… Si como me cuentas existió una operación para secuestrar al toxicómano, Stefano no estaría muy lejos. En 1977 se marchó de España, pero me consta que a finales del ochenta y tres regresó para contratar mercenarios para los GAL. Esta gente no tiene principios. Hace cualquier cosa por dinero. Lo mismo trabaja para la UCD que para el PSOE. Tampoco debe sorprenderte. Los servicios secretos españoles han dependido siempre de las mismas personas desde que Carrero montó el SECED. Y si no, que se lo pregunten a los generales preferidos del gobierno.

—Pero, Enrique, ¿qué mensaje quiere mandarme El Ronco con este recorte?

—Está claro. Si te ha enviado este recorte es porque quiere decirte que Stefano está detrás de la muerte del drogadicto. ¿Probar un anestésico con un pobre desgraciado? Es su estilo. No tengo que avisarte de que Stefano es un tipo peligroso. No creo que se atreva a pisar España de motu proprio, pero sus jefes pueden obligarle a que regrese para que haga el trabajo sucio. Estos tipos de los servicios secretos manejan tal cantidad de fondos reservados que, seguro, ya les habrán transferido una fuerte suma de dinero en un paraíso fiscal.

—No creo que haya vuelto, porque la muerte de la anciana es una chapuza. La otra noche me topé con sus asesinos. Tenían toda la pinta de ser guardias civiles, quizá adscritos al CESID.

Juan le contó a su amigo el pánico que pasó en el plato de ducha en la chabola de

Amparo.

—Estás loco. ¡Cómo se te ocurre meterte en la boca del lobo! Te lo he dicho mil veces: eres periodista. Esto es mucho más serio, no tiene nada que ver con esas películas que te gustan de Hollywood. Te lo repito: la próxima vez me llamas a mí.

El periodista compensó su torpeza con el botín que se había llevado de la escena del crimen. Sacó del sobre la bolsita con las huellas dactilares y la foto con los tres adolescentes. Le pasó la bolsa a Enrique.

—Ahí tienes al asesino. Regresó a la casa para apretar la arandela de la goma del butano y dejó sus huellas. Sé que no tienen ningún valor legal pero, al menos, podremos saber quién es el asesino de ancianas.

—Eso de que no vale habrá que verlo. Podremos colocar estas huellas donde nos dé la gana. Es una de las ventajas de ser policía. Cuando llegue el momento las pondremos en otro escenario del crimen. Es lo más justo. Una solución para atrapar al asesino. ¡Qué más da un sitio que otro!

Entonces, Juan le acercó la fotografía. Una de esas instantáneas de color sepia y con los extremos recortados en forma de dientes. Con el tiempo, la foto había perdido calidad, pero podían apreciarse nítidamente los rostros de los tres adolescentes.

—También encontré esto en el interior de un portarretratos, escondido detrás de una fotografía.

El comisario dio la vuelta a la foto; cuando fijó en ella su mirada se atragantó con un trozo de teja de Tolosa que masticaba en aquel momento. Bebió un largo sorbo de agua y recuperó la respiración. Su frente comenzó a sudar.

—¿Qué te pasa? Has reaccionado como si hubieras visto un fantasma.

—Nada. Me he atragantado con un trozo de teja. ¿Dónde has dicho que encontraste esta foto?

—En la chabola de la anciana, encima de un aparador. El del medio es Pascualín. Lo sé porque se parece al niño vestido de primera comunión que aparecía en la foto del portarretratos. Es Pascualín, seguro.

—¿La otra foto?

—La dejé allí para no levantar sospechas. Por si volvían los sacamantecas.

—Bueno, esto me lo quedo yo. Identificaré las huellas dactilares y compararé la foto de Pascualín con la de su ficha del DNI. La foto te la devolveré cuando volvamos a quedar.

—No. No te preocupes. Ya he hecho copias.

El comisario se comprometió con Juan a compartir la información y seguir buscando el cadáver de la anciana. Antes de despedirse le advirtió que tomara todas las precauciones con El Ronco.

—No vuelvas a meterte otra vez en la boca del lobo. Acude únicamente a citas en lugares públicos. No conoces nada de ese individuo. Podría estar tanteándote para

sonsacarte lo que sabes. Yo también he utilizado el mismo sistema.

—Enrique, ¿qué hacemos con el Anatómico Forense?

—Hoy por hoy, no podemos hacer nada. No hay caso porque no hay juez, y de momento no nos interesa judicializarlo. Investigaré a los forenses. Sobre todo al tal Figón. Si tenemos suerte, podremos identificar hasta a la persona que se llevó el cadáver. ¿Recuerdas el caso Zabalza? Aquel conductor de autobuses de San Sebastián a quien unos guardias civiles torturaron hasta ahogarlo en una bañera de Intxaurrondo. Sabes que se encontró su cadáver unos días después, en el río Bidasoa. La versión oficial afirmaba que se había ahogado en sus aguas cuando intentó huir. Pero, claro, como en realidad había muerto en una bañera con agua potable, los forenses no encontraron ni en sus pulmones ni en la sangre diatomeas, unas algas unicelulares microscópicas que viven en el río. Para el contraanálisis, exigido por la familia del muerto, el juzgado de San Sebastián envió a Madrid unas probetas con unas muestras de sangre. ¿Sabes qué ocurrió? Unos tipos entraron por la noche en el Instituto Toxicológico y sabotearon las pruebas echándoles unas gotitas con diatomeas. Nadie se enteró y la prueba sirvió para cerrar el caso. ¿Te sorprende que haya desaparecido el informe de la autopsia? Si un juez llama al médico, éste insistirá en que él dictaminó la muerte por asfixia. Y punto pelota.

Enrique hablaba con fluidez y aparentaba haber recuperado la normalidad. No era así. Como buen policía era también un buen actor. Seguía noqueado desde el momento en que había visto la foto. En ella aparecía él mismo con Pascualín y otro amigo de la infancia, a quien prefirió no mencionar todavía. Se acordaba de la instantánea. Se la habían hecho un día de San Isidro en un estudio fotográfico del barrio de Tetuán. La iniciativa había partido de Pascual. Todavía recordaba las palabras que había empleado para convencerlos: «Sois mis hermanos y quiero teneros siempre cerca de mí». Sólo pensar que Pascualín era el joven toxicómano que habían usado como cobaya humana hizo que se le revolvieran las tripas. ¿Y su madre? Aquella señora de la portería, tan amable y que muchas tardes les preparaba la merienda, asesinada. El comisario juró que la doble muerte no iba a quedar impune, aunque tuviera que enfrentarse a todos los poderes del Estado.

Recordó la sala de billares de Cuatro Caminos, junto al cine Cristal, donde durante muchos años los tres habían pasado las tardes de los sábados haciendo carambolas o jugando al futbolín. A Pascualín, el más joven y débil de los tres, siempre pegado a las faldas de su madre, se le aventuraba un futuro muy negro. Él, en cambio, tenía decidido enrolarse en la Policía Nacional. El otro amigo se inclinaba por la carrera de armas. Las dos vocaciones profesionales se debían a la influencia familiar. Pertenecían a familias franquistas, como casi todas las del barrio, ya que aquellas casas se habían entregado a afectos al Movimiento Nacional.

Enrique se había erigido en el protector de Pascualín y éste en su fiel escudero y

en el chico de los recados del vecindario. El padre de Pascual era el portero de la finca y su madre fregaba la escalera y el portal. Todas las vecinas lo apreciaban porque jamás salía un no de su boca. «Pascualito, tráeme media barra de hielo», y allí que iba el chaval a la fábrica de hielo con un cubo. «Pascualito, se me ha olvidado la sal en el mercado», y allí que iba Pascualito al puesto del señor Ramón, en el mercado de Maravillas. Así se ganó el cariño de todas las madres del edificio y unas cuantas perras gordas para pagarse el cine o los billares. Pascualito tuvo que abandonar la portería tras la muerte de su padre y se fue a vivir con la señora Amparo a una chabola de El Pozo del Tío Raimundo.

De repente, un escalofrío recorrió el cuerpo del comisario. ¿Y el tercer amigo de la foto? ¿Sabría algo del operativo del secuestro? Durante años había sido el jefe de la AOE, el grupo de élite de los servicios secretos españoles, así que parecía poco probable que estuviera al margen de la misión que le había costado la vida a Pascual. La amistad entre el policía y el militar se había enfriado. Como en los mejores guiones cinematográficos, una mujer se cruzó en el camino. Y lo peor: fue el amigo quien se la arrebató a Enrique. Le dolía que la hubiera apartado de él por sus juegos de espías, no por amor. Pero como el tiempo cauterizaba las cicatrices, Enrique logró olvidar aquel desengaño. En los últimos diez años había coincidido con él en un par de recepciones oficiales, pero le había evitado. En realidad, el distanciamiento se debía a razones morales y profesionales. En esa década, Enrique llegó a escuchar las acusaciones más execrables que pudiera imaginar contra su compañero de adolescencia. Se resistía a darles crédito, pero como buen investigador, tuvo que inclinarse ante la evidencia de las pruebas. Su amigo, desde la unidad más corrupta de los servicios secretos, se había convertido en un matón de la guerra sucia.

El periodista respetó por un instante el estado ausente en el que se había sumergido el policía, pero volvió a la carga. No podía disimular su indignación.

—¿Quieres convencerme de que esa gente es intocable y que va a salirse con la suya?

—Para nada. Sería lo último que haría en esta vida. Pero mi trabajo en la policía me ha enseñado a manejar bien los tiempos. No hay nada que más desprecie que a un funcionario corrupto que se toma la justicia por su mano, que aplica con saña la lección bíblica del ojo por ojo y diente por diente. Jamás justificaré el crimen de Estado, aunque los sacrificados sean alimañas de ETA. Sobre todo porque, en definitiva, todo se debe a un sucio montaje. Han convertido el terrorismo en un asunto personal. Matan a terroristas para mantener su ritmo de vida. A ese negocio lo llamo «el timo del Norte». El sablazo del País Vasco.

Enrique comprendió que se enfrentaban con un enemigo muy peligroso, y así se lo hizo saber a Juan. Dudó hasta de si podían estar grabando aquel encuentro. Hincó sus ojos en las caras de los comensales próximos a la mesa y le provocó desconfianza

una pareja de tortolitos que hacían manitas con mucho descaro.

10

California. Jueves, 8 de junio de 1995

El recorrido por carretera entre San Francisco y Los Olivos, cerca de Santa Bárbara, era mucho más largo que desde Los Ángeles, pero su contacto había insistido en encontrarse con él en el hotel Marriott de la zona aeroportuaria de la ciudad del Golden Gate. Jacinto Milans, conocido en el servicio secreto por el nombre de guerra de Arturo, se mostraba contrariado porque el punto de encuentro podría haber sido el aeropuerto de Los Ángeles y desde allí por la 101, en una hora, habrían podido llegar a su destino: Santa Bárbara. En cambio, la solución escogida le obligaba a recorrer cuatrocientos kilómetros y a viajar en automóvil más de cinco horas. Desde el aeropuerto de Chicago, adonde había llegado desde Madrid en un vuelo directo de Iberia, podía haberse desplazado hasta Los Ángeles a la misma hora en otro vuelo. Todo mucho más cómodo. Pero su amigo Donaldson era así de complejo. «¿Por qué San Francisco? No tiene sentido. Ya me lo explicará», se convencía a sí mismo para no enojarse más, mientras el avión bajaba el tren de aterrizaje.

Arturo, como buen espía, conocía por deformación profesional que, en las operaciones secretas, los agentes estaban perdidos cuando medían el tiempo. La precipitación había sido el peor enemigo de muchas de sus misiones; incluida la que había motivado un viaje tan largo a Estados Unidos. El militar español había cumplido los cincuenta y cinco pero era uno de esos hombres que, a pesar de la edad, conservan un aspecto físico inmejorable: alto, delgado, musculoso, piel sonrojada y cabello intacto pero con canas, cortado a navaja. El estereotipo de un hombre apuesto que podía pasar por un banquero de la City londinense. Vestía un traje Hugo Boss de color azul cobalto, camisa de sport Façonable, sin corbata, y zapatos Sebago de color negro y con unas borlas colgando. Portaba una pequeña bolsa de viaje de piel, lo que indicaba que su estancia en California iba a ser corta. Su Rolex en la muñeca izquierda y una estilográfica Mont Blanc 149 Meisterstück en el bolsillo de la chaqueta delataban sus gustos caros y exclusivos. Caminaba encorvado y escorado a la derecha por las secuelas de una herida en un muslo. Años atrás, le había alcanzado una bala perdida en un tiroteo con terroristas de ETA en una pequeña localidad pirenaica francesa.

Desde que se licenció en la Academia Militar, había estado destinado en los servicios secretos españoles. Primero, en la OCN y el SECED, en la época de Carrero Blanco, del que fue uno de sus fundadores en 1972, y después en el CESID, los servicios secretos de la democracia, creados en 1977. En el CESID tuvo una carrera meteórica. Fue escalando posiciones hasta convertirse en jefe de la Agrupación de Operaciones Especiales (AOE) en 1983 y, más tarde, tras una serie de exitosas

misiones, secretario general, cargo que ocupaba en aquellas fechas.

Pero su desplazamiento a Estados Unidos era extraoficial y respondía a un asunto sórdido del pasado. Por todo ello, para no dejar pistas, viajaba con una identidad falsa. En el pasaporte que había mostrado a los agentes de aduanas se hacía llamar Jorge Punset Pujol, unos apellidos genuinamente catalanes, para no tentar a los ordenadores estadounidenses. No sería la primera vez que un agente del CESID se enfrentaba con las autoridades norteamericanas a raíz de que los funcionarios de inmigración confundieran sus apellidos con los de un narcotraficante colombiano. En cierta ocasión la confusión había malogrado una operación contra el blanqueo de dinero. El delincuente al que acosaban, miembro de una red internacional, logró librarse de sus perseguidores y salir del aeropuerto de Nueva York. Entretanto, el policía español permanecía retenido en el control de inmigración; lo registraron de arriba abajo, con la contrariedad de que no podía decir quién era. Desde entonces, los espías españoles, cuando viajaban a Estados Unidos, lo hacían siempre con documentación falsa. Arturo era quien menos podía arriesgarse a pasar por ese trance. Sobre todo, porque su misión era secreta y a espaldas de la dirección del CESID.

Tras el control de pasaportes en inmigración que, afortunadamente, ese día fue rápido, se subió a un tren monorraíl, que conectaba todas las terminales, y se trasladó a la número 2. Desde allí tomó un autobús lanzadera que lo dejó en la misma puerta del hotel Marriott, en Millbrae Avenue, en una zona hotelera a tan sólo un par de kilómetros del aeropuerto internacional de San Francisco. No estaba dispuesto a discutir con un taxista por una carrera tan corta.

Era tarde, para el horario estadounidense, cerca de las diez de la noche, pero su amigo lo esperaba para picar algo. Hacía más de diez años que no se veían, y la ocasión merecía un par de copas. En el mismo hotel, sentados en la barra de la cafetería, degustaron unos excelentes *sushi* y *sashimi* japoneses, regados con un buen *pinot noir* de Napa Valley. Donaldson optó por uno de las bodegas Mondavi, el patriarca de los vinos californianos. El *pinot noir* era una variedad de uva tinta poco conocida por Arturo, un aficionado a los buenos caldos, porque en España apenas había producción. Pero su paladar distinguió un toque fino a frutas rojas y negras. Valía la pena descubrir nuevos sabores y olores. El oficial era un sibarita de la buena mesa.

—Eres de piñón fijo, Arturo. Siempre con tu tempranillo nacional. En este corto viaje beberás de todo menos riojas y riberas. Vas a probar otras variedades californianas, de cepas importadas de Francia. El *pinot noir* es originario de Borgoña y es una de las vides que se usan para conseguir el buen champán. En España se cultiva muy poco. Es un vino bajo en taninos, fresco y muy suave. Si te fijas en su color comprobarás que posee una luminosidad especial, un tono a teja roja.

—No está mal, pero a falta de un tempranillo, prefiero un merlot o un cabernet.

Arturo demostró un conocimiento atinado de los buenos caldos.

—Ya te lo decía en Vietnam cuando nos conocimos: los españoles sois una raza de tradiciones y costumbres. ¿Quieres que te diga la verdad? A mí también me gusta el tempranillo, pero aquí es difícil encontrar un Pérez Pascuas Gran Reserva, un Pingus o un Vega Sicilia. Palabras mayores.

¿Vietnam? Donaldson había mencionado el nombre del país fetiche para Arturo. Sin quererlo, por un simple comentario coloquial, lo había empujado hacia el túnel del tiempo. Sabato, en su libro El túnel, había escrito para reflejar la soledad del pintor Juan Pablo Castel: «En todo caso había un solo túnel oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida». Arturo llevaba deambulando más de veinte años por ese corredor oscuro de la memoria. El español se teletransportó a la maltrecha pista de hormigón del aeropuerto de Saigón. Se veía, allí, una mañana de finales de mayo de 1971, bajando la escalerilla de un Hércules del ejército español, con un petate militar en la mano. ¡Qué diferencia! ¿Cuántas vueltas había dado la noria de su vida desde entonces? Se concedía un aprobado en el balance entre lo bueno y lo malo, pero aquella profesión que había escogido le había obligado a tomar decisiones cruentas. Arturo era un tipo frío, pero de fuertes convicciones morales. Para él, con una atávica formación militar, sólo la razón de Estado podía justificar desviaciones éticas. Un militar era uno de esos patriotas que sacrificaban los derechos humanos por la seguridad de su país. Su patriotismo lo había llevado a participar en operaciones de guerra sucia y había ordenado asesinatos a sangre fría. No tenía que superar secuelas ni remordimientos porque, para él, el mejor terrorista era el terrorista muerto. Esa filosofía vital fue la que le unió con Donaldson, un agente de la CIA a quien conoció cuando llegó a Vietnam en mayo de 1971.

Los recuerdos del pasado dejaron atenazado a Arturo. Una vez más se le venía a la cabeza la imagen bifronte de Jano. Aquel dios de la mitología romana que tenía dos caras: una mirando hacia el pasado y otra hacia el futuro. La figura del dios romano marcaba la vida de Arturo tanto o más que su aventura vietnamita. Para lo positivo, pero también para lo negativo. No sólo respondía a la mitología, sino que daba nombre a un gran secreto de Estado. Su descubrimiento podía hacer añicos los cimientos de la joven democracia española.

Se reencontraba con Donaldson en California después de diez años sin noticias del agente de la CIA. El militar estadounidense era el maestro que le había inoculado en la sangre el virus del espionaje. Sin su influencia, a la vuelta de su misión en Vietnam, habría acabado posiblemente de capitán en un cuartel o en el Estado Mayor del ejército. El poco más de un año que estuvo bajo las órdenes de Donaldson en Saigón, la capital del entonces Vietnam del Sur, fue todo un curso acelerado de cómo interrogar al enemigo. Siempre le estaría agradecido, como cuando lo necesitó en

España, en 1983, y acudió en su ayuda. Pero ésa era otra larga y compleja historia, para recapitular y analizar en otro momento.

11

Vietnam. Jueves, 27 de mayo de 1971

Arturo escuchaba los motores de los aviones que sobrevolaban el aeropuerto de San Francisco, pero su mente lo había situado en el destartalado aeródromo de Saigón. Allí estaba, con su petate, de pie, en una pista que había sido reconstruida una y cien veces a raíz de los sabotajes de los guerrilleros del Vietcong. ¿Qué hacía un madrileño del barrio de Cuatro Caminos en una guerra tan lejana, en Extremo Oriente? Estaba allí por una excentricidad del régimen franquista. El gobierno de Franco respondió a la solicitud de ayuda de sus aliados estadounidenses y, en el marco de los acuerdos de la Oficina de Asistencia Militar del Mundo Libre, decidió enviar a Vietnam del Sur una treintena de médicos y enfermeros para dar cobertura sanitaria en un hospital del delta del Mekong. La primera avanzadilla, compuesta por diez militares médicos, llegó al sur de Saigón el 8 de septiembre de 1966. Arturo se sumó a aquella misión cinco años más tarde. Él nada tenía que ver con la medicina, pero los incipientes servicios secretos españoles de la Organización Contrasubversiva Nacional (OCN), el órgano precursor del SECED, lo infiltraron en aquella delegación para que aprendiera de la CIA cómo obligar a confesar a los enemigos de la patria. Estaba destinado en el hospital de Go Cong, a 48 kilómetros de Saigón, pero pasaba todo el tiempo como enlace español en el cuartel general de la CIA. Su misión fue tan enriquecedora, que sus superiores decidieron que siguiera unos meses más en la capital sudvietnamita cuando el resto de los militares españoles abandonaron el país a finales de 1971. Permaneció en Vietnam del Sur hasta finales de 1972. Cuando regresó a España, la OCN había desaparecido y sus superiores le habían dado de alta en un nuevo organismo de información, el SECED, también dirigido por el teniente coronel San Martín. Pronto comprendió que el cometido del nuevo centro de espionaje era mucho más ambicioso y contaba con más medios materiales y humanos. Un buen futuro profesional para un militar ambicioso.

Arturo aterrizó en suelo vietnamita en la recta final de la guerra. En aquellas fechas, el ejército norteamericano había pasado de 550.000 a 139.000 soldados. El Pentágono había diseñado una estrategia de retirada. La guerra estaba perdida y los guerrilleros del Vietcong cada vez eran más fuertes. En una primera etapa convivió con el resto de los españoles en un viejo edificio colonial francés, pintado de amarillo, en Go Cong, en una zona pantanosa del delta del Mekong. Sobrevivir allí ya era todo un éxito: 40 grados de temperatura y un 90 por ciento de humedad. Pero Arturo, por su estatus especial, podía hacer uso de todos los servicios de la administración estadounidense: residencias en la capital Sai’gón, economatos, uniformes de campaña del Tío Sam… Disfrutando de esos lujos comenzó a

comprender por qué los gringos iban a perder la guerra: «Hamburguesa de buey de los prados americanos y Pepsi fría, mientras los *charlies* sobreviven con un cuenco de arroz al día». Arturo tenía acceso gratis a los uniformes de campaña norteamericanos, menos pesados y de mejor calidad que los españoles, pero ya se cuidaba él de lucir el caqui de paño zamorano. Era todo un seguro de vida. Los vietnamitas respetaban a los españoles. Esa fraternal relación los llevó a bautizar un puente de Go Cong como: Tây Ban Nha. «Es-pa-ña», en vietnamita.

Donaldson parecía mayor de lo que era. Había cumplido cuarenta y cinco años, pero aparentaba más de cincuenta. Era la herencia de una dura carrera militar. No había tenido descanso desde que se enroló en el ejército con tan sólo dieciocho años, poco antes de que acabara la Segunda Guerra Mundial. Había dejado su huella en Alemania, Corea del Norte, Cuba, Argentina, Nicaragua, Panamá, Vietnam…

Donaldson reconoció a Arturo por su uniforme del ejército español. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó al joven oficial.

—Qué tal, amigo —saludó extendiéndole la mano—. ¿Eres tú el brillante oficial que nos han enviado de Madrid? Puedes contar conmigo para lo que sea. Me gusta todo de España: su comida, sus gentes, los toros. Todo. Todo lo que ha hecho a lo largo de la historia por la civilización occidental. Admiro a Franco por haberle dado una patada en el culo al comunismo. ¿Cómo te llamas?

Arturo, sin mediar palabra, tenso y en posición de firme, le tendió con la mano derecha la carta de su jefe.

—Te llamas… Arturo. Bien, Arturo. Te llamaré Arthur. Aquí vas a aprender mucho. Con tanto *charlie*, tenemos materia prima de sobra. Arthur, relájate. ¿Te sorprende mi buen español, tan americanizado? He vivido en casi todos los países de Sudamérica y Centroamérica y también he estado varias veces en tu país. Tu presencia aquí me servirá para practicar un poco mi olvidado castellano.

Donaldson mostraba ante el oficial español su faz amable. Pero se debía a una actitud protocolaria. En el ejército del Tío Sam se había labrado una imagen de personaje sanguinario. Sobre todo por los métodos que utilizaba en sus interrogatorios. Tenía fama de carnicero. El agente de la CIA usaba con destreza el bisturí y las tenazas para arrancar a los detenidos „ información de los movimientos del Vietcong; tanta como dientes saltaban. Además, Donaldson amenizaba sus *performances* con música enlatada de The Doors. Su canción preferida era «This is the end, my only friend» («Éste es el final, mi único amigo»). Milans tuvo la oportunidad de comprobarlo por sí mismo.

«Éste es el fin, mi único amigo. Éste es el fin, mi único amigo, el fin. De nuestros elaborados planes, el fin. De todo lo que se tenga en pie, el fin. Sin seguridad o sorpresa, el fin. Yo nunca miraré dentro de tus ojos. Otra vez».

Donaldson cantaba a dúo, tarareando la letra de la canción, con Jim Morrison, el

líder de The Doors, que había fallecido unos meses antes por una sobredosis de droga.

—Este cabrón de charlie no dice ni mu. No hay manera de que le arranque una palabra entendible. Sólo los dientes. Envidio a este pequeño amarillo. Sabe que va a morir pero prefiere irse al otro mundo con dignidad, antes que suplicar clemencia de rodillas.

Se dirigía a Arturo porque intuía, por sus silencios, que el joven madrileño compartía sus métodos. Cada vez que coincidía con el militar español en el potro de tortura, se esforzaba por mostrar la cara más pedagógica del viejo espía. Donaldson siempre encontraba argumentos para justificar unos métodos tan expeditivos. El militar español seguía con su máster. Su profesor era el número uno en la materia. Algo que no tenía precio.

—Arthur, eres un privilegiado. Vas a asistir a algo revolucionario. Ya no tendremos que acudir a ningún potro de tortura como hacía la Inquisición en tu país hace siglos. La tortura a los herejes y los métodos de la Inquisición han sido un legado de España a Occidente. ¿Sabes que un tal Rodrigo, que llevó a Europa las hojas de tabaco, fue torturado por los inquisidores porque su mujer lo delató cuando lo vio masticar el tabaco? Los frailes del Santo Oficio sí eran unos sanguinarios. Comparados con ellos, nosotros somos unos principiantes. Jamás se me ocurriría quemar a nadie vivo. ¡Qué horror! Podría asegurarte que mis interrogatorios son en defensa propia. En defensa de mi patria. Lo único que pretendo es obtener información para salvar las vidas de jóvenes de Wisconsin, Carolina o Minnesota. Aquí mueren como chinches en emboscadas que preparan estos hijos de puta que conviven con nosotros y se mueven por túneles que hacen bajo tierra. Nuestra misión es impedirlo. Sólo me importan ellos; lo demás es una mierda, como esta sala. Yo les aprieto y, si no hablan, pues se quedan en el mismo sitio. Defensa propia.

Arturo escuchaba en silencio con cierto desconcierto. Una sonrisa forzada delataba su admonición. Jamás había asistido a un ejercicio de tanto cinismo. Pero Donaldson, que no estaba allí para obtener la aprobación de nadie, seguía ensimismado en su discurso.

—Sí, una mierda. Mierda, mierda, mierda… ¿O en España no sabéis qué es una mierda? No te hagas el puritano. Habéis ganado una guerra al comunismo. Y habéis fusilado, a sangre fría, a miles de activistas rojos. Eso es otra mierda. Mierda, mierda, mierda. Arthur, vosotros los españoles sois un pueblo raro. Mira que os conozco de mis andaduras por Sudamérica. Sois una de las naciones más antiguas del mundo y de mayor abolengo, desde la gran obra de los Reyes Católicos, pero débiles. Voy a contarte lo que en cierta ocasión me confesó el general Camilo Alonso Vega, creo que entonces era ministro de Gobernación en tu país: «Los españoles —me dijo— son el pueblo más ingobernable del mundo». ¿Tenía razón?

Sin tiempo a que Arturo abriera la boca, algo que no se le pasaba por la imaginación, Donaldson continuó con sus pobres conocimientos de historia, construidos a retazos en sus largas estancias en países sudamericanos y en una decena de viajes que había realizado a Madrid cuando España y Estados Unidos potenciaron sus relaciones diplomáticas a principios de los años sesenta. El agente de la CIA había formado parte de las diversas delegaciones porque hablaba un español sudamericanizado, pero muy aceptable. Algunos de los giros lingüísticos, la fonética y los vocablos utilizados delataban su paso por Argentina, Panamá, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Cuba…

Para Jacinto Milans, aquélla era su primera misión secreta desde su ingreso en los servicios de información. El joven oficial desconocía que también era el comienzo de una larga vida entre bastidores. Antes de su partida, el mismísimo teniente coronel San Martín, el director de la OCN, lo citó en su despacho del antiguo edificio de Colonias, situado en la avenida del Generalísimo, 5, para despedirse. Las palabras del director del primer servicio secreto español seguían grabadas en su memoria.

—Hijo, conozco a tu padre y sé que no nos decepcionarás. Esta es una misión importante. La primera misión del régimen fuera de España desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Ahora, el Caudillo nos ha pedido que ayudemos a los americanos en su lucha contra el comunismo vietnamita. Nuestra contribución es humilde, pero no debemos perder la oportunidad para aprender de quienes van a ser nuestros aliados.

La soflama de su director, elegido personalmente por el mismísimo Carrero Blanco para espiar a políticos antifranquistas, líderes universitarios y sindicalistas, condicionaba sus impulsos. No podía fallar ni decepcionar a sus anfitriones yanquis.

Por fin, Arturo asistía al gran momento como si se tratara de la actuación de un ilusionista: el uso de una droga para perfeccionar los interrogatorios a vietnamitas. Donaldson le había adelantado poca cosa, pero no había olvidado las referencias a algo conocido como «suero de la verdad».

—Aquí tienes, Arthur, el infalible suero de la verdad.

Las palabras de Donaldson provocaron en Arturo una reacción de perplejidad. Sus gestos delataron la bisoñez del joven agente español. No pudo ocultar que desconocía la más elemental información sobre aquella sustancia tan importante para el agente de la CIA. Nadie en la Academia Militar ni en la sede de la OCN le había preparado para ese momento. Lo disimuló, asintiendo con un movimiento de hombros.

—Perdona. ¿Confuso? Sí, suero de la verdad. Como el de los hospitales, pero con otra fórmula. Unas gotitas de este líquido en las venas y no puedes resistirte a sus efectos. Cantas hasta los lápices que robaste a tu compañero de pupitre. Y si te resistes, una nueva inoculación puede dejarte tieso y llevarte al otro mundo a hacer

compañía a Lenin y hasta al mismísimo Tío Ho. ¿Sabes lo que significa Ho Chi Minh? «El que ilumina». Pues bien, este suero más que iluminar, obnubila.

Arturo, mientras escuchaba otra perorata del agente, fijó su vista en una especie de fundas de látex que protegían varias jeringuillas y unas ampollas dentro de una caja de latón plateado. Le llamó la atención que los frascos no presentaran ninguna etiqueta con alguna inscripción farmacéutica.

Como la terminología «suero de la verdad» no le había quedado muy clara, preguntó a Donaldson:

—¿Qué contienen esos frascos?

—Ya te lo he dicho: suero de la verdad. Así llamamos en el espionaje al pentotal. No deberías haberlo visto, y tampoco estoy autorizado a darte más datos. Pero, para qué tanto misterio. ¿No somos amigos y aliados?

Donaldson desveló sin remilgos los secretos de aquel cofre; se colocó unos guantes de silicona, retiró de una aguja un plástico protector y la introdujo por el tapón de goma de uno de los frascos.

—Pero ¿qué líquido contienen esos frascos? —insistió Arturo, cuya curiosidad podía más que la discreción que debía adoptar todo espía.

En su caso, Arturo todavía era un proyecto de agente secreto. Un novato que tenía el privilegio de obtener una lección magistral del agente más laureado de la CIA.

—Esto es pentotal. O tiopentato de sodio, en su acepción más científica. Es un barbitúrico que fue descubierto en los años treinta por dos químicos de los laboratorios Abbott. En un principio se usaba como anestésico y también para comas inducidos en el campo de la medicina. En mi país, mezclado con cloruro de potasio y bromuro de pancuronio, se utiliza también de inyección letal, como sustituto de la silla eléctrica, para los condenados a muerte. Provoca un coma rápido y la muerte por parada cardiorrespiratoria. Pero nosotros, en la CIA, hemos desarrollado una fórmula más perfeccionada que, en dosis moderadas, sirve de agente sinóptico. Los químicos aseguran que produce en el cerebro humano un deterioro en la actividad superior cortical, la que se utiliza para elaborar las mentiras. Entonces se pensó que podía servir para los interrogatorios. Los científicos convinieron que la mentira requería un proceso más complejo para el cerebro, mucho más que la verdad. Por ello, concluyeron que, si se manipulaba esa zona, brotaría del individuo, inconscientemente, la verdad en lugar de la mentira. Al menos, ése es el planteamiento teórico; ahora falta que se cumpla y que nos sea útil para los interrogatorios. Me han elegido a mí para experimentarlo sobre el terreno. Porque aquí no nos faltan cobayas para probar. Ya te lo diré dentro de unos minutos. Donaldson tomó un poco de aire y continuó: —Antes del pentotal se había intentado obtener resultados con el etanol, por medio de bebidas alcohólicas, pero los interrogados se emborrachaban sin más. El aserto popular de que los borrachos no

mienten resultó cierto a medias. En los años cincuenta también se echó mano de otra droga que se llama escopolamina, similar a la acetilcolina de nuestros neurotransmisores, pero producía efectos alucinógenos. Obteníamos una verdad contaminada, ya que los interrogados sufrían alucinaciones y aquello restaba credibilidad a sus respuestas. Ahora hemos puesto grandes esperanzas en el pentotal.

La fórmula mortífera tenía su historia. El *Army Medical Center* de Michigan llevaba varios años estudiando en sus laboratorios un suero de la verdad para uso militar junto con fármacos inhibidores antiviolencia. La CIA los había solicitado al Pentágono y se habían destinado fondos para ello. Vietnam, por fin, iba a ser el patio de operaciones y los del Vietcong las cobayas humanas. Donaldson se sentía un privilegiado porque habían confiado en él para probar los efectos del pentotal en los primeros interrogatorios. Las primeras dosis en personas humanas. El agente debía evaluar si la pócima secreta era válida para abrir la mente de los enemigos.

—Arthur, no voy de farol. Te preguntarás si este tío es un bravucón trastornado por su ego. Pues, no. Se han fijado en mí porque llevo veinte años metido en este experimento. Tras la entrada de los rusos en Berlín, yo fui quien sacó de Alemania a los químicos nazis que habían experimentado con fármacos con los judíos en los campos de concentración. Los llevé a Argentina y Paraguay y, desde allí, cuando cesaron los efectos del juicio de Nuremberg, los coloqué con identidades falsas en universidades y centros de investigación de mi país. Hoy son unos prestigiosos científicos de quienes nadie conoce su pasado en las SS.

Donaldson era todo un veterano de la CIA. Había participado en su constitución, tras ser rescatado de la Agencia de Servicios Estratégicos (OSS). Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial era un adolescente, pero recién cumplidos los dieciocho años se alistó en la unidad de paracaidismo. Su jefe, el mismísimo Allan Dulles, uno de los fundadores de la OSS, el primer servicio secreto norteamericano, pronto se percató de que reunía cualidades para espiar al enemigo. Fue destinado a la división más peligrosa, aquella en la que sus soldados saltaban desde el aire y se infiltraban tras las líneas enemigas. Donaldson, además, hablaba alemán con acento de Baviera, región en la que había nacido su madre. Tras la guerra fue destinado a la base de Berlín para participar en la operación Nibelungo. Washington no podía consentir que los cerebros más dotados de la Alemania nazi cayeran en manos de los rusos, por lo que la OSS recibió la orden de la Casa Blanca de trasladar a América a los científicos más importantes, al margen de su execrable pasado nazi. El sanguinario doctor Mengele, que había experimentado en los campos de concentración con fetos y con mujeres judías embarazadas, fue trasladado en secreto a Brasil y, desde allí, a Paraguay. Debido a sus antecedentes, Mengele no podía pegar el salto a Estados Unidos, pero otros acabaron en Chicago y Washington. Fueron los casos de los doctores Muller y Fisher, que pronto comenzaron a trabajar clandestinamente para la

CIA en un experimento de guerra bacteriológica con el virus de la viruela. Donaldson los convenció para que les elaboraran una droga que pudiera suplir los duros interrogatorios. Él los denominaba físicos, para eludir la palabra tortura. Su solicitud a los científicos resultaba muy convincente.

—Necesito algo que sea tan expeditivo como la penicilina o la insulina. Que, de un simple pinchazo, con una dosis de unos miligramos obligue a nuestros irreductibles y aguerridos enemigos del Vietcong a decir la verdad sin el uso de la fuerza. La mayoría prefiere morir antes de delatar a sus comandos. Nosotros somos de inteligencia, no carniceros.

Era uno de los muchos eufemismos que camuflaba el vocabulario del agente de la CIA porque, finalmente, logró que le enviaran su juguete mortal a Vietnam. Arturo estaba allí para dar fe, en un mugriento y pestilente sótano de un antiguo edificio colonial francés, de cómo su amigo americano manejaba el potro de tortura.

Donaldson se giró y se puso frente a uno de los detenidos: un joven guerrillero del Vietcong. Le quitó una venda que cubría sus ojos y lo miró con displicencia.

—Amigo, eres un privilegiado. Vas a ser el primero en probar esta pócima. Entre nosotros la llamaremos «suero de la verdad». Además, hoy me siento generoso. Si funciona contigo y cantas, te prometo que no sufrirás.

Mientras hablaba con el detenido, el agente agitaba con su mano derecha un frasco. En su base se podía leer unas diminutas letras: «Army Chemical Center. Michigan». Y antes de acabar la última frase ya había estrangulado su bíceps con una goma, al tiempo que introducía media aguja en su antebrazo. Le costó, ya que el torturado se resistía, rígido como un cadáver.

Esperó unos segundos sin perder de vista la jeringuilla mientras la droga provocaba alguna respuesta. Donaldson sabía poco de sus primeros efectos y mucho menos de los secundarios. Era la primera vez que presionaba el émbolo de plástico con ese líquido. Sus amigos los científicos habían practicado pruebas con ratones, pero con dosis menores y controladas. Para uso anestésico se solía suministrar entre 3 a 7 mg por kilo, pero Donaldson acababa de inyectarle el doble a voleo. Y lo peor: como si se tratara de un vendedor de un colmado, le añadió unos miligramos de más.

Sin apenas tiempo para reaccionar, se le nublaron los ojos al guerrillero y comenzó a escupir espuma por la boca. Su cuerpo inició una serie de espasmos mientras su corazón latía a una velocidad de vértigo. Donaldson lo zarandeaba con fuerza para compensar aquel baile de convulsiones, pero no obtenía ninguna respuesta.

Arturo se detuvo tras hacer un ademán de acercarse al potro de tortura. Mientras, el agente Donaldson le dio varios golpecitos en la cara al guerrillero.

—No finjas, cabrón. Vas a morir igualmente. Dime: dónde está oculto el comando que colocó ayer la bomba en la rué París. Dónde. No te me vayas. Aguanta.

De repente dobló la cabeza hacia delante y cesaron las convulsiones. Donaldson giró la cabeza y se fijó en Arturo.

—Será hijo de puta. Se le ha partido el corazón. Ya me advirtieron que un exceso podía provocar una bajada de tensión por la depresión de la contractilidad del miocardio.

Y se quedó tan pancho.

El español se esforzó por ocultar su sobresalto. Era un agente secreto, pero nunca había visto morir a nadie. Contuvo su ansiedad mientras balbucía unas palabras casi ininteligibles: «Ha sido un accidente. Ha fallado la dosis». Aunque le habría gustado más espetarle: «Maldito carnicero. Te has pasado con la dosis. Asesino».

12

California. Jueves, 8 de junio de 1995

A Arturo le habría gustado tomar al menos un tramo de la famosa carretera 1, que bordea la costa del Pacífico, pero Donaldson le recriminó que no estaban allí para hacer turismo. Eran las siete de la mañana y habían quedado a mediodía con su contacto en el valle de Santa Inés, cerca de Santa Bárbara. Para llegar lo antes posible, la mejor opción era tomar la autopista 101. Les separaba una ruta de 500 kilómetros y cerca de seis horas de coche. Donaldson se conocía de sobra el camino, así que se acomodó en su Chrysler Voyager. Puso el limitador de velocidad a 70 millas y tomó rumbo a San Enrique por la 101.

—Duerme un rato, Arthur. Estarás reventado del viaje de ayer. Y no digamos con el cambio horario. En España descansarías en tu cama a estas horas.

El español aprovechó el momento para hacerle la pregunta que no se atrevió a plantearle la noche anterior.

—¿Por qué me has citado en San Francisco y no en Los Ángeles? A ti te daba lo mismo volar desde Washington y nos habríamos ahorrado este largo e incómodo viaje.

—Amigo Arthur. Las cosas no se hacen porque sí. Ya me conoces. Si hemos quedado en San Francisco será porque existe una fuerza mayor: desde hace unos cinco meses me he trasladado a vivir a Napa Valley. He comprado cerca de Calistoga una bodega con unos viñedos de treinta acres de uvas sangiovese, merlot y cabernet. Multiplica por cuatro mil y tendrás los metros cuadrados: 120.000. Lo suficiente para empezar. Es un lugar apacible, con una casa señorial de hace más de cien años, lo ideal para una tranquila jubilación después de una larga vida de miliciano a las órdenes del Tío Sam. He invertido en ello todo mi dinero. Pero vale la pena porque estoy encontrando, por primera vez, la paz interior. ¿Cómo lo llamáis en España? Ah, sí. El descanso del guerrero. Eres la segunda persona, después de Stefano, que conoce mi nueva situación. Y no voy a consentir que cuatro desarrapados de Madrid frustren mi plan de retirada por un desgraciado incidente de hace más de doce años. Tendría gracia que, después de una vida apoyando golpes de Estado, derrocando gobiernos, secuestrando a políticos y torturando a comunistas, lo echara todo por tierra un toxicómano medio zombi. Ahora ya sabes por qué hemos quedado en San Francisco. No me preocupa, porque confío en ti. Sé que eres una tumba.

Como no obtenía respuesta, giró la cabeza hacia el lado del asiento del copiloto y descubrió que Arturo estaba dando una cabezadita. Sintonizó una emisora de radio de las que sólo emiten música *country* y continuó su ruta por la 101.

Donaldson sólo estaba al tanto de las filtraciones sobre la muerte de Pascual.

Arturo no le había confesado la gravedad del asunto: la muerte de la madre y el giro que estaba tomando el caso en Madrid. Había dosificado la información para no alarmar a su amigo americano. Era un buen tipo y todavía no era conveniente despertarle falsas alarmas. Sobre todo porque él ya había diseñado un plan para acabar de cuajo con el problema. Donaldson leyó el primer cartel que anunciaba la cercanía de Solvang. Había conducido más de cuatro horas sin paradas, mientras contemplaba de reojo a un Arturo somnoliento, que estaba superando su *jet lag*.

—Arthur, Arthur…

Zarandeó el cuerpo de su compañero de viaje alargando su brazo derecho.

—Estamos llegando. Ya me he desviado por la carretera 246 y estamos a unas millas de Solvang. Despierta; quiero que veas algo que te va a gustar, ya que no te he dejado hacer turismo por el Pacífico.

Arturo se desperezó, se frotó los ojos y se reincorporó en el asiento. El luminoso cielo y los rayos destellantes del sol de la California estival lo cegaron por unos segundos. Donaldson ya había dirigido su Voyager por Mission Drive, una amplia avenida que cruza Solvang. Dejó a la derecha una estrecha calle de tiendas con un molino de mampostería al fondo. Casi a la salida del pueblo, giró a la derecha y se detuvo en un pequeño aparcamiento.

—¿No querías hacer turismo? Ahí tienes la Misión de Santa Inés. Un vestigio de la California que colonizaron los españoles en 1769, aunque el primer español desembarcó en estas tierras, en San Diego, en 1542. Esta misión es la penúltima de las veintiuna que construyeron a lo largo de toda la costa. Te dejo unos minutos para que le eches un vistazo. No te demores, porque deben de estar esperándonos en la hacienda.

Arturo se quedó entusiasmado con ese ventrículo español en el corazón de California. Se fijó en una torre de estilo colonial con tres campanas, coronada con una cruz. Junto a ella, una ermita con un tejado a dos aguas y el resto de la misión. En la parte lateral se conservaba el cementerio con las lápidas de los misioneros españoles.

Curiosamente, Santa Inés es la única construcción hispánica de Solvang. Todo lo contrario que Santa Bárbara, la capital del condado, que, tras un terremoto, fue reconstruida siguiendo el modelo de las ciudades andaluzas. Solvang es un pequeño pueblo, de unos cinco mil habitantes, que levantó un grupo de inmigrantes daneses en 1911.

Arturo regresó al automóvil y reanudaron el último tramo del viaje. Tan sólo estaban a quince minutos de su destino, un rancho perdido en una de las laderas del monte San Rafael. Un lugar privilegiado para el cultivo de viñedos. El contacto de Donaldson y Milans, bajo la identidad de Alfredo Biondani, se había convertido en un próspero viticultor y ganadero. Era propietario de 120 acres plantados de vides y

de una bodega con 2.500 barriles que producían anualmente 350.000 litros de vino. Además, explotaba otra granja con más de quinientos caballos y se vanagloriaba de tener un par de docenas de los célebres mustang, aquellos caballos mesteños que llevaron los conquistadores desde España a América.

—¿Ves ese cartel y ese camino? Conduce a Rancho del Cielo, la residencia del expresidente Ronald Reagan. Desde que hace un año reveló que sufría Alzheimer reside ahí con su esposa Nancy. Arthur, ése es el final que nos espera a todos. El hombre más poderoso del mundo durante una década, recluido como un anciano en un rancho. Yo, afortunadamente, ya me he preparado para esa vida en mi nueva casa de Napa Valley. En la época de Reagan debo reconocer que los servicios españoles nos hicisteis a la CIA muchos favores. Tras la invasión de Granada, desempeñasteis un gran papel en lo que la prensa española llamó Irán-Contra, la obtención de armas para los contrarrevolucionarios de Nicaragua. Sin el CESID tampoco habrían sido tan efectivos los bombardeos de Libia y el golfo de Sirta. Tu gente, que se infiltró entre los trabajadores de las empresas españolas de las prospecciones petrolíferas, se jugó el pellejo balizando los objetivos estratégicos para que nuestros cazas los bombardearan. Creo que hemos hecho un buen trabajo para la humanidad, aunque nadie nos lo agradecerá.

—Por eso, Donaldson, hay que resolver cuanto antes los asuntos pendientes. Debes convencer a nuestro hombre de que regrese a Madrid y ate todos los cabos sueltos. Cueste lo que cueste. Y no me refiero al dinero.

Jacinto Milans endosó la solución del conflicto a Donaldson porque era la única persona en el mundo que podía convencer a su colaborador para que volviera a España. El mercenario había alcanzado un excelente nivel de vida, gracias a los fondos del CESID y la CIA. A la vista saltaba lo que daban de sí los dos millones de dólares que había cobrado en 1985 para quitarse de en medio. El éxito comercial que rodeaba a Rancho Littorio se debía a esa generosa inversión hispano-norteamericana. El exagente, de origen italiano, había bautizado su villa con el nombre de un símbolo tan fascista como *el fascio littorio*. Los fasces eran un haz de treinta varas, atadas con una cinta de cuero rojo y con un hacha a su alrededor. Fue el símbolo adoptado por los monarcas romanos que se mantuvo durante la República y el Imperio. Los oficiales públicos (*littores*) llevaban los fasces al hombro. La marca de vino que había colocado el italiano en el mercado norteamericano también se llamaba Littorio. No se atrevió a reproducir el símbolo fascista en la etiqueta, pero sí reprodujo la silueta de un general romano.

Por tanto, había contraído una deuda con sus dos amigos: Arturo y Donaldson. El dinero se había transferido desde una cuenta de los servicios secretos españoles, en Ginebra, a otra en las islas Caimán, a nombre de una sociedad opaca. Era una tapadera con la que operaban desde hacía años los altos cargos del CESID. Arturo

guardaba toda esa documentación, entre otros papeles de alto voltaje, en una caja fuerte en el extranjero, cuyo paradero sólo conocía él.

Cuando Donaldson habló con el mercenario, casi telegráficamente, unos días antes para comunicarle que Arthur quería mantener un encuentro con él, el neofascista ya comprendió que no sería para recibir, sino para dar. Sucedía a menudo en el mundo de los servicios secretos: uno mismo nunca podía decidir su retirada. Estaría desaparecido más de diez años —sería un agente durmiente, como se conocía en el argot del espionaje—, con una nueva vida, pero siempre pendiente de una inoportuna llamada telefónica.

Los tres colegas se reencontraban en California una década después. Arturo se anticipó a Donaldson y saludó al amigo.

—¿Qué tal, Stefano? ¿Cómo te va?

—No puedo quejarme, gracias a vuestra generosidad.

El italiano se lanzó sobre Arturo, le estrechó la mano y lo abrazó con fuerza. Se notaba que no era un saludo forzado. La emoción aumentó cuando repitió los mismos gestos con Donaldson. Los tres compañeros de fatigas permanecieron unos minutos en el porche de la vivienda rememorando viejas batallas.

La mansión tenía unas fantásticas vistas. Al microclima del valle de Santa Inés se le sumaba una brisa refrescante que llegaba del río Santa Inés y del lago Cachuma. Fue el primer comentario que cruzó Stefano con Arturo y Donaldson cuando se saludaron. El rancho estaba situado a unos doscientos metros de la bodega y a unos mil metros de las caballerizas.

El italiano contaba con una guardia pretoriana formada por compañeros de su etapa italiana de *Avanguardia Nazionale*. Iban armados y se mantenían a la distancia que marcaba un reglamento que nadie había escrito pero que todos conocían. El servicio doméstico de Stefano había preparado un almuerzo que nada tenía que envidiar a las bacanales romanas. Todo regado con vinos de su bodega: chianti, chardonnay, pinot grigio, sangiovese, dolcetto…

Tras la comida, Stefano ofreció a Donaldson un cigarro Macanudo Maduro.

—Doy por hecho que tú sigues sin fumar, Arturo. Aquí no podemos disfrutar, como en España, de los excelentes habanos Cohíbas o Montecristo pero, en su defecto, estos Macanudos de la República Dominicana no están nada mal. Son los amos de Estados Unidos. Antes sus hojas se cultivaban en Jamaica, pero ahora la mayor parte es dominicana.

Era el momento ideal para retirarse a una estancia más reservada. Stefano los acompañó a la biblioteca, en el interior de la casa. Allí se acomodaron en unos sillones confortables. Donaldson fue quien rompió el fuego.

—Me imagino que estarás preguntándote qué hace Arturo aquí. Voy a ser muy directo: el Club Mengele corre peligro. Todos nosotros corremos peligro. Datos

confidenciales de las operaciones secretas de 1983 y 1984 han llegado a un periodista de Madrid. Alguien se ha ido de la lengua y Arturo me asegura que ellos lo tienen localizado. Nosotros por nuestra condición de hombres de Estado no podemos actuar. Tampoco la CIA ni el CESID. Tenéis que ser tú y tu gente. Hay que cortar la hemorragia lo antes posible. Se limitaría a un par de individuos. Posiblemente, con uno bastaría. Sé que llevas retirado dos años, pero esto no puede esperar, porque podemos acabar todos en la cárcel.

Donaldson hablaba con conocimiento porque era uno más del Club Mengele, como se conocía en el CESID al grupo de agentes que intervinieron doce años atrás en el secuestro del toxicómano. Sorprendentemente, el paso del tiempo en lugar de estigmatizarlo le confirió una aureola de misterio y respeto. También de recelo. En los servicios secretos Mengele era sinónimo de tenebrosidad.

Arturo permanecía callado, atento a la disertación del agente de la CIA, mientras sostenía una copa de coñac Hennessy. Asentía a cada una de las palabras de Donaldson, pero cuando comprendió que el discurso del espía norteamericano perdía fuelle decidió proseguir él.

—Stefano, el asunto se está complicando. No le he comentado nada a Donaldson. Tengo que confesaros que dos de mis hombres han hecho desaparecer a la anciana madre del toxicómano. Fue quien se puso en contacto con el periodista. Ahora no tenemos un cadáver, sino dos. Los forenses dictaminaron que había fallecido en un accidente doméstico por inhalación de gas, pero el reportero sigue haciendo preguntas. Y lo más grave: todo este embrollo puede poner en peligro otras importantes operaciones de Estado. Tú eres el único que puede sacarnos de este atolladero. Dispondrás de toda la cobertura que necesites, pero lo mejor es que actúes desde el anonimato con tu gente. Nadie podrá imaginar que Chacal ha vuelto a España.

Lo de Chacal no le gustó a Stefano, pero se contuvo. Tampoco Arturo le dio la oportunidad de rebatírselo. Su perfil nada tenía que ver con el protagonista de la novela de Frederick Forsyth, pero la prensa internacional le había adjudicado ese nombre de guerra. Lo habían bautizado así porque, como los chacales, deambulaba solo y además era un «depredador carroñero». Así lo había definido en una ocasión un periodista de *The New York Times*, que un buen día encontró su casa convertida en carbón. Cualquier mención a esos comentarios periodísticos lo sacaba de sus casillas. Para nada le gustaba ese alias. Especialmente, porque durante un tiempo siguió la pista del venezolano Illich Ramírez Sánchez, conocido como Carlos y Chacal, para meterle una bala entre ceja y ceja.

Donaldson retomó la conversación, mientras Stefano seguía en silencio, sin pronunciarse.

—Por supuesto, contarás con un generoso ingreso en la cuenta que nos indiques

de cualquier paraíso fiscal. Cubriremos todos los gastos, tuyos y de tu equipo, más una suma importante de dinero para ampliar los viñedos. Arthur ha traído de Madrid varios juegos de pasaportes de España, Francia y Reino Unido. Están en blanco, así que puedes adoptar la identidad que te dé la gana sin que nosotros la conozcamos. Si no, puedes enviar a España a alguien de confianza.

Por fin, Stefano abrió la boca.

—Arturo… Donaldson… No os reconozco. Os abro las puertas de mi casa y venís aquí a insultarme… No, no, no… Dejadme hablar, por favor. Yo no os he interrumpido. Os he demostrado que soy un hombre de honor. Os he demostrado mi amistad. En más de una ocasión me he jugado el pellejo por vosotros. Por Arturo, en el sur de Francia. Y, por ti, Donaldson, en Nicaragua y Guatemala. Y llegáis a mi casa después de más de diez años y me tratáis como a un mercenario. Como a un sicario. Respeto. Os pido un poco de respeto. Es cierto que todo esto os lo debo a vosotros, pero también me lo he ganado a pulso. Si decidiera regresar a España no lo haría sólo por dinero, lo haría porque tengo un juramento de sangre con vosotros. Por honor. No os confundáis. Voy a cumplir cincuenta y cinco años y no me arrepiento de nada. Ningún comunista ni ningún etarra, acribillados a tiros, me acompañan en mis sueños. Se lo merecían y fueron ajusticiados. Punto.

—Pero Stefano…

—Por favor, Donaldson, acabo enseguida. Si decido regresar es por honor. Porque tengo la obligación de completar un trabajo inacabado, que hicimos mal. Todo lo demás para mí es accesorio. Es una tarea que sólo puedo ejecutarla yo. No puedo delegar en nadie. Lo hago por el Club Mengele…

El italiano alargó su brazo hacia la botella de coñac y escanció un poco en su copa balón. Pegó un trago corto y dos bocanadas a su puro Macanudo y prosiguió:

—¿Saben lo de Jano?

—No. Si actuamos con rapidez, antes de que la situación se agrave, creo que no hay riesgo. Eso sí, necesitamos extirpar dos de los piñones de la correa de transmisión.

Arturo, como espía de la vieja guardia, era muy dado en su lenguaje a usar neologismos.

—De acuerdo. Acabaré lo que inicié. Nadie más debe conocer mi presencia en España. Y cuando digo nadie es nadie. Ni colaboradores íntimos ni secretarios de confianza. Vosotros tampoco estaréis al tanto de mis nuevas identidades ni de mis pasos en Madrid. Si detecto cualquier seguimiento, doy media vuelta y me largo.

Arrancó una hoja de un bloc de notas de encima de la mesa y escribió los datos de una sociedad situada en un paraíso fiscal: Littoris Investment, Charlestown, isla Nieves, seguido de un número de cuenta de varios dígitos del Caribean Bank. Después anotó una cantidad en letras: un millón, junto al símbolo del dólar. Se lo

acercó a Arturo.

El jefe del CESID leyó la cantidad y asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahora soy yo quien pone condiciones. Una. Sólo una condición. En mi país estamos viviendo en estos momentos una gran crisis política. Hay una enorme crispación. Todas las semanas, la prensa descubre un nuevo escándalo político: los GAL, abuso en el manejo de los fondos reservados, el caso Roldan, escuchas ilegales, corrupción económica… Sólo te pido que resuelvas el trabajo con limpieza. Y me refiero a que debes lograr que parezca un accidente. Para esto no vale el tiro en la nuca, sin más. No sería creíble y aumentaríamos las dudas.

—Te entiendo. Ya lo daba por hecho. No te preocupes. Existen infinidad de alternativas. Todo ello lo veré cuando me instale en Madrid. Vuelvo a repetirte que de la infraestructura me encargo yo. Vosotros ingresad el dinero en la cuenta. No quiero a nadie siguiéndome los talones.

Arturo pidió a Donaldson que le acercara su maletín. De su interior extrajo una carpeta y se la acercó a Stefano. Contenía un completo dossier sobre los dos objetivos a abatir. Además de las fichas personales y un informe sobre sus movimientos y costumbres, estaba ilustrado con fotografías.

El italiano leyó en voz alta los nombres.

—Juan Montalbán… Julián Pellón… ¿Quiénes son estos tipos?

—Un periodista y un excompañero del CESID.

—Comprendo tus recelos. Matar en España a un reportero es algo muy serio. Tan sólo ETA se atrevió a asesinar en 1978 a un periodista navarro. ¿Portell? Creo que me he quedado corto en el precio.

13

Madrid. Jueves, 15 de junio de 1995

El comisario Enrique Herrera, tras su regreso de Panamá, llevaba unos días dedicado exclusivamente a los últimos coletazos de la operación contra la red de abogados que blanqueaban dinero entre España y el país del Canal. La mayoría de las sociedades estaban registradas en paraísos fiscales del Caribe. Eso facilitaba una mayor impunidad a los delincuentes de cuello blanco, porque la policía se enfrentaba al secreto bancario y a la opacidad del sistema. Esos minúsculos estados se habían constituido como el andamiaje perfecto para la evasión fiscal y la ocultación de operaciones financieras delictivas. En sus investigaciones, al comisario Herrera le había llamado la atención una minúscula isla en las Antillas, en las islas de Barlovento, de 93 kilómetros cuadrados y unos diez mil habitantes llamada Nevis. En español, Nieves. El nombre se lo había puesto Cristóbal Colón cuando la descubrió en 1493, en honor de Nuestra Señora de las Nieves. Muchas de las sociedades investigadas, todas ellas instrumentales, estaban registradas en la capital, Charlestown. Era la primera vez que leía en un informe que se utilizara esa isla volcán como guarida de los nuevos piratas del siglo XX. Herrera, desde hacía años, había iniciado una cruzada contra los paraísos fiscales que consentían las grandes potencias, incluí da España, en un ejercicio de cinismo político. En todo el mundo serían unos cincuenta, y algunos de ellos, como Gibraltar o Andorra, estaban muy cerca de nuestras fronteras. El comisario solía quejarse ante sus superiores de que en todas sus investigaciones contra el blanqueo del dinero de la droga siempre chocaba contra el muro de uno de estos paraísos, especialmente Gibraltar: «El Peñón es como un furúnculo pegado al culo», se lamentaba.

El sistema fiscal de estos paraísos facilitaba a sus clientes mecanismos legales que garantizaban la confidencialidad y el anonimato tanto en la titularidad de las sociedades como en las transacciones financieras entre todas ellas. Enrique tenía dificultades para obtener datos de los movimientos de las sociedades caribeñas pero, paralelamente, había convencido a la Agencia Tributaria española, eso sí con una orden judicial, para que le aportara todos los movimientos bancarios que habían partido de cuentas españolas a sociedades o bancos de todo ese entramado, incluido Nevis. Encima de su mesa tenía un listado con miles de operaciones. La mayor parte pertenecía a agencias de viajes y tour operadores. El comisario no daba mucha importancia a esa información y lo justificaba ante sus colaboradores.

—¡Quién va a seguir ese camino a sabiendas de que lo cazarán! Sólo los ignorantes, que en ese mundo ya no quedan, y quienes nada tienen que ocultar. Es más seguro utilizar un país puente como Suiza o Singapur. Y si no, utilizan el sistema

helicóptero. Hacen que el dinero dé decenas de vueltas por bancos de todo el mundo: Madrid, Ginebra, Montevideo, Singapur, Mónaco, islas del Canal, San Marino y vuelta a Madrid.

La operación Hielo Verde, que había tomado ese nombre por el color de la cocaína y de los billetes, apenas había dejado tiempo libre al policía para digerir la información que le había proporcionado Juan en Txistu. Seguía guardando en la cartera la fotografía con Arturo y Pascual. Dudaba si llamar a Jacinto Milans para comentarle lo sucedido, pero no se fió. Desde el primer momento, estaba convencido de que, tras el asesinato y la desaparición del cadáver de la madre de Pascual, se hallaba el CESID. El *modus operandi* delataba a los servicios secretos. Y por si todavía tenía alguna duda, fueron determinantes los resultados de la huella dactilar que Juan había encontrado en la chabola. Pertenecía a un agente del Centro llamado Felipe Gómez Villalobos, todo un clásico en las más siniestras misiones del espionaje español. Tenía fama de ser un tipo duro, curtido en la lucha antiterrorista desde los años de Pedro el Marino, en el SECED de Carrero Blanco. Aunque era cabo de la Guardia Civil, trabajaba para el CESID. Durante un año estuvo destinado en el cuartel de Intxaurrondo de San Sebastián. Las últimas noticias sobre él, después del escándalo de los GAL, lo situaban en una empresa privada de seguridad. La policía, en cambio, sospechaba de que se trataba de una tapadera del CESID. Más bien un cuerpo de élite, incontrolado, bajo las órdenes directas de Milans. Lo conocían como Grupo Omega. El comisario Enrique estaba convencido de que aquel clan de espías había fenecido durante aquella legislatura tan convulsa del gobierno de Felipe González, pero los hechos demostraban que seguía activo. Y lo peor: actuaba desde la sombra, lo que dificultaba su vigilancia. Para Enrique era impensable que Gómez Villalobos operara solo, sin el manto protector del CESID. Con Arturo o sin él. Su amigo de la infancia había ascendido a la estratosfera del poder, donde se tomaban las decisiones y, difícilmente, le salpicaría la mierda. Quienes resbalaban eran siempre los soldados. El comisario tenía en su casa un ejemplo reciente: la detención de los policías Amedo y Domínguez. Herrera levantó el teléfono de su mesa y llamó a Juan.

—Amigo, soy yo. Tenemos que vernos cuanto antes. ¿Puedes mañana, donde siempre, a las 15 horas?

Juan tomó nota al mismo tiempo que tradujo el mensaje de Enrique. Policía y periodista disponían de un código preestablecido. La cita era un día y dos horas antes. Es decir, había quedado, dentro de sesenta minutos, a las 13 horas, en un lugar también previamente convenido, que les daba cierta seguridad. El periodista pronto comprendió que si su amigo tomaba esas precauciones era porque estaban siguiéndolo. Enrique, por su parte, ya disponía de un sistema de seguridad propio, que lo convertía en invulnerable.

Juan, que durante el viaje de Enrique a Panamá había avanzado en sus

investigaciones, pidió permiso a su subdirector para no asistir a la reunión de temas del periódico. Le pasó un folio con las previsiones de su sección.

Para que sus posibles seguidores se confiaran —los manuales de vigilancia y contravigilancia mantienen que a los objetivos les resulta más difícil escabullirse si usan su propio vehículo— salió a López de Hoyos por la rampa del parking del diario conduciendo su automóvil. Continuó por la misma calle en dirección a Príncipe de Vergara. A esa hora de la mañana solían circular muchas furgonetas por aquella avenida tan estrecha, de doble dirección, por lo que Juan decidió tomar Eugenio Salazar. Cruzó Sánchez Pacheco y Pradillo y en San Ernesto giró a la izquierda, dejando a su derecha el parque de Berlín, para desembocar en plaza Cataluña y acceder a Príncipe de Vergara. A unos quinientos metros giró a la derecha por la calle Colombia. Conducía a poca velocidad porque le sobraba tiempo y, de esa manera, podía descubrir si le seguían. Juan concluyó que sus perseguidores eran unos buenos profesionales, porque no dejaban rastro. Posiblemente, le habrían colocado en el coche una minúscula radiobaliza. Con ese emisor de frecuencia podían situar su coche en todo momento en un plano de Madrid. Pero el comisario y él tenían una solución ya estudiada para darles esquinazo. La calle Colombia era una vía sin salida. Acababa para los coches, a la altura del número 63, en una pequeña rotonda en la que se levantaban tres árboles altos, pero seguía siendo peatonal para los viandantes. Juan aparcó el coche en el mismo portal del número 63 y caminó deprisa por debajo del edificio que, suspendido en seis enormes pilastras, comunica Colombia con la plaza de Enrique María Soler. Allí, en la misma glorieta lo esperaba el comisario, sentado al volante. Enrique arrancó con potencia y se dirigió a la M-30 en dirección sur. Los agentes del CESID quedaron bloqueados. Pidieron ayuda por radio al resto del operativo pero, cuando se dieron cuenta, su objetivo había desaparecido. No tuvieron tiempo ni para tomar el número de matrícula. Aun así, para asegurarse, un inspector de policía esperaba a su comisario en otro coche en la incorporación de la M-30 a O'Donnell. Hicieron el intercambio de automóviles y Enrique y Juan continuaron su ruta.

—Bueno, ahora sí. Vamos a tomarnos una cervecita bien fría, sin moscones. Conozco el sitio idóneo: uno de los merenderos del Retiro, donde además puedes tomar un vermut de grifo muy artesanal.

El comisario aparcó en Menéndez Pelayo, cerca de la Puerta de Granada. Caminaron por el paseo de Uruguay, dejando a su derecha los jardines de Cecilio Rodríguez y, a la izquierda, La Rosaleda, y llegaron hasta la glorieta del Ángel Caído. Se sentaron en una de las terrazas desde donde se divisaba toda la zona, presidida por la fuente con la figura del Ángel Caído, una estatua de dos metros y medio de altura de Ricardo Bellver. Representaba al ángel Lucifer cuando Dios lo expulsó del cielo. La figura estaba instalada en un pedestal de granito de base octogonal, con ocho

cabezas de dragones diablos que sujetaban lagartos, sierpes y delfines por donde manaba el agua. El Ángel Caído, que con las alas desplegadas se apoyaba sobre una roca con una serpiente apresando su muslo mientras otra sujetaba uno de los brazos, sirvió a Enrique para construir una parábola.

—Juan, hemos venido a parar al lugar adecuado. Esa estatua del Ángel Caído de finales del siglo XIX se encuentra a una altura de 666 metros sobre el nivel del mar de Alicante. ¿Te suena? 666, el número del maligno. Como tú ya sabes, en la Biblia, en el libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento, se menciona ese número como la marca de la bestia, en relación al Anticristo. Todo ello ha despertado la imaginación de los aprendices de esoterismo, que aseguran que, por esa coincidencia, la fuente es un homenaje a Lucifer, a Satanás, es decir, al mal. Olvidan que, en el año de su construcción, los instrumentos de medición no eran tan precisos, pero los seguidores satánicos insisten en su condición diabólica. En algunas guías turísticas figura, incluso, como el único monumento dedicado al diablo en el mundo. En el fondo, es toda una casualidad, pero para mucha gente es una verdad absoluta. Te cuento esto porque nosotros debemos aprender de este ejemplo. Y tu papel aquí es clave. Al final, resulta que lo importante no es la verdad sino lo que algunos quieren que les digamos. Ya es hora de que publiques algo en tu diario para poner nervioso al personal. Tienes que elaborar un artículo periodístico con la única finalidad de sacar a los malos de sus casillas y despertar la curiosidad en otros para que te pasen más información. Como el bulo sobre el Ángel Caído, no hace falta que sea cien por cien verdad. Te he oído decir mil veces que por cada información que publicas, al día siguiente, recibes decenas de llamadas de lectores que te ofrecen más datos. Tenemos que provocar una reacción doble. Por un lado, que el exagente que escribió la carta a la señora Amparo sepa que la han matado y contacte contigo. Por otro, que motive, como te he dicho, las llamadas de otros testigos. Y lo más importante: que los responsables de las dos muertes, de Pascual y Amparo, se pongan nerviosos y cometan errores. Creo que eso podemos conseguirlo con una simple nota en tus páginas de sucesos, sin mayores pretensiones. No hace falta que quemes la historia; con decir que se busca el cadáver de la anciana ya es bastante. ¿Qué te parece? ¿Has hablado de la historia con tu director o con alguien del equipo de *El Universal*?

—No. Todavía no. Ahora te explico. Tu idea me parece estupenda. Ya se me había ocurrido a mí también, pero no me había atrevido para no despertar las bajas pasiones de la gentuza que está detrás de todo esto. Pero no hay marcha atrás. Sé que, tras la desaparición de Amparo, van a por mí y a por mi fuente. Hasta ahora no he publicado nada para evitar que El Ronco se asuste.

Juan seguía convencido de que la persona que le había entregado el recorte de *Pueblo* sobre Stefano era la misma que había enviado la carta a Amparo.

—Además, aún no he hablado con mi director. No me fío. No por él, sino por otro

miembro del equipo, a quien la rumorología periodística coloca como colaborador del CESID en épocas pasadas. Yo he tenido que partirme el pecho para llegar donde he llegado en esta profesión, sea mucho o poco, pero a ese tipo se lo han dado todo en bandeja. Todas sus exclusivas. Durante los ochenta se hinchó a publicar grandes reportajes en *Diario 16*. Casi todos interesados y filtrados por los servicios secretos. Tengo que hablar con Campaña, a solas* pero necesito algún otro dato que aporte más carga política a la historia. A mi diré no se le pone dura con el simple caso de una anciana desaparecida en El Pozo del Tío Raimundo.

—En esa información creo que deberías aportar subrcpticiamente un par de avisos a navegantes. Meterles el miedo en el cuerpo. Deben entrever que conoces más cosas de las que cuentas. Así te guardas las espaldas. Hay que tratar a estos *Cecilios* como se merecen. Cuando les plantas cara, se arrugan. Después, no creo que se atrevan a tocarte un pelo. Arturo debe de saber ya que te cubro la retaguardia. Estoy seguro de una cosa: conmigo no se atreverá a jugar a espías. Me conoce.

Juan puso la misma cara de echarse un farol que en una partida de póquer. Era la primera vez que escuchaba ese nombre. No sólo en relación al caso que les había reunido, sino también en toda su vida profesional.

—¿Arturo? ¿Quién es Arturo?

Enrique sacó la cartera de su americana y extrajo de su interior la foto de los tres adolescentes. La puso encima de la mesa y con el dedo índice señaló al que estaba a la derecha de Pascual.

—Ése. Ése es Arturo. Su nombre de guerra en los servicios secretos. En realidad, se llama Jacinto Milans. Este otro, el de la derecha, soy yo: tu amigo Enrique. Los tres vivíamos en el mismo edificio. Arturo y yo, hijos de militares, educados para una carrera de armas, y Pascual, ya sabes, el único vástago de los porteros. Un joven débil y sin futuro, condenado a ser uno de los primeros enganchados de la España de la heroína de finales de los setenta. Cuando murió su padre los echaron de la portería y le perdí la pista hasta que tú me enseñaste la foto el otro día. No te dije nada porque aquello, inicialmente, debía digerirlo yo solo.

—¿Y Arturo?

—De ése ya te hablaré otro día. Tengo una cuenta pendiente con él, pero ésa es una historia muy larga. Invítame otro día a comer y, gustosamente, te pondré en antecedentes.

—Dime al menos a qué se dedica.

—Es el número dos del CESID. Pero no te disperses. Concéntrate en la noticia sobre Amparo. Es muy importante. En el pueblo de mis padres, donde llueve poco, los lugareños cuando caen unas gotas de agua suelen decir: «Hay que esperar a que saquen la molla los caracoles». Con tu información van a quedar, seguro, muchas mollas al descubierto. No te preocupes. De Arturo me ocupo yo.

14

Ginebra. Jueves, 15 de junio de 1995

Stefano, esa mañana, llegó desde Nueva York al aeropuerto de Ginebra en un vuelo de Swiss Air a la terminal situada en territorio suizo. En el control de inmigración presentó un pasaporte norteamericano, uno de los tantos que le facilitaba la CIA para sus operaciones encubiertas en América del Sur. Era un pasaporte virgen, sin quemar, reservado para una ocasión como ésa. En el aeropuerto helvético alquiló un automóvil y se dirigió al centro de Ginebra. Aparcó en un enorme parking próximo al lago Leman, en el distrito financiero. Dio un pequeño paseo y entró en la sede central de la Unión de Bancos Suizos (UBS). Preguntó por la zona privada de cajas de seguridad y se identificó con su clave secreta. En una habitación reservada abrió una caja metálica y extrajo de ella varios fajos de billetes, en pesetas y francos franceses, y un sobre con un pasaporte, un DNI y un carnet de conducir español, los tres con la misma identidad. Seguidamente, se cercioró de si Arturo le había hecho el ingreso en la cuenta de la sucursal de una filial del grupo UBS en Charlestown, en isla Nieves. Afirmativo: en sus movimientos figuraba una transferencia de un millón de dólares.

Retiró el vehículo del aparcamiento e hizo el camino de vuelta al aeropuerto por la autopista. Antes de acceder al área aeroportuaria, se desvió por unos caminos vecinales y penetró en territorio galo atravesando un paso fronterizo sin control aduanero, con una garita vacía y una barrera levantada. Aparcó el coche en el parking reservado a los vehículos de alquiler AVIS e introdujo las llaves y la documentación en un buzón de la compañía. Ya en la terminal francesa, tomó un vuelo nacional de la filial de vuelos regionales de Air France con destino a Burdeos. Llegó a la capital del vino a la hora de comer. En el mismo aeropuerto engulló un par de sandwiches y una cerveza Stella Artois, la marca preferida de su etapa vascofrancesa. Con otro automóvil de alquiler se dirigió hasta la frontera hispano-gala. Cruzó el paso fronterizo poco después de las tres de la tarde sin tener que mostrar ninguna documentación. La intención de Stefano era llegar a la capital de España antes de que anocheciera. No le gustaba conducir de noche, principalmente por los controles de la Guardia Civil.

Cuando descendía por la carretera de Burgos, pasado El Molar, fue descubriendo que el skyline de la ciudad había cambiado durante sus años de ausencia. Se sorprendió por la voracidad inmobiliaria de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes. Ya en el casco urbano madrileño, atravesó la plaza de Castilla y giró por Rosario Pino. Después por Capitán Haya hasta que vio la entrada de un parking público y optó por aparcar allí el coche. No le importaba caminar, porque llevaba tan sólo una bolsa de mano. A unos cien metros del garaje, sacó una llave de su bolsillo

derecho. Abrió el portal y entró en un enorme edificio que albergaba oficinas y apartamentos. El número 64, situado en la sexta planta, tenía un pequeño cartel dorado con la inscripción Littoris Investment. Era una vivienda con un diminuto dormitorio y un salón que desempeñaba la función de oficina, con una fotocopiadora y un fax.

Stefano había conservado durante años ese piso franco por medio de una empresa de administración de fincas. Todos los meses, su sociedad de Nieves pagaba puntualmente los gastos de tal manera que nadie conocía a su verdadero propietario. En los últimos quince años, sólo lo había utilizado media docena de veces. No le importaba el gasto, porque era un lugar que le garantizaba el anonimato. «La seguridad no tiene precio», era uno de los lemas que figuraban grabados en la mente de los espías. De esa forma, nadie podía descubrir, a través del registro de los hoteles, que estuviera en España. Nadie. Ni su amigo Arturo.

Stefano había planeado meticulosamente su plan. No se fiaba de nadie, y mucho menos de Arturo y su gente. Para los jefazos del CESID, él era una excelente víctima propiciatoria. Sus años de clandestinidad le habían enseñado que siempre podía aparecer en escena un traidor. Los espías, solía decir Stefano, eran como las cebollas o como esas muñecas rusas llamadas matriuskas: conforme ibas levantando una capa o una muñequita podías encontrarte con una nueva sorpresa. El neofascista italiano tenía su propia teoría sobre los orígenes de la traición: una mujer despechada, un amigo presionado o alguien que te colocaba el muerto para salvar su pellejo. Descartaba la primera, porque Stefano no había dejado en Madrid a ninguna novia desairada. Además, él era un tipo poco mujeriego y nada enamoradizo. Más bien había sido uno de esos camaradas misóginos y de acampadas campestres de fin de semana. Por tanto, si seguía sus normas, debía ser precavido con las otras dos hipótesis. No llamaría a ningún amigo del pasado ni visitaría los lugares de su etapa franquista. Aunque un cirujano plástico había cambiado su rostro cuando abandonó España, prefería no tentar a la suerte.

Siempre, a la vuelta de cada esquina, uno podía toparse con una situación inesperada. Como cuando, a mediados de 1977, dirigía una operación cerca de San Juan de Luz para asesinar a un dirigente etarra y se cruzó en la rué Gambetta con unos vecinos de Madrid, un notario y su señora, que estaban allí para comprar quesos y patés. Los entremeses de la pareja le salieron caros. Se vio obligado a abortar una misión de varios meses de trabajo. Aquel día, Stefano juró y perjuró que jamás se vería de nuevo en ese trance. Y mucho menos en la que iba a ser su última operación. Su vida, su nueva vida, estaba entre viñedos y caballos en el valle de Santa Inés, en California. Por tanto, cuanto antes ejecutara su misión antes podría regresar. Para su vuelta a Estados Unidos repetiría a la inversa el mismo recorrido.

El neofascista italiano, uno de los hombres más buscados por la policía de medio

mundo, conocido como Chacal en los ficheros de la Interpol, sacó de su bolsa de viaje la carpeta que le había entregado Arturo en California. Se tumbó en la cama y escaneó con la mirada las fotos de sus dos objetivos. Apartó la del periodista y se centró en la de un varón de unos sesenta años. De mediana estatura y fuerte complexión. Cabello corto y entradas pronunciadas. Bigote espeso y nariz puntiaguda. Le sonó aquella cara. Nada tendría de extraño que hubiera participado con él en alguna operación encubierta contra ETA en el sur de Francia. Poco le importaba. Entre espías no quedaba margen para los sentimientos. Había recibido la orden de eliminarlo y él ya tenía diseñado su plan. Dejó la foto y volvió a leer su historial elaborado por el CESID.

Julián Pellón Villar. Nacido en Madrid en 1935. Comandante del ejército en la reserva. Ingresó en 1969 con el grado de teniente en la Organización Contrasubversiva Nacional (OCN) procedente de la Segunda Sección del Estado Mayor del ejército. En 1972 pasó al SECED como jefe de grupo en el área antiterrorista y, en 1977, conservó las mismas competencias en el CESID. Toda su vida militar ha estado dedicada a los servicios secretos. En febrero de 1981, formó parte del grupo de militares del Centro que se opuso al golpe de Estado de Tejero. A finales de 1983 pidió la baja voluntaria y pasó a la reserva. Estuvo bajo tratamiento psíquico. Comenzó a colaborar con una organización sin ánimo de lucro, cuya actividad se desarrolla principalmente en Centroamérica, con la que mantiene una estrecha relación. En 1990 enviudó. Tiene una hija de unos treinta y cinco años a quien apenas ve. Su vida es la de un solitario. Conserva la licencia de armas y siempre lleva encima su pistola. Los fines de semana suele recluirse con sus perros en una casita que tiene cerca de Patones de Arriba, en la sierra norte madrileña. No recibe visitas. Es una zona muy despoblada, cerca de la carretera M-812, a la que se accede por un camino forestal. El vecino más próximo vive a quinientos metros. Tiene por costumbre regresar a Madrid los domingos por la noche, entre las 22 y las 23 horas. De entre los folios del dossier, Stefano separó uno con un mapa de la zona y unas fotografías grapadas de la vivienda y la parcela. Para nada se asemejaba a una de esas casas blindadas con altos muros y complejos sistemas de seguridad. Se trataba de un chalecito de una planta con el tejado a cuatro aguas. Disponía de un pequeño salón, dos dormitorios, una cocina y un garaje trastero donde el exmilitar guardaba sus herramientas.

A Stefano aquella zona no le resultaba complicada. En sus años de centuria en Madrid solía acampar con un grupo de falangistas en los alrededores de Patones. Además, quien hubiera trazado aquel plano se había esmerado. Era imposible perderse.

15

Viernes, 16 de junio de 1995

La secretaria de Arturo le dio los buenos días y le dejó los diarios encima de la mesa. Eran las ocho de la mañana y, puntual como de costumbre, el secretario general del CESID revisaba el parte de incidencias del Centro. Arturo ocupaba un despacho amplio y luminoso desde que en 1989 trasladaron la sede del espionaje español del antiguo edificio de Colonias, en la plaza de Colón, a un moderno complejo de torres de hormigón, en la conocida como Cuesta de las Perdices, en la carretera de A Coruña. Su despacho estaba en una de las alas de un edificio en forma de rotonda que dominaba, como centro de gravedad, un vasto complejo de oficinas. Entre los espías, la nueva sede se conocía como La Casa. Era algo corriente. Los franceses también llamaban a su sede La Piscina.

El habitáculo de Arturo estaba muy cerca de la sala del gabinete de crisis. Se podía acceder a él por dos puertas que daban al pasillo central y permanecían siempre cerradas. Una de ellas, que Arturo casi nunca usaba, se abría con un mecanismo de seguridad formado por cuatro dígitos. Daba a una pequeña estancia donde podía descansar en una especie de pequeño sofá cama. En esa dependencia también había un cuarto de baño. Pero las visitas accedían por una puerta principal que daba a una antesala flanqueada por dos militares. Esa puerta sólo podía abrirla Arturo desde dentro, pulsando un botón que estaba en su mesa. Dos luces, una roja y otra verde, hacían de semáforo y avisaban si el jefe estaba libre u ocupado. La mesa del número dos del espionaje presidía la estancia y estaba orientada hacia la puerta principal, junto a una librería. A su espalda, colgaba de la pared un carísimo tapiz comprado a una interiorista que también había decorado el comedor del Centro, gracias a sus excelentes relaciones con el director. Un tabique separaba la zona de trabajo de la de descanso. En el espacio interior, un cuadro ocultaba una caja fuerte de seguridad donde se guardaban algunos de los documentos más importantes del Centro. La combinación sólo la conocían él y su jefe. En el despacho, Arturo disponía asimismo de un dispositivo con micrófonos camuflados para grabar las reuniones con las visitas más ilustres. En la caja fuerte conservaba una colección de cintas con algunas de esas jugosas conversaciones. No tenía miedo de que pudiera sucederle lo mismo que a Nixon con las cintas del Watergate, porque aquel sistema de grabación no era oficial, como el de la Casa Blanca. Su existencia sólo la conocían él y un ingeniero de confianza, ajeno al CESID, que se lo instaló por amistad.

El número dos del espionaje español tenía fama en el Centro de ser un tipo con carácter pero de reacciones controladas. Su vida estaba envuelta en la mentira y el cinismo. Era previsible que le sucediera esto a un agente secreto que jamás se abría a

los mortales. Como Jano, siempre con un doble rostro. Además, Arturo era una persona a la que le encantaba forzar esa imagen de persona siniestra. Era una consecuencia de lo que en muchas profesiones se conocía como deformación profesional, cuando en realidad se trataba de una reacción esquizoide.

Arturo comenzó a hojear los diarios. Como siempre, inició su lectura por *El Universal*. Era el periódico que todos los días le amargaba las mañanas con investigaciones sobre los servicios secretos españoles. Respiró hondo y puso cara de satisfacción cuando pasó las páginas de nacional y no halló ninguna revelación sobre las interioridades de La Casa. Sin embargo, su semblante cambió cuando tropezó en la sección de sucesos con el titular: «La policía busca el cadáver de una anciana».

La preocupación aumentó conforme avanzó en la lectura:

> La policía busca el cadáver de Amparo Candela, una anciana que falleció el pasado 1 de junio en su chabola de El Pozo del Tío Raimundo, en Madrid. Al parecer, según los informes de la Policía Municipal y de los forenses, la anciana, que vivía sola, murió a causa de un accidente doméstico por inhalación de gas.
>
> Lo más sorprendente es que, una semana después, su cadáver ha desaparecido del Instituto Anatómico Forense, donde fue trasladado para practicarle la autopsia. Según fuentes del depósito, el cuerpo sin vida de la anciana fue reclamado y retirado de sus instalaciones por una persona que se presentó como su hijo. Pero la policía maneja una versión diferente: el único descendiente, Pascual López Candela, un toxicómano enganchado a la heroína, desapareció hace más de diez años en extrañas circunstancias. La policía sigue el rastro a un sospechoso que pudo ser la persona que reclamó el cuerpo de Amparo. Se trata de un exagente de la Guardia Civil, que estuvo destinado en el cuartel de Intxaurrondo, en San Sebastián, y fue condenado por torturas. Además del cadáver, del Instituto Anatómico Forense ha desaparecido el informe de la autopsia.

La noticia estaba firmada con las iniciales SS. Arturo se vio impotente para relacionar las dos consonantes con un periodista del diario. Desconocía que SS significaba Sección de Sucesos. Juan había copiado ese sistema de autoría periodística de otro diario, donde se firmaban las noticias incómodas con las siglas SN (Sección Nacional).

La noticia de *El Universal* pasó inadvertida para la mayoría de los lectores, incluso para el mismo director del medio, que no le dio ninguna importancia. No fue así para Arturo y el resto de los integrantes del Club Mengele. El número dos de los espías había llegado con Stefano a un acuerdo en California para poner en marcha su propio plan de limpieza, pero se habían producido otras fugas que tenía que atajar.

Arturo era de la opinión de que los flecos a veces ponían en peligro grandes misiones de Estado. Estaban en juego su futuro y su hacienda. Y, posiblemente, la cárcel si el caso iba a más. Por tanto, si Stefano se ocupaba del periodista, que con toda seguridad estaría detrás de la noticia de ese día, y del chivato del CESID, él debía responsabilizarse del comisario Herrera. Y tenía la fórmula. Llamó a su secretaria, pulsando un botón, y le ordenó que convocara a los integrantes de una lista de diez personas a una reunión a las 15 horas. Tomarían un tentempié en la sala de crisis. La funcionaría no lo sabía, pero se trataba del Club Mengele.

Acto seguido, Arturo levantó el teléfono, equipado con un sistema de secrafonía que impedía que se interceptaran las comunicaciones a través de las redes analógicas, y llamó a un número de París. Tardaron en contestar, pero respondió una voz de mujer con acento francés. Por su entonación, tendría unos cuarenta y cinco años.

—Victoria, Jano te necesita. Tenemos un pacto y ha llegado la hora de que nos devuelvas el favor. Tengo que verte cuanto antes. Coge el primer vuelo a Madrid. No tengas ningún reparo en los gastos.

La mujer, como si la hubieran programado, respondió con un mimético «De acuerdo» y se despidió sin hacer ninguna pregunta.

—Esta noche estoy ahí. Nos vemos donde siempre.

Arturo llamó a su secretaria y le encargó que pidiera al restaurante Zalacaín un reservado para las 22 horas. Seguidamente, llamó a sus ayudantes a su despacho. Les facilitó una relación de números de pasaportes españoles, franceses, italianos y británicos y les ordenó que se hiciera un seguimiento exhaustivo para conocer en qué momento entraban en España los titulares de esos documentos y en qué hotel se hospedaban. Se mostró interesado, principalmente, en los vuelos y pasajeros procedentes de Estados Unidos. También les encargó que hicieran un rastreo en todos los hoteles de Madrid para conocer las reservas realizadas desde ese país en los últimos días. Dejó sus instrucciones muy claras: todas las mañanas, al llegar a su despacho, quería tener un informe encima de su mesa con toda la información. Y les recordó que no admitiría errores.

16

Viernes, 16 de junio de 1995

A Julián Pellón tampoco le pasó inadvertida la noticia de *El Universal* sobre la desaparición del cadáver de Amparo. Una de sus tareas en la ONG era la de responsable del servicio de prensa. Su primera ocupación matinal consistía en escudriñar cualquier noticia en los medios de comunicación sobre actividades humanitarias. El exagente de los servicios secretos quedó conmocionado cuando leyó la información. La muerte de Amparo le impactó. No sólo era corresponsable del homicidio de Pascual, sino también del asesinato de su madre. Una muerte más para lastrar su conciencia. Pellón se hizo la siguiente lectura: «Yo y sólo yo soy el culpable de su muerte, por enviarle la carta sobre la desaparición de su hijo». Pero el propio Pellón experimentó un impulso de autocompasión: «Le dije que llevara cuidado y que no hablara con nadie. Está claro que la han quitado de en medio para que no hable con la prensa. A ella se lo han impedido, pero yo recogeré su testigo».

Pellón siguió leyendo la noticia entre líneas y de inmediato captó los mensajes subliminales que, en tan poco espacio, escondía aquella gacetilla. Quien la hubiera redactado dejaba patente que poseía mucha más información y, descaradamente, se lo hacía saber a los jefes del CESID.

El exespía tenía claro que el siguiente objetivo, después de Amparo, sería él. Había sido compañero de viaje de un poder corrupto con el que ahora se enfrentaba y tenía la obligación de advertírselo al periodista de *El Universal*. Decirle que enfrente tenía a una hidra de cientos de cabezas que se había extendido por los círculos más poderosos, con la complacencia de todos los gobiernos. Los servicios secretos habían creado un Estado dentro del Estado que manejaba los resortes del poder desde la trastienda. Su alargada sombra se proyectaba en las páginas más decisivas de la reciente historia de España: atentado de Carrero Blanco, elección de Adolfo Suárez, congreso del PSOE en Suresnes con la derrota de los socialistas históricos, potenciación de la socialdemocracia frente al comunismo de Carrillo, intento de golpe de Estado del 23-F, guerra sucia contra ETA, negociaciones con la banda terrorista, escuchas ilegales, caso Mario Conde…

Pellón desconocía quién era el autor de la información. Tampoco le ayudaban las frías iniciales SS. Pensó que si la noticia había sido publicada en la sección de sucesos, lo más práctico sería llamar al diario y preguntar por su jefe. Tan sólo necesitaba cruzar con él unas palabras para verificar si era o no el autor. Después ya decidiría el siguiente paso a dar. Eso sí, tenía claro que debía actuar con rapidez. Los acontecimientos se estaban precipitando y los movimientos del reportero, sin duda alguna, habían servido para despertar la ira del dios Jano.

Pellón abandonó su oficina, buscó la cabina más próxima y efectuó una llamada.

—Me dice la telefonista que es usted el jefe de la sección de sucesos.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—¿Puede darme su nombre?

—Por supuesto. Me llamo Juan. ¿Y usted?

—Prefiero mantener mi anonimato por el momento, si no le importa.

—Sin problemas; usted dirá.

—Llamo por la noticia de hoy.

—¿Noticia de hoy? Oiga, hemos publicado muchas noticias. Como no concrete…

—Perdone. Llamo por la información del Anatómico Forense.

Juan, desde el principio, se había percatado de que su interlocutor se refería al caso de Amparo.

—¿Se refiere usted a la desaparición de un cadáver?

—Bueno… Leyéndolo a usted, diría que a más cosas. Soy la persona que va a facilitarle las respuestas a muchas de sus preguntas.

Por su estilo ceremonial y su lenguaje tan preciso, el periodista apostó que al otro lado del teléfono tenía a un militar de alta graduación.

—¿Puede ser usted más directo? Con tanto rodeo perderemos toda la mañana.

—Necesito hablar con usted… Pero no sé cómo establecer una cita sin que ambos corramos riesgos innecesarios.

Juan le interrumpió.

—Venga a mi despacho. Es lo más fácil y seguro. No nos molestará ni nos grabará nadie. Aunque si tiene reservas y propone otra solución, estoy dispuesto a ir donde me diga.

—Déjeme que lo piense. Lo llamaré en unos minutos. Déme su número directo.

—¿Va a decirme su nombre antes de colgar?

—No. Antes tendré que verlo en persona.

Pellón colgó y abandonó la cabina. Entró en una cafetería próxima y pidió un cortado y un vaso de agua. Había trabajado unos meses en la clandestinidad en el sur de Francia, pero aquella tensión no lo había inmunizado. Se le notaba ansioso y sudoroso. Tenía que dar con la fórmula para concertar una cita segura con Juan. Se decidió por la más expeditiva, así que pidió una ficha para llamar desde el teléfono de la cafetería.

—¿Juan? Soy yo nuevamente. Tenemos que vernos hoy, sin falta, si no tendrá que esperar al lunes. Tiene usted razón, creo que lo mejor es que yo me acerque a su despacho. Puede que de esa forma consiga un blindaje ante mis excolegas. Sé cómo se las gastan, pero temen a la prensa independiente. Eso sí, tiene que prometerme que no publicará nada de lo hablado hasta que yo se lo autorice.

—Se lo prometo, pero sólo lo que usted me proporcione. De lo que sé hasta ahora

sólo el periódico está en condiciones de decidir su publicación. Es cosecha nuestra. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo perfectamente. Otra cosa: no quiero registrarme en el control del diario ni que me graben las cámaras de acceso. Entraremos en el edificio directamente por el garaje. Para ello, recójame con un coche dentro de tres horas en la boca de metro de Alfonso XIII, en la salida a Clara del Rey. Antes tengo que hacer un par de gestiones. Me reconocerá porque llevaré un sombrero verde y un ejemplar de *El Universal* en la mano.

Diez minutos antes de la hora acordada, Juan ya estaba con su automóvil en la salida de la estación del suburbano. Mantenía el motor en marcha por si había que salir de manera precipitada. Cuando vio aparecer de las profundidades del metro a un hombre con sombrero verde, de estilo tirolés, tocó dos veces el claxon. Pellón lo localizó y se dirigió hacia el periodista. Antes de que cerrara la puerta del copiloto, de un portazo, le ordenó:

—Arranque. Arranque.

El exagente no necesitó hacer muchas verificaciones para comprobar que lo vigilaban desde que había abandonado su despacho. Sus excompañeros de los servicios secretos tampoco se esforzaban por ocultarse. Pellón conocía de sobra el protocolo: en algunos casos, como en el suyo, los seguidores preferían que el objetivo supiera que lo seguían. Se inclinaban más por la presión que por una vigilancia subrepticia.

—Perdone mi brusquedad, pero me están siguiendo. No me importa, pero me resisto a que me fotografíen con usted.

Le alargó la mano y se presentó:

—Me llamo Julián Pellón. Disculpe si antes he sido grosero, pero es la primera vez que me entrevisto con un periodista. Jamás he filtrado un dato de mi trabajo o de mis compañeros a la prensa. Soy de la opinión de que los funcionarios del Estado deben mantenerse alejados de las páginas de los periódicos. Otra cosa es lo que piensen o hagan mis jefes.

Sin tiempo para contestarle, Juan ya había conducido el coche hasta la rampa de acceso al diario. Saludó al guardia de seguridad y pidió disculpas a Julián por interrumpirle. Durante el recorrido a su despacho sólo hablaron de banalidades: el tráfico, el buen tiempo, el fin de semana que se les echaba encima… En el despacho del periodista, y con la puerta cerrada, Pellón tomó la palabra.

—Prométame dos cosas: que no grabará la conversación y que no me harán fotos.

Juan estuvo a punto de exteriorizar su malestar por el comentario del militar, pero comprendió que estaba en su derecho. No era la primera vez que él u otro periodista del diario habían avisado a un fotógrafo para que inmortalizara a una visita o colocara en la biblioteca un dispositivo para grabar en vídeo la conversación. Por tanto,

perdonó la osadía a su interlocutor.

—No suelo grabar ni fotografiar a la gente sin su permiso, pero le doy mi palabra de honor.

—¿Habló con usted Amparo antes de que la asesinaran? La han matado, ¿no?

—Sí, la han asesinado. Habló conmigo el lunes, y tres días después ya estaba muerta. Sólo la vi una vez.

—¿Le habló de una carta?

Juan se dispuso a contestar, pero se contuvo. No sabía nada de aquel hombre. ¡Por qué no! Lo mismo estaba allí para sonsacarle información. El periodista seguía ofuscado con la idea de que El Ronco era el autor de la misiva.

—Perdone, pero aquí el que pregunta soy yo. Comprenda que deba actuar con cierta cautela. No puede pedirme que le desvele asuntos confidenciales del periódico sin saber quién es usted.

Pellón no cambió su discurso ceremonioso.

—Tiene toda la razón. No tiene ningún sentido seguir ocultándolo. Supongo que la señora Amparo le pondría al tanto de todo.

Juan no varió su actitud de distanciamiento. Pellón se entregó al periodista.

—No es necesario que sigamos jugando a policías y ladrones. Llevo muchos años persiguiendo a los delincuentes y sé cómo funciona esto. Me pongo en sus manos. La carta la escribí yo.

—Entienda mi postura, señor Pellón. No puedo abrirme a la primera persona que se presenta aquí. ¿Tiene alguna prueba que pueda demostrármelo?

—Sí.

Julián sacó del bolsillo un carnet antiguo del CESID y una copia de la carta enviada a la anciana. Se los acercó a Juan al tiempo que del otro bolsillo sacaba un documento escrito con la misma máquina, para que los comparara. Efectivamente, aquella máquina de escribir marcaba una huella un tanto difusa en la consonante eme.

El reportero quedó aturdido. Se le desmoronaba su puzzle: El Ronco no era el redactor de la misiva. ¿Quién sería? Pronto entendió que aquel exagente que tenía delante estaba en peligro. Los secuaces que habían asesinado a la anciana se llevaron de la chabola el original de la carta y para ellos habría sido fácil descubrir a su autor.

—Señor Pellón, sus excompañeros ya deben de saber que es usted el autor.

Le puso en antecedentes.

—No me importa. No soy un héroe, pero estoy preparado para lo peor. Antes quiero colocar cada cosa en su sitio.

El periodista no dio tiempo a Pellón para que encadenara vaguedades. Le preguntó a quemarropa:

—¿Participó usted en el secuestro de Pascual?

Pellón recibió el golpe por sorpresa. No esperaba que aquel reportero fuera tan

directo. Pero estaba preparado para responder.

—Sí.

Se produjo un silencio en el despacho; el timbre del teléfono lo interrumpió de manera brusca.

—Paqui, ahora no puedo ponerme. Estoy ocupado.

—Es muy importante. Te llama ese señor tan raro y misterioso.

—Lo siento. Dile que llame más tarde.

La vena periodística afloró en Juan. Aplicó algo tan sencillo como el principio de prioridades. Era una de las virtudes de los buenos reporteros: todo podía esperar mientras encontraras algo mejor. Y Pellón era un diamante de muchos quilates.

—Le he contestado que sí. Y ése, sin lugar a dudas, ha sido el mayor error de mi vida. Intenté redimirme abandonando el CESID, pero no he logrado enterrar, como le decía en la carta a la anciana, los ojos moribundos de Pascual. ¿Ha oído usted hablar de la operación Mengele?

El periodista intentó disimular su desconocimiento.

—No. Pero sí conozco las atrocidades a las que Mengele sometió a los judíos en los campos de concentración nazis en la Segunda Guerra Mundial. He leído bastante sobre sus experimentos químicos y médicos en personas, a las que usaba como cobayas. Pero ¿qué tiene que ver con Pascual el carnicero nazi?

—Nada y todo.

—Explíquese.

—Nada, porque en 1983 Mengele había muerto o vivía escondido en la selva brasileña o paraguaya. Y todo, porque mis jefes utilizaron a Pascual como cobaya para experimentar con una droga anestésica. Lo mismo que hacía el médico de las SS en Auschwitz. Era la primera fase de un plan encaminado a secuestrar a dirigentes de ETA en el sur de Francia. Resultó un fracaso. Pascual murió porque uno de los miembros del comando se excedió con la dosis. No calculó que era demasiado para una persona tan débil y sin defensas como un toxicómano. Tampoco le importaba.

—¿Tuvo conocimiento de todo ello el primer gobierno socialista?

—Del plan para secuestrar a dirigentes de ETA, sí. De la operación Mengele, lo dudo. Se tapó todo. Nuestro superior, el jefe del operativo, nos obligó a hacer un juramento de sangre: la delación se pagaría con la muerte. Sólo un grupo de diez personas estábamos al tanto de lo sucedido. También colaboraron en la operación dos extranjeros: un agente de la CIA destinado entonces en la embajada de Estados Unidos en Madrid y un italiano a quien conocíamos por Chacal. Todos, incluidos ellos, nos aplicamos el código de silencio. Se borraron todas las pruebas y se manipularon las minutas de los agentes. Todos tragaron, como si nada hubiera sucedido. Menos yo. No lo superé. Cuando, meses después, abandoné el CESID por decisión mía, el resto del Club Mengele (así nos llamaban en el Centro, en clave) se

sintió más protegido. Desaparecía la persona que podía poner en peligro todos sus privilegios. Jamás pensé que mi decisión de enviar una carta a la señora Amparo iba a provocar su asesinato. Estoy convencido de que alguien del Club Mengele se ha deshecho de la madre de Pascual.

—¿Le suena el nombre del guardia civil Felipe Gómez…?

—… Villalobos.

Pellón se adelantó al reportero y pronunció su segundo apellido.

—Se refiere al sargento Felipe Gómez Villalobos. ¿Cómo no me va a sonar? Es uno de los integrantes del Club Mengele. Sin duda alguna, el más violento y sanguinario. Siempre dispuesto a apretar el gatillo. Fue él quien pinchó al toxicómano con la jeringuilla y se excedió con la dosis. Lo más vomitivo fue su reacción cuando el chico falleció: «Un drogota menos». Ese fue su epitafio.

—¿Qué hicieron con el cadáver de Pascual?

—Villalobos se deshizo de él. Jamás mencionó el lugar donde lo enterró.

—Señor Pellón, ¿conserva usted algún documento que avale su testimonio?

—Ya quisiera yo. Dispongo de informes de otras operaciones antiterroristas en el sur de Francia, pero nada de Mengele.

El exagente no le confiaba toda la verdad.

—¿Murieron etarras en esas misiones? —Juan, ya sé que su periódico ha emprendido una cruzada para desgastar al gobierno socialista por medio de lo que llaman «guerra sucia» contra ETA. Pero en esta refriega estoy a favor del gobierno de España. Ustedes, los periodistas, lo llaman terrorismo de Estado. Yo, razón de Estado. ¿Qué hay de malo en que los hombres de Estado actúen donde no puedan llegar nuestros jueces?

—Ése es un debate farisaico, que necesitaría de un tiempo del que no disponemos. Yo intento ser más prosaico: dígame usted qué tiene de hombre de Estado el tal Villalobos —le increpó Juan—. Es un asesino. Así empezaron, con esos mismos argumentos, los nazis en Alemania y los dictadores militares en Argentina. ¿Le recuerdo el poema de Brecht? Primero vinieron a buscar a los comunistas, y yo no hablé… bla, bla, bla… Vinieron a por mí y para ese momento ya no quedaba nadie que pudiera hablar por mí. ¿Le suena?

—No me relacione con esa gente. Yo me refiero a otro Estado, al democrático, y a otra moral, la católica. He sido un testigo de excepción en la lucha antiterrorista y siempre he actuado con honor junto a mis compañeros por defender la patria. Participé con el SECED, en tareas de cobertura, en el primer atentado contra ETA, en Hendaya, en mayo de 1975, y colaboré en un plan para secuestrar al terrorista Josu Ternera en septiembre de 1983. Eran operaciones militares contra un enemigo que usaba Francia como santuario. Un mes después, Villalobos y su gente secuestraron a dos jóvenes vascos en Bayona. Los torturaron y se ensañaron con ellos. Luego, un

comando del policía Amedo secuestró a un comerciante francés, a quien confundió con un dirigente de ETA.

—Ésas son las primeras acciones de los GAL.

—No. Ésas son las primeras, y desgraciadamente no las últimas, chapuzas de los GAL. Cuando hablo de razón de Estado me refiero a acciones como las que acabaron con la vida de Argala o Txapela. Fueron dirigidas por hombres de Estado, militares y guardias civiles. Recibíamos órdenes de nuestros superiores, estaban al tanto nuestros gobiernos y actuábamos por honor y patriotismo, no por dinero.

—¿La operación contra Pascual puede incluirse en esa categoría?

Aquello fue un golpe bajo. Un grave desliz para un periodista tan avezado como Juan. Se arriesgaba a caminar por un terreno minado que podía dificultar la colaboración de su fuente.

—Fue un error. Un desgraciado accidente. Participé pero no tomé la decisión. He asumido mi responsabilidad. Ahora les toca a otros.

A Pellón se le veía afectado. No le gustó para nada una pregunta tan impertinente y, mucho menos, que el periodista se permitiera el lujo de insultarlo. Miró el reloj de reojo y se levantó de la silla.

—Tengo que marcharme. Los fines de semana me recluyo en una casa que tengo en la sierra. Más tarde el tráfico se pone imposible.

—¿Quiere que lo acerque en mi coche a algún sitio?

—No. Regreso en metro. No se moleste.

—Lo sacaré por el garaje y lo devolveré al mismo lugar donde lo he recogido.

Antes de abandonar el despacho del periodista, Pellón metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Juan, creo que usted es una persona honesta y de honor. Lo que define a un patriota. Sepa usted que la ideología no es el primer atributo de un patriota. Guarde esta llave. Corresponde a una caja de seguridad de Caja Madrid, en la central de la plaza de Celenque. Es la número 326. Esta mañana lo he dispuesto todo para que usted pueda acceder a ella. Sólo tiene que mostrar su DNI. Haga uso de ella si me pasa algo o deja de recibir noticias de mí en unos días. No le adelanto lo que guardo en la caja, pero me decepcionaría si llegara a un acuerdo para ocultar su contenido. Júremelo. No por mí. Por Pascual y Amparo. Usted se ha referido a Brecht, yo le voy a recordar lo que dijo el filósofo Kierkegaard sobre la verdad individual: «Tengo que encontrar una verdad que sea verdadera para mí, una idea por la que pueda vivir o morir». Juan, ésa ha sido la meta hacia la que he dirigido mis pasos a lo largo de mi vida. Ahora que estoy cerca del final no voy a fastidiarla. Eso sí, cuídese de Jano.

—¿Jano? ¿Qué es Jano?

—Pregúntele a su director. Puede que sepa algo. ¿Confía en él?

—Lo justo.

—Pues, pruebe suerte. Tal vez le cuente lo poco o mucho que pueda saber.

—No me deje así en blanco. Adelánteme algo.

—Jano es una especie de sociedad oculta que se constituyó en los servicios secretos españoles a comienzos de los setenta. No puedo decirle más. Si aprecia su vida, lo mejor es que no siga. Usted es un gran luchador por la verdad. Pero, por su seguridad y por la mía, todavía es pronto para adentrarse en los arcanos de mi antigua casa. Seguro que, por sus medios y con mi ayuda, llegará hasta el final. No lo olvide nunca. Mahatma Gandhi dijo algo tan sencillo sobre la verdad que me impresionó. Tome nota: «Uno debe ser tan humilde como el polvo para poder descubrir la verdad». Y san Agustín lo completó: «La mejor manera de encontrar la verdad es buscarla en tu propia casa». Sírvanle estas lecciones como guía.

—¿Y por qué Jano? El nombre de un dios romano.

—No soy un experto en la mitología de la antigua Roma. Aunque tengo que reconocer que la curiosidad me llevó a consultar una enciclopedia. Le puedo contar lo que aprendí de memoria. A Jano se le representa con dos rostros opuestos, uno mirando hacia el frente y otro hacia atrás. El pasado y el futuro. No puedo comentarle nada más.

Juan sacó al militar del edificio del periódico en su coche, para evitar que lo grabara la cámara de seguridad, como había acordado con él. Antes de llegar a la boca del metro, Pellón se apeó del automóvil y paró un taxi. Juan quiso convencerse de que aquél no iba a ser su último encuentro.

De vuelta al diario, el periodista consultó la enciclopedia Larousse, una vieja edición de 1977. En la página 173 del tomo sexto encontró lo que buscaba: «Jano, en latín Ianus». Y anotó los datos más significativos.

Uno de los antiguos dioses de Roma, a quien se representa con dos rostros opuestos, uno mirando hacia delante, otro hacia atrás. Su leyenda está vinculada a los propios orígenes de Roma. Se le atribuía la invención de las naves y la moneda. A su muerte fue divinizado y en torno a él se forjaron muchas leyendas, una de las cuales cuenta que, para salvar el Capitolio, invadido por los sabinos, hizo brotar ante ellos una fuente de agua hirviente que los puso en fuga. Para conmemorar este hecho, se decidió dejar siempre abierta en tiempo de guerra la puerta del templo de Jano en el Foro, para que el dios pudiese acudir en auxilio de los romanos. Su figura de doble rostro aparece en las más antiguas monedas romanas y recuerda las dos caras de una puerta. Era el dios de las puertas. Su compañera era Cardea, la diosa de los goznes, los comienzos y los finales. Sus santuarios le estaban consagrados el primer mes de año (enero, en latín *januarius*) y el primer día de cada mes.

Juan consultó también un antiguo libro sobre mitología que estaba abandonado en la biblioteca del diario. Por él se enteró de que el principal templo de Jano, levantado al norte del Foro Romano, tenía dos puertas orientadas una al este y la otra al oeste, al

principio y al final del día. Entre ellas se situaba su estatua con las dos caras, mirando en sentidos opuestos.

No sabía qué buscaba a través del dios de la mitología romana pero, a partir de su encuentro con Pellón, Jano se convirtió en una obsesión para el resto de sus días.

17

Viernes, 16 de junio de 1995

Eran las tres de la tarde y allí estaban todos. En la que se conocía como sala de crisis del Centro, los integrantes del Club Mengele esperaban expectantes la llegada de Arturo. Habían trastocado sus planes y anulado su agenda porque, cuando los llamaba el jefe, no había margen para excusas ni para dudas. Algo gordo habría ocurrido para que los diez fueran convocados a una reunión con el líder. Arturo, aunque en el escalafón de los servicios secretos figuraba como el número dos, sobre el terreno actuaba como el *capo di tutti capi* del CESID. Los agentes sabían que la palabra capo se utilizaba para señalar al jefe de un clan mafioso pero, con el nombre de Mengele de por medio, también podía servir la terminología alemana «kapo», con k. Así se llamaba en los campos de concentración de la Alemania nazi a los presos que se ofrecían para hacer de capataces a cambio de algunos privilegios.

Tras la desgraciada muerte del toxicómano, el Club Mengele había sido convocado en contadas ocasiones, quizá en tres o cuatro. La primera fue para juramentar un pacto de silencio y orquestar la operación de eliminación de pruebas; la segunda, para valorar la salida de Pellón, que durante unas semanas había hecho peligrar la seguridad en el clan, y la tercera, para celebrar el ascenso de Arturo a secretario general de los servicios secretos españoles.

Sentados en torno a una enorme mesa ovalada de caoba, como centuriones romanos a la espera del cesar, allí estaba lo más granado del espionaje nacional. Por su hoja de servicios, destacaban cuatro de ellos:

El comandante Alfonso Pastrana, el segundo mando de la AOE durante la operación Mengele. Fue el responsable del operativo del secuestro de Pascual. Como Arturo, procedía del SECED y había sido el jefe de los comandos antiterroristas integrados por neofascistas italianos y miembros de la OAS y la Triple A argentina. Por todo ello, le unía una estrecha amistad con Stefano.

El teniente de la Guardia Civil Juan Alberto Nieto. Experto antiterrorista e imputado en casos de torturas y malos tratos, le adjudicaban el mérito de haber dado muerte a cinco etarras en un atentado de los GAL.

El sargento de la Guardia Civil Felipe Gómez Villalobos. El agente que inyectó la dosis equivocada a Pascual y asesinó a su madre.

Fernando Romero, comandante del ejército y experto en medios de comunicación. Era todo un prestidigitador en la manipulación informativa. Sus buenos contactos con los periodistas más influyentes de la prensa española le permitían colocar a menudo bulos y falacias en las páginas de los diarios. Se jactaba de ser íntimo amigo del subdirector de *El Universal*, Antonio González.

Una vez que el camarero del catering había colocado los platos y las bebidas sobre la mesa, Arturo entró en la sala. De un brusco salto, todos se pusieron de pie al mismo tiempo. El número dos del CESID se sentó junto a Alfonso Pastrana, el segundo militar con más rango de la reunión, en un sillón que los asistentes habían dejado vacío. El comandante le sirvió una copa de vino, pero Arturo tomó la palabra sin necesidad de mojarse los labios.

—Gracias por acudir a mi llamada. Ya me conocéis y sabéis que no me gusta abusar de estos encuentros. Son arriesgados y lo más práctico es siempre enterrar el pasado. Han transcurrido doce años desde aquel juramento y todo ha fluido con normalidad. Hasta la fecha, como os prometí entonces, nada ha perturbado vuestras vidas, ni en lo personal ni en lo profesional. Cada uno de vosotros habéis desarrollado vuestras actividades en el Centro de manera fructífera, habéis ascendido en el escalafón militar y habéis contado siempre con mi apoyo.

Arturo tomó un respiro, dio un sorbo a la copa de vino y continuó su discurso sin mencionar el suceso que había motivado aquella comunión.

—Ahora tenemos que estar más unidos que nunca y debemos adoptar decisiones, aunque sean muy dolorosas. Vivimos unos años convulsos y se ha abierto la veda contra el Centro. Tenemos en contra a los políticos, tanto de izquierda como de derechas, a los periodistas y, sorprendentemente, a compañeros de la policía, que investigan nuestros pasos. El gobierno, el presidente, el vicepresidente y los ministros de Defensa e Interior sufren un acoso frenético jamás vivido en España. Estamos ante un horizonte político poco favorable a nuestros intereses. No podemos permitir que hombres de honor que han dado su vida por la patria se conviertan en el blanco, en el objetivo de los intereses partidistas. Nadie va a dar la cara por nosotros. Por todo ello, tenemos que estar más unidos que nunca. Los hechos acaecidos recientemente, que conocéis de sobra, nos obligan a ser resolutivos en nuestras decisiones, cueste lo que cueste. Todo indica que pronto habrá elecciones anticipadas y que las ganarán los que defienden y comparten nuestros ideales. No dudéis de que cuando llegue ese momento darán cerrojazo a este acoso. Ahora el CESID les interesa como arma política arrojadiza contra el gobierno y porque aporta votos, pero cuando accedan a La Moncloa pasará lo de siempre. Tendrán que acudir a nosotros. Se alcanzará un pacto de borrón y cuenta nueva y ahí estaremos de nuevo. Hemos sido los garantes de la democracia durante los últimos treinta años y nadie nos va a desahuciar. Os doy mi palabra. Quien gobierne tendrá que gobernar con nosotros, sí o sí. Ya lo hicieron otros con anterioridad, incluida la izquierda. ¡Cuántas plañideras tuve que soportar cuando los socialistas ganaron las elecciones en 1982! El tiempo me dio la razón. No pudieron levantar las alfombras y, como yo vaticiné, al final nos cedieron nuestra cuota de poder. Se volvieron más pragmáticos y se quedaron con las alfombras sucias. Nosotros les convencimos de que éramos una vacuna frente al involucionismo

y una apuesta segura para acabar con ETA. Retomamos las acciones contra el terrorismo en el sur de Francia y, cuando aprendieron la lección, los socialistas crearon sus propios GAL. Ahora tienen unas cuantas víctimas propiciatorias, policías y guardias civiles de la Seguridad del Estado, que pagarán por los políticos, pero a nosotros no nos alcanzará la onda expansiva. Dentro de unos años quienes ahora son tildados de villanos por matar a terroristas en Francia serán elevados a los altares como héroes. Es cuestión de tiempo. La sociedad puede soportar, puede digerir, el tiro en la nuca a un asesino de ETA, pero jamás tolerará ni la sangría de los fondos reservados ni el caso que hoy nos empuja a reunimos.

Arturo seguía sin hacer referencia al secuestro y muerte de Pascual. El auditorio no necesitaba para nada más detalles. Tenía muy claro a qué se refería.

—¿Por qué os he convocado? Porque a causa de una cadena de errores se ha puesto en peligro uno de los mayores secretos de esta casa. Tenemos que reconducir la situación. No podíamos haberlo hecho peor. —El jefe dirigió la mirada a Villalobos —. Habéis agravado el problema haciendo una chapuza tras otra. Primero, dejáis que la anciana visite a un periodista que, en estos momentos, puede tener en su poder la carta del traidor de Pellón; después, decidís sin mi conocimiento —en ese momento miró al comandante Pastrana— quitarla de en medio y, por último, hacéis desaparecer el cadáver del Anatómico Forense dejando un montón de pistas. Peor imposible. De un simple accidente hemos pasado a un asesinato y ahora, para seguir manteniendo el caso en el anonimato, debemos quitar de en medio a otras dos personas.

Arturo se dirigió al comandante Pastrana.

—Alfonso, tenéis que recomponer este desaguisado entre tú y Villalobos. El resto puede daros cobertura, pero vosotros tenéis que ser los ejecutores. Y cuando digo ejecutores ya sabéis a qué me refiero. Yo ya me he adelantado y he puesto en marcha otras medidas expeditivas. Vosotros tenéis que centraros en el periodista. Romero puede echaros una mano. En primer lugar, hay que lograr que el diario no publique la información y después hay que darle un aviso al reportero. El grado de contundencia del escarmiento lo dejo a vuestra discreción. Pero ya os adelanto que hay que cortar de raíz el más mínimo riesgo. Me consta que en La Moncloa andan preocupados con la gacetilla de *El Universal*. El presidente ya comienza a preguntar por una misión secreta llamada Mengele. Alguien de inteligencia de Presidencia que conoce el operativo se ha ido de la lengua. El director le ha contestado que era un bulo interesado para socavar el prestigio de los servicios secretos y, por ende, al gobierno, pero de inmediato me ha llamado a mí para que ponga orden.

Pastrana pidió permiso para intervenir.

—Sí, Alfonso… Adelante.

—Mi coronel, puedo responder por los aquí presentes. La filtración no ha podido salir de nosotros.

—Te creo, Alfonso, pero somos nosotros quienes hemos despertado el interés de la policía y de la prensa con ese deplorable asunto de la anciana. No se podía hacer peor. Pellón desencadenó toda esta crisis, pero ahora hay un comisario muy interesado en que nos estalle el escándalo en las manos. Pero a ése lo reservo para mí. Soy el único que puede neutralizarlo.

El coronel Arturo se levantó de la mesa y dio por finalizada la reunión. Nadie se atrevió a preguntar nada al gran capo. Para resolver las dudas ya tenían a Pastrana, con quien se reunirían más tarde. Arturo también tenía que hablar con él a solas. Le pidió que lo acompañara a su despacho. El comandante Pastrana era su hombre de confianza desde hacía casi veinte años. Juntos habían participado en decenas de operaciones y habían sobrevivido, unidos, a momentos difíciles como el intento de golpe de Estado del 23-F, en el que la conducta del CESID fue muy confusa. Su relación no era la puramente jerárquica entre jefe y subordinado. Entre ellos no existían secretos.

—Alfonso, ¿cómo lo ves?

—Mal.

El comandante se dirigía a su jefe por su nombre de pila. Entre las paredes del despacho, sin testigos, se sentía con la suficiente libertad para mantener un diálogo franco y entre amigos. Pastrana, como Arturo, disfrutaba de una posición en el Estado Mayor, pero por su físico aparentaba ser un militar chusquero. Era bajo, regordete, con tripa cervecera, cejijunto y bastante rústico. Entre las secretarias se había ganado la fama de tener las manos más largas de los servicios secretos. Arturo se había visto obligado a ejercer toda su influencia para parar una denuncia de una funcionaría por acoso sexual. Su atuendo contrastaba con la elegancia de su superior. Si Arturo siempre se presentaba en la oficina maqueado, Pastrana solía vestir una camisa blanca de manga corta que le colgaba por encima del cinturón y lucía una corbata raída ilustrada con varios lamparones. Poco ayudaban a ese aspecto descuidado una barba sin afeitar de dos días y unas fosas nasales y cavidades auditivas pobladas de un bosque de pelos. Vivía en Madrid desde los quince años, pero no había corregido su acento murciano.

—Mal, Arturo, pero con soluciones. La gente está unida, así que puedes descartar otra deserción. Tengo bajo control el Anatómico Forense. El forense es de los nuestros. Otro Jano. Villalobos me asegura que jamás encontrarán el cadáver y esa investigación carece de futuro.

—Alfonso, a ti no puedo ocultártelo. Herrera está detrás de todo esto; suministra información al periodista. Volvemos a encontrarnos otra vez en el túnel del tiempo. Todo se reduce a un dilema: él o yo.

Pastrana comprendió que el caso tomaba un giro inesperado. Arturo y el comisario Herrera habían dejado dormitar durante años sus diferencias, pero intuía

que pronto iba a producirse un choque de trenes. Una delgada línea separaba la amistad y el odio, y ambos la habían cruzado. Todo por culpa de Victoria, una bella mujer que traicionó a Herrera. Estaba locamente enamorado de ella, pero Arturo los separó. El agente secreto aplicó ese silogismo enfermizo que consume a muchas personas: «Si no puede ser mía tampoco será de él». El espía ofreció a la chica un destino en el servicio secreto, siempre que abandonara al policía, por un supuesto código de incompatibilidades. Y la oferta la sedujo. La afrenta se fraguó a comienzos de los ochenta, cuando el CESID utilizó a las primeras mujeres en misiones operativas. El juramento de venganza del comisario Herrera originó tal lucha subterránea entre los servidores del Estado que puso en riesgo la estabilidad profesional de ambos.

El antagonismo se agravó cuando Arturo y la joven, ya espía, dejaron tirado a Enrique en una operación antiterrorista en el sur de Francia. Él y su equipo fueron detenidos en Burdeos por la policía francesa cuando seguían a un dirigente de ETA. Seguidamente los expulsaron a España con una nota de protesta de las autoridades galas. Enrique siempre sospechó que aquel incidente se debió a un soplo de un colaborador de Arturo. Estaba en lo cierto. El CESID no podía consentir que la nueva unidad antiterrorista de la policía, que dirigía Herrera, se apuntara un éxito con la detención de Txomin Iturbe, el entonces número uno de ETA. Arturo luchaba por mantener en exclusiva la hegemonía en el extranjero de la información sobre la banda terrorista. La jugada del militar supuso la desarticulación de la brigada policial y un castigo para su jefe. Herrera tuvo que soportar el desprecio de sus compañeros y un destino burocrático, como expiación, en las oficinas del DNI. Al cabo de unos años, Herrera renació de sus cenizas y fue recuperado para la primera línea policial.

Arturo no ocultó a Pastrana su viaje a California y el encargo hecho a Stefano.

—Debe de estar ya en Madrid, pero no logro localizarlo. Sé que tú y Stefano manteníais una buena relación de amistad. A ti no te llamará, pero posiblemente hable con alguien de vuestro entorno.

—Arturo, ya conoces a Stefano. Es una anguila. Un tipo escurridizo que no se fía de nadie. Ni de ti, ni de mí. Dudo que se ponga en contacto con alguien. Hará su trabajo y punto. Luego regresará a su casa sin dejar ni una huella.

—Por eso quiero que tú te encargues personalmente de localizarlo. Si no podemos dar con Stefano, vigilemos a su objetivo. Nos llevará a su guarida.

—¿A quién busca?

—A Pellón. Le he pasado un dossier con todos sus movimientos. Tiene el encargo de neutralizarlo. Y creo que Stefano, con los datos que posee de Pellón, actuará este fin de semana o el próximo. Irá a por él a su casa de la sierra. Es el mejor escenario para convertir un crimen en accidente. Pellón vive solo en un refugio de montaña sin vecinos a su alrededor. Hay que someterlo desde ahora mismo a una estrecha

vigilancia. Y para este trabajo sólo puedes contar con gente de nuestra confianza.

—¿Por qué ese interés por Stefano? ¿No sería mejor que hiciera con eficacia su trabajo y luego desapareciera?

—Eso sería lo más correcto, pero no olvides que nosotros necesitamos un paraguas para cubrirnos cuando comience a llover la mierda. Stefano es un blanco perfecto para la policía. La mejor coartada para tener ocupado a Herrera. Con esa presa, cerrarán el caso y nos dejarán en paz. Tú localiza a Stefano; de lo demás me encargo yo. El problema no está en que descubran la muerte del toxicómano, sino en que todo aquello por lo que hemos luchado en los últimos veinticinco años se desmorone como una torre de naipes. La patria corre el riesgo de saltar por los aires y nosotros con ella. Jano está en peligro.

18

Viernes, 16 de junio de 1995

La tarde se le echaba encima a Juan y todavía le faltaba una página de la sección por editar. El encuentro con Pellón le había fastidiado su partida de mus. Y también a sus amigos. Eran tres, y para jugar al mus se necesitan cuatro jugadores. Aunque no le importaba demasiado, pues el fin de semana libraba en el periódico. Lo tenía todo organizado para pasarlo intensamente con una chica a la que había conocido un par de semanas atrás en Oliven El sábado por la tarde irían al cine y después tomarían unas tapas en la zona de mesones de Fuencarral. Luego de copas y lo que surgiera. El domingo, paseo matinal por el Rastro y un buen cocido en La Bola. Después… De repente, se acordó de la llamada de El Ronco que no había atendido por la presencia de Pellón. ¿Se habría enfadado? ¿Volvería a llamarlo? El encuentro con el exagente del CESID había sido muy ilustrativo pero, una vez más, reaccionó como periodista. Después de escuchar las confesiones de Pellón necesitaba más que nunca volver a encontrarse con un personaje tan misterioso como El Ronco. La curiosidad le carcomía. ¿Quién sería su informante? Al menos, tenía que esforzarse por descubrirlo. Sonó el teléfono y Juan dudó en cogerlo. «Una llamada a estas horas un viernes por la tarde sólo sirve para fastidiarle a uno los planes», pensó el periodista. No era de extrañar que, en las redacciones, cuando a esas horas sonaba con insistencia el timbre de un teléfono, siempre se escuchara una voz de fondo: «No lo cojáis, que puede ser una exclusiva».

—Juan, ¿por qué no contesta a mis llamadas? Si soy una carga para usted, no volveré a llamar. Usted decide.

Era El Ronco, y parecía enojado por el desaire del reportero.

—No, no. Se equivoca. Necesito hablar con usted. Estaría ocupado por la redacción cuando me llamó. No he parado en todo el día. Usted dirá.

—Punto 1. Cumpla las instrucciones a rajatabla.

Juan sacó su chuleta de la cartera y buscó el punto de encuentro: «Parking. Plaza España. Segunda planta. Plaza 22. Pegar la espalda a la columna de la izquierda y no girar la cabeza». La cita debería producirse al cabo de una hora. El jefe de la sección de sucesos de *El Universal* pidió a su segundo que cerrara las páginas de la sección. Le puso una excusa y salió corriendo de su despacho. Aunque el encuentro era en un aparcamiento, prefirió desplazarse hasta la Gran Vía en metro. Transcurrida una hora desde la llamada, se colocó de espaldas en la columna izquierda de la plaza 22. Tuvo que esperar a su informante durante unos minutos, lo cual le provocó un estado de ansiedad. Sus manos no temblaban, pero el exceso de adrenalina le hizo perder el control.

—Buenas tardes, Juan. Soy yo otra vez. No vuelva la cara porque puede acarrearle problemas. Como usted comprenderá no voy a arriesgarme a venir solo a un lugar tan lúgubre.

El Ronco iba de farol. Estaba solo, porque para aquella relación con el reportero no confiaba en nadie.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me dejó en la papelera el recorte de *Pueblo*? ¿Qué pinta en todo esto Stefano?

—Usted es un profesional con reputación y con experiencia. Debe comprender que no le facilite ningún dato sobre mi persona. Prefiero seguir en el anonimato. Lo mejor es que no sepa nada de mí, ni conozca mi cara. Por su seguridad. Si no, sería hombre muerto. Lo importante es la información y que sea buena, no quién se la dé. ¿Entiende este juego?

—Pero, al menos, dígame qué pinta usted en todo esto.

—Saque sus propias conclusiones. Sólo puedo decirle que estoy aquí por España y que soy un pobre patriota español. ¿Le suena?

El interlocutor de Juan había puesto en marcha su estrategia para averiguar cuánta información poseía el periodista. Estaba allí para tantearlo. Y Juan picó. Su obcecación por averiguar si El Ronco era la misma persona que había contactado epistolarmente con la anciana, lo llevó a cometer varios errores. El reportero se esforzaba por verificar las revelaciones de Pellón.

—¿Envió usted la carta a la anciana?

—Vuelvo a repetírselo: saque usted sus propias conclusiones. No puedo ser más explícito.

El reportero siguió metiendo la pata. Cada pregunta que formulaba proporcionaba una nueva pista a su interlocutor.

—¿Es usted amigo de un tal Pellón?

—No insista. He contactado con usted para facilitarle un dato clave que le ayudará a avanzar en sus investigaciones. Detrás de todo este complot está la mano de Stefano, usted me ha preguntado por él. Él y su gente fueron los responsables del secuestro y la muerte del toxicómano. Por cierto, hable con la policía. Me han asegurado que Chacal, como se le conoce internacionalmente, ha regresado a Madrid para ajustar cuentas. Si en los próximos días recibe de manera anónima una dirección, acuda enseguida a la policía, porque puede ser el lugar donde se esconda en Madrid. No se lo prometo pero puedo averiguarlo.

El Ronco, que permanecía a la espalda del periodista, oculto entre los coches del parking, interrumpió su conversación cuando se percató de que un automóvil comenzaba a hacer maniobras para aparcar cerca de él. Juan esperó, callado, a que su informante reanudara el diálogo pero, como seguía en silencio, volvió la cabeza. No encontró a nadie. Se sintió perturbado, porque aquello no había sido un sueño. Pero la

realidad era que al Ronco se lo había tragado la tierra.

19

Viernes, 16 de junio de 1995

Victoria era una de esas mujeres que llamaba la atención allí por donde pasaba. El suave contoneo de sus caderas atraía las miradas de la concurrencia. No era una exhibicionista. Tampoco una buscona. Todo lo contrario, si pecaba de algo era de moderación. De timidez. De mesura. Su trabajo aconsejaba discreción en todos sus movimientos, incluido el de sus turgentes glúteos. Pero, ajena a su voluntad, su silueta irradiaba atracción. Alta, esbelta, tez blanquecina, cabello rubio, estilizada, ojos achinados… Además, sus atributos naturales quedaban resaltados por su elegancia. Como diría un castizo, ajeno a los cánones de la igualdad: cuarenta y cinco años de mujer bien metabolizados.

Siempre conjuntada hasta el más mínimo detalle. Era una maestra en la combinación de los complementos: bolsos, pulseras, collares, cinturones, zapatos, pendientes… Y no necesitaba mucho esfuerzo para conseguirlo. Todo armonizaba hasta rozar la perfección estilística. También seleccionaba con esmero, como si se tratara de óleos para ultimar un cuadro, sus tonos de maquillaje y de rímel, a fin de que conjugaran con sus modelitos comprados en París. El presupuesto de fondos reservados que manejaba discrecionalmente en la capital francesa para obtener la colaboración de agentes de la DST y periodistas le proporcionaba un plus para sus vicios de mujer.

Arturo supo que no se equivocaba cuando se la arrebató a Herrera y la captó, a comienzos de los ochenta, para que formara parte de la primera promoción de agentes femeninos del CESID. El militar tenía intuición: aquella joven llegaría a ser una gran espía. Por eso la introdujo en el programa Jano. Victoria tenía el perfil idóneo para convertirse en un valioso agente secreto. Era versátil, educada, seductora, osada, valiente y una excelente actriz capaz de interpretar los más diversos papeles en ese mundo del espionaje. En París, disfrutaba de una buena tapadera: se hacía pasar por delegada de una firma de perfumería que había constituido el CESID para así poder operar internacionalmente. Era un buen disfraz, porque le permitía asistir a todos los actos sociales que se organizaban en la Ciudad de la Luz. Antes de alcanzar las cimas del glamour, Victoria había representado papeles mucho más mundanos, como el de mujer de la noche. Como acompañante de lujo. Se había especializado en obtener información en el entorno de los diplomáticos de las embajadas de los países árabes en Madrid. Era tan escurridiza que jamás se había visto obligada a acostarse con ninguno de esos tipos orondos, sudorosos y peludos que aparecen en las películas de agentes secretos, casi siempre turcos, libaneses o egipcios. Nadie como ella controlaba los tiempos: siempre hallaba una puerta abierta para escapar del embrollo.

Eso sí, antes de huir atrapaba a la presa con las uñas de sus garras pintadas con esmaltes de *Chanel*. Y exprimía a sus fuentes hasta obtener de ellos la información más valiosa para sus superiores. En París, la función de Victoria se circunscribía, única y exclusivamente, a la lucha antiterrorista. Y, dentro del terrorismo, sólo se dedicaba a dos grupos: ETA y GRAPO. Ambas organizaciones contaban con una importante presencia en la ciudad del Sena. El trabajo de Victoria se limitaba a hacer de enlace con los jefes y agentes de la Sécurité gala. Las buenas relaciones con la policía francesa no salían gratis al Estado español. Victoria tenía en nómina a una abultada lista de funcionarios franceses que, a costa del erario público, aumentaban sus ingresos con un sobresueldo en pesetas, que luego convertían en francos o en dólares americanos. Ahora, una llamada de su jefe ponía en peligro toda aquella vida de lujo y glamour, que tanto le había costado alcanzar. Lo intuía. Arturo no acudiría a ella si no sucediera algo muy grave en Madrid.

Cuando entró por la puerta del restaurante Zalacaín no necesitó ninguna indicación del *maitre*. Con paso decidido se dirigió hacia la escalera que comunicaba con el primer piso, donde estaba ubicado el reservado. Ni siquiera echó una ojeada a la barra del bar, porque sabía que Arturo jamás se expondría en un sitio público a las miradas de curiosos inesperados. No erró: el número dos de los servicios secretos la esperaba en la mesa con una copa de jerez en la mano. Se levantó y, cuando se cercioró de que el camarero había abandonado la estancia, le dio un suave beso en la boca. Un leve contacto de amistad. Como la copla: amor sin pecado. Arturo y Victoria se querían sólo como amigos y jamás habían tenido roce carnal. La agente sabía de sobra que su jefe, aunque tenía una buena planta de galán cincuentón, era fiel a Carmen, la mujer de su vida.

—¡Qué tal, Victoria! Otra vez juntos. ¿Cómo te va con los gabachos en París?

—No puedo quejarme, Arturo. No me falta de nada, y todo te lo debo a ti.

Tras aquella fachada de fémina débil y superficial, se escondía la auténtica Victoria: una mujer pragmática y sin sentimientos. Con un corazón a prueba de cortejos masculinos, tan duro como el pedernal y tan laxo como el fuelle de un acordeón. Sus compañeros del CESID la habían bautizado, a ella y a las demás mujeres del servicio secreto, con el nombre de «conejitas». Un término machista y despectivo que pretendía limitar su labor de agentes a la mera explotación de su condición femenina. Sin embargo, Victoria, ella sola, valía tanto o más que todo el Club Mengele. Como diez Nietos o Villalobos. Ella jamás habría incurrido en aquella sucesión de errores que habían colocado a Arturo al borde del precipicio. Por eso estaba en Madrid.

El jefe de los espías no esperó a los postres. Fue directo al grano, incluso antes de que el maítre anotara la comanda. Estaba claro que no se trataba de una velada entre enamorados ni de una cita protocolaria, sino de una cena de trabajo con una

subordinada del servicio. Él era el jefe y se disponía a dar órdenes tajantes. Cuanto antes abordara aquella espinosa cuestión, antes regresaría a casa. Así era Arturo: tosco y directo.

—Ahora, te necesito yo. Tienes que sacarnos de un atolladero. Una historia del pasado se nos está atragantando y en el epicentro aparece un antiguo conocido tuyo. Se divierte manejando los hilos contra nosotros desde las sombras. Contra mí. Está a punto de descubrir secretos del pasado que pueden hacer tambalear nuestra joven democracia.

Victoria no esperó:

—¿De quién se trata?

—De Enrique. Del comisario Herrera. Está degustando el sabor de la venganza. Hay que pararlo, como sea.

—No puedes pedirme eso. Enrique, no. Ya le he hecho demasiado daño. Mándame lo que quieras, pero Enrique no. Desconozco de qué va todo esto, pero una tercera vez, no.

—Victoria, lo siento. Comprendo tus reticencias. Pero no hay otra salida. Si no, no te habría hecho venir de París. Sólo puedes lograrlo tú. No es negociable. No hacemos lo que queremos sino lo que nos ordenan. Y tú, en estos momentos, no estás en condiciones de negarte a nada. Hay mucho en juego. Te lo repito: hay que neutralizar a Herrera, como sea. Ya me entiendes. Lo dejo en tus manos.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Desde la cabeza hasta la suela de sus llamativas sandalias Gucci. Arturo le estaba pidiendo que le quitara la vida a quien había sido el hombre de su vida. El maquillaje no pudo ocultar su cara de pánico. Unas lágrimas emborronaron su *eyes line* y desdibujaron su sombra de ojos. Enrique Herrera seguía vivo en sus recuerdos.

20

Miércoles, 24 de octubre de 1973

Lo conoció en 1973, en una redada policial contra una algarada de estudiantes que protestaban contra el régimen. Victoria tenía entonces veinte años y estudiaba Derecho en la Complutense. Un joven de unos veinticinco años salió en su defensa cuando un gris la introducía a empujones y a golpes en una lechera. Mostró su placa de policía y pidió a su compañero uniformado que no se mostrara tan vehemente porque le partiría la cabeza a aquella chica. Eran años en los que la represión se traducía en colores. Los antidisturbios eran grises por el color de su uniforme. Los vehículos donde trasladaban a los detenidos eran lecheras porque estaban pintados de color blanco. Los azules eran los políticos del Movimiento. Los falangistas eran camisas negras y los verdes los guardias civiles. En el otro bando estaban los rojos, que eran quienes recibían los mamporrazos.

Pasadas unas horas, una vez en los calabozos de la DGS de la Puerta del Sol, el agente de la Brigada Político Social siguió interesándose por la joven de la manifestación. «Aquí se sabe cómo se entra pero nunca cómo se sale», solían comentar en voz alta los policías para amedrentar a los activistas antifranquistas. Con aquella chica, Herrera había descubierto su lado más humano. No sólo le llamó la atención su atractivo y su exuberante físico, encajado en un ceñido pantalón vaquero que destacaba su trasero respingón y en una blusa diminuta que apretaba sus pechos. Lo que más caló en el policía fue su coraje. Se fijó en ella porque, mientras su compañero la introducía en el furgón, lo insultó desaforadamente: «Fascista, cabrón, asesino, hijo de puta, maricón…». Una sarta de improperios a un ritmo endiablado como si se tratara de una ametralladora. A Enrique le llamó la atención aquella joven porque tenía un par de ovarios. Quien la sujetaba con fuerza del brazo era un gorila de casi dos metros que, en medio de los insultos, iba a partirle la crisma de un porrazo. Cuando él se interpuso, ella le increpó:

—¿Tú, qué, de policía bueno? ¿Quieres follarme?

Herrera no se contuvo.

—¿A que la hostia te la pego yo? Cállate de una puta vez. Sube al coche. Te voy a pasar un estropajo por esa lengua que tienes de zorra. Conmigo no se juega. Al calabozo.

Herrera le perdió la pista en la refriega con los estudiantes, pero una vez en los sótanos de la DGS se interesó por ella. Supo por un guardia que se llamaba Victoria y que pertenecía a la Joven Guardia Roja, las juventudes del Partido del Trabajo de España, una minoritaria formación situada a la izquierda del PCE, pero con amplia presencia en la universidad. Estaba fichada por anteriores revueltas estudiantiles.

—¿Dónde habéis metido a esa zorra con la lengua tan sucia como los retretes de ahí abajo?

—Está en el calabozo 12, agente Herrera —le contesto uno de los policías uniformados—. Hemos tenido que aislarla en una de las celdas, porque Cifuentes dice que es una de las cabecillas.

Herrera miró por la mirilla de la puerta para cerciorarse de que era ella.

—Sí, es ella. Anda, ábreme la puerta. Cifuentes ve dirigentes del Politburó hasta en la sopa. Esa chica cree que El capital está en las cajas fuertes de los bancos y que el Libro rojo de Mao es de ese color por los rojos de la República. De ella me encargo yo. ¿Dónde firmo?

Victoria no se mordió la lengua cuando lo vio entrar en la celda.

—¿Otra vez tú? ¿De qué vas? ¿De buen samaritano? Conmigo no tienes nada que hacer. Sé de qué va vuestro juego. Nunca seré tu chota ni voy a chupártela para conseguir la libertad.

—Pero qué lengua tienes ¿Así os enseñan a hablar en la facultad de derecho? ¡Valiente universitaria estás hecha!

—A ti qué te importa. No pienso hablar ni delatar a nadie.

Herrera comenzó a irritarse con el juego de aquella «Pasionaria de biberón», como la bautizó más tarde ante sus compañeros. Había leído en su ficha que acababa de cumplir veinte años, pero tenía un cuerpo de veinticinco, la edad del policía.

—Se acabó —gritó el policía—. Victoria —leyó una hoja que sujetaba en la mano —, tienes dos opciones: o te vienes conmigo y me debes un favor o te dejo en manos de esos carniceros de ahí fuera, que no van a tener la misma consideración que estoy teniendo yo contigo. Tú eliges. Me has caído bien y no voy a pedirte nada a cambio. Bueno, sí. Sólo tienes que tomarte conmigo un chocolate con churros ahí al lado, en el callejón de San Ginés, uno de los pocos sitios que puedes encontrar abiertos a estas horas en Madrid. Tú misma. Hizo una pausa. —Me has agotado. Me voy.

Se dio la vuelta y aporreó con los nudillos de la mano la puerta para que la abrieran desde fuera. Cuando la llave comenzó a girar, Victoria entró en razón y gritó:

—¡Para, para! No te vayas.

—No me voy. Quiero que nos vayamos los dos.

—Vale, pero prométeme que no me pedirás nada a cambio. Ni soy una zorra ni vas a tener en mí a una delatora.

Herrera seguía de espaldas con una sonrisa en los labios. Guiñó el ojo al guardia y elevó el tono de voz.

—De ésta me encargo yo. Vamos a buscar el local donde imprimen las octavillas.

Era una celada para que los demás compañeros de Victoria, detenidos en calabozos contiguos, creyeran que se había rendido. Esa noche continuaron las redadas en numerosos pisos de Madrid, pero con información de otros detenidos que

se rindieron tras ser torturados. Sin embargo, la célula comunista creyó siempre que Victoria había facilitado los datos y la repudiaron.

Tras la salida del edificio de la DGS ambos cumplieron su palabra: degustaron el chocolate con churros sin apenas mediar palabra. Antes de abandonar la barra de mármol blanco del local nocturno, Victoria le espetó:

—Gracias por el chocolate y por dejarme en libertad, pero no vuelvas a cruzarte en mi camino. No me gustan los maderos franquistas.

Herrera sonrió y mostró su lado duro.

—Será mejor para ti. No tendrás escapatoria. ¿Cómo me has llamado? ¿Buen samaritano? La próxima vez te enfrenta ras con maderos de verdad. Veo que todavía no te han pasa do por la bañera. Reza para que esté cerca y pueda rescatarte.

Victoria no consintió que la llevara a su casa. Prefirió dar un largo paseo en una de esas noches estrelladas de Madrid. Su encuentro con el policía la había marcado. La sensación era recíproca. Herrera había quedado abducido por la joven comunista y no iba a renunciar a ella. Pero la vida daba muchas vueltas en aquellos años de cambios vertiginosos.

El policía no volvió a encontrarse con Victoria hasta transcurridos unos meses. Esa noche estaba de servicio con un compañero y husmeaban por el salón de actos del colegio mayor San Juan Evangelista. Uno de los pocos focos universitarios que luchaban contra la censura franquista programando obras de teatro de autores malditos para el régimen, proyectando películas prohibidas u organizando conciertos de cantautores proscritos.

En realidad, Herrera estaba allí no para prohibir cualquier atisbo de apertura, sino porque le gustaba aquel ambiente. Sólo tenía que hacer el paripé. Una voz interior le gritaba que ya no había freno para la libertad. Lo que agonizaba era un régimen político decrépito y cavernícola. Tenía que prepararse para los nuevos tiempos si no quería quedar aplastado por los muros del bunker. No lo tenía fácil: pertenecía a una de las unidades más odiadas por la oposición, y en su familia —padre, hermano, tíos, primos…— eran todos policías y alardeaban de su condición de represores. Enrique se veía obligado a ocultar sus sentimientos por instinto de supervivencia, pero lo tenía claro: el camino estaba allanado para una apertura democrática. Sólo faltaba la muerte de Franco, que estaba muy enfermo.

Enrique y su colega Rafael Gallardo, vestidos de paisano, pretendían pasar inadvertidos entre los jóvenes universitarios, pero no había ningún camuflaje que pudiera ocultar su condición de policías de la Brigada Político Social. Los organizadores del acto lo sabían, pero ya habían superado las provocaciones de los agentes del comisario Saiz. Esa noche estrenaban una obra censurada de un autor también censurado: El círculo de tiza caucasiano, de Bertolt Brecht. El dramaturgo revolucionario alemán estaba en la lista del *nihil obstat* de la censura.

La sala estaba abarrotada de jóvenes ávidos de libertad. La obra era lo de menos. Lo importante era echar un nuevo pulso al franquismo. Estudiantes de otros colegios mayores esperaban sentados en el suelo de los pasillos, porque el patio de butacas estaba repleto desde hacía horas.

Enrique Herrera y su compañero permanecían de pie en las puertas de acceso, que estaban abiertas de par en par para ampliar el aforo del teatro.

—Gallardo, el argumento de esta obra de Brecht puede servir de símil para el futuro de España. Dos madres luchan por la custodia de un niño que permanece dentro de un círculo de tiza y tiene que decidirse por una de las dos. El futuro de España está trazado con otro círculo de tiza en el que las nuevas generaciones deberán optar por un franquismo reformado o por la democracia. Nuestros padres ganaron la guerra, pero el futuro está en manos de esta pandilla de niñatos comunistas e hijos de papá. Ellos ganarán la paz. Me desahogo contigo porque de todo esto no puedo hablar ni con mi padre ni con otros compañeros. Gallardo, no hay marcha atrás. Voy a darte un consejo: ahora a los policías nos toca flotar. Esperar sin comprometerse a nada. Es lo que siempre ha hecho la policía con los cambios de regímenes. Valemos para todos. Somos funcionarios del orden y todos los gobiernos nos necesitan. Nosotros, al margen de nuestra ideología, sobrevivimos mande quien mande. En todos los regímenes existen hijos de puta, asesinos, pederastas, canallas, terroristas… En Nueva York, París, Roma… A ti y a mí, aunque llevamos toda nuestra vida cazando rojos, nos salvará esta placa.

Se llevó la mano al corazón, donde guardaba en un bolsillo interior la cartera con su insignia policial.

—Gallardo, hemos acumulado tanta información que para los nuevos políticos sería un lujo imperdonable prescindir de ella. El poder siempre busca datos comprometedores de sus enemigos. Nuestros archivos están llenos de mierda que salpica a todo el mundo. No lo olvides nunca, Gallardo, aquí entre todos estos holgazanes está la clase política del futuro. Y no te confundas, tanto de la izquierda como de la derecha. A los del bunker, como mi padre, les darán por el culo.

Herrera destilaba cierto resentimiento por aquella clase social emergente de universitarios, ya que él no había contado con la suerte de posicionarse en la nueva casta política. Su familia era carne de inmigración a la que le había tocado superar una posguerra muy dura. Su padre se había hecho policía porque no sabía hacer otra cosa. Ayudado por el jefe local del Movimiento de Almendralejo, logró una plaza en Madrid. En la capital nacieron sus cinco hijos. A Enrique, el pequeño, le habría gustado estudiar Derecho o Filosofía y Letras pero sólo tuvo la opción de ser policía. Ya de inspector, pidió que lo destinaran a la Brigada Político Social porque así se hallaba más cerca de la universidad.

—Todos estos pijos que gritan «democracia y libertad» serán ministros,

abogados, catedráticos, cirujanos, directores generales… Pero siempre contarán con nosotros. Necesitarán a gente con agallas, dispuesta a mancharse los zapatos de fango y a ejecutar los trabajos sucios. Ahora, nos insultan, nos escupen, nos desprecian pero, en el fondo, nos tienen miedo. ¿Por qué? Porque llevamos una Star en la sobaquera, tenemos más cojones que ellos y nos calzamos a sus chicas.

De repente, se quedó mudo. Giró el cuello bruscamente hacia la derecha y se exaltó.

—¡Es ella! ¡Victoria!

Para tener el camino despejado, se dirigió a su compañero con una propuesta tentadora.

—¿Tú no querías escaquearte esta noche porque habías quedado con tu novia a pelar la pava? Pues hoy estoy generoso y te doy permiso. Ya te cubro yo. Esto está controlado. Vete.

Gallardo no lo dudó y salió precipitadamente de la sala. Enrique, ya solo, aprovechó para acercarse a la zona del escenario donde Victoria repartía folletos con textos del Bertolt Brecht. El inspector recogió uno del suelo y provocó un encontronazo con Victoria. Se hizo el despistado, como si no la hubiera divisado desde lejos, y se acercó a ella pero con la mirada perdida hacia el patio de butacas. Tropezó con Victoria y exclamó:

—¡Tú, aquí!

—Sí, yo aquí. Estoy con mi gente. El que no pinta nada eres tú. ¿Qué? ¿Nos estás espiando?

—¿Espiando? ¿Para qué? Lo sé todo de vosotros. Hasta el color de tus bragas. A mí también me gusta Bertolt Brecht. Ése es uno de los problemas que tenéis los elitistas intelectuales, siempre excluyendo de la cultura a los obreros y encasillando a las clases sociales. ¿Dónde está la lucha de clases? ¿Qué pasa? ¿Sólo tengo derecho a ver obras de Paso, Arniches o Mihura?

Y para impresionar a la joven le recitó un verso de Brecht que había memorizado cuando, en una redada contra una célula comunista, se incautó de una serie de libros prohibidos.

—«Que los pueblos no palidezcan, como ante una ladrona, sino que nos tiendan sus manos, lo mismo que a otros pueblos, y no por encima y no por debajo de otros pueblos queremos estar».

Herrera continuó:

—Victoria, Franco ordenó destruir 257 bibliotecas tras la guerra, pero los republicanos, antes, habían quemado miles de libros en los conventos. Un horror que no tiene ninguna justificación. Algunos de nosotros, aunque ocasionalmente seamos policías, para ti agentes represores, hemos leído a autores que ni te imaginas.

Aquella lección del inspector Herrera dejó a la joven un tanto desconcertada.

Herrera continuó su discurso, pero Victoria se sentía incómoda. Sus compañeros se extrañaban de que permaneciera tanto tiempo conversando con un agente de la Brigada Político Social. Herrera se percató de la situación y reaccionó con brillantez. Sacó del bolsillo de la chaqueta la placa de policía y la increpó:

—Queda detenida por repartir octavillas ilegales. ¡Acompáñeme a comisaría!

La asió del antebrazo y la empujó hacia la salida. Victoria entendió que Enrique había improvisado una treta para cortar de raíz los comentarios incómodos. Pero cuando salieron del colegio mayor y se plantaron en la avenida Séneca, en una noche desapacible y oscura, Victoria le espetó:

—¿De verdad estoy detenida?

—Sí —le contestó el policía—. Estás detenida hasta que te tomes una copa conmigo. Tienes que beber una leche de pantera en el Chapandaz. No te hagas la inocente, porque más de una te habrás tomado. El cóctel perfecto: ron, leche, ginebra, cointreau, pippermint, azúcar y canela. Dulce, fresquito y suave pero explosivo. Como tú.

—Claro que lo he probado. Allí me conocen. Si quieres podemos ir también a los Arcos de Moncloa, para que nos vea todo el mundo. Sería el fin de mi reputación.

—Bueno, déjalo de mi cuenta. Donde voy a llevarte no hay ni rojos ni fascistas. Sólo borrachos y gentuza.

Subieron al coche, un viejo Simca de la policía, y Herrera condujo por la Ciudad Universitaria rumbo a la Carretera de Castilla. En un recodo aparcó el automóvil delante de un antro conocido como La Fuentecilla, uno de los pocos locales que permanecían abiertos en Madrid de madrugada. Estaba claro que Victoria no iba a cruzarse allí con ninguno de los suyos.

Y así comenzó una relación apasionada entre Enrique y Victoria. Él le aseguraba protección en sus actividades políticas y ella esculpía con esmero la mente pragmática y dura de un policía. Se veían en secreto. Su lugar preferido para las citas era el cine Cristal en la calle Bravo Murillo, junto al mercado y muy cerca de la casa del policía. Aquel amor duró hasta que se cruzó en el camino su amigo Arturo y le arrebató a Herrera su ser más querido. Nunca se lo perdonaría. Victoria se dejó tentar por una oferta profesional almibarada, pero para Herrera el único culpable de la traición era Arturo.

21

Sábado, 17 de junio de 1995

Enrique, como todas las noches, quemaba el estrés de la jornada en la barra de La Bulla. Dos Knockando y a casa. Le había cogido gusto a ese whisky cuando se enteró por las novelas de Vázquez Montalbán de que era el preferido del detective Carvalho. Eran los minutos más relajados del día, una buena terapia para caer rendido en la cama. Aunque el local siempre estaba concurrido por otros compañeros del cuerpo, él procuraba desviar las conversaciones profesionales a temas más mundanos. Aunque en La Bulla era imposible ocultar un secreto sumarial o el contenido de un documento secreto. A Enrique le gustaba beber el whisky en vaso corto y con tres cubitos de hielo. De esa manera dosificaba la ingesta. Nadie del gremio podía decir que lo hubiera visto en alguna ocasión ebrio. Se sentaba al final de la barra y de espaldas a la puerta de entrada, para pasar inadvertido, aunque fuera una posición poco recomendable para la seguridad de un policía. No le importaba porque estaba convencido de que otros compañeros le guardaban las espaldas. De repente, notó un suave toque de unos dedos femeninos en el hombro.

—¿Qué tal, Enrique? ¿Cómo estás? Soy…

No hizo falta que pronunciara su nombre. Reconoció aquella voz enseguida. Era ella: Victoria. Enrique no reaccionó. Permaneció impasible sin girar el cuerpo y, en unos segundos, repasó todo el amor y desamor que había sentido por aquella mujer. Su mente reaccionó como la del industrial Emiliano Revilla cuando fue secuestrado por ETA. El empresario soriano, tras ser liberado de un largo cautiverio, le confesó a Enrique que cuando el etarra Urrusolo Sistiaga le apretó el cañón de una pistola en la nuca tuvo tiempo en tan sólo unos segundos de repasar toda su vida. Herrera experimentó la misma sensación, pero se quedó con la imagen de la traición. Sobre todo cuando, por culpa de Victoria, él y su equipo quedaron abandonados en el sur de Francia a merced de la policía gala. Nunca se lo perdonó. Hacía más de diez años que no hablaba con ella, aunque en más de una ocasión había sentido el impulso de ir a su encuentro a París. Pero su rencor era mayor que la llamada de la pasión.

—Enrique, soy yo. Victoria.

El policía reaccionó y se dio la vuelta. La miró fijamente a los ojos y le espetó con frialdad y cinismo:

—¿Qué haces aquí? ¿Un encuentro casual?

—No. Estoy en Madrid de paso y he venido a verte. No tiene ningún sentido que lo nuestro acabe así. Podemos seguir siendo amigos.

—Te manda Arturo. ¿Le quema el culo?

—Eres un grosero. Estoy aquí porque quiero. No recibo órdenes de nadie.

Enrique la miró de arriba abajo y no pudo contener su galantería.

—El tiempo no pasa para ti, Victoria. Estás como la última vez que te vi.

—No exageres. Es el maquillaje. Todo es fachada. Las heridas no se ven. Van por dentro. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No te entiendo.

—Me refiero a la última vez que nos vimos. Lo siento. Me presionaron y no pude negarme. No tenía salida. Era una cría.

—Me hiciste mucho daño. Me costó un horror recuperarme. Estuvieron a punto de echarme de la policía. Lo peor para mí: tener que dejar lo único que sabía hacer desde los dieciocho años. Todo por tu arribismo. Por tu ambición de poder. Y por el hijo de puta de Arturo.

—Me presionaron, Enrique. Abusaron de mi debilidad e inexperiencia. Ahora quiero recompensarte. Soy una mujer diferente. Pienso dejar pronto el servicio y comenzar una nueva vida. Quiero que esta noche te vengas conmigo a mi apartamento. Tenemos que hablar. Quiero demostrarte que te amo. Conservas un hueco en mi corazón.

Herrera seguía frío y distante, mientras Victoria continuaba en su papel de mantis religiosa, pendiente de su presa. La indignación del policía aumentaba a medida que la mujer intensificaba su discurso amoroso. Intuía que todo se debía a una celada del CESID y que Arturo y sus secuaces no debían de estar lejos de allí. El sentimiento de aquel amor aletargado que había conservado durante diez años ahora se traducía en odio. Victoria jugaba con él como si se tratara de un pelele. Eso era lo que más le fastidiaba. Pero debía seguir su juego si quería averiguar qué tramaba Arturo. Ofreció una copa a su ex y ella pidió champán, no cava, remarcó. Dejó el bolso sobre la barra y se acomodó en un taburete de raftán. Victoria pegó un trago y sin tomarse el tiempo de beberse la copa, Continuó con su estratagema.

—Enrique, quiero pasar la noche contigo y demostrarte que he cambiado. Acompáñame a mi apartamento. No está lejos de aquí. Detrás del Eurobuilding.

El comisario se hacía de rogar para verificar cuál era el grado de presión al que estaba sometida Victoria. Aquella escena no tenía ningún sentido y mucho menos en una mujer de las características de Victoria. Allí, rogándole que se fuera con ella a la cama, después de diez años de indiferencia.

Finalmente, Herrera reaccionó como si claudicara.

—Te acompaño, pero sólo a tomar una copa. Lo nuestro no tiene ya ningún sentido. Está acabado.

—Te equivocas. Dame otra oportunidad. Quiero cambiar.

—Necesito un minuto para despedirme de los colegas y nos vamos.

Herrera se dirigió a una mesa en la que El Peque y su gente tomaban la última copa. Se acercó a su hombre de confianza y le sopló al oído:

—Peque, vienen a por mí. Arturo me ha preparado una encerrona por medio de una vieja amiga. Sígueme y no me pierdas de vista. Nos dirigimos caminando a un apartamento en la calle Juan Ramón Jiménez. No va a haber rollo ni pienso pasar la noche allí. Entra en acción cuando lo creas oportuno. Déjate llevar por tu intuición.

Cuando cruzaron la puerta de entrada del apartamento, Enrique no se reprimió.

—¿Es tuyo o es un piso franco del CESID?

Victoria le contestó indignada:

—Es mío. Lo he comprado con mi dinero.

—Pues debe de valer una pasta.

—He ahorrado lo suficiente.

—Ser filibustero de la verdad está bien pagado.

—¿Y tú qué sabes de lo que hago yo en París? Me gano a pulso mi salario.

—Los espías siempre habéis disfrutado de un salario muy laxo.

—Eso era antes, Enrique, ahora hay que justificar hasta los lápices y te lo exigen todo por escrito. Una barbaridad.

Nos dedicamos todos los días a fabricar de forma gratuita pruebas para jueces que nos pueden llevar a la cárcel e informes para periodistas de trinchera. Los jefes no se dan cuenta de que todo se filtra. En España, por desgracia, no hay nada que pueda mantenerse en secreto.

Herrera no se anduvo con rodeos y entró en materia.

—Por eso estás aquí. Te ha mandado Arturo para que me saques lo que sé de él.

Victoria eludió la pregunta.

—¿Qué quieres beber?

—Whisky, pero antes contéstame a la pregunta.

—Enrique, te has vuelto un paranoico. Te he jurado que estoy aquí por ti, porque te quiero. Quítate la chaqueta. Yo voy a ponerme cómoda.

Victoria desapareció por una puerta que comunicaba con el dormitorio. El apartamento tenía dos piezas y una pequeña cocina. El salón era amplio y confortable. Estaba distribuido en tres espacios: una zona con sillones y un sofá; otra con una mesa de comedor y seis sillas a su alrededor, y una tercera con una butaca y un escritorio. El habitáculo era una extensión de la personalidad de Victoria. Muebles importados de París y cuadros de pintores franceses. A Enrique le llamó la atención un pequeño marco, colocado cerca del buró. Se acercó y se llevó una grata sorpresa: se trataba de una copia del poema de Bertolt Brecht que le recitó en el San Juan Evangelista hacía ya más de veinte años. Una hoja arrancada de una edición antigua del libro del autor alemán. Aquel espejismo no motivó que bajara la guardia. Se sentó en el sofá y se percató de que Victoria había dejado sobre la mesa su bolso Louis Vuitton, un modelo conocido como Grace Kelly. Descorrió la cremallera, y encontró, perdida entre productos de cosmética, una diminuta Colt Mustang del calibre 380,

con balas de nueve milímetros. Una pistola que Herrera jamás había visto. Con un cañón de la longitud de un bolígrafo, pesaba poco más de quinientos gramos, estaba niquelada y la culata era de nácar. Pero a Enrique le llamó más la atención una caja metálica de forma rectangular. Dudó, pero finalmente optó por abrirla con delicadeza. Halló una jeringuilla reluciente ya preparada con una aguja y llena de líquido. El policía devolvió la caja al bolso y siguió el juego de Victoria como si no hubiera visto nada.

Comprendió que la jeringa era para él. Victoria lo tenía todo calculado. Era una profesional. Pero muy mal tendría que estar Arturo para arriesgarse a quemar a su mejor agente, pensó Enrique. Pronto se percató del plan de quien iba a ser su mantis religiosa: un polvo, un descuido, un pinchazo con alguna droga, una llamada a los «limpiadores» de Arturo y, en veinte minutos, su cuerpo abandonado en un descampado de las Barranquillas. Después, a Victoria le bastaría declarar que habían salido juntos de La Bulla, que lo vio subir en su coche y que iba borracho como una cuba. Una coartada que, a medias, podían corroborar un par de decenas de testigos que lo habían visto marcharse con ella. Crimen perfecto: Herrera pasaba a mejor vida y Arturo se quitaba de encima a su peor enemigo.

¿Qué líquido contendría aquella maldita jeringuilla?, se preguntó el comisario.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció una Victoria deslumbrante e irresistible. Un ligero salto de cama apenas cubría un minúsculo tanga rosa y sus pechos, libres de sujetador.

—Nos hemos quedado en la bebida. ¿Qué te pongo?

—Sigo con el whisky.

—Tiene que ser Cardhu. No tengo el que a ti te gusta. ¿Knockando?

—No importa. Están elaborados en destilerías muy próximas de Speyside, con la misma agua y la misma cebada malteada de las Highlands.

Victoria se le acercó con la botella.

—¿Vaso corto y tres cubitos?

—No se te ha olvidado. Ella se abrió una botella benjamín de champán Moét & Chandon y se acomodó en el mismo sofá donde descansaba Enrique.

El policía pegó un largo trago y sin apenas tiempo para saborear el malta se le nubló la vista, perdió el conocimiento, dobló el cuello, soltó el vaso de la mano y se desplomó. Victoria zarandeó el cuerpo del policía para comprobar si reaccionaba y se quedó mirándole fijamente. Había derramado en su copa, sin que se percatara, una ampolla de Dormicum, cuyo componente, el midazolam, provocaba una sedación inmediata y que podía durar hasta tres horas.

—Enrique, no has cambiado. Estaba convencida de que picarías el anzuelo. Has visto la jeringuilla en el bolso y te ha cegado. Querías llegar hasta el final. Pero esto no te lo esperabas. No hay nada como un buen somnífero en la bebida. Me lo

enseñaste tú. Te has hecho mayor y confiado. Éste va a ser tu final. Y mira que me duele.

Metió la mano en el bolso y sacó la caja plateada. La abrió y presionó el émbolo para que el líquido llegara hasta la aguja. Le remangó la manga de la camisa pero, de repente, se sobresaltó; la puerta del apartamento se venía abajo con fuertes e incesantes golpes.

—Policía. Policía. Abran la puerta o la tiramos abajo. Abran. De inmediato.

Victoria, sin inmutarse, contestó:

—Un momento, por favor. No hace falta que despierten a los vecinos.

Se acercó al inodoro, echó el líquido de la jeringuilla y vació media botella de Cardhu, tiró de la cadena y guardó la hipodérmica en un cajón de su tocador. La caja metálica la dejó en el bolso. Se puso una bata y abrió la puerta del apartamento sin perder la calma.

—¿Qué sucede? ¿Por qué este alboroto?

Allí estaba El Peque y dos agentes de la unidad empuñando sus pistolas.

—¿Dónde está el comisario Herrera?

—Tranquilo. Duerme ahí en el sofá. Parece que no le ha sentado bien tanta bebida.

El Peque se acercó a su jefe, le miró los ojos y se volvió hacia Victoria.

—Eres una zorra. Está drogado. Jamás lo he visto borracho en los veinte años que llevo trabajando con él. Se dirigió a uno de los agentes: —Trae agua y una toalla mojada.

Empezó a zarandear el cuerpo, pero Herrera no despertaba. Victoria permanecía de pie observando todos los movimientos sin perder el control.

—¿Qué le has echado?

—¿Yo? Cardhu.

—No me tomes el pelo, no soy gilipollas. ¿Qué mierda le has puesto en el whisky?

—Nada. Ya te he dicho que se ha dormido por exceso de alcohol.

El Peque se dirigió a sus dos compañeros:

—Lo mejor será que lo llevemos a su casa hasta que se le pase el efecto de la droga. Le habrá disuelto un somnífero.

Miró con odio a Victoria y le ordenó:

—Tú te vienes con nosotros a comisaría.

La mujer sacó del bolso un pasaporte azul y le contesto con descaro:

—Va a ser que no. Tengo pasaporte diplomático y, por tanto, inmunidad diplomática. Si queréis montar un escándalo es vuestro problema. No creo que esa solución le agrade a Herrera. Tendría que explicar qué hacía aquí conmigo. Os recomiendo que esperéis a que se despierte y que él tome la decisión. Yo no voy a

moverme de aquí. Os esperaré encantada.

Cuando los policías salieron del apartamento, Victoria se acercó a un armario y sacó un teléfono de mayor tamaño que los domésticos. Estaba conectado a una línea de alta seguridad del CESID. Ya era de madrugada, pero tenía órdenes de Arturo de que lo llamara a su línea personal cuando finalizara su sucio trabajo. Victoria lo puso en antecedentes.

—No ha funcionado. Se han presentado unos policías de su unidad y casi tiran la puerta al suelo. Han llegado cuando ya lo había drogado con el whisky, pero no he podido rematar la operación. ¿Y tu gente?

—Pendiente de tu llamada. No te preocupes. Límpialo todo y toma el primer vuelo a París.

—Gracias, Ar…

Antes de pronunciar la segunda sílaba del nombre de su jefe, Victoria notó dos fuertes impactos en el pecho. Sintió cómo se asfixiaba y se desplomó. Desde el resquicio de la puerta, que los policías habían dejado abierta, un francotirador encapuchado la había abatido de dos certeros disparos en el corazón. Seguidamente, irrumpieron en el salón media docena de hombres, todos encapuchados y con guantes blancos, y se dedicaron a limpiar el escenario del crimen. Fueron arrojando en una enorme y resistente bolsa de plástico el vaso de Enrique, la botella de whisky, el bolso de Victoria, la copa de champán. Arrancaron y desactivaron la línea telefónica. Vaciaron el armario de ropa. Hallaron la jeringuilla en el tocador. Colocaron el cadáver en una especie de baúl de aluminio. Limpiaron con esmero las manchas de sangre y todas las huellas del apartamento. Uno de los agentes manipulaba una especie de espectrógrafo e iba indicando a sus compañeros dónde tenían que frotar. Con la sangre del cadáver de Victoria repitió la misma operación. «Siempre hay un espabilado de la policía científica que encuentra un pelo o una gota de sangre», se quejó. Finalmente, no se conformaron con una buena limpieza, alcanzaron la asepsia de un quirófano. Así, Herrera jamás podría contar con elementos probatorios para demostrar que aquella noche había estado con Victoria en su apartamento. Además, nunca volvería a tener noticias de su examada. La cuenta de desaparecidos iba aumentando: Pascual, su madre, y, ahora, la mujer que le había hecho perder la cabeza en su juventud. Él también había estado con un pie en el otro mundo.

Un par de horas después, cuando Herrera recobró el conocimiento, regresó al apartamento, acompañado por El Peque, pero pronto descubrió que por allí, como Atila, habían pasado los agentes de Arturo. No quedaba rastro ni huella de Victoria. Los «limpiadores» eran una de las unidades más secretas y de mayor prestigio del CESID. Dependía directa mente del secretario general y nadie, excepto él, conocía a sus integrantes. No eran funcionarios del Centro. Se trataba de un equipo contratado fuera del servicio y pagado generosamente con dinero de los fondos reservados.

Como todos estos grupos misteriosos, contaba con una leyenda negra. En el CESID se comentaba que era un equipo que pertenecía a la mafia francesa y estaba formado por exmiembros de la OAS francoargelina y del hampa marsellesa. Su cuartel general es taba en Marbella, donde contaban con cierta permisividad policial para dedicarse en sus horas libres al tráfico de hachís procedente de Marruecos. El pacto les obligaba a que los camiones pasaran de largo hasta la frontera y que la droga nunca se distribuyese en territorio español.

El comisario Herrera aún no se había recuperado de los efectos de la droga, pero luchaba contrarreloj. Sospechaba que aquélla iba a ser una noche de cuchillos largos. Si se atrevían con él, qué serían capaces de urdir contra Juan.

22

Sábado, 17 de junio de 1995

Pellón, al contrario que Herrera, no se preocupaba por la seguridad. Había estado toda su vida rodeado de tantas normas militares que se sentía más libre sin vallas, sin alarmas y sin puertas blindadas. Su pequeño chalet de Patones de Arriba era vulnerable. Sólo estaba cercado por una de esas finas alambradas como las de las dehesas de toros. Stefano ya se había dado cuenta la noche anterior, cuando se acercó para inspeccionarlo y así poder trazar su plan. La casa estaba asentada a unos veinte metros de un camino de tierra y era de fácil acceso por una zona boscosa, al abrigo de la ladera de la montaña. Los dos perros del militar eran holgazanes y poco ladradores. Además, los ladridos caninos o los gritos de Pellón jamás podrían escucharlos sus vecinos más próximos. Parecía como si todo aquel escenario estuviera dispuesto para facilitar el trabajo a Stefano. El italiano, un experto en operaciones de alto riesgo, se frotaba las manos. Aparentaba ser un trabajo para novatos. Nada comparable a cuando asesinó en su casa de Kinshasa al ministro de Defensa de la República del Congo. Aunque aquella misión no necesitaba del adorno de un accidente; se limitó a estrangularlo con un fino y cortante alambre. En aquella ocasión, entró y abandonó la residencia del ministro por la puerta principal, de noche, con la ayuda de un centinela a quien también mató antes de su fuga para no dejar ningún rastro.

Stefano quería terminar cuanto antes la misión encargada por Arturo para regresar a la paz de sus viñedos del valle de Santa Inés, en California. Sabía que su físico ya no estaba para ese tipo de operaciones, en las que en cualquier momento solían surgir imprevistos letales.

Era el tercer sábado del mes de junio y la sierra madrileña veía cómo crecía su densidad de población veraniega. Por ello, Stefano prefirió actuar ya entrada la madrugada. Pellón se debatiría en sus primeros sueños y, a esa hora, también estarían recogidos en sus hogares esos testigos accidentales, nunca invitados a la escena del crimen, que siempre aparecen por sorpresa y hacen fracasar las misiones más secretas.

Las previsiones del mercenario italiano se cumplieron. Se aproximó a la casa por la parte de atrás y, como suponía, encontró las ventanas abiertas de par en par. Pellón descansaba profundamente en el dormitorio y los perros dormían en el salón. En una mano sujetaba un buen manojo de algodón y en la otra una jeringuilla con una larga aguja. Usaba unos guantes de látex para no dejar huellas. La jeringuilla estaba cargada de un líquido amarillento. Penetró en la casa por una habitación contigua al dormitorio, para no despertar al objetivo. Se descalzó y avanzó casi de puntillas. Su mayor preocupación era que Pellón durmiera con una pistola debajo de la almohada y

abriera fuego.

Él también llevaba una pistola Sig Sauer, del calibre 9 mm Parabellum, pero introducida en el cinto. Aquel arma tenía su historia. Pertenecía a una partida que un intermediario del Ministerio del Interior había comprado en Austria para una operación antiterrorista. Estaba limpia. Stefano nunca había hecho uso de ella. La guardaba en la caja fuerte de su piso franco de Madrid para situaciones como la que estaba viviendo. Pellón dormía a pierna suelta, lo cual facilitó su trabajo. Presionó su nariz con el algodón, sujetándolo fuerte mientras inyectaba la aguja en el cuello y pulsaba el émbolo de la jeringuilla. El militar no ofreció resistencia ni tuvo tiempo para alcanzar su arma reglamentaria que guardaba en el cajón de una mesita. Stefano respiró profundamente. Sudaba y su corazón latía frenéticamente. Se relajó cuando comprendió que la parte más difícil de su trabajo había culminado sin sobresaltos.

Ahora, sólo le quedaba deshacerse del cuerpo y lograr que pareciera un accidente de circulación. Vistió y peinó a Pellón con esmero, como si se tratara de una muñeca. Después, buscó las llaves del todoterreno del militar y trasladó su cuerpo inerte hasta el asiento del copiloto. Seguía vivo. El mismo anestésico que doce años antes había fallado con el toxicómano, ahora sí había producido los efectos deseados. Era una pieza imprescindible para que los forenses no descubrieran las causas de la muerte. Volvió a la casa para hacer la cama, ordenar la habitación y ajustar otras pruebas. Cambió la funda de la almohada, por si se había derramado alguna gota del suero de la jeringuilla. Arrugó la usada y se la introdujo por la cintura en el interior del pantalón. Durmió a los perros con el líquido que quedaba en la misma jeringuilla y los dejó atados en el porche, donde solían tumbarse durante el día. Sabía que en un par de horas despertarían. Cerró las ventanas y pasó la llave de la puerta de la casa desde fuera. Subió al automóvil, introdujo las llaves del chalet en el bolsillo de Pellón y arrancó el motor.

A continuación, se dirigió hacia el lugar que había elegido para despeñar el coche. Se trataba de una curva pronunciada en una pendiente también muy pronunciada. Era uno de esos llamados puntos negros que, sin duda alguna, daría mayor verosimilitud a la versión del accidente automovilístico. Antes de acercarse con el coche al precipicio, Stefano pegó un frenazo para que se marcaran las huellas de los neumáticos. Eran las tres de la madrugada y nadie circulaba por aquella carretera secundaria. Descendió del vehículo, colocó el cuerpo de Pellón al volante, quitó el freno de mano y empujó el coche hacia el vacío al mismo tiempo que cerraba de un portazo la puerta del conductor. Desde la cuneta contempló cómo el automóvil se despeñaba por un escarpado barranco y estallaba al chocar contra las rocas.

El trabajo había finalizado sin incómodos contratiempos, tal como él había planeado. Corrió a campo traviesa y regresó al lugar donde había ocultado el coche alquilado en Burdeos. Stefano se sentía satisfecho porque había ejecutado un trabajo

limpio, como en los mejores tiempos, y sin necesidad de engorrosas compañías. Era otra de sus locas teorías de espía: «Si no quieres que un amigo te traicione, trabaja solo. Que tu mano derecha no sepa nunca lo que hace la izquierda». Eso, al menos, era de lo que estaba convencido él. Pero Stefano no se había percatado de que, bajo una luminosa luna llena de junio, otros ojos seguían de cerca todos sus movimientos. El operativo de vigilancia previsto por el comandante Pastrana había seguido al italiano hasta su piso franco situado en la zona norte de Madrid. Antes, sus agentes se habían tomado la molestia de colocar en el automóvil del italiano un chivato radiofrecuencia. Así, mientras sus subordinados del Club Mengele mordían a Stefano, Pastrana hizo una visita al chalet de Pellón. Respondía a un doble interés. Uno: comprobar si Pellón guardaba en la casa documentos que los incriminaran en la operación Mengele. Dos: recomponer el escenario del crimen con pruebas falsas a fin de conducir a la policía hasta Stefano.

Era una operación contrarreloj, sin apenas tiempo, antes de que Stefano fuera a por el periodista de *El Universal*.

Cuando el comandante del CESID llegó a la casita los perros seguían dormidos. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta. Días antes, sus agentes habían obtenido una copia del original que Pellón siempre escondía debajo de una maceta. No suponía ninguna facilidad para los cacos, pues aquel hogar no guardaba objetos de valor. Era un simple y humilde refugio de montaña.

Pastrana tenía en su poder una carta marcada: sacó del interior de su camisa la funda de almohada de la que Stefano se había desprendido lanzándola al bosque desde la ventanilla del coche. Los agentes del Centro la habían recuperado y el comandante se disponía a colocarla en su lugar original. Antes había verificado con una lámpara de luz ultravioleta que en la funda hubieran quedado unas gotas del suero anestésico.

«Perfecto. Suficiente para que la policía científica descubra el líquido inyectado y el forense encuentre el pinchazo en el cuello del cadáver», reflexionó Pastrana.

Ya de regreso a Madrid, el comandante se detuvo en Patones y desde una cabina telefónica llamó a la comandancia de la Guardia Civil para informar del punto kilométrico de una carretera donde había visto un accidente.

23

Lunes, 19 de junio de 1995

Juan se enteró de la muerte de Pellón el lunes, mientras desayunaba en la cafetería Santander, cerca de su domicilio. Si no hubiera librado ese fin de semana quizá habría tenido conocimiento antes a través de las agencias de noticias. Como todos los días, en una mano, la taza de café; en la otra, el periódico. Siempre lo abría, por deformación profesional, por sucesos. Se detuvo en una breve nota de las páginas de su sección de *El Universal*, en la columna de salida y a pie de página. Un espacio poco valorado en la escala de importancia para ubicar las noticias. El rotativo informaba del fallecimiento de un militar retirado en un accidente de circulación en la sierra madrileña. Se sobresaltó cuando leyó el corto titular («Militar muerto en accidente») y las dos primeras líneas de la reseña. Eran poco concluyentes pero lo suficiente para despertar su interés. Reseñaban que el vehículo que conducía el militar, de madrugada, se había precipitado al vacío en una curva peligrosa de la carretera a unos kilómetros de Patones de Arriba. Ya a punto de pasar la página se fijó en que las iniciales del fallecido, «JP», coincidían con las de Julián Pellón. El diario señalaba que se desconocían las causas del accidente, según la nota oficial de la Guardia Civil de Tráfico.

El periodista se acercó a la barra del bar y pidió el teléfono al camarero. En lugar de llamar a *El Universal*, que sólo guardaría el teletipo de agencia, prefirió hacer una llamada a una de sus fuentes en Tráfico. Le ayudaría a salir de dudas. Desgraciadamente, así se lo confirmó un guardia civil: «JP» eran las iniciales que correspondían a un tal Julián Pellón. El periodista dedujo que habían asesinado al exagente del CESID y después habían urdido la coartada del accidente. Aun así, preguntó por las causas del incidente. El portavoz de Tráfico le comunicó que los peritos del atestado creían que se debía a un descuido del conductor: «Se salió de la curva, posiblemente por culpa de una cabezadita», le habían notificado.

El reportero desechó cualquier versión oficial. Estaba convencido de que habían ido a por el militar, como probablemente lo intentarían con él. Dudó si hacer otra llamada a Herrera para ponerle en antecedentes, pero prefirió dejarlo para más tarde. Otro asunto requería una prioridad absoluta: el acceso a la caja de seguridad. Sacó la cartera de un bolsillo del pantalón y extrajo la llave que le confió el militar. La asió con fuerza, dejó unas monedas en la barra y salió a toda prisa de la cafetería. Sabía que no podía entretenerse. Los excompañeros de Pellón harían todo lo posible por adelantarse. Las instrucciones del exagente habían sido taxativas: retirar el contenido de la caja si le pasaba algo.

El periodista comprendió que, cuando el espía lo visitó en su despacho, ya

sospechaba que iban a por él. Aun así, le sorprendía que Pellón no adoptara ninguna medida de seguridad. Parecía que buscara su inmolación para librarse de la pesadilla de Pascual. Si ése era su deseo, lo había conseguido. Pero los asesinos no iban a quedar impunes. Al menos, él haría todo lo posible para que se sentaran en el banquillo delante de un juez. Conforme avanzaba la investigación, las pruebas también aumentaban.

Se apeó del taxi en la Puerta del Sol y prefirió caminar hacia la plaza de Celenque atajando por la calle Tetuán. Dejó a la derecha El Corte Inglés y a la izquierda, Casa Labra. Se recreó en la placa que recordaba la fundación del PSOE en aquel mesón el 2 de mayo de 1879. Al final de la calle se topó con la fachada principal de Caja Madrid. Accedió por unas escaleras mecánicas hasta la primera planta de la macrosede. Estaba ubicada en los mismos terrenos donde se levantó el primer edificio de la caja madrileña. Juan había escrito un reportaje hacía años sobre la entidad financiera y sabía que, originariamente, fue una institución benéfica: el Monte de Piedad. Un sacerdote, el padre Francisco Piquer, la constituyó en 1702 para ayudar a los pobres. En la parte trasera del nuevo edificio de hormigón se seguía conservando, en la plaza de las Descalzas, la portada de la antigua capilla del Monte de Piedad con una fachada churrigueresca de Pedro de Ribera, levantada a mediados del siglo XVIII. La primera finalidad del Monte de Piedad fue la de atender a las clases más necesitadas con créditos sin intereses, pero garantizados con alhajas y ropa. Al periodista le llamó la atención la gente que esperaba en un amplio salón. Se trataba de usuarios que se disponían a empeñar sus joyas por dinero. Tres siglos después, el Monte de Piedad no había abandonado su actividad primitiva.

Pero Juan se dio prisa. No estaba allí para curiosear. Su estado de ánimo tampoco le invitaba a la contemplación. No se había recuperado de la conmoción causada por la muerte de Pellón. En aquel momento desconocía el intento de asesinato de Herrera.

El reportero de *El Universal* preguntó en recepción por el departamento de cajas de seguridad. Tras tomar nota de los datos de su DNI, un vigilante lo acompañó hasta una planta inferior. Un conserje le abrió, desde dentro, la puerta de un recinto blindado, accionando un botón. Le pidió su documentación personal y la llave de la caja. En la cabeza, el espacio donde se apoyan los dedos para introducirla y hacerla girar, estaba grabado el número 326. Correspondía a la caja alquilada por Pellón. Al periodista le había llamado la atención aquel dígito, porque correspondía al número de uno de los protagonistas de la película de Fritz Lang, Los espías. No podía ser una casualidad. Sin duda alguna, era un guiño producto de la deformación profesional de Pellón.

Tras verificar que Juan estaba registrado para poder acceder a dicha caja, el responsable del departamento le hizo estampar su firma en el libro de registro. Seguidamente, lo acompañó a una dependencia aneja. Se trataba de una sala

rectangular de unos sesenta metros cuadrados, con una puerta metálica de ocho barrotes, que permanecía abierta. Se adelantó al periodista, se dirigió hacia la izquierda y caminó hacía el fondo, hasta un rincón. Llevaba en la mano una llave maestra, igual que la de Juan. Las paredes del recinto estaban cubiertas por 806 cajas metálicas de color grisáceo. La de Pellón se hallaba pegada al rincón y casi a la altura del suelo. Tenía un tamaño intermedio, como el volumen, más o menos, de un portadocumentos. Juan nunca había estado en un lugar parecido, por lo que esperó a que su acompañante tomara la iniciativa. Se fijó en que la puerta tenía dos cerraduras. Cuando vio que el supervisor introducía su llave en la cerradura de la izquierda, él alargó el brazo para hacer lo mismo en la de la derecha. La puerta quedó liberada y el empleado hizo ademán de retirarse.

—Ahí tiene usted ese espacio reservado del que puede hacer uso. Cuando termine, avíseme pulsando ese botón. Abandonó la sala y cerró la puerta de los barrotes. Juan no abrió la caja hasta que no perdió de vista a su acompañante. Por un instante, dudó si vaciar todo el contenido en la bolsa que llevaba y salir corriendo de aquel lugar tan frío. Había quedado impresionado por el terrazo conglomerado del suelo y por los tubos fluorescentes del techo que alumbraban la sala. Para añadir más misterio al lugar, un par de ellos se apagaban y se encendían de manera intermitente. El periodista optó por echar antes un vistazo a la caja y retirar sólo la parte destinada a él. Pellón podía guardar otros objetos de valor o joyas familiares, propiedad de sus herederos.

Se encerró en el reservado y vació el contenido encima de un estante. Por lo que guardaba en su interior, no tenía la pinta de que su uso fuera familiar. Juan introdujo cada uno de los objetos en la bolsa: una cinta magnetofónica, una carpeta con documentos a los que sólo echó un vistazo por encima, un sobre envejecido de color marrón con un tampón con un sello en el que tampoco se fijó, otro sobre con diez filminas de microfichas y, lo más curioso, la bobina de una película… Juan estaba nervioso y actuaba con precipitación, como si luchara contra el tiempo. Sin duda alguna, quería evitar que los malvados lo pillaran allí con las manos en la masa. Suponía que en el CESID ya estarían al corriente de la venganza de Pellón y no consentirían que un gacetillero trastocara sus planes. Su estado de ánimo era tan explosivo como un cóctel con un exceso de angostura: indignado e impotente por lo que le había sucedido a su fuente, y sobreexcitado por lo que contenía la caja de seguridad.

Juan abandonó precipitadamente la sede de Caja Madrid y se dirigió a paso rápido por la calle Arenal hasta la boca de metro de Sol. Su mente estaba obturada por una obsesión: encerrarse en su despacho y revisar todo aquel material.

En el departamento de documentación del periódico guardaban un viejo lector de microfichas que apenas se usaba, pero que iba a facilitar el trabajo a Juan. Era una

aparatosa máquina que reproducía en una pantalla el contenido de los microfilmes tras someterlos a la luz de una lente. Además, disponía de un sistema que fotocopiaba el contenido de las fichas. Cada una de las diez láminas contendría unos cuarenta documentos. En total, cuatrocientos papeles de los servicios secretos con el sello «muy confidencial». El periodista se encerró en una diminuta cabina y los imprimió uno a uno.

A continuación, se acomodó en su despacho. Introdujo la cinta magnetofónica —una Sony MC60— en una grabadora y pulsó la tecla play. No tuvo que esperar mucho para darse cuenta de que una de las voces registradas era la del mismísimo rey Juan Carlos. Conversaba, tal vez por teléfono, con un interlocutor que, por su timbre de voz, podía ser el banquero Mario Conde.

Después, sacó el tampón del sobre marrón y exclamó: «¡Aleluya!». Sin buscarlo, ahí estaba: el logotipo de los GAL tallado en silicona. Era inconfundible, el mismo sello que la policía había utilizado para reivindicar varios atentados aunque en éste aparecía la leyenda «Grupos Armados de Liberación» en lugar de «Antiterroristas». En el logo, un hacha cortaba la cabeza de una serpiente, el símbolo de ETA.

Por último, abrió la caja metálica con la bobina de cine. Una pegatina recordaba que aquella película de 35 mm había pertenecido al NO-DO. Desenrolló medio metro y miró al trasluz los fotogramas, pero de poco le sirvió. No podía ver nada. Para visionar con claridad las imágenes necesitaba un proyector de cine. La solución la encontraría en la Filmoteca Nacional, con la que el periódico mantenía unas excelentes relaciones.

Con todo aquel material, Juan pensó que ya era el momento de mantener una larga entrevista con su director. Pero antes necesitaba digerir las últimas novedades comentándolas con su amigo Herrera. Lo llamó y acordaron que un policía lo recogería al cabo de una hora en la puerta del diario. El comisario había dispuesto otro operativo para despistar a los moscones del CESID. Juan seleccionó una decena de fotocopias de las microfichas y se metió en el bolsillo el sobre con el tampón.

24

El conductor lo llevó directamente hasta el despacho del jefe de la Policía Judicial. Pasó el control sin que el periodista se registrase y, en unos minutos, se encontró cara a cara con su amigo. Herrera seguía enfrascado en la gran operación contra el blanqueo de dinero, pero no podía quitarse de la cabeza lo que le había sucedido con Victoria. Arturo había pretendido librarse de él y, ahora, la que también había desaparecido era su ex. Tras recuperarse de los efectos de la droga, regresó al apartamento pero, en contra de lo que le había prometido a El Peque, ella no estaba allí. Necesitaron la ayuda de un cerrajero de la policía para franquear la puerta. Era poco probable que, en un par de horas, ella sola hubiera podido dejar el apartamento como estaba: reluciente como una patena. Sin duda alguna, por allí habrían pasado los «limpiadores» de Arturo. ¿Qué había sido de Victoria? Su nombre no figuraba en ninguno de los vuelos de la mañana con destino a París. A Herrera le acechaba una intuición: Victoria había fracasado y Arturo la había sacrificado. Para eso contaba con un equipo especial de sicarios dispuestos a actuar por dinero y favores.

Con la muerte de Pellón, el caso tomaba un giro inesperado y colocaba a todos ante la misma incertidumbre. La perplejidad se reflejaba en el rostro del periodista; parecía un tipo abatido, cansado y temeroso. El policía se dio cuenta pero, antes de que pudiera abrir la boca, el periodista se le adelantó.

—Enrique, la Guardia Civil ha encontrado el cadáver calcinado de una de mis fuentes en el interior de su vehículo, cerca del pueblo de Patones. Herrera lo interrumpió:

—Podríamos ser dos. A mí también han intentado quitarme de en medio. Es una operación coordinada. No lo dudes. —No se detuvo en dar más detalles—. Fracasaron en el último minuto gracias a que El Peque y mi gente llegaron a tiempo. Tenían una aguja reservada para mí, como la de Pascual.

—¿Una operación coordinada por quién? —Estamos investigando. Ya te daré más detalles. Todo esto es muy desagradable. Cuando te lo cuente lo entenderás.

—No puedes dejarme así. No me ocultes información. Yo también puedo estar en la lista.

—No pierdas el control. Lo importante: ¿han asesinado a tu Garganta Profunda?

—No. Era un segundo Ronco. Todo se ha complicado desde el viernes hasta hoy. Resumo: dicen que se salió de la carretera y se despeñó. Lo publican hoy todos los periódicos. Sólo cuentan que se trataba de un militar en la reserva, pero desconocen un dato clave: también fue agente del CESID, y de alto nivel.

—Por culpa de esa operación de blanqueo que me trae loco y de mi regreso al mundo de los vivos, no he tenido tiempo ni de hojear los periódicos.

El periodista, acostumbrado a editar noticias, le resumió los últimos

acontecimientos: la visita de Pellón, sus revelaciones, la caja de seguridad, su sorprendente contenido y la inesperada muerte del exagente.

—Enrique, este accidente me huele muy mal. Lo han matado. Sabían que había hablado conmigo y no querían dejar cabos sueltos, y sobre todo, que el contenido de la caja no llegara a mi poder.

—No lo dudes, Juan. Nos escogieron a los dos. Yo he tenido más suerte. Ahora quedas tú. Aunque no creo que se atrevan con un periodista. Se quedarían con el culo al aire.

El reportero siguió con sus revelaciones. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el sello de los GAL. El comisario no mostró ningún signo de sorpresa.

—Una pieza histórica. De museo. ¿Sabes que hay mucha gente detrás de este sello? ¡Y no digamos el juez Ignacio Camacho! Yo ya había visto otro parecido. El CESID elaboró dos tampones: uno para los comandos de la Guardia Civil y otro para la policía. Este sello iba destinado a la Guardia Civil. Pone «Grupos Armados de Liberación». En el nuestro figuraba la leyenda «Grupos Antiterroristas de Liberación».

El periodista se quedó impresionado.

—¿Cómo sabes tanto de los GAL? No conocía esa faceta tuya.

—Es agua pasada. Hay cosas de mi vida anterior que desconoces. Me libré de la quema por los pelos. Sólo participé en los preparativos, pero me retiré a tiempo. Jamás te he ocultado que, en 1983, pasé unos meses infiltrado en el sur de Francia. Pero es algo que no me enorgullece. Aquello se convirtió en un negocio para unos pocos. No para mí. Muchas de mis desgracias personales proceden de esa época. Allí sufrí por primera vez la traición de un amigo y la infidelidad de un amor. Algún día te lo contaré con un vaso de Knockando en la mano.

El periodista sacó de su chaqueta las fotocopias de las microfichas. Se las pasó al comisario y esperó a que éste las leyera. Pero Juan no pudo permanecer callado.

—Ese documento es la prueba. Se refiere a la operación del secuestro de Pascual. La fecha y todo lo que cuenta coincide.

Enrique siguió con su lectura. No le contestó. A Juan no le faltaba razón. El documento, que lucía el sello de secreto, no mencionaba explícitamente el secuestro de un toxicómano, pero sí aportaba las coordenadas. El epígrafe decía: «Petición de apoyo operativo a KA», es decir, de la Agrupación Operativa, y el nombre clave de: «Urbión-Bombilla-Mudo». La orden estaba fechada el 10 de septiembre de 1983. En el apartado de «Misión» ponía: «Traslado de un importante dirigente de ETA a un lugar en donde pueda ser interrogado». Sin duda alguna, se refería al operativo para secuestrar a Josu Ternera. El dirigente etarra, junto con Domingo Iturbe Abasolo, alias Txomin, era uno de los jefes de la banda.

Enrique comenzó a leer otro documento sin hacer comentarios. Estaba

encabezado con la clave «Aneto-Esfera-Shuto» y se refería a una operación desarrollada en Madrid por la unidad de élite del Centro conocida como Ala 21. Era el número del despacho que ocupaban en el edificio del CESID.

—Con esto, Pellón se ha vengado con creces de sus asesinos. ¿Conoces toda esta terminología?

Juan negó con un movimiento de cabeza.

—Como te he confesado, yo también estuve metido de lleno en operaciones similares. La primera palabra, «Aneto», corresponde al departamento del CESID que encarga la operación, posiblemente la unidad antiterrorista. «Esfera» se refiere al área de la misión, la de ETA. Y «Shuto», a la acción concreta: la de probar el anestésico. Estos *Cecilios* son tan originales que han transformado la palabra «chute», con la que los drogadictos describen el acto de pincharse con la jeringuilla, en «shuto». Siempre tan brillantes.

Policía y periodista siguieron comentando otros documentos que estaban encabezados con las claves: Aneto-Esfera-Flotador, Aneto-Esfera-Regalo y Aneto-Esfera-Biberón. Finalmente, Enrique se mostró partidario de la opción judicial.

—Juan, creo que ha llegado la hora de que esto acabe en manos de un juez. O lo haces tú o tomo la iniciativa yo. Todo esto me desborda. Mi nombre no puede aparecer en ninguna investigación. Seguiré con lo mío y con las pesquisas sobre el cadáver de Amparo, utilizando mis medios, pero esto me supera. Mis jefes no van a consentir que investigue el más mínimo asunto que tenga que ver con el CESID y la guerra sucia. Ahora bien, si los escritos llegan firmados por un juez de la Audiencia Nacional, tendré el camino libre. Debes poner los papeles en manos de un juez o un fiscal. ¿Por qué no habla tu director con el juez Camacho? ¿No son tan amigos?

—Depende de las manías del ministro del Interior. Se llevaban bien, pero ahora pasan por un período de enfriamiento, sobre todo a raíz de que mi jefe publicara unos datos secretos del sumario. No olvides que yo también conozco al magistrado. Lo haré yo, en persona. No me fío de nadie. Y que sea el magistrado quien decida el procedimiento. Pero no olvides que sigo siendo periodista. No estoy aquí porque sea Superman o el Llanero Solitario. Mi interés, desde el primer día, es exclusivamente periodístico. Me pagan para ello.

Enrique se quedó mirándolo con cierta extrañeza, como si quien hablaba fuera otra persona. A su amigo le brillaban los ojos y balbucía. Algo fallaba.

—No me toques los cojones. No te creo. Tú hablando do interés periodístico. ¡Venga! ¿Y qué pasa con Pascual, Amparo y, ahora, Pellón? ¿Vas a olvidarte de tus promesas? ¿Ellos entregan su vida y tú sólo te preocupas por una exclusiva? No te creo. O peor: no te reconozco. ¿Dónde está el Juan justiciero?

El periodista encajó el golpe, reconoció su torpeza y retomó la iniciativa.

—No me has entendido o no me he explicado bien. ¿Cómo puedes pensar eso de

mí? ¿Dónde están nuestros años de amistad? Quiero decir que no me fío de los jueces. Ya me ha pasado alguna vez. Tú fuiste testigo y parte. ¿O no? ¿Qué pasó con aquella operación antidroga? Yo me curré al arrepentido, se lo pasé al juez con el compromiso de que me reservara la exclusiva y después la publicó la competencia. Casi me echan del periódico por gilipollas. A eso me refiero. Yo le paso los papeles y todo lo que tengo al juez, pero no estoy dispuesto a que él fije la fecha de su publicación. No me fío. También tiene compromisos con sus periodistas de cámara. Y tengo ejemplos en *El Universal*. Tampoco debes olvidar que todavía no he hablado con mi diré. Ya lo conoces: la estrategia final la marcará él. Quiero dejarte muy clara una cosa: no estoy aquí para derrocar gobiernos. A eso que se dediquen otros. Quiero que los hijos de puta que han asesinado a Pascual, Amparo y Pellón se pudran en la cárcel.

Enrique se sintió más relajado. Pensó en Victoria y la incluyó en la lista. El que hablaba sí era su amigo. Sí era el periodista a quien había confiado durante años muchísimas confidencias y ahora ponía su vida en sus manos. Comprendió que no le faltaba razón. Él también ponía en juego intereses muy personales. Llevaba años cocinando un plato que se servía frío: la venganza. Era el momento de ajustar cuentas con Arturo. Estaba convencido de que el jefe del CESID movía los hilos de toda aquella conspiración y había ordenado la muerte de Victoria.

El comisario miró el reloj y no ocultó su agobio. La hora de la comida se le había echado encima y tenía una larga lista de llamadas que devolver. Hizo ademán de levantarse para despedir a su visita.

—No. Dame unos minutos. Todavía no he terminado. ¿Qué hacemos con la cinta magnetofónica y con la bobina de cine?

—Déjalas que duerman. No abras tantos frentes. Ése es un error que cometéis siempre los periodistas. Lo queréis todo de una vez y para ayer. Creo que una historia confundiría o solaparía la otra. Piano, piano… Una cosa tras otra. En mi pueblo lo dicen de forma muy expresiva: «Olivica, huesecico». También suelen apuntar con acierto: «Las cosas son para lo que son». Transcribe la cinta magnetofónica e intenta averiguar de qué va la película de la bobina. Y espera. Una cosa tras otra.

—Enrique, sé que estás desbordado de trabajo pero, antes de presentarme en el despacho de mi director, quiero hacerte otra propuesta. ¿Por qué no hablas con la familia de Pellón y nos acercamos esta tarde a la cabaña de Patones para echar un vistazo? Seguro que estarán allí atando cabos.

—Imposible. No sólo no tengo tiempo sino que además tampoco puedo interferir en una investigación de la Guardia Civil.

—Si vamos como amigos de la familia, la Guardia Civil no tiene por qué enterarse ni molestarse. Además, ahora es el mejor momento porque dudo que los *Cecilios*, como tú los llamas, estén vigilando la zona. Se habrán batido en retirada

para que no los impliquen en el accidente. La Guardia Civil de Tráfico habrá hecho el atestado y punto. Ellos no tienen por qué entrar en cuestiones criminales. Tampoco su unidad de Policía Judicial. Nadie, de momento, va a denunciar un crimen. Estoy convencido de que, como sucedió en la chabola de El Pozo, han dejado alguna prueba sin borrar. Son muy ñapas.

—Siempre me convences. Sabes cómo tocarme la fibra. Deja que mi gente localice primero a la familia y, según como reaccione, te llamo. No te prometo nada. Eso sí, hay que montarlo para que no nos sigan.

Desconocían que Arturo y Pastrana, por ese día, habían levantado el seguimiento. Tras fracasar la operación de castigo contra Herrera era poco recomendable situar a su gente cerca del comisario. Además, estaban convencidos de que, una vez colocado el cebo en la cabaña, periodista y comisario picarían el anzuelo en cuestión de horas. Por eso, carecía de sentido seguirlos hasta Patones de Arriba.

Juan regresó a la redacción pero apenas dispuso de tiempo para instalarse en su despacho. Sonó el teléfono y del otro lado de la línea le habló su amigo Enrique.

—Haremos como el otro día, pero esta vez te recogerá en el periódico uno de los míos. Ya ha salido para allá. En diez minutos en la puerta. Yo te espero donde siempre.

Se refería a la plaza de Enrique María Soler. Desde allí tomaron la M-30 dirección norte y continuaron por la Nacional I a Burgos. A unos cincuenta kilómetros se desviaron hacia Torrelaguna por la 320 y, desde allí, por una carretera estrecha hasta Patones y Patones de Arriba.

—Juan, no te he dicho nada por teléfono, pero he podido hablar con la hija de Pellón. Nos está esperando en la cabaña. De ahí tanta precipitación. No le he comentado que me acompaña un periodista. Lo resolveremos sobre la marcha. Si lo crees conveniente y la chica te inspira confianza, te presentas como tal y le cuentas tu encuentro del viernes pasado con su padre. Me ha dicho que tiene algo importante que contarnos.

—¿Qué te dije? Los *Cecilios* son unos chapuzas.

Leticia, la hija de Pellón, los esperaba en el porche de la casa jugueteando con los perros. Cuando vio que se acercaba el coche los ató, aunque, por su docilidad, no era necesario. La hija del militar era una atractiva joven de unos treinta años. Soltera. Independiente. Morena. Largos cabellos. Boca carnosa. Nariz respingona. De mediana estatura y pechos prominentes. Le sobraban unos kilos pero los tenía muy bien repartidos. Había mantenido una relación distante con su padre, a quien recriminaba haber antepuesto su trabajo a la familia. La política también les había separado. Leticia era de izquierdas, una de tantas compañeras de viaje del PCE que había acabado en las filas del PSOE. Su militancia comunista había acarreado algún quebradero de cabeza a su progenitor.

Pellón nunca había sido un franquista retrógrado; en todo caso, hacía gala de su conservadurismo a lo *british*, en la línea de Manuel Fraga. Incluso había coqueteado con el grupo Godsa (Gabinete de Orientación y Documentación), fundado por Antonio Cortina, que fue uno de los cimientos de Alianza Popular. Leticia, socióloga de profesión, trabajaba de funcionaría en el Congreso de los Diputados. A ella también le gustaba pasar unos días de descanso en la cabaña cuando su padre se quedaba en su domicilio de Madrid. Se había enterado del accidente no por la Guardia Civil sino por Ramona. Era una señora de Patones de Arriba que limpiaba la casa todos los lunes. Tras las presentaciones, y sin más demora, Leticia expuso al comisario Herrera sus dudas sobre la versión oficial del accidente.

—Señor Herrera, gracias por su llamada, porque pensaba ponerme en contacto con el jefe de Seguridad del Congreso de los Diputados para informar a alguien de la Policía Judicial. Trabajo en la Cámara y tengo buena relación con él. Me he enterado de la muerte de mi padre por Ramona y, después, me lo ha confirmado Tráfico de la Guardia Civil. Pero hay ciertas cosas que no me cuadran. Primero, me aseguran que han encontrado la llave de la casa en el cuerpo calcinado de mi padre. Y eso es imposible. Cuando digo imposible, es imposible. Mi padre siempre la dejaba debajo de esta maceta, en la entrada, porque Ramona venía los lunes a limpiar la casa y ella no tenía una copia de la llave. Lo mismo me pasaba a mí. Había establecido con él ese sistema para cuando yo viniera a la cabaña. Es una casa sencilla y nunca nos han robado.

Herrera la interrumpió porque no quería dejar ningún cabo suelto. Juan permanecía en silencio. Seguía allí de testigo, sin perder de vista el bello rostro de Leticia. Sus ojazos le recordaban a las jóvenes pintadas por Julio Romero de Torres. Tenía ese aire fresco y desinhibido de las modelos plasmadas por el pintor cordobés. La madre de Juan, durante años, tuvo colgado en la cocina de su casa un calendario de La chiquita piconera.

—¿No sería que su padre llevaba la llave encima porque pensaba regresar a la cabaña?

—Ésa es otra de las cosas que tampoco me cuadran —respondió, tajante, Leticia —. Mi padre jamás regresaría a Madrid un sábado de madrugada. Nunca lo hizo en los casi treinta años que hace que tiene la casa. Y mucho menos a unas horas tan intempestivas.

—Puede ser la excepción que confirme la regla.

—Sí, pero no sólo es eso. Supongamos que mi padre, por un arrebato, hubiera decidido regresar a Madrid y, además, llevarse la llave en el bolsillo por olvido.

—Supongamos —la secundó Herrera, invitándola a construir un razonamiento convincente.

—Si fue así, es igualmente imposible que mi padre hiciera la cama antes de

abandonar la casa. ¿Por qué? Jamás, excepto en su etapa cuartelera, puso sus manos sobre unas sábanas. Siempre dejaba la cama sin hacer, para que Ramona las lavara. Sus asesinos, sin duda alguna, lo desconocían. En esto ya no vale la excusa del olvido.

Herrera y Juan se miraron con cierta complicidad. Leticia hablaba de asesinato. ¿Sabría más que ellos? ¿Sospecharía de alguien? La hija de Pellón les invitó a entrar en la casa para que comprobaran in situ lo que para ella era el escenario del crimen.

—No he tocado nada, para no destruir posibles pruebas. Sigue sin cuadrarme tanto orden.

Herrera entregó a Juan las llaves de su coche y le pidió que le trajera un pequeño maletín del maletero. Echó un vistazo al cuarto de baño y abrió el cajón de la mesilla de noche. Allí estaba la pistola oficial del militar: una Star de 9 mm. Tenía el seguro puesto. Leticia le aclaró que la guardaba así desde que ella era niña, por miedo a sus trastadas. Ya con el maletín en su poder, Herrera se puso unos guantes de silicona. Retiró con cuidado un fino edredón y la sábana superior y se fijó detenidamente en la almohada. Sacó del maletín una especie de linterna, la encendió y proyectó un haz de luz ultravioleta. Tenía una corazonada y, como casi siempre, le dio resultado. El foco descubrió unas minúsculas manchas. Leticia y Juan seguían con interés sus movimientos, mientras el policía introducía la funda de la almohada en una bolsa. A Herrera le vino a la memoria la jeringuilla que Victoria guardaba en su bolso. Pellón había corrido peor suerte que él. Azares del destino: al militar le habían inyectado la misma droga que provocó la muerte de Pascual. El comisario se giró hacia ellos y les espetó:

—Ahí está la prueba, a falta de los análisis del laboratorio. Tú lo has dicho, Leticia. A tu padre, lo han secuestrado y luego lo han matado. Le inyectaron mientras dormía un suero anestésico y después despeñaron el coche con él, inconsciente, en el asiento del conductor. Tu padre estaba dormido. De esa manera, la autopsia descubriría que mantenía sus constantes vitales cuando el automóvil ardió en llamas. Voy a pedir a un forense de la policía que examine minuciosamente su cuello. El cadáver estará calcinado, pero podemos hallar la marca del pinchazo. Eso espero. De todos modos, con lo que tú nos has contado y los restos de la almohada, tenemos bastante.

Entonces Herrera dejó caer la pregunta que rumiaba desde hacía un rato.

—¿Sospechas de alguien que estuviera interesado en la muerte de tu padre? ¿Por qué querrían verle muerto?

Leticia entendió que no podía permanecer más tiempo callada. No conocía a aquellos hombres, pero nadie podía ayudarla como ellos. Por sus venas corría sangre de venganza. Con un dedo impidió que una fina lágrima cruzara el límite de su párpado derecho. No podía ocultar que estaba hundida, pero sacó fuerzas de flaqueza.

Lo que no sabía la hija de Pellón era que sus interlocutores iban a iluminar algunas de las sombras de su padre. A través de ellos se enteraría de la doble vida del espía Pellón. Un hombre de bien, pero con un pasado siniestro.

—A ustedes no puedo ocultárselo. Mi padre era militar en la reserva, pero toda su vida estuvo destinado en el CESID. Jamás hablaba en casa de su trabajo y de sus largas estancias en el extranjero, pero me enteré por el hijo de un compañero suyo que pertenecía a un grupo antiterrorista de élite. Hace unos doce años sufrió una crisis de identidad y decidió abandonar el ejército y los servicios secretos. Nunca supe el motivo. Desde entonces, sobre todo después de la muerte de mi madre, la crisis pasó a ser mística. Hasta hoy. No puedo ayudarles más.

Juan miró a Herrera y decidió que era el momento de romper su silencio y decirle que era periodista de *El Universal*. Aquella mujer debía Conocer todos los antecedentes y el motivo de su presencia en Patones.

Leticia quedó impresionada por la humanidad y la valentía del periodista. Por todo lo que estaba haciendo, a riesgo de su vida, para desenmascarar a los asesinos de Pascual, Amparo y ahora su padre. La hija de Pellón se resistía a creer las historias de los periódicos sobre los GAL y la guerra sucia. Para ella, todo aquello era una sarta de invenciones que la derecha usaba como munición política para acabar con el gobierno socialista. Esa, les hizo ver Leticia, sí era la verdadera guerra sucia: la manipulación de unos hechos inconexos que se utilizaban con fines espurios. Pero sus teorías ahora chocaban con unos hechos que alteraban su entorno vital: la muerte de su padre. Un tipo honrado que había sido testigo de los excesos de un clan embriagado de poder.

Leticia se encaró con Juan.

—¿Insinúas la atrocidad de que a mi padre lo ha asesinado un funcionario del Estado?

—No lo sé. Sólo puedo asegurarte que tu padre se puso en contacto conmigo para denunciar la muerte de un toxicómano indefenso a manos de esos funcionarios del Estado, que tú tanto defiendes. *Quid prodest*? ¿A quién beneficia su muerte? ¿Quién temía que hiciera esas revelaciones a un periodista? Hacia ahí debemos dirigir nuestra investigación. Yo lo tengo claro desde que me metí de lleno en este embrollo. Contigo, o sin ti, voy a seguir en mi línea. Entiendo, aunque no comparto, tus condicionantes políticos.

Ante tanta insolencia, la hija de Pellón no ocultó su enfado y estalló con un impulso bravío. Aquella reacción provocó que Juan se sintiera aún más atraído por ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Que voy a renunciar a que se sepa la verdad de la muerte de mi padre por mis inclinaciones políticas? No me conoces. Me ofendes. Yo también pienso llegar hasta el final, pero sin que nadie me manipule. Ni tú, ni el director de tu

periódico, ni Aznar, ni Anguita. No quiero quedar atrapada en ninguna pinza. No pienso detenerme. Lo que descubra, jamás socavará mis ideas socialistas.

—Leticia, la gente que está detrás de todo esto jamás ha sido ni será socialista. Son como gusanos en proceso de metamorfosis. Larvas que, tras varias mudas, se convierten en imagos. Son torturadores violentos que besaron la bandera de la democracia, primero camuflados como centristas suaristas y, después, como socialistas felipistas. Pasado mañana se mutarán en conservadores aznaristas. Todo les da lo mismo siempre que conserven su estatus. Durante treinta años se han mantenido en el poder desde la sombra. Flotan en los cambios políticos. La guerra sucia contra ETA ha sido impulsada por tu gobierno a través de la franquicia GAL. Por supuesto, antes, durante los gobiernos de Arias Navarro y Adolfo Suárez, las marcas fueron otras: Batallón Vasco Español (BVE), Triple A, Antiterrorismo ETA (ATE)… ¿Y qué? Eso, a mí no me va a condicionar. Estamos investigando las muertes de Pascual, de Amparo y de tu padre. Me resisto a aceptar condicionantes. Es lo único que te pido. Sólo te he preguntado si estás dispuesta a seguir hasta el final. Caiga quien caiga. Lo que haga o deje de hacer mi director es algo que sólo le atañe a él. Allá con su conciencia. Estaríamos listos si tuviera que responsabilizarme de sus actos. Como tú tampoco tienes que responder de lo que haga el presidente del Congreso, don Félix Pons. ¿Qué me dices a todo eso?

Herrera interrumpió el debate en el que se habían enzarzado Juan y Leticia. Para ello, hizo gala de su fino sentido del humor con cierta retranca extremeña. Se sirvió de una frase célebre de un conocido presentador televisivo.

—No contestes ahora. Creo que se nos está haciendo tarde. Tengo que regresar a Madrid, si queremos que la investigación avance. Hay que llevar la funda de la almohada al laboratorio de la policía científica. ¿Por qué no quedáis vosotros mañana a tomar un café? Así Juan puede darte más detalles de sus pesquisas periodísticas.

Herrera se había percatado de que aquella joven le había hecho tilín a su amigo y no le importaba hacer de alcahueta. Juan y Leticia quedaron en verse, al día siguiente, en el restaurante La Ancha, en la calle Zorrilla, detrás del Congreso de los Diputados.

—Como policía, Leticia, sólo voy a pedirte un compromiso: todo lo que hemos hablado hoy aquí es secreto. No lo comentes con nadie.

Juan fue más práctico.

—Antes de la cita de mañana, ¿podrías pasar por casa de tu padre, en Madrid, para ver si encuentras algo que nos pueda interesar: fotos, cartas…?

—De acuerdo. Pero te propongo una contraoferta mejor: nos acercamos los dos juntos después de comer. Su casa está cerca. Podemos ir caminando.

Cuando subieron al coche para regresar a Madrid, Juan planteó un nuevo reto, como solía hacer a menudo, a su amigo el policía.

—Me juego contigo otra comida en el Txistu a que a Pellón le han inyectado la

misma droga que a Pascual.

Herrera calló y no le comentó que él había tenido entre sus manos otra de las agujas asesinas.

—Juan, estoy confundido. Toda esta apariencia de normalidad no suele suceder en mi trabajo. Hay muchas cosas que no casan. Sobre todo si, como parece, el asesinato ha sido obra de un mercenario con experiencia. Lo de la llave podría ser un fallo hasta aceptable, pero lo de la almohada no me convence. Es imposible que un killer cometa un error de tanto peso. Tuvo tiempo de sobra para cambiar por otra la funda de la almohada. Me huele a que alguien la ha puesto ahí para que piquemos. Es cierto que la sensación de impunidad conduce a la comodidad y, por ende, a la chapuza. Pero quien se ha cargado a Pellón es un profesional. No es un Cecilio cualquiera. Hay algo que se nos escapa. Voy a pedir a la policía científica que analicen la almohada con microscopio.

25

Martes, 2o de junio de 1995

Juan prefirió coger el metro para desplazarse hasta la zona del Congreso donde había quedado con Leticia. Se bajó en Banco de España y caminó por Marqués de Cubas, Madrazo y Jovellanos hasta llegar a Zorrilla, donde le esperaba la hija de Pellón. Necesitaba un largo paseo para aclarar sus ideas. Se sentía incómodo y contrariado tras la reunión con la dirección del periódico. No por su director, sino por la cohorte de inútiles que lo rodeaban. Campaña era el único que había reaccionado como periodista. Como se solía decir en el argot de la redacción, el relato de Juan «se la había puesto dura». Era un periodista de raza y lo demostraba todos los días en su cita con sus lectores. En sólo dos años había convertido *El Universal* en el periódico de mayor difusión de España. Para alcanzar esa meta había utilizado como estandarte la lucha contra la corrupción política.

Las relaciones de Juan con Campaña se limitaban a lo puramente profesional. Jamás lo había invitado a reuniones en su casa ni era su compañero en partidas de tenis. Pero el director lo valoraba como uno de los puntales del diario. La sección de sucesos de *El Universal* era de las más competitivas de los diarios de Madrid. Director y redactor no coincidían en los planteamientos ideológicos, pero se respetaban mutuamente. Juan sabía que en otro periódico no podría disfrutar de la independencia y la libertad de las que gozaba en *El Universal*. El caso Mengele era un ejemplo: se presentaba en el despacho de su jefe tras varias semanas de investigaciones. Era la ventaja de trabajar para directores periodistas y no burócratas. Era lo que convertía a su diario en un ente vivo, lo que motivaba a sus redactores a aguantar jornadas laborales de diez o doce horas.

El mobiliario y la decoración del despacho del director de *El Universal* delataba la personalidad de su inquilino. Juan recordó algunas de las deducciones expuestas en el libro El aula sin muros, que leyó en su etapa universitaria. No se acordaba del nombre de su autor, pero sí de que profundizaba en la ciencia de la quinesiología, la que estudia la comunicación de los gestos. El sociólogo concluía que el orden/desorden en el lugar de trabajo de una persona era un primer atisbo de su forma de ser. Una decoración minimalista anticipaba su carácter frío y calculador; un póster enmarcado de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, su personalidad liberal; una colección de biografías de grandes personajes de la historia en su biblioteca, un ego de desmedido tamaño; una inmensa fotografía de la estatua de la Libertad, su gran amor por Estados Unidos; una portada de The *Washington Post* con el caso Watergate, su propensión por el periodismo de investigación… En la estancia destacaban los tonos pasteles, preferentemente el azul, como el de la moqueta. Las

paredes estaban forradas de tela, también de un tono añil pero no muy oscuro.

Sin embargo, por su envoltura, el director Campaña se asemejaba más a un directivo de la *Fleet Street* londinense que a un neoyorquino de Manhattan. Lucía un traje príncipe de Gales, con tirantes de color verde en lugar de cinturón, una camisa rosa pálido Hacket, con unos gemelos Bulgari que se asemejaban al plumín de una estilográfica, una llamativa corbata de Loewe y unos zapatos de cordón Church. Toda una representación del dandismo periodístico. Una imagen trufada entre Cary Grant y Peter O'Toole. Un par de siglos antes habría pasado por un afrancesado como Mariano José de Larra. Aunque a él le habría gustado más que lo compararan con Tom Wolfe o Ben Bradlee.

En torno a la mesa de reuniones del despacho de Dirección, acompañando a Campaña y a Juan, se sentaban el subdirector de Información, Antonio González; el de Edición, Alfonso Castro, y la jefa de Opinión, Alicia Ortiz.

La mesa, de formato oval y de cristal, conservaba en su superficie las huellas dactilares de reuniones anteriores. Sobre ella sólo descansaba un vaso ancho con agua, el de Campaña. El jefe de *El Universal* no se caracterizaba por su generosidad. Juan, como ya había respirado la tacañería que flotaba en ese despacho, se presentó provisto de una botella de agua mineral. Preveía una exposición larga de los hechos y su glotis necesitaba humedad.

Juan resumió hasta donde pudo sus averiguaciones. Omitió las fuentes, las llamadas de El Ronco, la colaboración con Enrique Herrera, la visita a la caja de seguridad y la cita con la hija de Pellón. Se extendió sobre el secuestro y muerte de Pascual, la carta recibida por la anciana y sus conversaciones con Amparo y Pellón. Insistió en que ambos fueron hallados muertos tras entrevistarse con él en el periódico. Les mostró las fotos de los agentes del CESID captados por las cámaras de seguridad del diario y algunos de los documentos facilitados por Pellón. Tampoco se le olvidó el recorte de prensa con la información sobre Stefano y la desaparición del cadáver de Amparo en el Anatómico Forense. Para terminar se reservó el plato fuerte: la existencia en el CESID de una unidad de élite conocida internamente como Club Mengele. Juan insistió en que era la mano negra que aparecía en todos los asesinatos. El reportero dirigió su exposición hacia el que creía ser el flanco más débil de su director.

—Los directivos del CESID no pueden consentir que se conozca el fallecimiento del toxicómano por sobredosis de un anestésico, porque se les desmoronaría todo el sistema. Aflorarían decenas de acciones de guerra sucia llevadas a cabo en el sur de Francia y un sinfín de atrocidades cometidas en España. Me han prometido grabaciones secretas del rey y creo que pronto conseguiré las cintas. Campaña, asistimos al mayor escándalo de la democracia. Estamos en condiciones de desenmascarar a un clan de los servicios secretos que desde las bambalinas han

movido los hilos del poder.

—¿Cuándo tendrás preparada la primera entrega? Por lo que cuentas tenemos material para un largo serial —le preguntó el director, siempre interesado en la parte periodística pero también por los aspectos comerciales.

Campaña era un gran director, pero un mejor vendedor de historias. Sabía exprimir al máximo los reportajes que le presentaban sus redactores. A veces, sacaba petróleo de lo que a ellos se les antojaba una crónica mediocre e insustancial. El scoop de Juan no necesitaba ningún proceso de ductilidad. No necesitaba estirar la noticia como un chicle. El reportero disponía de información de primer orden para un extenso folletín. Así se lo hizo ver a su jefe, pero con una salvedad.

—Sólo te pido una cosa: no podemos desvelar nuestra información hasta haber reunido todas las piezas. Tras el primer reportaje, el miedo desencadenará que las fuentes se quiten de en medio. O se rajarán, presionadas por el poder. No es la primera vez que nos ha ocurrido. No tenemos prisa. La historia es nuestra. Antes, debemos exprimirlos hasta dejarlos sin una gota de información.

—Juguete completo, juguete Comansi.

Alfonso Castro, el subdirector de Edición, encontró el momento para deslizar uno de sus chascarrillos habituales. La gracia no desató ninguna sonrisa.

Fue entonces cuando Juan confesó a su director que solía verse con una persona que se mantenía en el anonimato, a la que había bautizado con el nombre de El Ronco. No ocultó ningún detalle sobre sus extravagantes encuentros.

—Ese informador ha prometido desvelarme el lugar donde se esconde el tal Stefano. Los archivos de la Interpol están saturados de órdenes de busca y captura contra él.

—¿Estás hablando del neofascista también conocido como Chacal?, —le preguntó Campaña—. ¿El responsable de los atentados del tren de Bolonia y de la calle Atocha?

—Del mismo. Me aseguran que ha regresado a Madrid y que está detrás de todas estas muertes.

—¿Y quién crees tú que puede ser tu Ronco? ¿Un agente del CESID?

—Lo desconozco. Pero se trata de un tipo, sin duda alguna, con experiencia en los servicios secretos.

Campaña, que había coincidido como corresponsal en Estados Unidos con el epicentro del caso Watergate, realizó una aproximación histórica. Recordó la importancia en aquella investigación de un personaje conocido como Garganta Profunda, de quien nadie había descubierto todavía su identidad. Sus revelaciones sobre Nixon a los periodistas Bob Woodward y Cari Bernstein de The *Washington Post* fueron determinantes para la caída del presidente. El nombre adjudicado por los periodistas a su fuente anónima fue adoptado del título de una película porno: Deep

Throat (Garganta profunda).

—¿Qué opináis de todo esto?

Campaña pidió la opinión a su equipo. El primero en tomar la palabra fue Antonio González, de quien la leyenda negra destacaba sus oscuras relaciones con el CESID. Juan también lo creía, porque así se lo había asegurado alguna fuente policial.

—Creo que se trata de una gran historia, pero está un poco verde. Juan, manejas muchas conjeturas pero te falta el tronco probatorio.

González, que había escalado posiciones en la prensa del Movimiento, estaba contagiado por el argot oficialista de la burocracia del franquismo. Carecía de amigos en el periódico, pero cumplía el papel de aquellas personas llamadas a hacer los trabajos sucios para que sus jefes no se manchen las manos. Era un tipo viscoso, falso y mediocre. Siempre complaciente con el poder y vehemente con los débiles.

—Creo que hay que esperar y madurar mucho más todos estos datos. Podemos meternos en un campo de minas. Convertirnos en una diana luminosa en medio del fuego cruzado entre los diferentes servicios del Estado. Nuestra credibilidad quedaría afectada si todo respondiera a un montaje de la policía. De sobra sabéis que desde hace tiempo mantiene un pulso con el CESID por el control de la lucha antiterrorista fuera de España. Lo siento, pero me ha tocado el papel de aguafiestas: todo esto me huele a montaje.

González conocía qué tecla tocar. Sabía por dónde podía hacerle daño a Juan. Todos los allí presentes estaban al tanto de las buenas relaciones entre el periodista y el comisario jefe de la Policía Judicial, que mantenía un pulso histórico con La Casa. Muchas de las exclusivas del diario habían sido filtradas por Herrera.

El hombre del CESID en la redacción había sembrado serias dudas sobre la veracidad de la información y, como un áspid venenoso, se preparaba para el aguijonazo final, en busca de la complacencia de su director.

—Creo que no estaría de más que Juan contactara con la dirección del CESID para cambiar cromos. Seguro que, a cambio de esta historia tan farragosa, podríamos obtener alguna pista sobre los GAL de Felipe.

—Por encima de mi cadáver —se le adelantó Campaña a Juan, que se retorcía en una incómoda silla de madera, recubierta de formica—. Aquí nadie va a cambiar cromos. Quiero el álbum completo. Nadie va a contactar con el CESID.

Cambiar cromos, en el lenguaje periodístico, era una de las deformaciones profesionales de los reporteros ventajistas y mediocres. A cambio de no publicar las informaciones comprometidas para el poder, obtenían todo tipo de privilegios y exclusivas cortesanas. Muchos de los periodistas de primera fila habían subsistido una veintena de años practicando un periodismo servil. A cambio, los motoristas ministeriales les acercaban las exclusivas a sus redacciones en sobres cerrados. En

cierta ocasión, las prisas llevaron a uno de esos profesionales a reproducir un documento secreto con el sello de salida del Ministerio de Defensa. Se montó un gran escándalo judicial pero, finalmente, el ministerio consiguió archivar las investigaciones sobre la filtración.

El director de *El Universal* insistió en que no podían correr ningún riesgo.

—Hay que mantener la información en secreto. Si trasciende lo hablado en este despacho podrían pisárnosla los amigos del gobierno. Ya nos pasó con el caso Lasa y Zabala. Hasta que no consigas el paquete completo no publicaremos una sola línea. Siempre que no corramos el riesgo de una filtración. ¿De acuerdo? Juan, ¿necesitas que te ayude alguien de la redacción? —Sólo te pido que Blasco me sustituya por un tiempo en la coordinación de la sección.

—De acuerdo. Te quiero aquí en mi despacho todas las mañanas con el parte de guerra sobre tus investigaciones.

Antes de levantar la sesión, Juan logró blindarse frente a otros reporteros del diario.

—Mis fuentes me imponen una condición: que el equipo de investigación se mantenga al margen. Si no, ellos se retiran. Tienen miedo de que se vayan de la lengua con sus fuentes del CESID. Otra cosa. ¿Sería conveniente hablar con el juez Camacho?

—Ni hablar. De eso olvídate. Cuando llegue el momento, ya me ocuparé yo. ¿Entendido?

Alicia, la jefa de Opinión, se reservó el turno final. Era una periodista astuta y precisa en sus comentarios. De nariz aguileña, facciones anoréxicas y mirada incisiva, cada palabra que pronunciaba se convertía en un certero aguijonazo. Ese carácter la había ayudado a ascender al cargo que ocupaba en un mundo periodístico dominado por los hombres. Ella decía lo mismo pero con un lenguaje más abrupto: «Sometido por machistas».

—Creo que si amarramos tan sólo el cincuenta por ciento de lo relatado por Juan, el gobierno ya puede despedirse de las próximas elecciones. Yo incidiría en el asunto del toxicómano, la muerte de su madre y en el clan secreto de los espías. Son historias que llegan al gran público. Un fresador, un taxista, un agricultor… La gente puede asumir que los policías y guardias civiles asesinen a etarras, pero no a un pobre drogadicto y a su anciana madre.

26

Las palabras de su compañera Alicia tronaban en la cabeza de Juan mientras andaba a paso acelerado. «¡Cuánta razón tiene!», apreciaba el periodista. Se sentía eufórico por el resultado de la reunión. Había logrado sus dos pretensiones más deseadas: que Campaña secundara todos sus criterios y que mantuviera alejadas a las «figuras» del equipo de investigación. Pronto se enterarían de sus pesquisas, pero el reportero no pensaba invitarles al banquete. La historia era exclusivamente suya. Hasta ese momento él manejaba los tiempos y las fuentes; lo más valioso en un reportaje de investigación. Respiraba felicidad porque, además, en unos minutos se reencontraría cara a cara, cuerpo a cuerpo, con Leticia. La hija de Pellón había entrado como un torbellino en su corazón.

Para Juan, las manecillas del reloj no avanzaban. Estaba nervioso. Leticia lo había abducido. Aparecía constantemente en sus sueños. Había tenido relaciones esporádicas con otras mujeres, pero ninguna le había hecho perder la cabeza. Leticia era una mujer sensual y atractiva, aunque a él lo había conquistado su carácter y su entereza. Estaba cansado de tratar con jóvenes arribistas y camaleónicas, pero no era el caso de Leticia, íntegra, pasional con sus principios, entregada a sus ideales… ¡Y cómo no!, exuberante, seductora… Todo sumaba, solía decirle Enrique a Juan cuando hablaban de mujeres. En Patones, el primer vistazo había sido para sus senos prominentes. Le recordaron los de Claudia Cardinale o Stefania Sandrelli. A Juan también le sedujeron sus labios y su redondez. Entre sus amigos de partida de mus, el reportero había instaurado la categoría de mujeres hembras: con buenas caderas, trasero que no pasa inadvertido y muslos turgentes. En las antípodas estaban aquellas que definía como siluetas anoréxicas.

Para matar el tiempo, Juan entró en el bar Manolo y pidió una cerveza. Allí en la barra estaban los de siempre: Rai, Manolo, Luis y Martín. Era raro que el periodista de *El Universal* se dejara ver por el Congreso, y así se lo recordaron sus compañeros. Al final, las cervezas fueron tres. Cuando llegó a La Ancha su invitada ya estaba sentada ante los cubiertos. Juan había reservado una mesa en el salón del interior, para no tener que saludar a mucha gente. Las primeras palabras fueron de disculpa.

—Perdona por el retraso. Es imperdonable lo que me ha sucedido. He llegado con media hora de antelación, me he metido en el Manolo y unos colegas me han entretenido. Lo siento.

A Leticia se la veía relajada. Lo recibió con un par de besos. En la cabaña de su padre le había tendido la mano cuando se saludaron. Algo había avanzado.

—No te preocupes. Yo, en cambio, he llegado antes. Necesitaba hablar contigo. No he podido dormir en toda la noche. He estado a punto de llamarte esta mañana al periódico, pero he recordado que tenías la cita con tu director. Todo esto me está

trastornando. ¿Cómo te ha ido?

—Excepcional. Lo más importante: controlo la situación. Campaña me ha dado plenos poderes para que continúe con la historia. Ha consentido que no publique nada hasta que recopile toda la información.

—¿Tienes hambre?

—No mucha.

—Pues picamos algo y nos vamos a casa de mi padre. Necesito revisar sus cosas cuanto antes.

En menos de sesenta minutos, Leticia y Juan abandonaban el restaurante. La conversación giró alrededor de buscar alguna pista que condujera a los asesinos del militar. Surgían muchas preguntas, pero casi todas sin respuesta. Leticia no ayudaba demasiado a encontrarlas. Los pocos sólidos que había ingerido no absorbían el exceso de vino y champán. No estaba ebria, pero sí un poco achispada. Sus ojos vidriosos la hacían aún más atractiva. Se mantenía firme, en pie, gracias al brazo de su acompañante. A ella no le resultaba incómoda la situación. La muerte de un padre justificaba cualquier exceso.

Cruzaron la Carrera de San Jerónimo y caminaron por la calle San Agustín hasta Cervantes, donde Pellón había comprado al ejército una vivienda militar, de altos techos y gruesas paredes. No hay nada tan desmoralizador y tan gélido como un piso abandonado. Pellón era un inquilino ordenado, pero vivía en una casa sin personalidad. Cuatro motivos militares y ningún recuerdo de sus muchísimos viajes. Así, de una manera tan sórdida, apuraba la vida un espía. Diez viajes a París en un mes y diez regresos sin tan siquiera una diminuta torre Eiffel de recuerdo. Los agentes secretos mantenían que un souvenir mal argumentado podía costarles la vida. Leticia, antes de rebuscar en los cajones del hogar familiar, dio un vistazo a su dormitorio de adolescente. Se mantenía intacto. El decorado delataba una juventud rebelde: Janis Joplin, Led Zeppelin, Bob Dylan y un enorme affiche de la película Novecento. Le encantaba aquel póster, porque consideraba que el director Bertolucci había acertado al escoger el cuadro El Cuarto Estado del pintor italiano Pellizza da Volpedo para el arranque del filme. Era el mejor homenaje al movimiento obrero italiano.

—Leticia, ¿acaso piensas encontrar alguna pista en casa de un espía?

—Tengo un presentimiento. No olvides que he vivido aquí más de veinte años. Veía poco a mi padre, pero me acuerdo de sus manías y prohibiciones.

—Ten en cuenta que los documentos importantes los guardaba en una caja de seguridad de Caja Madrid y están en mi poder.

—Mi padre era un maniático del orden. Lo conservaba todo. No destruía nada. Busco un álbum de fotos y otro de recortes de prensa. Si sus excolegas del CESID no han saqueado la casa deben estar por alguna parte.

Pellón era un tipo culto; saltaba a la vista en su colección de libros. La vivienda disponía de una biblioteca de madera que recorría las paredes de un amplio salón y de los pasillos.

—Si mi padre pretendió en algún momento ocultar alguna foto o un documento debería estar entre las páginas de un libro, seguramente de César o Napoleón. Eran sus estrategas preferidos.

Juan echó el ojo a una excelente edición de la Guerra de las Galias, en la que destacaba su título en latín: Comentarii de Bello Gallico. Extrajo el volumen de la biblioteca y aireó las páginas, colocando el libro boca abajo. Repitió la misma acción dos o tres veces, pero no se desprendió ningún fruto. Hizo lo mismo con otro de la batalla de Waterloo y ese árbol sí le recompensó con una rica fruta. Era una pequeña foto en blanco y negro en papel brillante. Seis jóvenes de unos treinta años retratados en una terraza de lo que parecía un *bistrot* francés. El escenario del fondo, fácilmente, podría ser el puerto de San Juan de Luz. Juan identificó a Pellón y, sin duda alguna, a Stefano. Por la ropa y la edad de los integrantes del grupo, la imagen la habrían captado a mediados de los setenta.

El periodista se la mostró a Leticia, pero ésta le fue de poca ayuda. No identificó a nadie. Además, los efluvios del alcohol la tenían noqueada. Tumbada en el sofá del salón, seguía a distancia los movimientos del reportero.

—¿Puedo quedármela? —le consultó Juan.

—Por supuesto. ¿A qué crees que hemos venido?

Leticia pegó un brinco y se dirigió al armario del dormitorio de su padre. Lo abrió y presionó una tablilla, colocada por encima del último estante. Dejó al descubierto una oquedad, de la que sacó una carpeta envuelta en una bolsa de plástico.

—En este rincón mi padre siempre escondió sus secretos. Estaba convencido de que sólo lo conocía él, pero yo también lo sabía.

Leticia entregó el paquete a Juan y éste lo abrió con cuidado. Había una carpeta azul de cartón rasposo de las que se utilizan en las oficinas militares. Retiró la goma que la envolvía y halló una serie de recortes de periódicos franceses. Todas las informaciones se referían a acciones violentas en el sur de Francia. Había un recorte del 5 de junio de 1975 del diario Sud-Ouest de Burdeos, en el que se informaba de las protestas del ministro del Interior francés, Poniatowski, sobre las incursiones de policías españoles en territorio francés sin conocimiento de las autoridades de París. Otra información del día siguiente, en el mismo diario, se refería a un atentado frustrado contra Josu Ternera en Biarritz. En la acción, la primera de la guerra sucia, falleció uno de los integrantes del comando. El periodista se detuvo en otro recorte de prensa. Informaba de la muerte en 1978 del dirigente de ETA José Miguel Beñarán, Argala, al estallar una bomba colocada en su coche. El terrorista era integrante del comando Txikia, que cinco años atrás había asesinado al presidente Carrero Blanco.

A Juan se le pasó por la cabeza que la muerte del etarra se debía a una venganza, a un ajuste de cuentas.

Y así, un recorte tras otro: una bomba contra Domingo Iturbe Abasolo, Txomin, el 10 de noviembre de 1975, que hirió a uno de sus hijos; el mismo dirigente etarra acribillado a tiros por unos desconocidos, en mayo de 1979; atentado contra Mikel Lujúa en marzo de 1981; el secuestro de un viajante galo llamado Segundo Marey, en Hendaya, en diciembre de 1983.

Junto a las páginas de los periódicos había un amplio lote de fotografías de terroristas paseando por calles francesas. Daban a entender que podían ser supuestos objetivos para acciones violentas. Otras instantáneas correspondían a retratos de los documentos de identidad, franceses o españoles, de dirigentes de ETA.

—Leticia, lo siento, pero tu padre estaba metido hasta las cachas en todas estas siniestras operaciones realizadas en el sur de Francia.

La hija de Pellón desconocía la doble vida de su progenitor. En su casa jamás se hablaba de política ni se comentaban las noticias de los telediarios. Lo tenían terminantemente prohibido.

—Ahora, comienzo a atar muchos cabos sueltos. Como cuando mi padre, de la noche a la mañana, decidió dejar el Centro. Sufrió una crisis de valores. Yo ya tenía uso de razón para comprender que algo horrible le sucedía. El secuestro del toxicómano fue el detonante de toda esa vida paralela manchada de sangre. Tuvo agallas para abandonarlo todo.

Muy mal debía de estar para depositar su confianza en un periodista a quien no conocía. Mi padre siempre odió a la prensa y despreciaba a los periodistas. Gracias a sus últimas decisiones se ha redimido ante mí.

Leticia hablaba con voz entrecortada. Se la veía emocionada. No pudo contener su emoción y derramó unas lágrimas. Juan se le acercó y le ofreció un kleenex. Fue entonces cuando la mujer estalló y lo abrazó fuertemente. El periodista la estrechó entre sus brazos, pero se contuvo. Pensó que la reacción de Leticia se debía a la explosión de su estado de ánimo, pero que era ajena a la pasión sensual. Él no estaba allí para abusar de una mujer deprimida. Se equivocaba. Leticia apartó unos centímetros su cara con las manos y lo besó profundamente en la boca. Juan la apretó contra él con más fuerza. En unos segundos, los dos entrelazados, empezaron a dar vueltas por el pasillo, como en una pieza de tango, hasta encontrarse tumbados en la cama de matrimonio. Leticia se despojó de la blusa y el sujetador y dejó al descubierto sus senos. El periodista los estrujó con fuerza, desplazándolos hacia el centro hasta que se tocaron. Con sus labios succionó cada uno de sus pezones mientras con sus dedos acariciaba con giros circulares las areolas. Eran carnosas y protuberantes. El periodista comenzó con sus labios una sinfonía de caricias: pezón, labios, lóbulo, sien, cuello… Leticia entendió que debía hacer lo mismo y retó a su

pareja al juego erótico de la improvisación. Juan comenzó a deslizar su lengua por la piel sedosa y tersa de su compañera.

La lengua de Juan alcanzó el ombligo y no se detuvo. Mientras jugueteaba con esa minúscula oquedad, desabrochó el botón del pantalón con una mano y lo deslizó hacia los pies. Leticia cooperó separando sus nalgas del colchón. Quedó al descubierto un diminuto tanga que el periodista también hurtó. Se puso de rodillas al tiempo que Leticia le arrancaba la camisa. Después, la ayudó a bajarse la cremallera de sus vaqueros mientras ella deslizaba con fuerza hacia abajo el pantalón, que se había atascado en las caderas. Ambos quedaron desnudos, frente a frente. Con un «todavía no», la mujer pidió a su pareja más juego erótico.

Estaba excitada, pero necesitaba alargar aquel momento de lujuria. Hacía tiempo que buscaba un intenso orgasmo, así que se preparó para el éxtasis. En Juan había hallado la horma para sus deseos lascivos. El reportero le facilitó un enorme placer cuando pasó suavemente su lengua por el clítoris y los labios vaginales. Leticia jamás había alcanzado un estado de tanta desinhibición. En ese momento, ambos, instintivamente, se fundieron en un amasijo de carne en movimiento. Leticia gritó, y gritó con ganas. Aquel orgasmo sirvió para aliviar la muerte de su progenitor. También para darse cuenta de que podía enamorarse de Juan. Ante sí tenía a un hombre honesto, valiente, cariñoso y un buen amante. Lo que buscaba desde hacía años. Ella era una mujer con experiencia, pero torpe en sus relaciones con los hombres.

Juan y Leticia permanecieron unos minutos tumbados en la cama boca arriba, extenuados, en silencio. El reportero, desde el primer momento que la vio en Patones, se había sentido atraído por la chispa de aquella mujer. Al margen de su belleza, Leticia irradiaba un encanto excepcional. Era ese tipo de mujer que lleva de calle al macho hispánico. Pero la situación de Juan era contradictoria, porque también estaba enamorado de su soltería. No podía prometerle nada a su nueva compañera. Había caído de cabeza en el pozo de los sentimientos y no sabía cómo salir de aquella encrucijada.

Se quedaron dormidos y despertaron al atardecer. El periodista se sentía confuso, pero no por su inesperado estado sentimental, sino por el caudal de información que seguía sin digerir. Le pidió a Leticia que lo ayudara a recapitular todo lo acontecido. Tenía que colocar las piezas desde el punto de partida. A contrarreloj. El tiempo se le echaba encima y las sorpresas se acumulaban. Quedaron para cenar, pero antes él tenía que pasar por el periódico.

27

Jueves, 22 de junio de 1995

Teresa, la secretaria de redacción, le dio el aviso.

—Juan, tienes una nota de ayer de un señor que no quiso identificarse. Dijo que sólo quería darte un número: el dos.

Juan sacó de su cartera la chuleta de contactos con El Ronco y comprobó que ese número correspondía al punto de encuentro del Monumento a la Constitución.

—¿A qué hora llamó?

—Habló Margarita con él. Es su letra. Aquí pone a las 16.15.

—Muchas gracias.

Las instrucciones recibidas de El Ronco dejaban claro que la clave dos contemplaba una cita al día siguiente y cinco horas después de la llamada. Juan se fijó en que su reloj marcaba las 20.50. Disponía tan sólo de veinticinco minutos para llegar al Monumento a la Constitución, situado en el cruce de la Castellana y Vitrubio, en la plaza de San Juan de la Cruz.

El Ronco se le había adelantado. Llevaba unos minutos vigilando la zona ajardinada del Museo de Ciencias Naturales. En un pequeño montículo se levantaba un cubo de mármol de Macael, diseñado por el arquitecto Miguel Ángel Ruiz Larrea. Inaugurado en 1979, en uno de sus costados destacaba la leyenda: «El pueblo de Madrid a la Constitución de 1978». A la fuente anónima de Juan se le veía impaciente, porque las manecillas de su reloj marcaban la hora convenida y el periodista no daba señales de vida. Parecía algo intranquilo, ya que Juan había demostrado que era un tipo puntual. El Ronco todavía controlaba la situación, pero había bajado la guardia en sus normas de seguridad y esa displicencia podía traerle nefastas consecuencias. Por segunda vez acudía a cuerpo descubierto a una cita con el periodista. Se arriesgaba, pero su sexto sentido, que nunca le había traicionado, le impulsaba a confiar en Juan.

El reportero, al fin, tras sortear un tráfico intensísimo, accedió al monumento. Se situó, siguiendo las instrucciones, de espaldas al lado del cubo que daba al museo. Más que jadear, relinchaba, por el esfuerzo físico. Era una calurosa noche de finales de junio en Madrid. La prueba era el exceso de sudor que empapaba su camisa. Dudó de que tal esfuerzo valiera para algo, pues El Ronco tenía la pinta de ser una de esas personas que no esperaban. Se equivocó. Su interlocutor, a unos veinte metros, controlaba desde la marquesina de una parada de autobús de la Castellana todos sus movimientos. Cuando se cercioró de que Juan ocupaba el lugar convenido, se aproximó al monumento con sigilo y le espetó con voz autoritaria:

—Ha llegado cinco minutos tarde. Que no vuelva a suceder.

—Acaban de darme su mensaje hace veinticinco minutos. Lo siento.

El periodista permanecía con el cuerpo rígido, sin mover la cabeza. Tenía la mirada perdida en la fachada de ladrillo del edificio del Museo de Ciencias Naturales, donde en su interior se exhibía un enorme esqueleto de dinosaurio. De pie, con el torso convertido en una estatua de mármol, se sentía como un pequeño bambi al que acosaba por la retaguardia un tiranosaurio rex. Juan reunió fuerzas e intentó sacar provecho de aquel encuentro.

—¿Se ha enterado de los últimos acontecimientos?

—¿Se refiere a la muerte de un militar en un accidente?

—¿Lo conocía usted?

—Eso no viene a cuento. Le prometí el lugar donde se esconde Stefano en Madrid y es a lo que he venido. Siempre cumplo mi palabra. He oído por ahí que puede estar detrás de esa muerte.

—¿Conocía usted a Pellón?

—Le repito que no pienso hablar de ese asunto.

—¿Conocía a Stefano?

—Esa pregunta es inoportuna.

Juan notó cómo una mano le rozaba el flanco derecho de su cuerpo inerte.

—Tenga. Aquí tiene la dirección del italiano.

El reportero, en unos segundos, escaneó la mano derecha de El Ronco con la que le acercaba un sobre blanco. Era alargada, huesuda, de delgados dedos y con venas del grosor de macarrones. Juan pensó que podían ser las de un pianista, hasta que se fijó en el dedo meñique, al que le faltaba una falange. Resultaba extraño que su fuente, tan celosa de su identidad, incurriera en un error tan burdo y le mostrara aquella tara que lo convertía en una persona inconfundible. No entendía cómo no se había enfundado unos guantes, una de las normas elementales de cualquier manual de espionaje. ¿Acaso pretendía facilitarle esa pista de manera voluntaria?

—¿Qué relación tenían Pellón y Stefano?

—Averígüelo usted. Investigue las operaciones de ambos en el sur de Francia con un guardia civil llamado Nieto. A su director le encantará. No puedo decirle nada más. Espere noticias mías.

Se hizo un silencio en la noche y El Ronco desapareció en la oscuridad en dirección a la Escuela de Ingenieros Industriales.

Pasados unos minutos llegó corriendo la hija de Pellón.

—Leticia, ¿lo has visto? ¿Le has visto la cara?

—Imposible. Estaba en un ángulo muerto, en la penumbra, como si hubiera estudiado de antemano el escenario del encuentro. Es un profesional.

—Me ha dado a entender que conocía a tu padre. Tiene toda la pinta de pertenecer o haber pertenecido a los servicios de información.

—Nunca te fíes de lo que te cuente un desconocido. Puede ser un mercenario. Un enemigo de Stefano que pretende quedarse con el negocio.

Juan abrió el sobre y desplegó un folio con una dirección. Se la mostró a Leticia.

—Aquí se esconde Stefano. ¿Qué hacemos?

—¿Que qué hacemos? ¿Estás loco? Supongo que no habrás pensado en llamar al timbre de la puerta. ¿Qué hacemos? Hablar con Enrique. Tú dedícate a contar historias y él que detenga a los malos. Tenemos que localizarlo y hablar con él antes de que sea tarde. Stefano puede estar haciendo las maletas para huir de Madrid o, peor aún, planeando otro crimen. ¿Dónde podemos encontrar a Enrique?

—Todas las noches se toma una copa en La Bulla, cerca del hotel Eurobuilding. No está lejos de aquí. Hay un Vips al lado. Nos da tiempo a picar algo antes. ¡Vamos!

Juan no se equivocaba. El comisario Herrera era un animal de costumbres. Nunca se retiraba a su casa sin tomarse antes un trago con sus colegas en La Bulla. Era un lugar donde se acercaban los chotas con dinero para invitar a sus enlaces policiales. La hacienda de los superpolicías no pasaba por su mejor momento, a raíz de una información publicada por *El Universal* que había hecho añicos la caja B del Ministerio del Interior. Aquella denuncia había puesto fin al dispendio, indiscriminado y sin control, de los fondos reservados.

Herrera estaba apoyado en un extremo de la barra. Su sitio de siempre. No había ningún cartel de reservado, pero la concurrencia conocía de antemano que ese trozo de barra tenía dueño. Conversaba con otros dos comisarios: Ramírez, de Información, y Andrade, de la Policía Científica. En medio de una nube de humo, Enrique reconoció antes a Leticia que a su amigo Juan. Esa noche estaba radiante. Con tan sólo unos vaqueros y una blusa, muy ceñida, se paseaba entre la gente como la reina de la noche.

El comisario se adelantó y fue a su encuentro. Prefería seguir conservando la confidencialidad, que Ramírez y Andrade se mantuvieran al margen de lo que ellos se traían entre manos. Con sus brazos rodeó las cinturas de Leticia y Juan y los arrastró hacia la entrada.

—¿Qué hacéis aquí? Salgamos. Prefiero que nos tomemos un café en el Vips. No me fío de nadie. Juan se excusó.

—Perdona que te asaltemos así. Es urgente que hablemos.

Se metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó el papel que le había entregado El Ronco.

—Enrique, ésta es la dirección donde se esconde Stefano. No nos queda tiempo. Unas horas. Me aseguran que puede salir del país.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El Ronco. No me ha fallado nunca. Al parecer, Stefano formó parte de un comando antiterrorista con Pellón y Nieto. A Pellón lo han eliminado como a Pascual.

—Juan, ¿crees que tengo una varita mágica para detener a la gente cuando quiero? Esto lleva su tiempo.

—Si no actúas de inmediato se nos irá.

Herrera, por su cargo de jefe de la Judicial, era uno de los pocos comisarios que disfrutaba de un teléfono móvil. Era un Motorola Moviline, del tamaño de un ladrillo, al que había que sacar la antena para que alcanzara cierta operatividad. Marcó el teléfono de la oficina policial de los juzgados de la plaza Castilla y preguntó a un compañero por el magistrado de guardia. Afortunadamente, esa noche tenía turno Santiago Gandarias, el titular del número 42, con quien le unía una excelente relación. Lo llamó y le pidió una orden de detención contra Stefano, basada en la busca y captura registrada en la Interpol. Así se ahorraba tener que entrar en detalles. Comunicó al juez que una filtración anónima lo situaba allí. De esa forma también se cubría las espaldas por si se trataba de una falsa alarma. A continuación, llamó al jefe de los GEO y le pidió un grupo de apoyo para asaltar el domicilio. Insistió en que lo necesitaba, sin demoras, en sesenta minutos. Para verificar la presencia de Stefano en el inmueble, Herrera envió a uno de sus hombres para que hablara con el conserje de la finca. Le mostraron una foto del italiano, pero el portero juró y perjuró que jamás había visto a ese individuo en su edificio. Dijo que el piso por el que le preguntaban pertenecía a una sociedad extranjera y siempre estaba vacío. Para no asustar a los vecinos, el policía se hizo con una copia de la llave del portal. No necesitaron los planos del apartamento, porque el conserje les detalló la distribución de la estancia. Les aclaró que era de una sola pieza.

Herrera, su equipo y el capitán de los GEO diseñaron un plan de asalto. A Stefano sólo se le podía cazar valiéndose del efecto sorpresa. Era un tipo peligroso y, con toda seguridad, bien armado. A la una de la madrugada, el comisario dio la orden de entrada. Los guardias, pertrechados con chalecos antibalas y visores infrarrojos, tomaron la iniciativa y subieron en silencio por la escalera hasta la planta sexta. Herrera y su ayudante se escudaron tras unos agentes que parecían armarios, de casi dos metros. Se aproximaron sigilosamente a la entrada del apartamento y con un ariete metálico, como los usados para abrir los portones de los castillos, que requería la participación de dos geos, echaron abajo la puerta. Mientras irrumpían en el piso, unos gritaban «al suelo», otros «tire el arma». De nada sirvió tanto alboroto, la habitación se hallaba vacía. Herrera cogió de la mesa un vaso con unos restos de whisky y notó que seguía frío. Pasó las yemas de los dedos por la pantalla de un televisor y sintió calor. Se volvió hacia su gente y gritó:

—¡Estaba aquí, nos ha dado esquinazo!

—Es imposible, jefe. Desde hace una hora el edificio está tomado. Hemos vigilado todos los pasillos y escaleras del inmueble, el garaje y la puerta de entrada. Nadie ha salido de la casa.

—Pues se lo habrá tragado la tierra. Y aquí tierra no hay. Te aseguro que había alguien hasta hace unos minutos. No seas capullo, Fuentes. ¿No lo ves? El hielo del vaso todavía no se ha derretido.

Herrera pulsó el botón del encendido del televisor y encontró en la pantalla las imágenes que sospechaba: Stefano tenía sintonizado uno de sus canales con dos cámaras de seguridad camufladas en la puerta de la vivienda.

—Hijo de puta. Nos ha visto llegar y ha huido. Pero ¿por dónde se ha escapado? Mirad en el interior de los armarios y las paredes por si hay un doble fondo. No sería la primera vez que aparece un zulo.

Tardaron en dar con ella pero, finalmente, entre los azulejos del cuarto de baño apareció una puerta secreta. La portilla daba a un piso del inmueble contiguo. Stefano era todo un profesional y había previsto una vía de escape nada traumática. Su oficina tenía entrada por la calle Estébanez Calderón, pero también una feliz escapatoria por Capitán Haya.

Cuando el comisario Herrera halló el pasadizo, Stefano ya había abandonado la zona. Se había dirigido al parking, situado a unos doscientos metros en la misma Capitán Haya, y conduciendo el vehículo alquilado en Burdeos, había iniciado su huida de Madrid.

—Comisario, un agente quiere hablar con usted.

—Que pase.

—A sus órdenes, comisario Herrera. Creo que me he cruzado hace unos minutos con el objetivo. Ha tenido la frialdad y la desfachatez de preguntarme qué ocurría, mientras abandonaba con un maletín el portal del edificio de la esquina. Lo siento. Yo le he pedido que saliera corriendo porque había un individuo peligroso en la zona. El hijoputa, con toda la sangre fría del mundo, se ha reído en mi cara.

Herrera le mostró una fotografía de Stefano que sacó de su bolsillo.

—¿Era éste el tipo del maletín?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sin duda, mi comisario.

—¡Me cago en Dios!

Herrera inició una retahíla de blasfemias para calmar su cólera.

—Somos una pandilla de inútiles. Se nos ha escapado delante de nuestras narices.

Y se dirigió al policía uniformado.

—¿Por dónde se ha marchado?

—Dirección Bravo Murillo. No estoy seguro, pero creo que ha podido detenerse en el parking que está frente a los juzgados. —Fuentes, que distribuyan su foto en todos los aeropuertos y en los pasos fronterizos. Pretende abandonar el país. Tiene un pasaporte limpio, y lo más seguro es que se lo hayamos facilitado nosotros. Que

comprueben todos los pasaportes entregados en los últimos veinte años a colaboradores de la policía, el CESID y la Guardia Civil. Otra cosa: despierta si es preciso al jefe de los vigilantes del parking, porque necesito visionar inmediatamente las cintas de las cámaras de seguridad de los últimos diez días. Los geos y el resto de los agentes pueden regresar a sus unidades.

Herrera se quedó solo en la habitación. Necesitaba cierta tranquilidad para realizar una completa inspección ocular del piso franco de Stefano. El italiano no había dejado ni una huella. No pudo encontrar un solo pelo en la ropa de los armarios ni entre las sábanas de la cama. La cocina presentaba un aspecto impoluto. Ni una nota en un papel arrugado desechado en la papelera. Ni una llamada desde el teléfono. Ni resto de orín en la taza del váter. Herrera se percató de que incluso había borrado las huellas del vaso de whisky antes de abandonar precipitadamente la estancia. Aquel escenario tan estéril no le cogía por sorpresa: Stefano era todo un profesional. De repente, la mirada del comisario se detuvo en una placa dorada de latón que indicaba que en aquel apartamento estaba domiciliada una sociedad. Allí ponía: Littoris Investment. Herrera se golpeó con la palma de su mano en la frente. ¿Littoris? ¿Littoris? Había leído el nombre de aquella sociedad en algún expediente policial, y recientemente. Pero no logró ubicarlo. Buscó por los cajones y tampoco descubrió nada de valor para la investigación. Ni en el primero ni en el segundo apartamento. El de Capitán Haya nunca había sido habitado. Estaba abandonado, sin muebles.

Juan y Leticia esperaban impacientemente en el Seis Peniques, en la misma calle Estébanez Calderón. Uno de los *pubs* pioneros de la capital donde los madrileños aprendieron a saborear el café irlandés. Desde el lugar en el que estaban sentados vieron entrar a un Herrera desolado, de hombros caídos.

—Se nos ha escapado.

Fueron las primeras palabras de decepción.

—No ha dejado ni una puta pista. Y mucho menos pruebas. Es un estilista del camuflaje. Se ha reído de nosotros. Uno de nuestros básicos ha identificado a Stefano como la persona que, con todo el cinismo del mundo, se le ha acercado y le ha preguntado qué estaba ocurriendo. Si no lo detenemos antes de que cruce la frontera, oficialmente, jamás habrá estado en Madrid. No hemos encontrado ni un solo pelo para comparar su ADN. Únicamente nos queda visionar las grabaciones de las cámaras de un parking.

Juan lo interrumpió. Le hizo ver que Stefano era un personaje amortizado. Totalmente superado. Insistió en que, para él, los verdaderos culpables de la trama se escondían en la Cuesta de las Perdices, donde estaba la sede del CESID. Estaba claro que, como en la suerte taurina, había llegado la hora de la verdad.

—Enrique, Leticia y yo pensamos que ya es hora de que tomemos la iniciativa y

pasemos a la acción. Hay que hablar con el juez y empezar a publicar la información que tenemos.

—Sí, pero espera un día a ver qué ocurre con Stefano. Tengo una pista.

28

Jueves, 22 de junio de 1995

Stefano respiró profundamente. Conducía por la Nacional I, a la altura de Alcobendas, a una velocidad moderada. Se movía con tiento para evitar que una inesperada infracción de tráfico pusiera en peligro su salida de España. Si todo discurría como había previsto, desayunaría en el Landa de Burgos y cruzaría la frontera antes de que las ediciones de los periódicos llegaran a los quioscos. Así eludiría el riesgo de que algún diario publicase alguna de sus fotos de archivo. Era poco probable, porque cuando los policías irrumpieron en su piso las ediciones de los diarios ya estaban cerradas.

Las ideas daban vueltas desordenadamente en su cabeza. Su cerebro era un hervidero de confusión. ¿En qué había fallado para que la policía diera con su paradero? No había cometido ningún error y nadie conocía su guarida. Era un piso seguro. Stefano conducía obsesionado por lo sucedido. Una y otra vez reconstruía cada uno de sus pasos desde su salida de Estados Unidos: Suiza, Francia, la sierra de Madrid, el apartamento, sus pasaportes… Todo cuadraba. Ni un atisbo de duda. Buscaba el cierre del círculo pero no hallaba el camino. Algo fallaba. De repente, sintió un fuerte ardor en el estómago como si se le quemaran las entrañas. Arturo y Pastrana lo habían traicionado. Comprendió que sus amigos lo habían elegido como cabeza de turco. Miró su rostro en el espejo retrovisor y se reprochó su estupidez por no darse cuenta antes. ¿Cómo un viejo zorro había caído en la trampa de dos gallinas?, se preguntó con rabia. Comprendió que lo habían esperado en la casa de Pellón y desde allí habían controlado todos sus movimientos para tenderle una trampa.

Stefano, un tipo impetuoso y violento, pensó en la venganza. Por un instante sopesó pegar un bandazo al volante del automóvil y regresar a Madrid para ajustar las cuentas con sus amigos. Pero optó por una solución más pragmática. Tenía tiempo de sobra. Ahora, su meta era salir de España.

De repente, a la altura de El Molar, divisó unas luces en el arcén de la carretera. Podía ser un control de la Guardia Civil. Se fue acercando sin sobrepasar el límite de velocidad y, efectivamente, a unos cien metros vio estacionado un vehículo del instituto armado. ¿Control rutinario? La documentación que obraba en su poder era más que suficiente para superarlo aunque reclamaran más datos a la central. No esperó a que le dieran el alto; con aplomo, redujo la velocidad y se dirigió hacia el convoy policial. Dos guardias uniformados permanecían de pie con sus fusiles, un tercero al volante y un cuarto, apartado, como queriendo pasar inadvertido en la oscuridad de la noche. Uno de los agentes armados invadió la calzada y levantó la

mano derecha en señal de alto. Stefano se aproximó lentamente, pero su corazón le dio un vuelco. El faro derecho de su automóvil iluminó el rostro del guardia que se posicionaba en un segundo plano. Aquella siniestra cara era imborrable. ¿Una operación en el sur de Francia? Se trataba del sucio Nieto. Notó algo raro en los movimientos de los agentes y en cómo colocaban sus armas. En lugar de detenerse, pisó a fondo el acelerador y derrapó a toda velocidad. Mientras escapaba escuchó el sonido de los disparos de los fusiles. Algunos proyectiles impactaron en la carrocería del vehículo, pero no le preocupó porque ya se había situado fuera de la línea de tiro.

Stefano maldijo a Arturo mientras huía. Primero lo había delatado a la policía y ahora le había preparado una encerrona. A fin de evitar un segundo control, en lugar de continuar por la Nacional I se introdujo en el casco urbano de El Molar. Buscó un lugar oculto para abandonar el automóvil y en unos minutos ya se había hecho con otro de repuesto. No se anduvo con remilgos. Con la culata de su Sig Sauer de 9 mm rompió el cristal de la ventanilla del conductor, abrió la puerta desde dentro y realizó un puente para encender el motor. De un brusco giro a la derecha desbloqueó el volante. Juntó los cables y el coche se puso en marcha. Antes de reiniciar su viaje se cambió de ropa y se caló una gorra de jugador de béisbol. De una bolsa de la maleta sacó una barba postiza y se la pegó en el mentón. Sólo le faltaban unas gafas para cambiar totalmente su fisonomía. En lugar de continuar viaje hacia la frontera, optó por dirigirse por carreteras comarcales a la casa de Pellón en Patones. Allí, con toda seguridad, no habría nadie y sería el lugar más adecuado para descansar y trazar su plan de venganza. Era un hombre de honor y su primera obsesión era ajustar cuentas con Arturo. Lo había alejado de su rancho en el valle de Santa Inés para que interpretara el papel de chivo expiatorio. Eso no iba con él. «Antes la muerte que el deshonor», era uno de sus lemas cuando hablaba de política con sus amigos en la España de Franco. Era hora de cambiar los planes. Se vengaría de Arturo y escaparía por una ruta secundaria que conocía en la frontera hispanolusa, por donde en los años setenta introducían armas en España.

El jefe de los servicios secretos estaba convencido de que una vez fracasado el operativo de la carretera, Stefano iría a por él y su familia. Conocía la mentalidad del italiano, incluso muchos de sus principios los había adoptado de él. La traición se pagaba con la muerte del traidor y de toda su descendencia, para impedir nuevas venganzas. Era una de las reglas del ultraderechista, aprendida del código de honor de la mafia de su país.

Por precaución, dispuso con Pastrana varios cordones de seguridad en torno a su domicilio, un chalet situado en El Plantío, a las afueras de Madrid pero muy cerca de la sede del CESID. El espía había abandonado su hogar y había trasladado a su familia a casa de sus suegros, donde un amplio dispositivo de seguridad los vigilaba.

Sorprendentemente, Stefano, un hombre frío y calculador, perdió el control de sus

actos. No le importaba: buscaba sin ninguna reserva un choque frontal con Arturo. Un duelo, cara a cara, del que saliera victorioso el más avezado. Como en aquel duelo en el que Rómulo mató a su hermano Remo, en la antigua Roma. Pero Stefano no pensaba enterrar los restos de Arturo en un monte sagrado como el Palatino, sino lanzarlos a las alimañas. Nunca debía haber abandonado Estados Unidos; salió de California siendo ya una víctima propiciatoria.

Stefano aparcó el coche robado en la parte de atrás de la cabaña de Pellón, para no levantar suspicacias. Por suerte, los perros ya no estaban en la finca. Se introdujo en la vivienda por una de las ventanas del dormitorio. Para aliviar su cansancio, se recostó en la misma cama en la que había matado a su excompañero del CESID. Al día siguiente llevaría a cabo su plan. Estaba convencido de que Arturo se relajaría al dar por hecho que se había fugado. Pero a menos de cincuenta kilómetros, el jefe de los servicios secretos esperaba en su guarida la llegada de la fiera. Así se lo hizo saber a Pastrana.

—No debe de encontrarse muy lejos. Lo conozco. No es una de esas personas que dejan sin acabar lo que han empezado. Cree que me despistará, pero está al acecho esperando la mejor oportunidad para darme caza e hincarme el diente. No olvides que por algo le llaman Chacal. Lo quiero antes muerto que vivo.

Tras la tensa espera, Stefano puso en marcha su operativo. Conocía muy bien la vivienda de Arturo, pues había pasado allí muchas veladas familiares. Supuso que su amigo, aun relajado, mantendría a unos cuantos gorilas vigilando. Stefano se enfrentaba con una fortaleza inexpugnable, ubicada en una zona de alto *standing* de Madrid. El vecino más corriente era director general de un banco o de una multinacional. La finca, de unos tres mil metros cuadrados, estaba protegida en todo su perímetro por unos altos muros. Además, disponía de un circuito cerrado de televisión con monitores controlados por funcionarios del CESID.

El italiano contaba con una ventaja para ejecutar su plan. Sabía, por las veces que había estado allí, que la alarma del perímetro no se activaba hasta que el hijo mayor de Arturo regresaba a casa de madrugada. Sin embargo, Stefano desconocía que esa noche las medidas de seguridad no requerían ninguna clase de sirena. Pastrana le había preparado otra celada.

Entrada la madrugada y con una luna luminosa, en El Plantío se respiraba un silencio sepulcral, sólo alterado por el ladrido de algún can. Un individuo con pasamontañas escalaba el muro por la parte trasera de la finca. No le resultaba difícil, ya que se ayudaba con una gruesa cuerda y unas garras. El muro era de obra y no estaba culminado con alambres de espino ni cable electrificados. Al revés, estaba adornado por unas piezas de alfarería en forma de tejas a dos aguas.

Al otro lado de la pared, Pastrana y Nieto permanecían apostados detrás de una caseta próxima a la piscina. Les habían avisado a través de un walkie-talkie que un

sospechoso estaba saltando la tapia. Los agentes del CESID no le dejaron tiempo ni para poner los pies en tierra. Conforme se descolgaba lo achicharraron a balazos con armas con silenciadores. Al encapuchado no le dio tiempo a reaccionar. Quedó tirado en el suelo sobre un charco de sangre. Cuando se acercaban al cuerpo sin vida, Pastrana le comentó a Nieto:

—Esto me huele mal. Demasiado fácil para ser Chacal. Los mitos nunca acaban así.

Y no le faltaba razón. Por lo pronto, se percataron de que el individuo abatido no portaba armas y de que sus manos eran tan rudas y ásperas que para nada se parecían a las de Stefano, un maniático de la manicura. Pastrana le retiró el pasamontañas y confirmó sus dudas. No era Stefano. Entonces, comenzó a gritar:

—Arturo, Arturo. Nos ha tendido una trampa. Ponte a cubierto.

Mientras alertaba a su jefe, Stefano ya había accedido a la casa y subía al dormitorio de su amigo por la escalera central empuñando su pistola preferida, una Sig Sauer P226, 9 mm. Sus quince balas eran más que suficientes para acabar el trabajo, aunque disponía de otro cargador de repuesto en su cintura. Caminaba con calma, pero sus ojos inyectados en sangre delataban su odio. Le atormentaba una idea: descargar todo el cargador en el cuerpo de un amigo traidor. Pero antes quería mirarle fijamente a los ojos y decirle: «Tú eres el primero, pero pronto se reunirán contigo en el infierno tu mujer y tus tres hijos».

No se conformaba con disparar a ciegas al primer bulto que encontrara en la cama cubierto con una sábana y salir corriendo. Antes de mandarlo al otro mundo necesitaba hablar con él.

Giró con suavidad el pomo de la puerta del dormitorio y, como presumía, encontró un solo bulto en la cama. Se acercó como un felino, un chacal, en busca de su presa y gritó:

—Arturo, despierta. Ha llegado tu hora. Voy a hacer un favor a la humanidad quitándote de en medio.

No pudo acabar la frase. Sintió un duro golpe en las costillas, Se echó la mano a la altura del pecho y notó cómo sangraba. No le dio tiempo a girarse para defenderse. Ya agonizando, balbució:

—Eres un canalla. A un amigo no se le asesina por la espalda. ¿Por qué me has elegido a mí? ¿No había otra forma de arreglarlo? ¿Por qué has sacrificado a un amigo?

Arturo no perdió la frialdad.

—Por Mengele. Por Jano. Por el CESID. Por mi gobierno. Por España. No hay nada personal, Stefano. Eras la solución más fácil. Todo el mundo te busca. En cualquier momento habrían dado contigo. Eras una amenaza. ¿Acaso creías que podías llegar a viejo en tu finca de California?

Stefano cerró los ojos y expiró.

Arturo escuchó voces y ruidos procedentes de la escalera.

—Jefe, cúbrete. No era él.

Pastrana, Nieto y otros agentes irrumpieron en la habitación y se hallaron ante una escena de cine negro americano. Stefano, tirado en el suelo y desangrándose. Arturo, de pie, satisfecho, mirando el cadáver de quien había sido su amigo durante veinticinco años. Miró a Pastrana y sentenció:

—Con esto bloqueamos definitivamente los argumentos de Herrera. Nos dejará en paz. Por lo demás, no creo que monte mucho ruido con lo de Victoria.

Pastrana, mirando el cadáver de Stefano, le contestó:

—Arturo, ha sido un artista hasta el final. Ha utilizado a otra persona para confundirnos. Hemos comprobado su identidad y se trata de un caco de baja estofa.

Según informaron después a Pastrana, Stefano había contratado a un delincuente común tras hacer una sola visita al bar La Española de Villaverde. Le dijo que era para perpetrar un robo en el chalet de un millonario, pero sólo pretendía utilizarlo de cebo. Mientras Pastrana y sus hombres se ocupaban del ladrón, él saltó la tapia por otro sitio, entró en la casa por la puerta principal y fue directamente a por Arturo.

—Yo tampoco soy manco, Pastrana. Intuía que había preparado un plan b. Esperaba que viniera a por mí. Era su único objetivo. Le han perdido la ira y la soberbia. No sólo quería matarme; antes, pretendía humillarme y maldecirme. A mí, en cambio, me bastaba con apretar el gatillo. El honor es otra cosa. Él era un mercenario. Y ya sabes lo que dijo Napoleón III: «Quien sirve al Estado, sirve a un ingrato». Nosotros, Pastrana, somos hombres de Estado. No servimos al Estado, somos el Estado.

Arturo ordenó a sus hombres que retiraran el cadáver y que lo trasladaran hasta el control de carretera, donde realmente debía morir de manera oficial Stefano. El plan era muy sencillo: Chacal había sido abatido a tiros en un control rutinario de la Guardia Civil cuando pretendía huir a Francia. No era la primera vez que la Guardia Civil encubría espectaculares operaciones antiterroristas con el cuento de un control rutinario, como sucedió con la detención de Henri Parot en Sevilla. El terrorista más sanguinario del comando itinerante de ETA fue interceptado casualmente en un control por guardias inexpertos. Para creérselo.

29

Sábado, 24 de junio de 1995

Era el lado positivo de las redacciones de los periódicos. Siempre se encontraba a un colega que te echara una mano y te abriera una puerta. Fue Manu, el jefe de la sección de cultura, quien habló con una fuente de la Filmoteca Nacional y fijó una cita para que Juan pudiera visionar la cinta que le dejó Pellón. El formato de la bobina, 35 mm, requería un proyector especial. El periodista habría preferido que le hubieran hecho una copia en una cinta VHS, pero la Filmoteca no disponía de medios técnicos. De esa manera no se veía en la necesidad de molestar a Herrera, que en los últimos días se mostraba muy angustiado. Pero, posiblemente, ese mismo estado de agitación serviría de acicate para que le acompañara a ver la película. Juan estaba convencido de que la cinta contenía claves para descifrar algunas de las incógnitas del caso. De lo contrario, Pellón no la habría guardado con tanto celo en la caja de seguridad. El reportero no se equivocó: Herrera le prohibió que se iniciara la proyección sin su presencia. Ambos se acomodaron en una pequeña sala y un fogonazo de luz les anunció que comenzaba la sesión. Pronto sonó el sonido inconfundible de la sintonía del NO-DO, noticiarios y documentales que producía desde 1942 la Vicesecretaría de Educación Popular para que se emitieran obligatoriamente como prólogo a las películas. La censura lo conservó hasta 1976.

Las imágenes mostraban a un grupo de militares españoles, en 1973, que descendían por la escalerilla de un avión militar Hércules, en la base aérea de Torrejón, utilizada por el ejército norteamericano desde 1953. La voz engolada del locutor narraba la hazaña del ejército español en Vietnam, en la lucha contra el comunismo.

—El secretario general del Movimiento ha recibido a pie de escalerilla a los últimos soldados españoles que han luchado por la libertad en Vietnam. Franco firmó un acuerdo de colaboración con el presidente Johnson para que un grupo de unos veinte médicos asistieran a sus soldados en el delta del Mekong. Después de cinco años de penurias, regresan a España con la satisfacción del deber cumplido. Todos ellos han sido condecorados por nuestros aliados norteamericanos con las mayores distinciones. Son los últimos médicos de la tercera delegación que ha permanecido diez meses en Saigón. La primera misión española llegó a Vietnam en 1966. El acuerdo que el Caudillo cerró con nuestros aliados sólo contemplaba el envío de especialistas en medicina de campaña, lo que más necesitaba el ejército del Tío Sam. España, que puso una pica en Flandes, acaba de poner otra en Vietnam.

El locutor seguía ensalzando la misión de los soldados españoles, mientras sonaba en el aeropuerto el himno nacional. De repente, Herrera se sobresaltó.

—Es él, Arturo. Estoy seguro. Juan, dile al proyectista que rebobine y mantenga la imagen fija.

El periodista siguió sus instrucciones y quedaron inmovilizados en la pantalla un tipo joven, vestido de paisano, y otro mayor que él que, por su aspecto, parecía norteamericano. Ambos descendían por la escalerilla en un segundo plano, a fin de pasar inadvertidos, como si todo aquel festival no fuera con ellos.

—Juan, es él, Arturo. Recuerda por un momento la fotografía que encontraste en casa de la madre de Pascual. La otra cara también me suena, pero ahora no sabría decirte quién es.

—Tiene pinta de ser un agente de la CIA —comentó el periodista.

—No lo sabemos pero creo que no te equivocas. Me suena a un yanqui de la embajada de los años ochenta. Nos ayudó mucho en la lucha contra ETA. Pero no sabría decirte.

La memoria de Herrera no le fallaba. Se trataba de Donaldson, que acompañaba a Arturo en su regreso a Madrid para recibir una condecoración por su ayuda a los servicios secretos españoles.

—Ahora comprendo muchas cosas —reflexionó Herrera—. Arturo podría ir a Vietnam en calidad de lo que fuera menos de médico. Se desmayaba con tan sólo ver una gota de sangre. Empiezo a atar cabos. Fue su bautismo como espía, algo a lo que aspiraba desde que ingresó en la Academia Militar. Sus padres nos dijeron a los amigos que estaba en Panamá haciendo un curso del Estado Mayor en la Escuela de las Américas. ¡Valiente patraña! El SECED ya se preparaba para comernos el terreno en la lucha antiterrorista. Sabían que el espionaje a los políticos, estudiantes y sindicalistas no tenía futuro y abrieron el frente anti ETA. Juan intervino.

—Enrique, pero los terroristas todavía no habían asesinado a Carrero Blanco.

—Sí, pero no te olvides que la banda ya se había atrevido el 18 de julio de 1961 a descarrilar un tren con excombatientes de Franco. Después llegó el asesinato de Melitón Manzanas y el Proceso de Burgos, que proporcionó a ETA su proyección internacional. El régimen odiaba a Giscard d’Estaing porque consentía que el sur de Francia fuera el santuario de ETA.

—Pero insisto en que el atentado contra Carrero marcó un antes y un después.

—Puede ser, pero yo te aseguro que estas imágenes nos demuestran que el SECED ya preparaba su escuadrón de la muerte, a imagen y semejanza del Servicio de Acción Cívica (SAC), una especie de policía paralela creada por el general De Gaulle para combatir a la OAS, la organización que montaron los franceses que residían en Argelia para vengarse de De Gaulle, a quien tachaban de traidor. Al general no le perdonaban que hubiera concedido la independencia a los argelinos, lo que provocó que cientos de miles de colonos se vieran obligados a regresar a Francia. Tuvieron que dejar atrás sus granjas, que habían levantado con tanto esfuerzo. ¿Has

oído hablar de los *pieds-noirs*? Así se llamaba a los franceses e hispanofranceses que, tras la independencia de Argelia, se afincaron en la costa levantina. Los más aguerridos colaboraron con los servicios secretos españoles y, especialmente, en la guerra sucia contra ETA. Las imágenes demuestran que Arturo era uno de los elegidos por sus jefes para emprender esa guerra oculta. También deja patente que la CIA ya estaba instalada fuertemente en España, para tutelar nuestra Transición. Algunos de aquellos oficiales, como es el caso de Arturo, siguen hoy en el poder y, desde entonces, manejan los hilos de los servicios secretos.

Periodista y policía continuaron visionando con mucha atención las imágenes del NO-DO. La voz enlatada del locutor enmudeció tras una despedida laudatoria a favor del Caudillo, pero las imágenes, sin sonido de ambiente, no desaparecieron de la pantalla. Eran los restos del material en bruto del cámara que había cubierto el acto. Eran fotogramas de los militares abrazando a sus familiares y recibiendo felicitaciones de sus superiores. Escenas aisladas y primeros planos de los héroes de Vietnam. De repente, el cámara dio al objetivo de su Boileau un giro a la izquierda de noventa grados y grabó, de manera accidental, en un segundo plano, a tres hombres subiendo a un automóvil Dodge Dard de color marrón. Y surgió la segunda sorpresa. Era como si Pellón, tras su muerte, quisiera mandarles un mensaje encriptado con aquellas imágenes de archivo.

—Enrique, fíjate en la persona que acompaña a Arturo y al hombretón americano. Esa cara no sólo me suena, sino que me da pavor.

El personaje misterioso estaba situado de perfil mientras abría una de las puertas traseras del vehículo. Las imágenes estaban desenfocadas, pero no distorsionaban los rostros de Arturo y Donaldson. De repente, el tercer hombre se giró y, sin percatarse, posó para la cámara del NO-DO. Sus movimientos daban a entender que pretendía pasar inadvertido pero, en contra de su voluntad, fue inmortalizado por el noticiario franquista.

Herrera y Juan gritaron al unísono.

—Es él. Es Stefano Massera.

30

Lunes, 26 de junio de 1995

«El ultraderechista Stefano Massera, uno de los criminales más buscados por la Interpol, falleció anoche en un enfrentamiento armado con agentes de la Guardia Civil. El neofascista italiano, que figuraba en los archivos policiales de todo el mundo bajo el nombre de Chacal, hizo uso de su arma cuando un agente del instituto armado le dio el alto en un control rutinario montado en el kilómetro 48 de la Nacional I. Ninguno de los guardias resultó herido en el tiroteo, que se produjo en la madrugada de ayer a la altura de El Molar.

»El neofascista italiano, dirigente de *Avanguardia Nazionale*, que participó en los sucesos más turbios de la Transición, como los crímenes de la calle Atocha o Montejurra, permanecía en paradero desconocido desde comienzo de los años ochenta, cuando se fugó de España a América del Sur».

Herrera leía en voz alta el diario de la competencia al mismo tiempo que conversaba por teléfono con Juan. La información, publicada en exclusiva por el que estaba considerado el periódico progubernamental, aparecía sin una firma que identificara a su autor. Era una de esas noticias que un motorista llevaba al director de un medio desde el Ministerio de Defensa o desde La Moncloa.

Al otro lado del hilo telefónico, Juan le confirmaba a su amigo Enrique que la noticia no aparecía en ningún otro medio. Le dio a entender que debía de haberla filtrado directamente la Guardia Civil, el Ministerio de Defensa o el mismísimo gobierno. Herrera se mostró reticente.

—No lo creo, Juan. Esto me huele a una operación orquestada desde los servicios secretos. La Guardia Civil va de comparsa. En estos asuntos de alto nivel no rasca bola. No te confundas. Y no lo digo por despecho, ya que nosotros tampoco tocamos pelo. Todo esto me huele al CESID y a Arturo.

El periódico completaba la información, sin entrecomillados, con una serie de datos de cosecha propia pero que, en realidad, también los había facilitado el CESID. Sobre todo, las piezas que más favorecían a Arturo para completar su coartada. La noticia explicaba por qué Massera había regresado a España después de quince años de ausencia.

«Fuentes del Ministerio del Interior mantienen que Stefano Massera se dirigía en un automóvil robado hacia la frontera hispanofrancesa para huir de territorio español. Por su parte, los servicios secretos están convencidos de que el italiano había regresado a Madrid para ajustar cuentas con miembros de la Seguridad del Estado, con quienes colaboró activamente en la guerra sucia en el sur de Francia. Las mismas fuentes consideran que Stefano podría haber asesinado hace una semana a un

excomandante del CESID, aunque en un principio todo apuntaba a un accidente de circulación. La Guardia Civil ha hallado huellas del italiano en la casa que poseía el comandante en la localidad madrileña de Patones de Arriba. Stefano y Pellón se conocieron en los ochenta cuando ambos formaban parte de un comando de los GAL. Los investigadores barajan el ajuste de cuentas como móvil del crimen. Al parecer, el comandante había amenazado a sus exjefes con desvelar a un juez de la Audiencia Nacional las acciones de crimen de Estado en el primer gobierno de Felipe González si no le resolvían un asunto de índole económica. La Guardia Civil cree que Stefano, durante su estancia en Madrid, recibió cobertura de exagentes que estuvieron destinados en el cuartel de Intxaurrondo de San Sebastián y formaron parte de los GAL».

El diario seguía desbrozando arteramente la estrategia de Arturo. El objetivo final: que la investigación abierta por Herrera sobre la desaparición de Amparo quedara archivada con la muerte de Stefano. Las líneas siguientes no dejaban lugar a duda:

> «La policía también relaciona al fascista italiano con el asesinato de una anciana de El Pozo del Tío Raimundo de Madrid, cuyo cadáver hizo desaparecer más tarde del Instituto Anatómico Forense con la ayuda de agentes corruptos de la Guardia Civil. Al parecer, la anciana era la madre de un joven al que Stefano Massera asesinó en 1983 confundiéndole con un miembro liberado del Comando Madrid de ETA. Hizo desaparecer el cuerpo, según los testimonios policiales recabados por este periódico, enterrándolo en una fosa y cubriéndolo con cal viva para no dejar restos. En esa operación, Stefano recibió la ayuda del cabo de la Guardia Civil Felipe Gómez Villalobos. El agente fue encontrado ayer muerto en su domicilio de un disparo en la cabeza. Se baraja la hipótesis del suicidio, ya que la policía encontró cerca de su cuerpo su arma reglamentaria. Todo queda pendiente del informe del forense».

Con la cabeza ladeada hacia la derecha, Herrera seguía sujetando el auricular del teléfono entre el cuello y el hombro. Su indignación iba en aumento conforme avanzaba la lectura de la información. El periodista, al otro lado de la línea, se mantenía en silencio y se limitaba a escuchar las exclamaciones y maldiciones del comisario. Éste sabía que aquello era un cañonazo de Arturo a la línea de flotación de sus investigaciones. Y lo más grave: lo dejaban sin espacio para maniobrar. El CESID había fabricado un chivo expiatorio y sus superiores de la policía no tendrían agallas para enfrentarse con un personaje tan siniestro como su examigo Arturo, con tentáculos que llegaban a La Moncloa y La Zarzuela. No en vano durante un año, antes de su nombramiento como secretario general, fue el responsable de la oficina

del CESID en Presidencia del Gobierno y había compartido experiencias inconfesables con miembros del gabinete. Herrera intuía que sus jefes estaban más preocupados por su poltrona, así que no le llevarían la contraria al director general de la policía. El comisario lo razonaba: era un cargo político y sólo le importaba tapar todo aquello que perjudicara los intereses de su gobierno. A Herrera le habían estrechado el terreno de juego, pero aún le quedaban dos bazas: su amigo el periodista y el juez Camacho de la Audiencia Nacional, que llevaba meses buscando la documentación que Juan tenía en su poder.

Su paciencia estalló cuando leyó el último párrafo de la noticia. Se trataba de esas líneas finales que escribían los malos periodistas para dar lecciones de moral, sacar conclusiones e, incluso, editorializar.

> «Este nuevo éxito de la Guardia Civil viene a concluir que la muerte del comandante del CESID, en un supuesto accidente de circulación, se debía a un ajuste de cuentas entre miembros corruptos de la Seguridad del Estado.
>
> »Este diario también ha podido saber que el italiano Stefano había logrado zafarse de un control de la policía en la zona norte de Madrid y se disponía a abandonar España. No pudo conseguirlo gracias a la diligente actuación de los agentes de la Benemérita».

—¡Serán hijos de puta!

Herrera bramaba. Soltaba espuma por la boca. Estaba cerca del paroxismo, fuera de control. Juan jamás había visto a su amigo tan desbocado. Intentó frenar su ira con un poco de sensatez.

—Enrique, lo han intentado pero nosotros vamos a impedir que lo consigan. De acuerdo, esta información te deja fuera de juego, pero nos queda el periódico. Te aseguro que Campaña debe de estar echando humo. Ya me ha llamado dos veces y no he tenido cojones para hablar con él. Me va a pedir que mañana, sin más demora, comencemos a dar caña.

—De acuerdo. A mí lo que me preocupa es que Arturo, una vez más, se escurra como una anguila y convenza a sus superiores de que todo lo publicado es un montaje.

—No seas ingenuo. Tú crees que Arturo necesita justificarse ante sus jefes. Crees que tiene que buscar argumentos para convencer a los generales políticos y militares. Pero es como si uno de los ladrones de Alí Baba se viera en la obligación de justificar ante el jefe de la banda que es un angelito caído del cielo. O si un vecino del patio de Monipodio negara conocer lo que allí se cocía. Te recuerdo una máxima de san Agustín: «Los que no quieran ser vencidos por la verdad serán vencidos por el error».

—Sigues sin enterarte del poder con el que te enfrentas. Esta gente es capaz de cometer cualquier barbaridad para seguir tapando sus miserias. Pascual, Amparo,

Pellón y ahora Stefano y Gómez Villalobos. Y seguimos sin noticias del paradero de Victoria. Estoy convencido de que Arturo ha traicionado a su amigo Stefano y ha quitado de en medio a Villalobos. Una jugada perfecta: hace venir a España al italiano para que acabe con Pellón, ¿y por qué no también con nosotros?, y después urde una trampa. No me creo lo del control de carretera. Stefano no picaría ese anzuelo. Todo es un montaje. Manda a uno de tus reporteros de la sección a la zona y comprobarás que ningún vecino ha escuchado disparos. Todo es una obra de mampostería. Ahora sólo quedamos tú y yo. Te recomiendo que comiences a publicar todo lo que has recopilado. Puede ser nuestro seguro de vida. No creo que se atreva a matar a un periodista; aunque conociendo a Arturo es capaz de inventarse hasta un atentado de ETA como ya hicieron en el País Vasco cuando mataron a un guardia civil de la unidad fiscal. El agente había acumulado pruebas para acusar a un grupo de compañeros que se dedicaban al contrabando. Todos ellos eran hombres de Arturo en la lucha antiterrorista, pero en sus horas libres pasaban por delincuentes comunes. Le colocaron una bomba lapa debajo de su coche y le echaron la culpa a ETA. Les bastó con manipular unas cuantas pruebas para dar credibilidad a la versión terrorista.

—No tienen escapatoria. La impunidad les ha llevado a cometer muchos errores y Pellón nos lo ha entregado en bandeja, Enrique.

—De acuerdo. No te lo discuto, pero nos quedaremos en los Amedo y Domínguez de turno. Arturo, el cerebro de todo lo sucedido desde la muerte de Pascual, se irá de rositas.

—Espera que entre en escena el juez Camacho y veremos.

—Sabes que soy un gran defensor de Camacho, pero no olvides que una cosa es el lenguaje periodístico y otra el lenguaje judicial. Todas las pruebas que obran en tu poder no valen como prueba judicial si el magistrado no las verifica. Y puedo asegurarte que no contará con la colaboración del Ministerio del Interior ni del gobierno para ahondar en la verdad de los hechos. ¿Quién me demuestra que el sello de los GAL que te ha dejado Pellón es el auténtico? ¿Dónde podemos encontrar la prueba irrefutable que lo confirme? ¿Quién tiene la potestad para certificar al juez que todas esas micro fichas proceden de los archivos del CESID? Juan, tienes una gran historia periodística pero nuestro compromiso es el de meter a toda esa gentuza entre rejas. ¿Crees que disponemos de munición suficiente? Con su jugada, Arturo te ha neutralizado las huellas dactilares de la casa de Amparo, todos los cabos sueltos referentes a la muerte de Pellón, el secuestro de Pascual… No vamos a encontrar un testigo que declare a favor nuestro ni del juez. Incluso tu Ronco se va a acojonar. Estamos jodidos. Ya verás como desaparece. Una vez más, Arturo me ha ganado la partida. Sabía que Stefano era una bomba andante y lo eliminó. No sabemos cómo, pero desde luego no fue como lo presentan. Además, nadie moverá un hilo ni por Stefano ni por Gómez Villalobos. La percepción general es que eran dos hijos de puta

y están donde deberían haber ido hace muchos años.

Las palabras del comisario Herrera brotaban con amargura. Pronto se dio cuenta de que tras su desolación no se escondía un sentimiento de venganza, sino de frustración por la ausencia de justicia. Tampoco le guardaba rencor a Victoria. Todo lo contrario, sentía una honda tristeza porque presumía que a ella también la habían asesinado. En una noche de cuchillos largos, Arturo había eliminado a tres testigos perjudiciales. Había roto los hilos conductores que lo vinculaban con los años de oprobio y terror. Había logrado que el rostro de Jano se orientara más hacia el presente y el futuro que hacia el pasado.

En cambio, el periodista de *El Universal* mantenía un espíritu mucho más optimista.

—Enrique, desconozco el valor que quiera dar el juez Camacho a mis informaciones, pero te aseguro que pienso crujirlos a todos. Tengo munición suficiente para elaborar una gran historia. Sólo la carta de Pellón a Amparo provocará que a la opinión pública se le retuerzan las tripas. Tengo ya en mi mesa el informe caligráfico encargado al perito Martín. Es resolutivo: una vez comparada la letra de la máquina de escribir con la que Pellón escribió la misiva y la que Leticia nos ha facilitado de su padre, se puede concluir que la carta a la anciana la escribió Pellón. Arturo tendrá algo que decir, ya que en aquella época era el jefe de la Agrupación de Operaciones Especiales. Leticia no lo ve así, pero, al menos, tendrá que soportar los focos de las cámaras de televisión en la escalinata de la Audiencia Nacional.

—No dudo de la repercusión de tus reportajes, pero nos falta un Amedo o un Roldan que escupa hacia arriba. Nadie del equipo de Arturo va a derrumbarse. En un par de semanas se producirá una desbandada. Disolverá su equipo, al que premiará con suculentos destinos en embajadas lo más apartadas posible de España: Johannesburgo, Pekín, Bogotá… Una fórmula efectiva para premiar su silencio. Nadie del gobierno discutirá sus decisiones. En este país, el número dos del CESID es un poder fáctico. No lo olvides.

—Tengo que dejarte. Mi diré sigue insistiendo. Querrá que prepare la primera entrega para mañana. Lo publicado por la competencia lo habrá enrabietado. Seguimos en contacto. Te llamaré esta tarde para tenerte informado. Mañana pienso pasarme por la Audiencia Nacional.

31

Lunes, 26 de junio de 1995

El comisario Herrera era uno de esos tipos que combinan a la perfección la intuición y el método. Su cabeza era un disco duro donde guardaba los detalles más insignificantes de todas sus investigaciones. La lectura del periódico y su conversación con Juan le dejó un mal sabor de boca, pero no estaba dispuesto a renunciar a todo aquello por lo que había luchado tantos años. Herrera era conocido entre sus colaboradores como El Cabezón porque su grado de testarudez era tal que muchos de los éxitos policiales de la Comisaría General de Policía Judicial se debían a su constancia innata. Sabía que Arturo le había propinado un crochet de derecha en el mentón pero, como esos boxeadores fajadores, se atrincheró en una esquina del cuadrilátero para tomar aire. Llevaba días con una idea fija que le rondaba la cabeza: tenía una pieza del caso Stefano de gran valor pero no sabía dónde encajarla. Había leído antes el nombre «Littoris», la sociedad pantalla que figuraba en la placa del apartamento del italiano, pero no lograba ubicarlo. A Herrera sólo le faltaba sacar la punta de la lengua, como cuando era niño, y decir a sus compañeros: «Mirad, mirad, lo tengo en la punta de la lengua». Pero ya no tenía edad para esas naderías. El comisario dio un brinco en su sillón, asió con fuerza el teléfono y marcó la extensión de El Peque:

—Peque, tráeme el expediente de Stefano y la relación de sociedades de la investigación de Hielo Verde por blanqueo.

En cinco minutos tenía sobre su mesa dos gruesas carpetas de rugosa cartulina de color azul. En la del informe sobre Stefano figuraban los pocos datos que sus colaboradores habían obtenido de Littoris. Era una sociedad instrumental, establecida en un paraíso fiscal del Caribe, propietaria del apartamento, a través de la cual el administrador de fincas recibía todos los meses una cantidad, vía banco UBS de Ginebra, para sufragar los gastos de la comunidad, luz y teléfono. Los agentes habían recabado pocos datos más.

Herrera abrió la carpeta con la relación de las sociedades aparecidas en la operación Hielo Verde y comenzó el chequeo.

—Littoris, Littoris…

De repente, sus pupilas comenzaron a brillar y su mirada se detuvo en unas letras que lucían como los neones de los casinos de Las Vegas: «Littoris Investment».

—¡Bingo!

Herrera pegó un salto de satisfacción y volvió a teclear el número de su colaborador desde su teléfono góndola. Una vez más se preguntó por qué llamaban así a tan incómodo y horrible teléfono, porque aquello nada tenía que ver con la

ciudad de los canales ni se parecía a una de esas barcazas turísticas.

—Peque, acércame la carpeta de Hielo Verde sobre la sociedad Littoris y todos los datos que hayáis reunido acerca de ella. Los necesito ya.

Herrera, por un momento, había dejado en un segundo plano el disgusto de la hora del desayuno, cuando había leído la noticia de la muerte de Stefano en el periódico. Se sentía eufórico porque, al fin, iba a colocar aquella pieza en el puzzle. Abrió la carpeta y tras una rápida lectura encontró lo que buscaba.

«Littoris Investment. Domicilio social: número 4 de Saint Paul, Charlestown, isla Nieves (Nevis, en inglés). Bufete de abogados *Single and Single*. Sociedad *off shore* con un capital de 6.000 dólares. Trabaja a través del banco Caribean Bank, filial del UBS de Ginebra, donde dispone de la cuenta (SM201175). A este número de cuenta en Suiza le fue transferido, el 13 de junio, un millón de dólares desde otra cuenta del Banco Ibérico de Madrid. Pertenece a la sociedad Sextante, constituida el 25 de junio de 1983. Está domiciliada en Madrid en el número 21 de la calle Pez Volador. Su administrador único se llama Jacinto Solana Esclapé».

Volvió a leer la nota informativa elaborada por sus colaboradores y empezó a resolver un jeroglífico como el de los diarios. Anotó en un folio «¿SM201175?… ¿SM?». Separó la «S» de la «M» y escribió: «Stefano Massera».

Se volvió hacia su colaborador, que seguía expectante la lectura del jefe.

—Hijo de puta. Pagó un millón de dólares a Stefano para que hiciera el trabajo sucio y luego lo ha eliminado.

Anotó los números en la hoja y los separó de dos en dos. Así resolvió el sudoku: 20-11-75. Le mostró la hoja con los números a El Peque como si hubiera descubierto la respuesta a un gran arcano.

—¿Te das cuenta? Son fascistas hasta para esto. Han utilizado como número de cuenta la fecha de la muerte de Franco: 20 de noviembre de 1975. No ofrece dudas: es la cuenta de Stefano. Ahora tendremos que descubrir qué se esconde tras Sextante.

El comisario siguió tirando del hilo del ovillo. Le pidió a su subordinado que le facilitara la documentación del registro mercantil de esa sociedad, pero los agentes no habían tenido tiempo para completar un seguimiento exhaustivo de sus titulares. Sólo se habían ocupado de las sociedades instrumentales que figuraban en el entorno de Hielo Verde. Sextante había aparecido como otros cientos de sociedades en la relación de operaciones que les había facilitado la Agencia Tributaria. Herrera ordenó que un par de agentes acudieran al domicilio de la sociedad y que, paralelamente, otro equipo recopilara todos los datos sobre el tal Solana Esclapé. Herrera hizo un comentario:

—Me juego una comida a que se trata de un abogado ultra.

El comisario se equivocó.

Aquella apariencia de normalidad era poco habitual tratándose de una operación

de los servicios secretos. Pronto surgieron los problemas y, por consiguiente, el desánimo de Herrera.

Los agentes policiales no tuvieron tiempo de redactar un informe pero sí le informaron verbalmente sobre el resultado de sus pesquisas. El número 21 de la calle Pez Volador no existía. Los impares acababan en el 19. Y, si existiera, correspondería a una de las esquinas del parque de Roma. Por tanto, la sociedad Sextante carecía de oficinas. Primer tropiezo: se gestionaba desde la clandestinidad.

Como una mala noticia siempre viene acompañada de otra peor, el comisario de Documentación le informó telefónicamente de que el supuesto Solana Esclapé era un español que había fallecido en 1978, cinco años antes de que se constituyera la sociedad Sextante. De ahí que resultara imposible que en algún momento hubiera ocupado el cargo de administrador único.

A pesar de la falta de pistas, todo cuadraba. El CESID había imitado el método de los delincuentes para obtener documentación falsa. Se daban una vuelta por el cementerio y elegían el nombre de un muerto cuya edad se aproximara a la persona que iba a usurpar su identidad. Los servicios secretos jugaban con ventaja, porque no necesitaban robar o falsificar las cartulinas de los DNI. El Ministerio del Interior se las facilitaba en blanco para que pudieran elaborar sus propios documentos de identidad y pasaportes. Pero, por esa vía, Herrera jamás podría llegar hasta los agentes que habían montado toda la tramoya de Sextante. En la policía figuraban los números de las cartulinas de los DNI cedidos a los espías, pero nada más. Y ese número no se inscribía en ningún documento público, sólo el del documento de identidad. Con el tiempo que había transcurrido, ningún notario ni registrador mercantil retendría datos sobre el aspecto físico de un ciudadano llamado Solana Esclapé. Sólo una carambola de esas que surgen una vez cada mil podría allanarle el camino de las pesquisas: que la Agencia Tributaria o cualquier otro organismo público conservara en sus archivos una fotocopia del DNI del espía usurpador. Herrera dio prioridad absoluta al caso y puso a todos sus hombres tras la pista.

—Quiero que busquéis hasta la carpeta más recóndita sobre esta sociedad entre los notarios, registradores, Hacienda, entidades bancarias… Hay que conseguir todas las transferencias bancarias de la sociedad a otras del extranjero. Nos encontraremos con instrumentales a nombre de abogados de paraísos fiscales, pero por ahí se empieza. Sé que va a ser difícil, pero no podéis ni imaginar cómo la gente baja la guardia cuando está convencida de que actúa con total impunidad. La prepotencia y la desidia son los peores enemigos de los *Cecilios*. La gente se relaja y, aun siendo espía, es capaz de dejar que le saquen una fotocopia del DNI. Quiero algo encima de mi mesa en veinticuatro horas.

Herrera se sentía inspirado esa mañana. Ante la adversidad, los buenos policías siempre acudían a su sexto sentido. La intuición lo llevó a recordar que Juan tenía en

su poder las microfichas con cuatrocientos documentos secretos del CESID. Él no había tenido la oportunidad de repasarlas todas, pero si Pellón pretendía vengarse de sus asesinos, habría seleccionado las microfichas que más daño infligieran al Club Mengele. Había que inspeccionarlas con lupa para comprobar si mencionaban a la sociedad Sextante. Si la instrumental se había constituido a principios de los ochenta, sin duda alguna su finalidad sería la de dar cobertura a las acciones de la guerra sucia. Herrera no se demoró. Levantó el teléfono y llamó a la línea directa de Juan en la redacción de *El Universal*.

—Premio Pulitzer, ¿cómo lo llevas? —Dándole vueltas al coco para ver cómo resuelvo la primera entrega de mañana. Me ha dicho Campaña que a por todas. Está cabreadísimo por la filtración del gobierno a la competencia. Además, éste cuando muerde no suelta la yugular de la presa. Le he comentado que detrás de toda esta movida está el número dos del CESID, y ha puesto a trabajar a todas sus fuentes para que elaboren un amplio perfil.

—Juan, ahora son las doce. ¿Podríamos vernos en media hora? Sé que no te sobra el tiempo, pero tengo encima de mi mesa el titular del reportaje de mañana. Vas a dejar con el culo al aire a la competencia. Eso sí, tienes que traerte los papeles de la caja. Ya sabes a los que me refiero. ¿Los has revisado todos?

—No me ha dado tiempo. Los dejaba para el final.

—Pues creo que van a ser para el principio. Te espero en mi despacho. Te recogerán en el bar de siempre.

El reportero no tuvo tiempo para levantarse de su silla. Volvió a sonar el teléfono de su mesa.

—Apartado 3.

Y el interlocutor colgó.

El Ronco reaparecía después de varios días de silencio. Juan se alegró, pero cuando sacó la nota de la cartera y leyó el texto correspondiente al número 3, exclamó:

—Esto se complica. ¡Tendré que alargar los días!

Y no le faltaba razón. Se le amontonaba el trabajo. En una investigación periodística, la recta final siempre se convertía en un cuello de botella. Al profesional no le sobraba tiempo para cubrir todos los frentes, y Juan trabajaba solo, algo poco recomendable en ese tipo de trabajo.

El contenido de la nota de las instrucciones de El Ronco no era para menos.

«Punto 3. Hotel a convenir. Un día después de mi llamada. Deberás estar en la habitación a las once de la mañana. La reservarás media hora antes a nombre de Juan Carlos Rey. Te llamaré a las diez a la centralita del hotel Wellington. En ese momento te diré el nombre del hotel. Tienes tiempo de sobra. Dejarás la puerta de la habitación abierta y me esperarás en el dormitorio, con la puerta que da al pasillo del cuarto de

baño cerrada».

Todo demasiado rocambolesco en unos días en los que el periodista iba a estar desbordado a consecuencia de su primer reportaje.

—Sólo falta que mañana me cite el juez Camacho —reflexionó en voz alta el reportero.

Antes de abandonar el edificio del diario, a Juan le dio tiempo para hablar unos minutos con Campaña y adelantarle que podía tener alguna información sobre las relaciones de Stefano con los servicios secretos. Acordaron que, dependiendo de la magnitud de esos nuevos datos, ocuparían la primera página del diario. A Juan le desbordó su estado de euforia.

—Creo que vamos a poder ilustrar las revelaciones con documentación del CESID.

El periodista seguía sin confesarle a su jefe que guardaba en el cajón de su mesa cuatrocientos folios con dinamita informativa. Aunque, a decir verdad, desconocía su contenido. Herrera iba a darle la oportunidad de descubrir que aquel dossier era un diamante en bruto. Sólo necesitaba pasarlo por el tamiz del análisis y cruzarlo con otras informaciones. La primera se refería a la sociedad Sextante.

A la hora convenida, el periodista ya estaba sentado cara a cara con su amigo en el despacho de la Policía Judicial. Sacó de una mochila —Juan era de los que se resistían a utilizar maletín— el paquete con los documentos del CESID y los depositó encima de la mesa. Herrera lo dividió en dos y se dirigió al reportero:

—Tú revisa esa mitad que yo me encargaré de la otra. Tienes que buscar algo relacionado con una sociedad denominada Sextante. A ver si tenemos suerte y hallamos la orden de constitución. El CESID funciona como los militares. Son tan burócratas que lo ponen todo por escrito. Así les va.

Se pusieron manos a la obra a un ritmo frenético. Con leer el encabezamiento de cada documento les bastaba. El grito de ¡eureka! llegó en unos minutos. La sorpresa les aguardaba en el lote del comisario.

—Aquí tengo algo. La microficha 23: «Vecino-Verde-Violencia».

Juan se levantó de la silla y se colocó a espaldas del comisario, para seguir leyendo el documento por encima de su hombro. Herrera no hizo caso de la posición de lectura de su amigo y continuó con su relato.

—Se trata de la orden firmada por el director del Centro para la constitución de una sociedad a través de la cual se pueda transferir al extranjero dinero de los fondos reservados sin riesgo a ser descubiertos. Va dirigida al jefe de la Agrupación de Operaciones Especiales y está fechada el 25 de marzo de 1983. En esa época el responsable de la AOE era Arturo y ya se daban los primeros pasos para la creación de los GAL.

Herrera apartó el folio y siguió inspeccionando los siguientes.

—Lo encontré. En este documento (Vecino-Verde-Ginebra) la AOE responde una semana después. Confirma que ha constituido una sociedad que dispone de cuentas secretas en Ginebra y Bayona.

—Enrique, explícame qué significa toda esa terminología de «vecino», «verde», «violencia»…

—Ahora no. No me distraigas. Acabo de encontrar algo mejor. Es una copia de la constitución de la sociedad Sextante. Esta otra corresponde a la fotocopia del DNI del agente que la constituyó y figura en el registro como su administrador único. La identidad pertenece a un ciudadano fallecido. Es lo que quería contarte. El domicilio tampoco existe, corresponde a un parque del barrio La Estrella. Lo que me mosquea es que la persona que hizo esta microficha se preocupó de que la foto del documento apareciera borrosa. No hay manera de identificarla. No me cuadra. En el CESID son chapuzas, pero no para tanto. ¿No será un fallo de tu impresora?

—Para nada. Es una copia de la filmina original que guardo en mi cajón.

—Me da la impresión de que Pellón no quería que descubrieras la identidad de su compañero. Es una putada.

—Enrique, no has contestado a mi pregunta.

—Son claves. Se trata del lenguaje interno de los espías. «Vecino» se refiere al asunto en el que se centra toda la investigación. Aquí se refiere a Francia, nuestro país vecino, donde los terroristas de ETA disfrutaban de su santuario. «Verde» se refiere al dinero, a la manera de poder sacar dinero de España. Y «Violencia» a ETA. En la otra ficha se menciona Ginebra porque es allí donde van a abrir la primera cuenta.

Herrera enmudeció y siguió leyendo los siguientes documentos en busca de nuevas pistas. Y allí estaba. Inmaculada. Una fotocopia limpia y legible. Con varias claves escritas a mano y un sello de «Secreto» en el encabezamiento y otro de «Muy confidencial» a pie de página. Tanto tampón anunciaba algo importante.

—Juan, esto es lo que quería contarte. Esta transferencia de 200.000 dólares va dirigida a una cuenta de una sociedad de Stefano. Fíjate: Littoris. ¿Recuerdas la placa de la oficina de la que te hablé, de donde desapareció Stefano? La fecha, 15 de diciembre de 1983, corresponde a las primeras acciones de los GAL. Y, ahora, la pregunta del millón: ¿qué pintaba Stefano en Madrid hace unos días? Hemos descubierto otro pago de un millón de dólares efectuado hace poco tiempo. Está claro que le pagaron por algo. Seguramente para que se deshiciera de Pellón. Después, lo han ejecutado a él y lo han convertido en el cabeza de turco. Este documento demuestra un nexo reciente entre Stefano, Arturo y el CESID. Todo lo publicado es una patraña, teledirigida desde el Centro.

Herrera le desgranó todos los detalles, desde los inicios de la operación Hielo Verde hasta el descubrimiento de Littoris y Sextante. Juan anotaba atropelladamente

todos los datos en una de sus libretas Rhóne —alargada y de color amarillento—, que un amigo le enviaba desde Francia. Más datos y más datos, pero él mentalmente, como los buenos periodistas, ya construía la pirámide invertida de la redacción de su reportaje. Había decidido, desde el primer momento, cuáles iban a ser los titulares y los sumarios de la información. De esa manera, cuando se sentara delante de su ordenador todo fluiría más fácilmente. Sólo le bastaría desarrollar, párrafo a párrafo, el cuerpo de la noticia. Esa técnica periodística también le venía, en parte, impuesta por la mecánica de trabajo del diario. Cuando minutos después se sentara delante de Campaña, la primera pregunta de su director sería: «¿Cuál es el titular? ¿Qué denunciamos?». Después le demandaría los destacados y, por supuesto, le preguntaría cómo afectaría todo aquello al gobierno. La parte final era la que más incomodaba a Juan, pero así era como funcionaba el sistema en todos los medios de comunicación. Cada cual con su propia línea informativa y sus amarres políticos. Desde hacía años, el reportero se había instalado en una cómoda posición: «Cada palo que aguante su vela». Y para nada le importaba el color político del palo. Había alcanzado cierta independencia ante los lectores, porque sus informaciones afectaban de igual manera a populares y socialistas.

—Por cierto, Enrique. Ha vuelto a llamarme El Ronco. Quiere verme mañana a las once en un hotel cuyo nombre me facilitará una hora antes a través de una llamada a la recepción del hotel Wellington.

—Te estás arriesgando demasiado. Puede ser una encerrona. Necesitas protección.

El periodista quiso interrumpirle, pero Herrera no le dejó.

—No me cuentes historias. Bla, bla, bla… Ya conozco ese cuento de la confidencialidad de la fuente. Hay mucho en juego y te enfrentas a gente muy poderosa y armada. ¿No te llama la atención que tu Ronco sea la persona que te puso en la pista de Stefano? Primero el recorte, y después su paradero. Puede estar manipulándote. Aparece y desaparece según le conviene. Esa persona no es una fuente. Es un bicho raro que está jugando contigo. Y en este juego, lo que apuestas es la vida. Necesitas cobertura. Te resistas o no, seguiremos tus pasos. Mañana mi gente y yo estaremos cerca de la habitación de ese hotel, te pongas como te pongas.

—Tal vez cuando lea el periódico no se presente.

—Bueno, tú acude a la cita. Tu Ronco puede ser una buena pista.

Juan se pertrechó en su despacho en el descanso para el almuerzo. A esa hora la redacción estaba vacía, por lo que nadie interrumpiría su tarea. Antes hizo acopio de comida. De la máquina de la primera planta sacó una bolsa de patatas, un bocadillo de chorizo y un trozo de empanada gallega. Para regar el festín aporreó el botón de la cerveza Mahou. Con una lata era suficiente. Pasó por el cuarto de baño y, a falta de servilletas, sacó de la máquina expendedora cuatro toallitas de papel. Colocó todo

aquel menú en un extremo de la mesa. En el resto fue depositando ceremonialmente los documentos del CESID sobre Sextante, las notas de las pesquisas de Herrera y una serie de libretas con todo lo recopilado durante su investigación. Tenía que trocear la información para no quemarla de un tirón el primer día. Sólo se ocuparía de Stefano, de su visita a España y de su muerte. El resto lo dejaría para entregas posteriores.

Durante el recorrido en taxi entre Canillas y la redacción, Juan ya había perfilado en un folio los titulares de la información.

Exclusiva

Documentos clasificados de los servicios secretos

EL CESID PAGÓ AL ULTRA STEFANO MASSERA UN MILLÓN DE DÓLARES

- La sociedad Sextante, constituida en 1983 por el Centro, transfirió el dinero a una cuenta numerada del neofascista italiano en Ginebra.
- La sociedad de Massera, constituida en el paraíso fiscal de isla Nieves, se llama Littoris y es propietaria del apartamento donde burló a la policía.
- La Policía Judicial ha detectado el envío de dinero durante la denominada operación Hielo Verde contra el blanqueo de dinero.
- Sextante fue montada por los servicios secretos para facilitar el pago de dinero a los comandos de los GAL.
- Se trata de una instrumental fantasma registrada con documentación falsa. Como administrador único figura el nombre de un español fallecido cinco años antes de su constitución. Su domicilio social está ubicado en un inmueble inexistente de la calle Pez Volador de Madrid.
- El Universal tiene en su poder una serie de documentos secretos del CESID que señalan a Jacinto Milans, secretario general del CESID, entonces jefe de la AOE, como el urdidor de toda la trama.

Juan completó la página antes de que su director regresara del almuerzo. La suerte estaba echada. La maquinaria del diario era imparable. Sólo quedaba comprobar los efectos políticos de la información cuando el periódico apareciera en el quiosco al día siguiente. La dirección de *El Universal* decidió no imprimir la primera edición del periódico que se distribuía de madrugada en la cadena Vips de Madrid. Prefería el impacto de la mañana para que las tertulias radiofónicas hicieran de amplificador. Después, las repercusiones llegarían a los partidos de la oposición en el Congreso y a la Audiencia Nacional, que tenía abiertos varios sumarios sobre la guerra sucia y el CESID. La estrategia de siempre. Nunca fallaba. A partir de ese

momento, el autor de la información dejaba de ser el dueño de la noticia y quedaba a los pies de los caballos. Juan lo sabía y por eso había decidido dosificar inteligentemente los datos que poseía.

32

Martes, 27 de junio de 1995

El aserto popular español afirmaba que España se acostó monárquica y se levantó republicana. Algo parecido le sucedió a Juan. Tras cerrar la edición del diario se marchó a casa eufórico por su exclusiva, pero a la mañana siguiente salió a la calle enfurecido porque el nombre de Jacinto Milans había desaparecido de su artículo periodístico. Y lo más grave: nadie se lo consultó ni le informó del cambio. Ni el director. Ni el redactor jefe de cierre. Juan caminaba encolerizado por la calle Velázquez después de hojear el diario en un quiosco de la Puerta de Alcalá. En este caso era imposible que los culpables fueran los duendes de la imprenta, a quienes se les solía echar la culpa cuando salía algo mal. El periodista exteriorizaba su cólera. Le preocupaba, sobre todo, cómo iba a quedar ante Enrique y Leticia. A ambos les había adelantado el día anterior el contenido de la información, y Arturo aparecía destacado en los titulares. Estuvo a punto de tirar la toalla y no presentarse a la cita con El Ronco, pero se impuso su vena profesional. Finalmente, atemperó la rabieta.

Juan se serenó cuando cruzó la puerta del Wellington, un hotel de lujo conocido porque acoge a los toreros en la feria de San Isidro. Ya resolvería el palo con Campaña cuando llegara al periódico. El reportero dudaba de que su fuente diera señales de vida tras lo publicado en el diario. Pero probó suerte. Se acomodó en una butaca cerca de la recepción, junto a dos poderosas columnas cilíndricas, a la espera de la llamada. E hizo bien, porque a las diez en punto escuchó una voz de mujer que pronunciaba su nombre con acento francés por el servicio de megafonía.

—Don Juan Montalbán. Por favor, diríjase a recepción. Tiene una llamada.

Un pequeño cartel con la inscripción teléfonos le indicó el lugar desde donde tenía que contestar. Tuvo tiempo de fijarse en unos grabados con imágenes de El Escorial que colgaban de la pared. Una joven le acercó el teléfono. Enseguida reconoció la voz de El Ronco. No le había engañado ni se había asustado por el vendaval informativo. Eso sí, no hizo ningún comentario. Sólo se limitó a decir:

—Hotel Convención.

Y colgó.

No importaba porque Juan ya conocía las instrucciones precisas. Abandonó las instalaciones del hotel y giró a la derecha por la calle Villanueva. Caminaba a paso ligero, aunque sabía que tenía tiempo de sobra hasta llegar al final de la calle O’Donnell, donde estaba situado el hotel de la cita. Tomó la calle Alcalá para girar a la derecha por Menéndez Pelayo. A unos ochenta metros embocó la calle O’Donnell y caminó por la acera de los impares. En quince minutos se hallaba en la recepción del Convención. No se precipitó. Cumplió el protocolo y a las 10.30 pidió una

habitación al recepcionista. Le dijo que en unos minutos alguien lo llamaría preguntando por Juan Carlos Rey, que le pasara la llamada a su habitación.

—La 5060.

Lo dijo en voz alta, porque cerca de allí uno de los agentes de Herrera seguía con atención la conversación. El policía se retiró y se acercó a la cafetería del hotel.

—Está en la 5060.

A las 10.55 la recepción del Convención recibió una llamada preguntando por Juan Carlos Rey. El recepcionista contactó con Juan y se la pasó. Era El Ronco.

—En cinco minutos estoy ahí.

—Suba a la 5060.

Herrera y El Peque distribuyeron a sus hombres en todos los accesos a las plantas de las habitaciones. Uno en el hall controlando los ascensores. Otro en el garaje cerca de la puerta de un ascensor que comunicaba con el vestíbulo. Y otros dos en la planta quinta. El perímetro exterior del hotel también estaba tomado por un grupo de policías distribuidos estratégicamente. Herrera se acercó a recepción, mostró su placa de comisario y pidió la llave de la habitación situada frente a la 5060. Le dieron la 5044. De esa forma podría vigilar de cerca la puerta de la de Juan. El radiotransmisor del comisario comenzó a crepitar. Enseguida sonó la voz de El Peque.

—Jefe, un tipo sospechoso acaba de subir al ascensor. Ha pulsado el botón de la quinta planta. Esté atento, puede ser él. Lleva un sobre bajo el brazo. ¿Subimos?

—No. Manteneos ahí hasta nueva orden. Yo me encargo de él.

La intuición policial no falló. El individuo abandonó el ascensor en la quinta planta y caminó por un interminable pasillo con moqueta de color azul. Giró a la izquierda y a unos diez metros se encontró con otro aún más largo. Una mujer policía, ataviada con un uniforme de limpiadora y con una fregona en la mano, le dio los buenos días. Avisó por radio que era el objetivo y que se dirigía a la habitación. Pronto Herrera escuchó cómo golpeaban la puerta de enfrente y la voz de Juan contestaba. Abrió suavemente la de su habitación un par de dedos y, por medio de esa rendija, vio a un tipo de unos cuarenta y cinco años, bajito y regordete. Cuando el periodista dejó abierta la puerta de su habitación, el desconocido, en vez de entrar, lanzó el sobre hacia el interior, cerró la puerta y emprendió el camino de vuelta hacia los ascensores. No le dio tiempo a caminar ni diez pasos. Herrera lo agarró por la espalda y lo lanzó al suelo. El tipo comenzó a gritar.

—Cállese o le pego un tiro —fue la respuesta disuasoria del policía, quien en una mano sujetaba la pistola y en la otra su placa. Cuando el detenido se tranquilizó, le preguntó—: ¿Quién es usted? ¿Para quién trabaja?

El hombrecillo se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un billete arrugado de mil pesetas. Se lo mostró al policía y le espetó:

—Me llamo Antonio Miñambres. Un desconocido me ha abordado en la calle y

me ha dado este billete a cambio de entregar un sobre en una habitación. Es lo único que he hecho. No trabajo para nadie. Llevo un año en paro. Puede usted comprobarlo.

Herrera lo soltó y comprendió que El Ronco era más listo de lo que creían. Tras estallar el escándalo, ¿cómo iba a presentarse a cuerpo descubierto en un hotel céntrico de Madrid a la vista de todo el mundo? Era evidente que había recurrido a un mensajero improvisado.

—¿Ha entregado el sobre?

—Sí, lo he lanzado dentro de la habitación y me he marchado, tal como me ha pedido el señor de la calle.

—¿Cómo era la persona que le ha dado el dinero?

—Apenas me he fijado. Alto y con barba. No puedo decirle más. Me pedía que no le mirara fijamente a la cara.

—¿Y su voz? ¿Cómo tenía la voz?

—Fuerte. Como cuando el sargento me daba órdenes en la mili.

Herrera entendió que aquel interrogatorio no tenía sentido. El hombre no sabía más. Aquello era obra de un profesional, posiblemente un militar. ¿Un agente del CESID? Le dio permiso para que desapareciera y a través del transmisor levantó la vigilancia mientras iba al encuentro de Juan.

Entretanto, el periodista, sin percatarse del jaleo en el pasillo del hotel, permanecía en silencio sentado en la cama de su habitación, observando estupefacto unos horribles cuadros expresionistas que colgaban de la pared. Al cabo de unos minutos, se cansó de esperar y se atrevió a abrir la puerta del dormitorio. La que comunicaba con el pasillo permanecía cerrada, pero allí no había nadie. Estaba a oscuras. Se sobresaltó cuando pisó un sobre abandonado sobre la moqueta. Era de tamaño grande, pero apenas pesaba, como si no guardara nada en su interior. Sólo un fino librito de cartón duro que pudo detectar palpándolo. Justo cuando se decidió a abrir el sobre, escuchó golpes en la puerta.

—Juan, abre. Soy Herrera. Nos la ha jugado. Ha mandado a un tipo de la calle.

Mientras el periodista se dedicaba a averiguar el contenido del sobre, Herrera utilizó su transmisor.

—Peque, pide la cinta de la cámara de seguridad de la puerta de la calle O'Donnell, a ver si hay suerte.

—Ya lo he hecho, jefe. No funciona. Se estropeó ayer tarde.

El comisario pegó un golpe de rabia en la puerta y se dirigió a Juan.

—Esto no es obra de un principiante. Tu Ronco es un experto.

—Ya te lo dije, Enrique. Es un tipo duro que transmite pavor. En la cita del parking me cagué de miedo. Siempre se ha mostrado muy escurridizo. Hoy no iba a ser menos.

—Bueno, lo que pretendía lo ha conseguido: que te llegara el sobre. Creo que tu

Ronco va a desaparecer de tu vida. En todo este tiempo ha hecho muy bien su trabajo. Su objetivo era que nos centráramos en Stefano. Ya no tiene sentido que siga.

Juan permanecía inmóvil con la mirada fija en un pasaporte español abierto por las primeras páginas, que había sacado del sobre. Le llamó la atención que fuera un original y no una fotocopia. Aquello demostraba que o El Ronco se movía por las altas esferas del poder o era un simple emisario de los servicios secretos. Se giró hacia Enrique y leyó en voz alta:

—Jacinto Solana Esclapé. Ya tenemos el rostro del administrador único de Sextante.

De repente, enmudeció. Su frente empezó a sudar y la garganta se le cerró. Enrique se percató de aquella transformación.

—¿Qué te pasa? Parece que hubieras visto a la parca. —Es Pellón.

Herrera le arrebató el documento de la mano y fijó sus ojos en la fotografía mientras manoseaba el pasaporte para certificar su autenticidad. Anotó el número de serie de la cartulina —L005378513— en uno de esos minúsculos blocs de notas que los hoteles dejan a disposición de sus clientes en la mesilla de noche. Levantó el teléfono, marcó el nueve y, seguidamente, el número de la línea personal del comisario de Documentación.

—Soy Herrera. ¿Tienes a mano la relación de los números de pasaportes vírgenes que hemos entregado al CESID en los últimos quince años?

—Sí. No son tantos. Unos doscientos. Tengo la lista en mi cajón.

—¿Puedes mirar el L005378513?

—El tiempo de abrir el cajón y consultar la carpeta. Ya lo tengo. Efectivamente, aquí aparece. Le fue entregado con otros diecinueve pasaportes en blanco el 17 de mayo de 1983.

—¡Un mes antes de Sextante!

Colgó el teléfono y se dirigió al periodista.

—¿Qué piensas hacer?

—Publicarlo.

—¿Y Leticia?

—Lo entenderá. Ya sabe que su padre colaboró durante un tiempo con los comandos de los GAL.

—¿No te importa la memoria de Pellón?

—No puedo ocultar la verdad. Si él montó Sextante no puedo ocultarlo a mis lectores. Además, es una prueba más que viene a demostrar que el CESID está detrás de Stefano.

—Creo que eres injusto con la memoria de un muerto. Desvelar la identidad de Pellón no es determinante para verificar los documentos que has acumulado. Estás siguiendo el juego a sus asesinos. ¿Por qué crees que te han facilitado el pasaporte?

Sirve para cerrar el círculo de corrupción en los servicios secretos. Quieren hacer ver que actuaron a espaldas de la dirección y que la cadena de responsabilidades termine ahí: en Pellón y en Stefano. En dos muertos que no pueden hablar ni defenderse.

—¿Y tú qué me recomiendas?

—Que guardes el pasaporte y esperes las conclusiones de las pesquisas de mi gente sobre Sextante. Leticia te lo agradecerá siempre. No tiene sentido ensuciar la memoria de un hombre que ha procedido como un héroe. Pellón pudo ser un colaborador de los sicarios de los GAL, pero ha pagado el error con su vida. ¿Te parece poco?

—Tal vez tengas razón, pero lo consultaré antes con Campaña. El código ético de un periodista no contempla la sensiblería. Si no lo publico yo, se lo pasarán a la competencia. Así funciona el sistema. No puedo traicionar a mis lectores.

—Después de lo sucedido hoy… No seas cínico, Juan. ¿Cómo ha desaparecido el nombre de Arturo del periódico? ¿Por arte de birlibirloque? ¿Quién traiciona a los lectores?

El reportero encajó el golpe. A su interlocutor no le faltaba razón y Juan no encontraba argumentos para contestarle. Sacó pecho y fue directo al grano.

—Ése es un asunto que debo resolver yo personalmente con Campaña. No he tenido tiempo con todo este lío de El Ronco. Cuando llegue al diario hablaré con él a solas en su despacho. Sabes que me ha dolido tanto como a ti. Me siento igual de traicionado que tú.

—Sólo te pido una cosa: utiliza con Pellón la misma medicina que Campaña administre a Arturo. Como verás, intento ser comedido, y eso que me ha jodido muchísimo la decisión de tu director de dejar fuera de la información al responsable de todo.

—Antes de comer tendrás noticias de mi encuentro.

La entrada de Juan por la puerta del diario fue como una tormenta de verano: violenta y con muchos truenos. La recepcionista se despreocupó del teléfono y atrapó al periodista antes de que desapareciera por el ascensor.

—Juan, me tienen desbordada. Te han llamado de la Audiencia Nacional, del CESID, y en esa sala tengo a cinco periodistas de agencias y televisión que te están esperando para entrevistarte. El diré está a punto de llegar de un desayuno y quiere verte urgentemente. Del juzgado de Camacho te han llamado cinco veces. Éste es el teléfono. Tienes que preguntar por Adela o Teresa. Aquí tienes la nota. ¿Qué hago con los colegas? Son los que están más inquietos.

—Toñi, ahora no puedo hablar con nadie. Mi trabajo tiene prioridad. Lo siento. Que me llamen a lo largo del día. Primero Dios y después los santos, ¿no?

La joven asintió con la cabeza, pero mostró cierta preocupación. Intuía que los periodistas iban a reaccionar airadamente.

—¿Por qué no hablas un minuto con ellos?

—Te he dicho que no tengo tiempo. Estoy desbordado. Si se enfadan que se enfaden. Yo no los he llamado. Diles que entrevisten a Campaña. A él le gustan más las cámaras que a mí.

Le dio la espalda y corrió hacia un ascensor que había parado en la planta baja.

Juan prefirió esperar a encontrarse con Campaña antes de llamar a la Audiencia Nacional. No quería meter la pata. Cualquier decisión de ese calibre dependía de la dirección y de los asesores jurídicos. No tenía claro si estaba obligado a depositar los documentos del CESID en el juzgado o, por el contrario, podía acogerse al secreto profesional. Aunque si dependiera de él, su opción sería la de colaborar estrechamente con el juez Camacho. El caso GAL era un ejemplo palpable de la cohabitación entre algunos jueces y algunos periodistas. El periodista de *El Universal* seguía una norma no escrita en su tarea profesional: primero el periodista; después el juez, el fiscal o el policía. Pero Juan, instintivamente, se había impuesto unas limitaciones: que una exclusiva no interfiriera la investigación de un juez. En la práctica, la línea divisoria era muy fina, casi invisible, pero él siempre había adoptado su código deontológico sobre la marcha. Cada caso era diferente y generaba repercusiones asimétricas. El reportero tenía siempre presente los consejos de su amigo Herrera: «Ándate con pies de plomo. Ten presente que te mueves entre fieras, entre la escoria de la Seguridad del Estado, gente armada y sin escrúpulos, que han llegado al paroxismo. No te confundas. No te enfrentas con uno de esos sucesos a los que estás acostumbrado, como el caso Urquijo o El Nani. Desafías al verdadero poder, con medios ilimitados e impunidad para marginarte o hundirte. Y lo más grave es que las sombras impiden que te enteres de dónde te viene la hostia».

Juan atravesó la puerta del despacho de su director recordando las palabras del comisario. Campaña, lo esperaba solo. De manera inusual, cerró la puerta e invitó a Juan a que tomara asiento. Después, pidió a su secretaria una Coca-Cola y le ofreció tomar algo. Él rechazó la invitación. Aquella amabilidad puso en guardia al periodista. El diario había reventado esa mañana los quioscos, pero intuía que algo fallaba. Más tarde o más temprano, esperaba la irrupción de una derivada que no controlaba. Campaña tomó la palabra.

—Primero, tengo que felicitarte por la información de hoy. El periódico se ha agotado en los quioscos. Tenemos un filón que debemos explotar. Debes dedicarte exclusivamente a la investigación sobre los servicios secretos y los GAL. Sé que debes de estar molesto por la decisión que tomé anoche de sacar de la información a Jacinto Milans. Es lógico. Yo habría reaccionado igual, pero fue una decisión que tomé de madrugada minutos antes de que la rotativa comenzara a girar. Si tienes alguna queja, aquí estoy.

Campaña permaneció en silencio a la espera de la respuesta de su redactor.

Conocía el carácter de Juan; era de ese tipo de gente que nunca callaba y no se dejaba doblegar. Aunque, ante los argumentos del jefe, Juan decidió tragarse sus quejas y preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué salvar a Jacinto Milans?

—Es una decisión que me compete a mí. Sólo a mí. Debes entenderlo. Es política editorial. Milans está llamado a ser el director del CESID cuando el nuevo gobierno aterrice en La Moncloa, y nos interesa mantener una buena relación con él. Así nos deberá un favor. Es una cuestión de estrategia. Prefiero jugármela con un malo conocido que con un bueno por conocer. Llámalo pragmatismo periodístico. Esa opción es tan lícita como la otra: la de socarrarlo con tus reportajes.

Campaña, como si se tratara del moderador de un debate televisivo, calló para que su interlocutor tomara la palabra.

—Creo que Jacinto Milans es el responsable directo de todas esas muertes y uno de los muñidores de la guerra sucia. No es justo que quede impune. Tenemos suficiente información para achicharrarlo, como muy bien dices.

—Juan, entiende una cosa. Nosotros no somos ángeles exterminadores. Tenemos que proteger nuestras espaldas. No podemos quedarnos solos ante un determinado poder que lucha por exterminarlos. Necesitamos gente que nos proteja. Milans habrá cometido verdaderas atrocidades pero, en Europa, los culpables son siempre los primeros ministros. Ése es nuestro objetivo. Es el máximo responsable y el punto de mira del periódico. No lo olvides. Los demás son escalones. A esta dirección le interesa la cima. Nuestra obligación es denunciar la corrupción y el crimen de Estado, pero sin quedarnos en los peldaños intermedios. Milans es un funcionario que luchó por la democracia cuando tú estudiabas en la Escuela de Periodismo. De servir a los gobiernos de Carrero y Arias Navarro se convirtió en un baluarte de Suárez, Calvo-Sotelo y González. Es un testigo mudo de la Transición.

Juan pronto comprendió que nadie le arrendaría la ganancia en aquella discusión con su jefe. Campaña había adoptado una decisión y, por la claridad de sus palabras, era irreversible. Él tan sólo era un piñón en el engranaje del diario. De nada le valía echar un pulso al director ante aquella situación. Le quedaban dos opciones: tirar la toalla o seguir publicando lo que tanto le había costado reunir. Abandonar o tomar oxígeno a la espera de que Camacho completara el trabajo. Apostó por la segunda opción. Arturo difícilmente podría escapar ante tal cúmulo de pruebas.

—¿Y qué pasa con el Club Mengele? Son unos asesinos de ancianas y toxicómanos. ¿Me lo como también?

—Juan, no has entendido mis palabras. Puedes publicar todo lo que quieras, siempre que esté contrastado documentalmente. Sólo debes dejar fuera a Jacinto Milans y a su segundo, Pastrana. Me comentan que el coronel tuvo que asumir los excesos de Stefano, Pellón y el Club Mengele, como tú lo llamas, pero que él siempre

quiso mantenerse al margen. Los Nieto, Villalobos y compañía amenazaron al CESID con tirar de la manta de Intxaurrondo. Es factible. Me lo creo.

—¿Qué hago con Jano?

A Juan le costó pronunciar el nombre del dios romano, pero no iba a desperdiciar su pregunta talismán. Cogió por sorpresa a Campaña. Aquello no estaba en su guión.

—¿Jano? ¿Tú qué sabes de Jano?

El reportero echó un órdago como si jugara una partida de mus, a sabiendas de que iba de farol.

—Lo que me contó Pellón antes de morir. Se trata de uno de los arcanos de la Transición. Tan sólo lo conoce un clan muy reducido.

—¿Podemos saber más?

—Difícilmente; únicamente existe un documento en la caja fuerte del CESID. \

—Entonces, más que una historia periodística puede tratarse de una leyenda urbana. ¿Con cuántas he tenido que lidiar desde este despacho? ¿Recuerdas las confesiones de Rafael Escobedo sobre su exmujer Myriam de la Sierra? ¿Recuerdas aquellos informes policiales sobre el crimen que jamás fueron incorporados al sumario? ¿Cómo se llamaba el policía? ¿Prada?

Campaña exhibió su lado más cruel; estaba recordándole a Juan alguno de sus gatillazos periodísticos. Era injusto, porque jamás nadie había podido demostrar que la información del periodista no fuera veraz. Pero, en aquellos casos, Juan quedó en evidencia porque era su obligación demostrar la veracidad de lo publicado. En periodismo, como en el campo de la justicia, no valía lo que se conoce como «inversión de la prueba». El redactor se recuperó del golpe y recondujo la conversación.

—Entonces, si consigo los documentos sobre Jano, ¿podemos publicarlos?

Campaña percibió que su reportero pretendía someterle a una prueba sobre su grado de independencia y reaccionó con diligencia.

—Por supuesto. Consíguelos y yo te los publico en primera. Aquí no se censura nada. ¿Tienes alguna queja? —Ninguna.

Una vez zanjado el caso Arturo, Juan planteó a su jefe el enfoque de la segunda entrega. Cometió el error de enseñarle el pasaporte con la foto de Pellón que le había entregado, supuestamente, El Ronco. Después de mover esa ficha ya no podía dar marcha atrás. Campaña improvisó los titulares de la información. Cintillo: «Los documentos secretos de los GAL». Antetítulo: «El pasaporte que demuestra las conexiones entre los servicios secretos y el ultra Stefano». Título: «Un militar del CESID montó la red Sextante». Sumarios: «El capitán Pellón utilizó documentación con su foto pero con la identidad de un muerto» y «La sociedad fue constituida en junio de 1983 para pagar a los comandos de la guerra sucia».

Juan tomó nota en el bloc de las sugerencias de su director y se dispuso a

encerrarse en su despacho, como el día anterior, para redactar de un tirón la información. En la segunda entrega todo le resultaría más fácil. Le bastaba desarrollar los titulares que le había marcado su director.

Ya se había despedido de Campaña cuando recordó las insistentes llamadas de Camacho desde el juzgado. Giró sobre sí mismo e interrumpió a su jefe, que ya había iniciado una conversación con su secretaria.

—Han llamado varias veces desde el despacho del juez Camacho. Me van a pedir los papeles. ¿Qué hago?

—Seguro que quieren tomarte declaración esta misma tarde. Tienes que ganar tiempo. Sé práctico. Si no contestas, un motorista te llevará una citación dentro de unas horas, para que declares mañana. Creo que es lo mejor. No nos oponemos a colaborar con la justicia, y menos en el caso GAL, pero sólo estoy dispuesto a que entregues los documentos publicados. Podremos decir que los hemos recibido poco a poco. Si los papeles llegan a manos del juez tal vez prohíba su publicación. O mucho peor, puede filtrarlos a sus amigos mediáticos. Tú aguanta el tipo. Tienes experiencia. Hablaré con los asesores legales y convocaré una reunión para esta noche. Ahora concéntrate en tu texto.

33

Antes de recluirse en su despacho, Juan sintió la obligación moral de informar a Herrera de su reunión con Campaña y, sobre todo, a Leticia, con quien no había hablado en las últimas veinticuatro horas.

Optó por empezar marcando el teléfono de la hija de Pellón, pero no dio con ella ni en el Congreso ni en su domicilio. Respiró con alivio, pues para él era un trago amargo comunicarle lo averiguado sobre su padre. Sospechaba que la decisión de reproducir en el diario el pasaporte con la foto de Pellón afectaría a sus relaciones. Leticia había asumido en privado la doble vida de su progenitor, pero no sabía cómo reaccionaría una hija cuando la persona a la que amaba desvelaba a millones de españoles la implicación de su padre en la guerra sucia de los GAL. A ella, que siempre había negado la participación del gobierno en esa trama, le asqueaban las acciones de aquellos matones. Le habían afectado especialmente las fotografías del atentado contra el restaurante Monbar de Bayona, en el que los mercenarios dispararon indiscriminadamente contra todos los clientes; hubo cuatro muertos y varios heridos.

Con Herrera tuvo más suerte. Como él, había decidido comer en el despacho para avanzar trabajo. Le reprodujo la conversación con Campaña, aunque omitió las instrucciones sobre Arturo. Se lo ocultó porque presumía que Herrera reaccionaría airadamente. El policía volvió a recriminarle su intención de reproducir el pasaporte. Finalmente, claudicó.

—Juan, vuelvo a repetirte que todo esto me huele a montaje. No me cuadra que Pellón, un militar de la vieja guardia, se prestara a ese juego. Está claro que buscan limitar el escándalo a Stefano y Pellón. La decisión es tuya. Absolutamente tuya. También la responsabilidad. Si lo tienes claro, adelante. Tienes mi apoyo.

La última frase de Herrera fue un consuelo. Se sintió arropado. Enrique siempre le cubriría las espaldas.

Llamó una y otra vez pero Leticia seguía sin dar señales de vida.

Por fin, pudo centrarse en su tarea. Jugaba con fuego, así que releyó y corrigió el texto de la información una decena de veces. Su estado de ánimo se reflejaba en la movilidad de sus manos. Sus dedos agarrotados pulsaban las teclas del ordenador con respeto y temor. Respeto por Pellón, y temor por la reacción de Leticia. Tenía la mirada fija en la pantalla del ordenador, pero de reojo no perdía de vista el pasaporte con la foto de Pellón. Pronto sus manos comenzaron a sudar. Era el síndrome del último minuto, ese miedo escénico al que se veía sometido todo periodista en la recta final de su trabajo, una vez completado el texto definitivo de la información. Era el momento en el que surgían las dudas: ¿estarán utilizándome?, ¿me habrán colocado un pasaporte manipulado?, ¿tendrá Enrique razón?… Preguntas y más preguntas. Por

muy contrastado y verificado que estuviera el reportaje, siempre surgían las incertidumbres de última hora. Juan se había sumergido en esa depresión que envolvía a todos los periodistas hasta que las rotativas comenzaban a imprimir. A partir de ese momento no había marcha atrás y el redactor era el único responsable de todo lo escrito, desde su firma hasta el final de la página. Además, se daba la circunstancia de que, a diferencia de cuando trabajaba en el diario *Pueblo*, los talleres de los periódicos modernos se ubicaban en ciudades del extrarradio de Madrid. La rotativa de *El Universal* se encontraba en una nave de Valdemoro. Era una Goss HT70 capaz de tirar 70.000 ejemplares a la hora y con un peso de 300 toneladas. Antiguamente, al menos, el periodista tenía la posibilidad de bajar a última hora a la sala de máquinas instalada en el mismo edificio y pedir a los linotipistas que eliminaran de la caja un par de líneas de plomo.

El timbre del teléfono lo despertó de su estado reflexivo. Era la recepcionista, que le avisaba de una visita.

—Cómo tengo que decírtelo. Te he repetido una y mil veces que no me pases con nadie. ¡No me molestes!

—No hace falta que me lo repitas una y mil veces. Pero insiste en que te diga que es tu amigo Enrique y que es muy urgente.

Notó que un nudo en la garganta le impedía hablar. Carraspeó con fuerza y bebió agua para humedecerse la faringe.

—Dile que bajo enseguida.

Imprimió la página que había escrito y salió corriendo de su despacho. Tenía poco tiempo para dedicarle a su amigo, porque eran las seis de la tarde y en tan sólo unos minutos Campaña le reclamaría el texto.

Herrera tenía peor cara que el periodista. Se mostraba inquieto, como si le faltara tiempo para abortar una operación. Sin los prolegómenos de rigor se dirigieron a paso firme hacia un *pub* irlandés, situado a unos cien metros del diario. El comisario llevaba una carpeta bajo el brazo y no paraba de repetir: «Es muy urgente» y «Hay que pararlo todo». No entraba en detalles porque no se encontraba en el entorno adecuado. Necesitaba acomodarse en una mesa y saborear una taza de buen café. Juan caminaba sin perder de vista la carpeta azulona que sujetaba su amigo bajo las axilas. Se temía lo peor. Sospechaba que Enrique había descubierto algo que daría un vuelco a la investigación. Se colocaron ante una incomodísima mesa alta en la que uno tenía que aposentarse en unos todavía más molestos taburetes. A esa hora, había poca gente en el establecimiento. Un par de periodistas de *El Universal* estaban apoyados en la barra de reluciente madera en la que sobresalían una decena de grifos de cerveza. Era esa hora muerta de final de la tarde en la que los clientes no sabían qué pedir: tarde para un café y demasiado pronto para un cubalibre. Juan y Enrique lo resolvieron con dos cafés y dos botellines de agua. Tras el primer sorbo, el comisario

fue al grano.

—Tienes que parar el reportaje sobre Pellón. Te han metido un gol. El pasaporte que te ha hecho llegar El Ronco está manipulado. El soporte es auténtico, pero han pegado una foto de Pellón para desviar la atención sobre el verdadero culpable. Pretendían confundirnos a los dos.

Enrique hizo una pausa y esperó una reacción violenta del periodista. Como mínimo, un exabrupto maldiciendo a su fuente. Ante su sorpresa, Juan no perdía la serenidad. Estaba aturdido, pero aquella averiguación le libraba de dos conflictos: el profesional y el sentimental. Le ahorraba hacer el ridículo en el periódico y pelearse con Leticia. Herrera abrió la carpeta y le mostró una fotocopia de un pasaporte.

—El administrador único de la sociedad Sextante no es otro que Juan Alberto Nieto.

¿Nieto? Juan había oído hablar de Nieto, pero en su disco duro el archivo de ese apellido estaba medio vacío. Sabía que era un guardia civil que había estado destinado en el cuartel de Intxaurrondo, en San Sebastián, y que en su propio periódico lo habían señalado como otro de los sicarios de los GAL. No se ruborizó cuando le pidió más datos a Herrera.

—¿Quién es Nieto?

—Era el compañero inseparable de Gómez Villalobos. Ellos sí formaban la tradicional pareja de la Guardia Civil. Un tipo sin escrúpulos, violento y sanguinario. Pasó del SECED al CESID y aparece en todos los asuntos sucios de los servicios secretos en los últimos veinte años: 23-F, torturas, secuestros, espionaje político, GAL… Es un imán que atrae la perversión. Actúa con total impunidad porque nadie se atreve a meterse con él. Hasta el punto de que el Ministerio de Defensa lo apartó, mandándolo a hacer un curso al extranjero, cuando un juez lo citó para que declarara sobre un asunto de malos tratos a un detenido. Es intocable porque sabe mucho de la guerra sucia. No me extrañaría que fuera uno de los responsables de las muertes de Pascual y de su madre.

—A mí tampoco. ¿Recuerdas la noche que tuve que esconderme en el cuarto de baño en la casa de la anciana? Gómez Villalobos se dirigió a su compañero de trapisondas como Juan Alberto. Es él. Seguro. Otro sucio asesino.

Juan se sintió más relajado. Las averiguaciones de los hombres de Herrera no trastocaban lo que había escrito. Tan sólo tendría que cambiar el nombre de Pellón por el de Juan Alberto Nieto y volcar todo lo que supiera del pasado de ese personaje. Le faltaba saber cómo lo había descubierto la policía. Inmediatamente, formuló la pregunta.

—Juan, en una situación normal, todo esto tendría que pasárselo a un juez, pero ahora lo importante es que resuelvas el entuerto de Pellón. Mañana, en el periódico, tienes que echar abajo su falsa coartada. Han querido manipularte pero no han tenido

en cuenta que los chorizos siempre flotan.

—Enrique, no te enrolles, apenas tengo tiempo. Campaña debe de estar como loco preguntando por mí en estos momentos. Necesito saber cómo habéis cazado a Nieto.

—A eso he venido. Te vas a lucir. Hace un par de días movilicé a mi gente para que rastrearan todas las pistas y buscaran todo lo relacionado con Sextante y el personaje misterioso. Estábamos en un callejón sin salida y necesitábamos localizar una fotocopia del pasaporte, para identificar la fotografía del muerto viviente. Siempre te he dicho que los *Cecilios* son unos chapuceros y que la impunidad es la perdición de los idiotas. Mi teoría se ha cumplido una vez más. Uno de mis agentes ha hallado en una sucursal del Banco Ibérico una fotocopia del pasaporte del supuesto Jacinto Solana Esclapé en el expediente de la concesión de un crédito a nombre de Sextante para la compra de un automóvil. Durante un año, la sociedad pagó las letras de un Rover 623, un coche de gama alta, utilizado exclusivamente por Juan Alberto Nieto. Era la ventaja de ser administrador único. Nadie iba a fiscalizar las cuentas de fondos reservados destinados a asuntos secretos. Pero Nieto fue tan torpe que registró el impuesto de circulación a nombre de su mujer quien, a su vez, acumula en la Policía Municipal varias multas por aparcar en doble fila. Un despropósito para ser un espía. En la fotocopia que voy a facilitarte se puede apreciar nítidamente que la fotografía del pasaporte es la de Nieto. Pero el despropósito de este personaje no termina ahí. Hay una multa por exceso de velocidad en el tramo sur de la M-30, cerca de El Pozo del Tío Raimundo, la misma noche en la que casi te pillan en la casa de la anciana asesinada. El «Juan Alberto» que escuchaste por boca de Felipe Gómez sin duda alguna era Nieto. Todo esto puedes contarlo tal cual. Nadie puede relacionarnos. Mi equipo se ha movido como si fueran detectives privados; han utilizado a fuentes de toda confianza.

—¿Dónde está ahora Juan Alberto Nieto?

—Vive en el barrio del Pilar. Su nombre figura en el buzón de correos junto al de su esposa. El teléfono de su casa puedes encontrarlo en la guía telefónica de Madrid, a nombre de su mujer. Aunque no creo que lo localices en la capital. Me han dicho que Arturo se lo quitó de encima enviándolo a la embajada de España en Bogotá como enlace en temas de narcotráfico. Lo mismo que colocar a una zorra en un gallinero.

—¿Cómo consigo una foto de él para compararla con la del pasaporte?

—No necesitas ir muy lejos. En el archivo de tu periódico puedes encontrar una. Aparece sin identificar en el pie de foto de cuando fue publicada, pero salta a la vista que es él.

Herrera había hecho los deberes eficazmente. Extrajo de la carpeta un recorte de *El Universal* en el que un grupo de guardias civiles posaban junto a su jefe en el patio

del cuartel de Intxaurrondo durante la fiesta de su patrona, el 12 de octubre de 1982. Aparecían varios agentes identificados con nombre y apellido, pero Nieto pasó inadvertido.

—Es éste. Aquí lo tienes. En su etapa de máximo esplendor, cuando estaba bajo las órdenes del coronel de San Sebastián.

Herrera lo señaló con el dedo y también identificó a Villalobos y a Leal, todos ellos primeras espadas del Club Mengele, algo que el comisario conocía desde hacía años.

—Juan, todo este dossier puedes pasárselo mañana, como cosa tuya, al juez Camacho. El comisario de la Audiencia Nacional me ha comentado que el magistrado ha cursado a mediodía una citación para que te presentes en el juzgado. Al parecer, te ordenará que entregues los documentos del CESID que has reproducido hoy. Camacho va a por todas. No tolerará que tu director juegue con él. Te aconsejo que tú no te quemes.

—No te preocupes. Yo no he sido zarandeado por las maniobras del CESID. Más tarde o más temprano le colocaré las dos banderillas a Jacinto Milans. Al menos para que lo citen a declarar en la Audiencia Nacional. Nieto es un buen hilo para tirar del ovillo. Además de asesino es un chorizo. No creo que el gobierno mueva un dedo por él. Ahí tenemos el eslabón que buscábamos. Intentaré hablar con la mujer de Nieto cuando llegue a la redacción.

Juan no necesitó esforzarse mucho para convencer al director de *El Universal* de que tenía que hacer cambios en la información. Al revés. Las tretas del CESID provocaron que Campaña se mostrara mucho más beligerante después de que pretendieran servirse de su cabecera con fines espurios.

—Tienes que destacar en un texto aparte que han intentado manipularnos con la entrega del otro pasaporte. No te dejes ni un detalle en el tintero, pero no quemes todavía a Pellón. Mañana volveremos a la carga.

El reportero sólo necesitó treinta minutos para modificar su texto inicial. El titular lo resolvió cambiando capitán por agente: «Un agente del CESID montó la red Sextante». Seguidamente, marcó en el ordenador el apellido «Pellón» y escribió encima «Nieto». Todo lo demás lo conservó igual. Verificó que la foto estuviera en el archivo gráfico y pidió una ampliación de la cara del guardia. Después, se acercó a la sección de maquetación y pidió a un compañero que destacara en la cabecera de la página las dos fotos de Nieto. Asimismo, le sugirió que reprodujera la copia del pasaporte con un círculo enmarcando la fotografía. La información también iba acompañada de una fotografía de la esquina del parque de Roma, en la calle Pez Volador, donde supuestamente estaban las oficinas de Sextante, y otra de la lápida del cementerio de la Almudena donde descansaban los restos del auténtico Solana Esclapé. Para completar la maqueta pidió que reprodujeran el documento de la

compra del Rover 623 y una de las multas a nombre de la mujer de Nieto. El periodista tachó con un rotulador los apellidos de la señora y los sustituyó por las iniciales. También borró el domicilio familiar en el barrio del Pilar.

—Lo que faltaba, que nosotros fuéramos quienes facilitáramos pistas al Comando Madrid de ETA —comentó a sus compañeros en voz alta.

Regresó a su despacho con una guía de teléfonos de Madrid bajo el brazo. Buscó el nombre de la mujer de Nieto y marcó el número sobre la marcha. Cuando oyó que descolgaban se presentó como periodista de *El Universal* y preguntó sin saber con quién hablaba por la señora de Nieto. Tras un corto silencio, una voz entrecortada de mujer —Juan juraría que gemía— le respondió con educación y entre sollozos.

—¿Cómo ha obtenido mi teléfono? —Por la guía telefónica. No quiero molestarla, señora, sólo preguntar… No le dejó acabar.

—La Guardia Civil me ha prohibido que hable con periodistas. Tiene que llamar al gabinete de prensa.

El reportero no entendía nada. Cómo la dirección de la Guardia Civil podía adelantarse a sus movimientos en tan sólo unas horas. Aquello no le cuadraba. Algo fallaba.

—Señora, sólo quiero hacerle una pregunta…

—Lo siento. Entienda mi posición. Hasta que no repatríen el cadáver y acaben la investigación no puedo hacer declaraciones.

El periodista escuchó cómo la mujer de Nieto aliviaba su angustia emocional sonándose con un pañuelo.

Juan no entendía nada. ¿Cadáver? ¿Investigación? La mujer del teniente terminó por darle la pista que le faltaba.

—¿Cómo se ha enterado usted de la muerte de mi marido si todavía no lo han hecho oficial? Me han dicho que van a emitir una nota de prensa.

Juan le pidió disculpas. Comprendió que aquella mujer estaba destrozada y que en aquel momento no tenía ningún sentido preguntarle por las ilegalidades de su cónyuge. Mucho menos por sus multas de tráfico. Colgó no sin antes darle el pésame.

Se dirigió al cuarto de teletipos y preguntó a un compañero si había llegado una nota de la Guardia Civil. La estaba cortando de la máquina en aquel instante. Juan se la arrebató de las manos y concentró todos sus sentidos en las diez líneas del texto.

Asesinado un guardia civil en Bogotá. El teniente Juan Alberto Nieto ha sido abatido a tiros esta mañana cuando se dirigía a su puesto de trabajo en la embajada española en Bogotá. Nieto ocupaba el cargo de enlace en la lucha antidroga en la delegación diplomática en la capital de Colombia desde hacía unas semanas. La policía colombiana investiga si el oficial español ha sido asesinado por sicarios de uno de los cárteles del narcotráfico. El teniente Nieto tenía un brillante historial en la lucha antiterrorista, por el que había sido condecorado en numerosas ocasiones.

Llamó a Herrera y cuando éste contestó al teléfono le soltó de sopetón:

—Nos hemos quedado sin nuestro particular Amedo verde.

El comisario no entendió la gracia de su amigo. Se temió algo peor: que Campaña le hubiera levantado el reportaje en el diario.

—Han asesinado a Nieto en Bogotá. Herrera no mostró sorpresa.

—Quien lo mandó allí sabía lo que se hacía. Contratar a un sicario cuesta un puñado de dólares. Amparo, Pellón, Victoria, Stefano, Gómez Villalobos, Nieto… ¿Quién será el siguiente? No se detienen ante nada. No dejan rastro. ¿Qué vais a hacer en el diario?

—Nada. Seguir con nuestros planes. Daremos la noticia de la muerte, pero seguirá mandando el reportaje sobre Sextante y Nieto. Su desaparición aumenta el interés por nuestra información. Ésa es la teoría de Campaña. No se equivoca. Ha vuelto a decirme que llegue hasta el final, pero sin quemar a Arturo. Es el peaje que debo pagar para desmantelar toda esta trama.

—Por fin, ¿te ves mañana con Camacho?

—Sí.

34

Miércoles, 28 de junio de 1995

Si sentarse delante de un juez ya impresionaba de por sí, que le tomaran declaración bajo juramento o promesa aumentaba la segregación de adrenalina. Mientras subía los peldaños de la escalera que le conducía a la primera planta del edificio de la Audiencia Nacional, Juan percibía que la maldita hormona de las glándulas suprarrenales se había disparado, porque su organismo no controlaba el estrés. Provocaba un aumento de la presión sanguínea y del ritmo cardíaco. El periodista tenía fama de ser un tipo sereno, que solía manejar con aplomo sus impulsos, pero aquel escenario de togas y puñetas lo superaba.

Conocía al juez Camacho desde 1987, pero esa relación tampoco le garantizaba nada. Intuía que el magistrado iba a apretarle las tuercas. La deducción era sencilla: llevaba meses encallado en un caso que los documentos del periodista podían reavivar.

Él podía acogerse al secreto profesional cuando el juez le preguntara por sus fuentes, pero no podía negarse a entregarle los papeles del CESID reproducidos en el periódico. Lo acusarían de un delito de falta de colaboración con la justicia. Juan se había sentado innumerables veces en el banquillo como imputado o como testigo, y su experiencia le permitía comprender que cada caso era diferente. Lo mismo que su estado de nervios. Sabía que su sobrada madurez judicial para nada le garantizaba no meter la pata. Era su mayor preocupación: que sus errores los colocaran a él y a su medio en una situación irreversible e incontrolable. No olvidaba que, en cierta ocasión, una de sus respuestas erróneas provocó que identificaran a su fuente en un asunto de blanqueo de dinero. La información procedía de un alto funcionario del Banco de España que luego le acarreó un expediente disciplinario y perder su trabajo. El periodista se sintió en la obligación de proporcionarle un buen abogado, un amigo, que ganó en los tribunales el caso por despido improcedente. Afortunadamente para el reportero, el funcionario pudo recuperar su empleo. El juez consideró que la información obtenida por el periodista no era confidencial, sino de dominio público. Se refería a las importaciones y exportaciones mercantiles entre Colombia y España realizadas por unas sociedades instrumentales que resultaron estar controladas por los cárteles de la droga. La policía pudo demostrar que tras aquellas operaciones se escondía tráfico de drogas o blanqueo de dinero. Por ejemplo, la cocaína llegaba impregnada en mantas o disuelta en metacrilato.

Una de las oficiales del juzgado de la Audiencia Nacional hizo pasar al periodista al despacho del juez. Lo acomodó en una silla junto a una gran mesa de reuniones, situada en el extremo, opuesto al escritorio de su señoría. Camacho tardaría en llegar

unos minutos, le dijo la funcionaria. Le dejó una revista editada por el Consejo General del Poder Judicial, pero Juan prefirió tomar notas en su libreta sobre las impresiones que le inspiraban lo que encerraban aquellas cuatro paredes. El despacho lucía unos grandes ventanales, con unas cortinas un tanto envejecidas que impedían que entrara la luz desde la calle García Gutiérrez. El lugar de trabajo del magistrado Camacho ocupaba la esquina donde confluyen esa estrecha y corta vía y Génova. Las paredes estaban decoradas con pinturas impresionistas y con fotografías en las que aparecía el juez en diversos actos oficiales. No faltaban metopas del FBI, de la UCAO de la Comisaría General de Información, de la Ertzaintza, de la Gendarmería gala. Juan echó en falta una de la Guardia Civil. «Será por lo de la UCIFA», reflexionó. Se refería a la unidad antidroga del instituto armado que el juez había desarticulado por corrupción. En la pared situada detrás de la mesa de trabajo destacaba una copia en color del Guernica de Picasso, junto a una serie de poemas enmarcados de Federico García Lorca, Antonio Machado y Miguel Hernández. En uno de los rincones una escultura de madera de Chillida descansaba sobre una peana de piedra.

Juan permanecía inmóvil en la butaca que le habían adjudicado. No se atrevió a levantarse para fisgonear las imágenes de los portarretratos que había sobre la mesa del juez. Sintió cierta tentación pero comprendió que en el despacho de un magistrado un periodista debía frenar sus impulsos. Llevaba diez minutos esperando y Camacho estaría a punto de llegar. No se equivocó. Escuchó unas voces de fondo y, enseguida, Ignacio Camacho irrumpió en su despacho en mangas de camisa. El juez se dirigió al periodista por su nombre de pila, recogió de su escritorio unos folios y un lápiz y se sentó en una de las sillas de la mesa de reuniones, enfrente del reportero.

—¿Cómo estás, Juan? Otra vez aquí, como en los viejos tiempos. Te he citado media hora antes que al fiscal y a la secretaria judicial porque quiero cambiar impresiones contigo. ¿Tienes algún inconveniente?

—Ninguno, señoría.

—Ahora puedes olvidarte del protocolo y llamarme por mi nombre. Sigo siendo el mismo de siempre, aunque tu director me dé caña todos los días.

El periodista quiso tomar la palabra, pero el juez no le dejó.

—No, no. No hace falta que te justifiques. Ya sé que tú eres un profesional independiente y nada tienes que ver con la campaña que ha iniciado *El Universal* contra mí. Aquí nos limitaremos a tomar declaración al periodista que es autor de determinada noticia, no al representante de un medio. Sólo tú eres el responsable de lo publicado. Quería hablar contigo a solas por si prefieres adelantarme algo sin taquígrafos. Si tienes algún dato que no quieras que se refleje en tu declaración estás a tiempo de comentármelo. Ya me encargaré yo de volcarlo después en la instrucción. El sumario es secreto, pero no me fío de las filtraciones. Estoy convencido de que

todo lo que declares llegará seguidamente a oídos de La Moncloa. Qué voy a decirte que tú no sepas. ¿Cuántas informaciones has publicado en tu vida acerca de causas secretas? Juan, sin más dilaciones, ¿dispones de más documentos aparte de los publicados hoy en el diario? ¿Piensas colaborar con este juzgado?

El reportero pronto entendió que Camacho sabía más de lo que aparentaba. Con aquel circunloquio pretendía dejarle la puerta abierta a una colaboración anónima. Era una estrategia inteligente para obtener que el periodista se relajara, porque la otra alternativa era como transitar por un campo atestado de minas.

—Señoría, perdón, Ignacio, intuyo que alguien te ha informado de lo que tengo entre manos. Sabes que nunca me he negado a colaborar contigo, pero también debo preservar mis intereses profesionales. Soy periodista y no puedo echar por tierra el trabajo de meses. Hay que encontrar un punto intermedio. Los documentos no son míos, son del periódico. Desconozco lo que han podido contarte ni de dónde proceden los datos, pero en mi declaración sólo pienso ratificarme en lo publicado y aportar una copia de los documentos reproducidos. A ti, personalmente, no sólo estoy dispuesto a narrarte todo lo que me ha tocado vivir en el último mes, sino también a colaborar en la detención de los asesinos.

—Juan, una vez más, sé que nos entenderemos desde la honestidad y la sinceridad. Me juego mucho en todo esto, pero nunca he tenido queja de tu comportamiento. Antes de que la anciana te visitara en la redacción, el comandante Pellón vino a verme al juzgado. Prometió entregarme los documentos que, según él, guardaba en una caja de seguridad, pero lo mataron antes. Aquel hombre pasaba por una crisis de identidad. Meses antes me había remitido al juzgado una carta anónima en la que me revelaba una operación del CESID: habían secuestrado y asesinado a un joven toxicómano. Llevo meses investigando un clan de los servicios secretos que se autodenomina Club Mengele. Tú y yo, sin saberlo, hemos pisado el callo de un personaje poderoso o nos estamos aproximando a algo muy gordo, porque todo esto ya ha costado la vida a cinco personas. Han logrado apartarme de todas las pistas y tú eres la única persona que puede * desatascar una investigación que está varada.

El magistrado no se anduvo con rodeos, fijó su mirada en los ojos del periodista y le inquirió lo que Juan esperaba desde hacía un rato.

—Necesito los cuatrocientos documentos de Pellón y el sello de los GAL. Dentro o fuera del sumario. Tú decides.

Toda la masa corporal del reportero tembló, como si soportara la sacudida de un terremoto. Ahora sí se hallaba en un callejón sin salida: presionado por el director de su diario y por el magistrado más poderoso de España. Le quedaban escasos segundos para tomar una decisión y, lo más difícil, no equivocarse. En juego: su futuro profesional y, aún más grave, el penal. Necesitaba encontrar una solución intermedia para contentar a los dos; ambos con un ego desbocado. Juan agradeció la

franqueza del magistrado, pero ante aquella situación tan incómoda prefirió mantener las distancias. Dejó de tutear al magistrado.

—Mire usted… Quiero colaborar y atrapar a los asesinos de Pellón, pero no puedo desprenderme de los documentos, que hipotéticamente pueda tener en mi poder, sin antes haberlo publicado en el periódico. Estoy dispuesto a hacerle llegar de manera anónima un sobre con los papeles fotocopiados, siempre que no me prohíba su difusión. Para usted no tienen ningún valor probatorio si antes no logra que el gobierno los desclasifique. Estamos en las mismas, sólo le sirven para investigar su contenido. Creo que a usted le favorece que yo los publique previamente, porque así tendrá la oportunidad de reclamar al CESID los originales.

Juan se quedó impresionado de sus propios argumentos, de cómo había improvisado un tan certero discurso y brillante para salir de aquel atolladero. El magistrado, en lugar de contestarle, le hizo una pregunta.

—¿Qué sabes del coronel Jacinto Milans?

El periodista encontró la gran oportunidad para cargar contra el militar.

—Es el máximo culpable de todo. El tapado del Club Mengele. Era el jefe de la AOE cuando secuestraron al toxicómano y le causaron la muerte. En aquella operación participó Pellón, lo que le marcó de por vida. Arturo siempre fue uno de los baluartes de la guerra sucia, desde el primer atentado contra ETA en 1975. He podido verificar que es un personaje intocable tanto para la derecha como para la izquierda. El gobierno le ha prometido su ascenso a general antes de que concluya su mandato y los conservadores, si ganan las elecciones, piensan nombrarlo director del CESID. Sobre sus hombros recaen las muertes de cinco personas, pero continuará flotando.

El magistrado prosiguió con más preguntas, aunque el periodista percibió que ya conocía las respuestas.

—¿Por qué crees tú que es un intocable?

—Señoría, perdón Ignacio, él es el garante del informe Jano.

—¿Jano?

—No me diga que nunca ha oído hablar de este dossier, porque no me lo creo. Menosprecia mi inteligencia.

El magistrado no tuvo tiempo para contestar. Alguien, fuera del despacho, aporreaba con fuerza la puerta y luego la abría. Era el fiscal, acompañado de la secretaria judicial y una oficial del juzgado. Bajando el tono de voz, el magistrado dijo a Juan:

—No he terminado. Espérame en el juzgado cuando termines tu declaración.

Juan, agotado el tiempo de la sesión preliminar, se encontró ante el fiscal y el magistrado. Jugaba con ventaja porque sabía por dónde iba a abordarle Camacho. Finalmente, todo resultó más protocolario que comprometido. El fiscal no le hizo

preguntas y el titular del juzgado le pidió que aportara a la causa los documentos publicados en el diario. No obstante, el juez quiso llegar más lejos. Juan se percató de que aquello no era un simple paripé, sino que buscaba acotarle su terreno de juego.

—No pretendo que vulnere la promesa de secreto profesional contraída con sus fuentes, pero podría usted aclararme si esos documentos han salido de la misma sede del CESID. ¿Pertenecen sus fuentes a los servicios secretos?

El periodista comprendió que el magistrado le estaba solicitando una catapulta con la que pudiera saltar los muros de La Casa, como se conocía popularmente la sede del espionaje español. Disponía del suficiente margen para allanar el camino al magistrado sin la necesidad de mencionar a Pellón. Podía responder sin tener que mentir e incurrir en un delito de falso testimonio porque, más tarde o más temprano, se vería obligado a contar la historia de Pellón en el diario. Era una manera de lavar la imagen del comandante asesinado.

—Señoría, intentaré contestarle sin perjudicar a mis fuentes. No tengo ninguna duda de que los documentos proceden del CESID. Puedo afirmar que mis fuentes pertenecen o han pertenecido a los servicios secretos.

—¿Tiene usted otros documentos, que afecten a esta causa, y no hayan sido publicados?

Juan encajó el golpe pero respondió con brillantez para salir de aquel embrollo.

—Señoría, la causa es secreta y desconozco su contenido. No puedo contestarle.

—Le reformulo la pregunta: ¿conserva usted más documentos del CESID?

¿Y ahora qué? Juan meditó. ¿Qué le contestaba a Camacho? Por él, ya conocía la verdad. Le había tendido una trampa: si se negaba cometía perjurio, y si respondía afirmativamente estaba perdido. El periodista echó mano del manual de urgencia, un libro sin letras que contenía los consejos e instrucciones de los abogados. La primera lección: ante un callejón sin salida había que acudir siempre al secreto de las fuentes. Al menos, de esa forma se ganaba tiempo mientras el magistrado sopesaba su decisión.

—En todo lo que se refiera a los documentos del CESID me veo obligado a acogerme al secreto profesional. Y muchísimo más en este asunto, en el que han muerto varias personas.

—Sólo tiene que contestarme con un sí o con un no. Así de fácil. ¿Tiene o no tiene más documentos?

—Señoría, me acojo al secreto profesional.

En ese momento, el fiscal intervino en el interrogatorio por primera vez.

—Quiero que conste en acta que por parte de la fiscalía se le recuerda al testigo que, si no responde a la pregunta, puede incurrir en un delito de falta de colaboración con la justicia.

El magistrado miró al periodista y se dirigió a la oficial que resumía en una libreta

la declaración del reportero, al tiempo que una grabadora registraba toda la comparecencia.

—Haga constar las palabras del fiscal y…

Tomó aire, hizo una pausa y fijó nuevamente la mirada en Juan. No era un guiño pero sí un gesto que provocó cierto alivio en el periodista.

—… Y haga constar también que el testigo persiste en acogerse al secreto profesional, de lo cual, por otra parte, está en su derecho. Eso último es un comentario mío. No es necesario que lo transcriba.

Juan agradeció la bocanada de aire que le había facilitado el juez. Entonces entendió que el magistrado mostraba tanto rigor en sus preguntas con el fin de que nadie pudiera acusarle de no ser diligente en su trabajo.

Camacho enroscó el capuchón de su pluma. Le encantaba lucir su Mont Blanc, modelo Agatha Christie, en la que una serpiente de plata esterlina, con dos minúsculos rubíes como ojos, servía de clip de la estilográfica. Recogió los folios de la mesa, en los que había anotado sus impresiones, y se dirigió a los asistentes.

—Por mi parte, si el fiscal nada tiene que objetar, doy por finalizada la comparecencia del testigo.

El fiscal asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede usted marcharse.

Pero el periodista, siguiendo las instrucciones del juez, esperó en la sala contigua hasta que el mismo Camacho salió en su busca. Se le veía contrariado. Sin más preámbulos le espetó:

—¿Qué sabes tú de Jano?

El reportero dudó en si marcarse un farol o responder con franqueza. Optó por la segunda opción porque sabía de sobra que el juez era un tipo que despreciaba los rodeos.

—Sé lo justo. Se trata de un poderoso clan que maneja los servicios secretos españoles desde comienzo de los setenta. Lo poco que conozco me lo contó Pellón antes de su muerte. También me advirtió de que era un lobby muy peligroso.

—No le faltaba razón. Todos los que se han acercado a Jano han muerto. Efectivamente, es una sociedad secreta de los años setenta pero no sólo formada por agentes del CESID. La cúpula del antiguo SECED concluyó que el franquismo agonizaba y que no podía soportar la presión de los estados democráticos de Occidente. Por tanto, lo más aconsejable para el régimen era preparar desde dentro un cambio controlado. Una especie de «solución lampedusiana». ¿Recuerdas la máxima del príncipe italiano, autor de El gatopardo? «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie». Por todo ello, para seguir moviendo los hilos desde la sombra, los espías elaboraron el informe Jano. ¿Por qué Jano? Porque a ese dios de la mitología romana se le representaba con dos caras: una mirando al pasado y la otra al

futuro. Era el protector de las puertas que se orientaba hacia el mañana pero sin olvidar el ayer. Entonces, ese poderoso grupo selecto de agentes protegió y promocionó a un par de centenares de jóvenes que, por su capacidad intelectual y su preparación profesional, estaban llamados a ser los líderes de la política y la sociedad de la futura democracia. Todos ellos fueron fichados por los servicios secretos de Carrero y hoy ocupan cargos de gran relevancia. Por tanto, no sería descabellado que la vieja guardia del CESID estuviera chantajeándolos.

El magistrado metió la mano en un cajón y sacó un folio con unas notas escritas de su puño y letra.

—Es aterrador tener que desconfiar de las más altas instancias del poder porque, como si se tratara de un queso gruyer, están agujereadas por una caterva de infiltrados al servicio del CESID. En el gobierno, la policía, el ejército, la magistratura, la banca, la diplomacia, la enseñanza y, cómo no, el periodismo. Sí, el periodismo. No te sorprendas. Según Pellón, era el sector más penetrado por Jano. Ahora entiendo por qué algunos medios me atacan todos los días y compañeros magistrados intentan torpedear mis investigaciones sobre el CESID.

—¿Conoces el nombre de alguno de esos infiltrados? Para empezar a tirar de la manta.

—Ya me gustaría. Pellón me previno de Jano, pero no me facilitó ninguna identidad. No sé si porque no lo sabía o porque se guardaba esa baza para un mejor momento. Una vez muerto, ya no podemos hacer nada. Me aseguró que sólo existía una copia del informe con la lista de los captados. Al parecer, el custodio es Milans.

—Creo que si Pellón hubiera tenido en su poder la lista me la habría dejado junto al resto de los documentos de la caja de seguridad. Los he estudiado uno a uno y no aparece ninguna mención a Jano.

—Es evidente. Esos papeles que tienes pertenecen a misiones especiales y operaciones secretas. A la labor de tropa. El informe Jano es un proyecto de mayor calado al que sólo tuvo acceso lo más granado del espionaje. Es comprensible que Milans sea su protector, porque, de aquella vieja guardia, sólo queda él en activo.

—Creo que en una de mis próximas informaciones debería deslizar el nombre de Jano y apuntar que la Audiencia Nacional investiga un plan secreto del CESID. Sería una buena estrategia para hacerles creer que sabemos más de la cuenta. Es una manera de ponerlos nerviosos, para que cometan errores. Es una maniobra que siempre me ha dado resultado. ¿Qué te parece?

—Adelante. Pero sólo te autorizo a que desveles la existencia de un informe llamado Jano. No digas que lo investiga la Audiencia Nacional. Ésa será otra sorpresa.

Esa misma tarde, Camacho recibió a su nombre, en su despacho, un sobre marrón con cuatrocientos documentos fotocopiados del CESID, todos ellos relacionados con

la lucha antiterrorista. Destacaba una «nota de despacho», así figuraba en su encabezamiento, sobre «acciones en el sur de Francia». El documento, fechado el 18 de julio de 1983, en su punto 2.2, recomendaba la «eliminación» de dirigentes de ETA. Señalaba que «proporcionaría, a corto plazo, muy buenos resultados» en la lucha antiterrorista. El informe concluía con una recomendación: «Se considera que la forma de acción más aconsejable es la desaparición por secuestro». El documento, que ocupaba seis folios, carecía de firma, pero Juan estaba convencido de que su redactor era Arturo. Cronológicamente, las instrucciones impartidas guardaban relación con el secuestro de Pascual, que se produjo dos meses después. Aquel documento desprendía un fuerte tufo a los orígenes de los GAL. En octubre de ese año, uno de sus comandos secuestró a dos jóvenes etarras en Bayona.

Con aquellos papeles secretos en su poder, el magistrado puso en marcha la maquinaria judicial para su desclasificación y mosteó su valentía cuando citó en el juzgado a la dirección de los servicios secretos. Comparecieron como imputados Arturo y Pastrana, entre otros, pero se negaron a declarar después de recibir instrucciones de los asesores jurídicos de Defensa. Todos esgrimieron idénticos argumentos.

—No podemos certificar que los documentos sean auténticos. Debido al tiempo que han permanecido fuera del Centro han podido ser manipulados. Y si fueran una copia fiel de los originales cualquier comentario sobre su contenido nos llevaría a incurrir en un delito de revelación de secretos.

Pasaron, uno a uno, por el juzgado de la Audiencia Nacional con la misma cantilena sin que el magistrado pudiera hacer nada. Lo que más le fastidiaba a Juan de aquel cortejo fúnebre era que el gobierno y algunos medios de comunicación lo amparaban. Pero, sobre todo, que los delitos de un tipo tan frío y sanguinario como Arturo quedaran impunes. ¿Llevaría razón Campaña cuando le aseguró que el coronel estaba llamado a ser el nuevo director del CESID? Era una provocación que lo sacaba de sus casillas.

La información de *El Universal* sobre Juan Alberto Nieto y Sextante convulsionó a la clase política. El debate se trasladó del despacho de Camacho al Congreso de los Diputados. El escándalo provocó una cadena de dimisiones. Desde el ministro de Defensa hasta el director del CESID. El gobierno nombró a otro general como responsable del espionaje español, pero Arturo fue confirmado en su cargo de secretario general.

El periodista, como le había adelantado al juez Camacho, hizo referencia en su texto al dios Jano, pero no obtuvo la respuesta esperada. Nadie se puso en contacto con él para aportar más datos sobre el misterio Jano. El periodista tecleó en el séptimo párrafo de la información: Fuentes internas del CESID han asegurado a este diario que los servicios secretos españoles elaboraron a mediados de los setenta un

informe confidencial conocido como «Jano». Se trataba de un proyecto supersecreto encaminado a captar espías entre los jóvenes intelectuales que destacaron socialmente durante el tránsito del franquismo a la democracia. Una caja fuerte del CESID ha guardado desde entonces bajo llave la lista de ese plantel de colaboradores. En la actualidad, sólo un alto mando del espionaje español tendría acceso a su contenido. Esta situación le conferiría un poder excepcional, ya que aquellos jóvenes del tardofranquismo ocupan hoy cargos de gran relevancia en el mundo de la política, la judicatura y la economía, entre otros.

Juan no se atrevió a incluir en la relación a la profesión periodística, para no levantar recelos en su periódico. Se sentía dolido y quejoso porque Arturo permanecía incólume. La mirada vigilante de Jano le seguía siendo muy propicia. Su autoridad se sustentaba en lo mucho que sabía y en lo mucho que callaba. Paradójicamente, la noticia desvelada por Juan proporcionó a Arturo más influencia ante el poder político. Los doscientos de Jano sospechaban que él conocía su condición de espías. Esos brillantes jóvenes convertidos en hombres poderosos con la ayuda del CESID asumían que eran un objetivo fácil para el chantaje. ¿Sería Arturo el guardián de la lista Jano?

35

Jueves, 29 de junio de 1995

El vehículo del ya general Jacinto Milans cruzó la barrera del complejo de La Moncloa sin necesidad de mostrar ninguna tarjeta de seguridad. Los guardias civiles se cuadraron cuando se percataron de su presencia y levantaron la barrera. El automóvil, un Audi A6 de color negro y con los cristales ahumados, giró inmediatamente a la derecha en una pequeña rotonda y se detuvo a escasos metros de la garita de control, en el conocido como Edificio de Semillas, sede de la Vicepresidencia del Gobierno; el único inmueble del complejo monclovita visible desde el exterior.

El general dirigió sus pasos hacia la sede de la vicepresidencia. Vestía de paisano, un traje Hugo Boss, y calzaba unos mocasines Lotusse. Esa mañana había elegido una corbata discreta, una Hermés de tonos azules, aunque las prefería más estridentes. Arturo, siempre elegante y con buen porte, se desenvolvía en aquel escenario como si caminara por la sede del CESID. Accedió al edificio por una amplia escalinata y, ya dentro, en lugar de buscar el ascensor, prefirió subir caminando por una escalera lateral hasta la segunda planta. El espía conocía muy bien aquellas instalaciones porque, a finales de los ochenta, participó en un comité de seguridad para construir un bunker subterráneo de 7.000 metros cuadrados en La Moncloa. Después fue destinado como enlace a la oficina del CESID en Presidencia del Gobierno.

Aquel puesto le sirvió para afianzar sus lazos con las altas instancias gubernamentales socialistas. Era un ejemplo más que confirmaba la teoría de Arturo sobre la naturaleza de los militares españoles. Para razonarlo se apoyaba en una versión muy particular del principio de Arquímedes: todo cuerpo de un oficial sumergido en el agua del poder ejerce un ascenso en el escalafón militar del mismo peso que el esfuerzo demostrado por ajustarse a los nuevos tiempos y a las nuevas políticas, ya sean de derechas o de izquierdas. El principio físico del matemático griego explicaba por qué Arturo había alcanzado el entorchado de general en un tiempo récord, sólo superado por Franco en sus campañas africanas. El generalato llegaba precedido de una serie de meteóricos ascensos ya fuera en el franquismo, el centrismo o el socialismo.

Arturo avanzó hacia una descomunal puerta de madera de caoba tallada y la abrió sin llamar. Pasó a un amplio salón ocupado por una joven secretaria con una media melena teñida de rubio, excesivamente maquillada y pintada, con un amplio escote y modales desenvueltos. El militar la examinó de arriba abajo sin cortarse.

—¿Qué tal, Marisol? Tú, tan espectacular como siempre. ¿Está el señorito?

—Lleva un largo rato esperándote. Me ha dicho que pases sin más demora.

La joven se levantó y recibió a Arturo con cierta familiaridad. Acercó su mejilla y esperó a que le diera dos besos; después, le agradeció su piropo cuartelero. Abrió la puerta del despacho del jefe y anunció la visita. Arturo y su interlocutor se abrazaron y se acomodaron en un sofá de piel de color blanco. El alto cargo de La Moncloa fumaba un puro Espléndido de Cohíbas y ofreció otro a Arturo, que declinó la invitación. Marisol ya había dispuesto la mesa con una cafetera y un juego de café, agua y unos diminutos cruasanes.

El anfitrión de Arturo era un tipo de unos cincuenta años. Alto, muy alto. Delgado. Pelo rizado y un tanto despeinado. Usaba gafas de nácar y vestía un traje azul de funcionario con caspa en los hombros. La corbata de color rojo mostraba cierto desfase estilístico y restos de alguna mancha de aceite. Hablaba con fluidez y con un excelente verbo, lo que delataba su condición de jurista y catedrático universitario. Se le apreciaba un talante campechano y un amplio don de gentes. Gesticulaba con las manos y sus movimientos eran rígidos, quizá un reflejo del poder que atesoraba. Hablaba con cordialidad, como si les uniera una estrecha amistad. Estaba claro que entre ambos existía cierta complicidad.

—Arturo, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Si no recuerdo mal, creo que nos vimos por primera vez en Suresnes, en 1974, en el XIII Congreso. Te mandaron a París para espiarnos, pero logramos convencerte de que éramos el futuro para España. Luego apoyaste a quienes defendíamos una transición de la dictadura a una democracia responsable. En 1982 comprobaste nuestra gratitud. A nosotros nos debes tu bastón de general. Por eso, quiero preguntarte una cosa: ¿está el CESID filtrando todos esos documentos para favorecer un cambio de gobierno en las próximas elecciones?

El fontanero del gobierno, que dedicaba las veinticuatro horas del día a desatascar entre bambalinas las cañerías políticas de La Moncloa, dio un sorbo a su vaso de agua, tomó aire y se dispuso a seguir su discurso, pero Arturo lo interrumpió.

—Mariano, antes de que continúes quiero responder a tu pregunta. Nadie del servicio secreto está maniobrando para que os echen de La Moncloa. Te doy mi palabra de honor. Al menos, nadie de mi entorno y que yo controle.

—Entonces, ¿por qué se ha desatado esta guerra de espías que nos está llevando al precipicio? ¿O tú no lees los diarios?

—Son sólo algunos traidores. Se debe a acciones aisladas que ya hemos controlado. Poco más.

—El presidente está que trina. Sean quienes sean los intrigantes, la realidad es que están jugando con la estabilidad de España. Están poniendo al Estado en peligro. Lo harán añicos. Y toda la culpa la tienen quienes explotan a los GAL como arma electoral para ganar las elecciones. Han roto el pacto no escrito de la Transición. Aquí, todos los gobiernos, desde Suárez, han aplicado a ETA la misma medicina de la

guerra sucia. ¿O no te acuerdas? Si quieren, nosotros también podemos dejar con el culo al aire a Martín Villa y a Fraga. A mí me lo pide el cuerpo, pero el presidente se resiste. No somos tan irresponsables. No queremos que veinte años de Transición salten por los aires. Llegamos al poder con la promesa de que enterraríamos ese cainismo tan hispánico y no vamos a decepcionar a los españoles. Cuando ganamos las elecciones nos comprometimos a no levantar las alfombras mugrientas del 23-F o del caso Almería. Y ahora nos pagan así. Tú has sido un testigo privilegiado del cambio de régimen y sabes que los socialistas nos hemos limitado a concluir el plan antiterrorista que otros comenzaron. Hemos dado la cara por nuestros predecesores y ahora, paradójicamente, nos va a costar perder las elecciones. Tiene gracia.

—Yo no soy político, soy militar, pero nadie obtendrá de mí ni una filtración ni un acto de traición contra tu gobierno, bueno, contra nuestro gobierno. Sabes que durante años he recibido todo tipo de órdenes y las he cumplido sin rechistar. Algunas las compartía. Otras, no. Pero siempre he dado un paso al frente, como un buen soldado. Nadie podrá acusarme de inacción. He planeado y he participado en misiones antiterroristas, lo que los periodistas llaman ahora guerra sucia, y no me arrepiento. Volvería a hacerlo una y mil veces. Era la única manera de acabar con esos hijos de puta. Sí, es cierto, protesté por algunas de las acciones de los GAL y sé que en más de una ocasión hemos discutido por ello, pero no por la naturaleza del grupo antiterrorista sino por lo mal que lo hizo. Conoces mi queja: no se puede dejar una operación de Estado en manos de unos chapuzas y unos chorizos. Siempre se lo recriminé al ministro del Interior y tú fuiste testigo de aquella conversación tan acalorada. Casi se nos asfixió por culpa de aquel enorme puro que apenas le cabía en la boca. Los GAL deberían haber desaparecido tras los primeros éxitos de la Guardia Civil. Pero, no, había que seguir. Y ésa fue nuestra perdición. Confiasteis todo el poder a un torpe subcomisario, mientras relegabais al CESID, que había diseñado el plan, a un segundo plano. ¿Qué ha sucedido? Que algunos de esos agentes ninguneados y maltratados, que dejaron de cobrar dietas y sobresueldos de los fondos reservados, han puesto en marcha el ventilador para remover la mierda. ¿Si existe entre ellos algún simpatizante del partido de la oposición? Lo desconozco.

—Arturo, no me infravalores. No entra en mi cabeza que el número dos del CESID reconozca en mi cara que duda de la intencionalidad política de esas filtraciones. ¿Nos hemos vuelto locos?

El general Milans comprendió que la conversación discurría por una senda equivocada que no le favorecía. Se situó en el papel de su interlocutor. Él, con la operación de acoso al gobierno, no corría el riesgo de perder su estatus —ya había apostado por el caballo ganador— pero el político, sí. Se vería obligado a abandonar aquel espacioso despacho con su impoluta moqueta blanca y perder los mimos de tan preciosa y descocada secretaria.

—O no me has entendido o no me he explicado bien. La cúpula del CESID no participa en ninguna operación de acoso y derribo. ¿Acaso no nos está zarandeando a todos el mismo periódico? ¿Me he librado yo de esa persecución? Me señalan, entre líneas, como el responsable de las atrocidades más repugnantes. ¿A quién persigue el juez Camacho? A ti, no. Al presidente, tampoco. Va a por mí y a por mi gente. ¿Qué gano yo con vuestra derrota? Controlar mi casa para que sigáis en el poder es mi garantía de futuro.

—Me satisface que lo veas así. Con nosotros en el gobierno parece difícil que las cosas vayan a más. El jefe encubrirá y respaldará las acciones de todos sus fieles colaboradores. El caso GAL no tiene futuro ni en el Tribunal Supremo ni en la Fiscalía General. Si ganamos las elecciones, todo apunta a que la presión se moderará. Por eso te he citado hoy aquí. El jefe quiere que te ocupes, personalmente, de dos personas: del juez Camacho y de Campaña. Cuentas con todos los medios y tienes vía libre para iniciar una campaña de desprestigio contra ellos.

El fontanero de La Moncloa se levantó del sofá, se dirigió a su escritorio, asió una carpeta y regresó a su sillón. La lanzó sobre la mesa y, tras dar un par de caladas a su puro, cada vez menos humeante, la abrió y extrajo de ella una serie de fotos.

—Todos se pierden por lo mismo. Por la bragueta. Las imágenes eran de escasa calidad, pero colocaban al juez y al director de *El Universal* en una situación muy embarazosa. El azote de los GAL paseaba abrazado con la fiscal antiterrorista de la Audiencia Nacional por una calle de una ciudad italiana —a tenor de las inscripciones de los carteles urbanos— y el periodista yacía en una cama con un joven apolíneo. /

—¿Qué quieres que haga con esto? —le preguntó el general con gesto de desaprobación.

—Arturo, hoy te encuentro espeso. ¿Qué voy a querer? Que tu gente las difunda por ahí. Que inicien una campaña de desprestigio contra estos dos canallas. Que se enteren de que no se puede jugar con un gobierno democrático.

El asesor monclovita le acercó la carpeta con las fotografías y el general la cogió con desgana. Aquello le resultaba vomitivo. Él que a menudo había ordenado a sus hombres, sin temblarle el pulso, que apretaran el gatillo, rechazaba aquel método de entrometerse en la vida privada para destruir a una persona. Prefería un frío asesinato antes que aquella vileza. Siempre había despreciado a los hombres que elegían la vía del chantaje en lugar del ajuste de cuentas. Había encargado la muerte de Pellón, pero jamás habría introducido el teleobjetivo de una cámara en su dormitorio.

—Gracias. Veré qué puedo hacer. Pero te adelanto que ya me he encargado personalmente de neutralizar a Campaña. Me consta que su periódico va a olvidarse una temporada del CESID.

—Y nosotros ¿qué? ¿No contamos? Lucha por desalojarnos de La Moncloa y

merece un escarmiento. Que los lectores se enteren de a qué dedica su tiempo libre el director de *El Universal*. ¿Y del otro? Que su mujer se entere de que le pone los cuernos. Así se dedicará durante un tiempo a resolver su crisis matrimonial y nos dejará en paz.

—Te lo repito: veré quién se atreve a publicar las fotos. No creas que es tan fácil. Se trata de un periodista y un juez. Dos de las profesiones más corporativistas de España.

Arturo hizo ademán de levantarse del sofá, pero captó un gesto de desaprobación de su interlocutor.

—Amigo, no he terminado. Sólo unos minutos. Quiero que me cuentes de qué va eso que aparece en los periódicos sobre un Club Mengele en el CESID. ¿Lo tienes controlado? ¿Va a suponer otra fuga de documentos?

—Son exageraciones de los periodistas. No existe ningún Club Mengele. Había un grupo organizado de agentes que estaban vinculados con el ultra Stefano. Pero ya ha sido desactivado, como te habrás enterado por la prensa. Han muerto tres agentes y el mismo Stefano. Y puedo asegurarte que no ha sido por un resbalón en la bañera. Mejor que no sepas más. Todo está controlado. Estamos haciendo una notable limpia en el servicio. Dile al presidente que no se preocupe.

—Por último, el presi me ha pedido que te pregunte por un informe llamado Jano.

Arturo reaccionó con disimulo. Era una pregunta comprometida, pero había ensayado la respuesta ante el espejo en más de una ocasión. Siempre había defendido que todo espía debería matricularse en un curso acelerado en el Actor's Studio y aprender el método Stanislavski. Aquel político de segundo nivel, al que despreciaba por su arrogancia y zafiedad, no iba a sorprenderle con el paso cambiado.

—Ésa es otra de las leyendas urbanas. No hay respuesta porque no existe tal informe Jano. Desde que ingresé en el Centro jamás he escuchado nada referente a Jano. Los periodistas tienen mucha imaginación. ¿Recuerdas cuando publicaron una foto de un joven con el brazo en alto y decían que era el presidente cuando militaba en la OJE? Patrañas.

—¿Le informo de que todo es una invención de los carroñeros de la prensa?

—Tal cual. Insiste en que lo he dicho yo: no existe tal lista Jano.

Arturo se delató a sí mismo. No se percató del desliz, pero el tecnócrata de La Moncloa, un tipo de colmillo retorcido y con un pedigrí de trece años moviéndose por las cloacas del poder, percibió el resbalón. Sólo la prensa había hablado de las listas. Él y el presidente estaban en lo cierto: no sólo existía un informe, sino que además contenía una relación de nombres.

Dudó si seguir exprimiendo esa cuestión pero prefirió zanjarla. No tenía sentido insistir porque nada lograría del general.

—El presi sigue preocupado por la filtración de más documentos. ¿Puedo

asegurarle que se ha acabado la sangría?

—Dile de mi parte que todos los traidores y corruptos han caído. Ya me entiendes. Están neutralizados. No hemos podido recuperar las microfichas, pero ya se han publicado los documentos más preocupantes. Además, nadie podrá demostrar judicialmente que han salido del Centro. Tampoco hallarán los documentos originales con los que puedan contrastarlos.

El asesor presidencial apagó el puro, se levantó de su inmaculado sillón blanco, se aproximó a su escritorio y extrajo de un pequeño humidificador de la marca Davidoff otro habano Espléndido. Se volvió hacia Arturo.

—¿Seguro que no quieres uno?

—Todavía es pronto para mí. Me da dolor de cabeza.

—¡Cómo está la milicia! —exclamó el asesor del presidente.

Seccionó con un cortapuros la perilla y con una fina lámina de madera de cedro, ceremoniosamente, prendió fuego al cigarro por la cabeza. Esperó a que apareciera un ascua y lo agitó como si zarandeara una coctelera. Seguidamente dio dos intensas bocanadas. Se notaba que era un buen fumador, porque dominaba con destreza la operación de encendido. Observó que Arturo no quitaba ojo a sus movimientos y le explicó:

—De un buen encendido depende una buena combustión. Aunque no te lo creas, estos Cohíbas nos los manda directamente Fidel de la fábrica El Laguito de La Habana. Tú te lo pierdes.

Ya no se sentó en el sillón, pero aun de pie, continuó con su interrogatorio al general.

—No hemos podido hacerlo peor. Os llamáis a vosotros mismos servicio secreto, pero os han dejado en enaguas, Arturo. ¿Cómo un puto comandante en la reserva pudo conservar tanto papel sin que la dirección del CESID lo advirtiera? Es inaudito. Le dije al presi que os mandara a todos a galeras, pero no me hizo caso. Ahora no quiere encontrarse con más sorpresas en la campaña electoral. En este país, el cinismo político suma votos. Quienes inventaron la guerra sucia se presentan ahora como unos salvapatrias, como los grandes moralizadores. Tú lo sabes porque entonces estabas con ellos.

Arturo se puso de pie y se acercó al lugar donde dramatizaba Mariano, jugando con su puro.

—Sí. No puedo negarlo. Fui uno de los pioneros y progenitores de la operación Sur de Francia. Detesto la expresión «guerra sucia». Sobre todo, porque era una guerra justa contra los terroristas, cuerpo a cuerpo y con las mismas armas. Los hombres de Estado dimos un paso al frente. Y volvería a hacerlo. Es cierto que hemos cometido muchos errores, pero no es el momento de lamentarse. Sería una prueba de debilidad para el enemigo. Hay que dar la cara y denunciar esta hipocresía. Es cierto

que se valen de los GAL para sacar ventaja en las elecciones pero, si llegan a La Moncloa, no se atreverán a levantar las alfombras. Respetarán ese pacto tácito de la Transición. ¿Cómo lo llamas tú? ¿La teoría del acordeón? Nadie se atreverá a aprobar la desclasificación de los documentos secretos que robaron del CESID.

—Bueno, espero que nosotros, mucho antes, con nuestras propias fuerzas dejemos el asunto zanjado.

El alto cargo socialista acercó su mano derecha al general, se la estrechó y dio por terminada la entrevista.

—Arturo, estaremos en contacto. Haz caso al presidente: arregla cuanto antes tu Casa.

—Ni lo dudes. Dile al presi que siga confiando en nosotros.

—Ah, una última pregunta. ¿Qué pensáis hacer con el periodista de *El Universal* que os ha puesto a los pies de los caballos?

—¿Con Juan Montalbán?

—Sí, con el autor de las informaciones.

—Ya te enterarás.

El general se contuvo con su respuesta mientras abandonaba el despacho. Se despidió con afecto de Marisol y a un paso acelerado abandonó el edificio. Se le notaba contrariado. No se le iba de la cabeza el trato displicente que había recibido de un político mediocre. Había tratado a lo largo de su vida con muchos tecnócratas que se convertían en alfeñiques cuando perdían la poltrona. Su interlocutor pronto dejaría de recibir puros de Cuba, reflexionó.

Se acomodó en el asiento trasero del vehículo oficial, abrió la carpeta, sacó las fotografías del juez y del director de *El Universal* y las hizo añicos.

—Se acabó. Visto para sentencia. Ahora, sólo me toca esperar —musitó con una sonrisa maquiavélica.

36

Jueves, 29 de junio de 1995

Juan era un tipo de costumbres. No destacaba por su espíritu organizativo —bastaba ver el escritorio de su despacho—, pero sí por algunas rarezas. El periódico le pagaba los taxis, pero él prefería moverse por Madrid en metro. Lo justificaba muy visualmente: no soportaba los discursos filosóficos de los taxistas. Desde que empezó a colaborar con *El Universal*, a comienzos de los ochenta, solía desplazarse hasta la sede del diario en el suburbano. También regresaba a su hogar por la noche en el mismo sistema de transporte. El periodista vivía en el centro de la capital, en Alonso Martínez. Había elegido un pequeño ático en esa zona porque, según sus cálculos, lo situaban en el centro geográfico y administrativo de una gran urbe como Madrid. Para trasladarse a la redacción tomaba la línea 4, la de color marrón, hasta la estación Alfonso XIII. Por la noche, aunque acabara tarde, hacía el mismo recorrido en sentido inverso. El metro era para el periodista su tercera morada, después de su domicilio particular y el despacho. Se cruzaba a diario con la misma gente, con las mismas caras, que se agolpaban en los vagones. Tanto era así, que hacía apuestas consigo mismo sobre encuentros ocasionales con pasajeros de días anteriores. Llegaba a apostar por el lugar de la confluencia: en un vagón, en el andén o en los pasillos. A sus compañeros de redacción les convencía de que el metro era donde más se ligaba.

Era el último jueves del mes de junio y el periodista se disponía a repetir la rutina de todos los días: comprar *El Universal* en el quiosco de la esquina, tomar un café cortado con porras en la cafetería Santander mientras repasaba la sección de sucesos y dirigirse a la boca del metro en la misma plaza de Santa Bárbara para llegar a tiempo a la primera reunión del diario. Esa mañana, Juan descendía las escaleras del suburbano como si levitara. Sus éxitos periodísticos habían ensanchado su autoestima profesional. Vivía encaramado en la cresta de la ola. Con sus revelaciones había adquirido un gran protagonismo social. Las cadenas de televisión abrían los informativos con sus denuncias periodísticas, pero él consumía su minuto de oro con sobriedad. Había conquistado gran notoriedad profesional, pero ése nunca había sido su objetivo. Un periodista colombiano de *El Universal* tuvo la grosería de comentarle que el éxito era como una fruta tropical con un sabor muy dulce pero que, cuando se digería mal, provocaba asfixia. El símil estaba fuera de lugar, pero Juan fue franco en su respuesta. Le contestó que él jamás se ahogaría porque seguía percibiendo en sus papilas gustativas un sabor agridulce. No le dio más explicaciones. Tampoco se las merecía. Tenía claro que cambiaría todos los premios y felicitaciones por ver a los asesinos de Amparo y Pellón esposados y entre rejas.

En unas semanas había aprendido sobre su país más que en los veinte años de

transición a la libertad. Las miserias del ser humano habían aflorado sin ningún tipo de escrúpulo. Le asqueaba que la democracia permaneciera sometida y vigilada por un poder tan omnímodo como el del espionaje. Juan llegó a la conclusión de que su gobierno permanecía secuestrado por el síndrome Jano y por una casta de traidores a la patria. Le vinieron a la memoria las palabras del líder de los comunistas, con quien había tomado un café en la cafetería del hotel Suecia, muy cerca del Congreso, para cambiar impresiones.

—Este gobierno socialdemócrata está sentenciado electoralmente. El crimen de Estado y la corrupción lo colocarán donde se merece: en la oposición. Han demostrado que son personajes de Rinconete y Cortadillo, pero quieren ser tratados como del país de los Nibelungos. El Ejecutivo está secuestrado por los poderes fácticos de la Seguridad del Estado. La impunidad con la que se mueven los militares de los servicios secretos y la cúpula de la policía y la Guardia Civil es un reflejo de su debilidad institucional. ¿Dónde se ha visto que un gobierno democrático se doblegue al chantaje de un coronel del CESID, un subcomisario de policía o un sargento de la Guardia Civil? Se delatan ellos mismos. Es una muestra de que prefieren perder las elecciones antes de acabar en prisión. Mientras, sus palmeros mediáticos defienden la razón de Estado para justificar algunos de sus excesos. Admitir esa apología sería como asumir las violaciones de los derechos humanos en las dictaduras militares de América del Sur, con sus miles de muertos y desaparecidos.

Juan saboreaba el triunfo, pero seguía aturdido. Enrabietado. Inconformista. Se le notaba preocupado porque él, un modelo de afabilidad y simpatía, corría el riesgo de convertirse en un personaje desabrido y esquivo. Luchaba consigo mismo para no desmoralizarse por la suerte de Arturo y algunos de sus hombres. Completó los últimos veinte escalones que daban acceso al andén 2 de la línea 4 con dirección a Alfonso XIII. Se fijó en que sólo funcionaban cuatro de los ocho tubos fluorescentes que colgaban del techo. Ya en el apeadero, se entretuvo leyendo un cartel publicitario de la película *Sospechosos habituales*. Le había impresionado el final: cómo el guionista delataba al culpable por su manera de caminar.

En aquel andén atestado de pasajeros apenas podía moverse. Miméticamente, se colocó donde siempre, con la punta de los zapatos rozando la línea amarilla de seguridad. Un trazo de pintura rugosa con botones antideslizantes advertía que unos centímetros más allá, la medida de un zapato de la talla 44, quedaba en el vacío. Juan tenía la costumbre de pisar con fuerza ese límite, para protegerse de cualquier empujón incontrolado del gentío. Era otra de esas manías que le proporcionaban una sensación de seguridad. Alargó el cuello mientras inclinaba el cuerpo hacia delante, giró la cabeza hacia la derecha y divisó las luces del convoy a unos doscientos metros. El metro de Madrid tenía la particularidad de circular por la izquierda, ya que es una copia del de Londres. Su instinto de supervivencia hizo que retrocediera unos

centímetros. Entonces, sintió un fuerte empellón en la espalda. Perdió el equilibrio y se desplomó hacia las vías. La misma persona que lo empujó gritó con fuerza:

—¡Socorro, ayuda, alguien ha caído a las vías!

Enseguida retrocedió y desapareció entre la muchedumbre.

El cuerpo de Juan rebotó contra la vía más próxima a la estación y cayó en una oquedad del suelo entre los dos raíles. Sintió un duro golpe en la pierna y en el costado derecho, pero no perdió el conocimiento. Notó cómo unos alfileres recorrían el interior del muslo derecho de arriba abajo. Desde un suelo mugriento y ennegrecido miró a su derecha y comprobó cómo la máquina del tren, aunque reducía la velocidad, irrumpía con fuerza en el andén. Ignoraba si el maquinista se había percatado de su situación, aunque ya era poco probable que pudiera detener aquella mole de hierro antes de que lo arrollara. Sin apenas tiempo realizó un brusco movimiento y se resguardó en un nicho entre la vía y el andén. El conductor, que había observado la acción del periodista, salió de la cabina en su ayuda esperando lo peor, descendió a las vías entre el espacio que dejaba el engranaje entre los dos vagones y gritó:

—Oiga. ¿Está ahí?

—Sí. Estoy bien. Puedo salir.

El periodista permanecía agazapado en un hueco, debajo del andén. Estaba empotrado junto a un cartel con la inscripción «Km 12 + 926» y debajo de un rollo de cables del tendido eléctrico. El conductor resopló con alivio. En sus veinte años de servicio jamás había atropellado a nadie ni había provocado un solo accidente.

Juan se ayudó de la mano que le extendió el maquinista y apoyó la pierna en la misma rueda que podía haberlo destrozado, para escalar hasta el andén. Los viajeros, que permanecían expectantes, prorrumpieron en un largo aplauso. Se sentía fuertemente magullado pero el dolor no le impedía caminar. Había salvado la vida por cuestión de segundos y, además, se daba cuenta de que todos sus huesos estaban en su sitio.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Se ha trastabillado?

—No. Me han empujado.

—¿Cómo? ¿Aviso a seguridad?

—No se preocupe. Ya me encargo yo. Es una larga historia.

El reportero no perdió el control. La visita de la muerte había quedado aplazada por su agilidad y su buen karma. Estaba impresionado por su certera reacción de agazaparse en el único hueco que quedaba libre. Tenía claro que todavía no había llegado su hora. Si no habían podido liquidar a Herrera, tampoco iban a conseguirlo con él.

En medio del revuelo provocado entre los pasajeros, una mujer de unos cincuenta años le contó lo sucedido: un tipo de mediana edad se le había acercado por detrás y

le había propinado un fuerte empujón.

—Lo he visto todo. No tengo la menor duda: no ha sido un accidente. Ha ido a por usted. No soy xenófoba, pero tenía pinta de sudamericano. Pelo moreno y grasiento, piel oscura y rasgos indígenas. En medio del alboroto ha salido corriendo.

El periodista pidió el número de teléfono a la testigo, por si necesitaba una descripción más pormenorizada, y regresó a su domicilio para cambiarse de ropa. Pensó que podía haber sido peor: sólo apreció dos grandes hematomas en su cuerpo; uno en el muslo y otro en la zona lumbar. Hizo tres llamadas para contar lo sucedido a Herrera, a Campaña y a Leticia. Su amiga no respondió en ninguno de los números de contacto. Por un momento, se sintió aterrorizado: si habían ido a por Herrera y a por él, por qué no a por la hija de Pellón.

37

A su estado de preocupación de ese momento, Juan sumó los tres días que llevaba sin recibir noticias de Leticia. La había llamado varias veces y dejado mensajes en su trabajo del Congreso, pero la hija de Pellón no daba señales de vida. Era una joven de espíritu libre e independiente, pero le sorprendía que no lo llamara para comentar sus reportajes. Algo pasaba, y no tenía pinta de que fuera bueno. Por todo ello, decidió acercarse al palacio del Congreso de los Diputados en la Carrera de San Jerónimo. Se colgó la credencial y cruzó la verja que daba a la calle Zorrilla. Preguntó por ella a un ujier del edificio nuevo y subió hasta la tercera planta. Una compañera de Leticia le informó con cierta desgana.

—Lleva tres días sin venir. Debe de estar enferma, aunque la llamamos a casa y no responde.

A partir de ese instante la inquietud de Juan se convirtió en pánico. Nunca había estado en el domicilio de Leticia pero ella se lo había anotado en una tarjeta: calle Fuencarral cerca del metro de Tribunal. Pidió permiso a la funcionaría para hacer una llamada y marcó el número que Leticia le había dado de su casa. Tampoco hubo respuesta. Para mitigar las dudas decidió acercarse caminando. Tampoco respondieron a su llamada desde el telefonillo de la calle. Una vecina abrió el portal y Juan subió de dos en dos los escalones hasta la segunda planta. Pulsó el timbre del piso y tampoco hubo respuesta. Llamó a la vivienda del portero y éste le contestó que la había visto por última vez hacía un par de días. Se habían saludado cuando ella salía del edificio a la misma hora de todos los días, camino de su trabajo. Juan preguntó al portero si tenía una copia de la llave de la vivienda, para descartar que le hubiera ocurrido algo. Le apremió a actuar con rapidez. Subieron los dos a la casa de la joven pero la encontraron vacía. Sobre la mesa de la cocina había una taza de té y restos de fruta. El desayuno de hacía días. Juan comprendió que aquello tenía muy mala pinta; sin consultarle al portero, levantó el teléfono y llamó al despacho de Herrera.

—Enrique, tienes que echarme una mano. No tiene nada que ver con el atentado que he sufrido. Es sobre Leticia; no la localizo. Ni en el Congreso ni en su casa. Sólo nos queda el piso de Pellón en la calle Cervantes y el refugio de Patones.

—Espérame dentro de media hora en Cervantes. Dame el número.

—Enrique, ven con un cerrajero. Me temo que tendremos que forzar la entrada.

Juan regresó caminando hasta la plaza de las Cortes y de allí se dirigió al inmueble de la calle Cervantes. Sólo tuvo que esperar a Herrera cinco minutos. Llegó acompañado de otras dos personas. Una de ellas cargaba con una caja de herramientas. El edificio no disponía de servicio de portería, pero el portal estaba abierto. El cerrajero de la policía no necesitó esforzarse para abrir la puerta del

domicilio de Pellón. Lo consiguió con un trozo de una radiografía de hospital que introdujo en la rendija entre la hoja de la puerta y el marco, a la altura del cierre. Le fue fácil porque el cerrojo estaba sin descorrer. Herrera y Juan llamaban a Leticia a gritos cuando se encontraron con que el interior del piso estaba revuelto de arriba abajo: cajones abiertos, libros por el suelo, colchones y sillones rajados, los armarios desordenados… El comisario se dirigió a Juan elevando el tono de voz.

—Buscan algo que ni tú ni yo tenemos. Pellón se guardó alguna cosa creyendo que no irían a por él. Se equivocó. Ahora ha puesto en peligro la vida de su hija.

—Enrique, tenemos que encontrarla. La tienen ellos. Sólo nos queda Patones.

Herrera colgó el auricular del teléfono, que estaba tirado en el suelo, y luego lo levantó de nuevo para comprobar si tenía línea. Llamó a su unidad y ordenó a El Peque que lo esperara con sus hombres bien pertrechados en las inmediaciones del domicilio de Pellón en Patones. Abandonaron la vivienda, colocaron la sirena azul en el techo del vehículo policial y se dirigieron a toda velocidad a la sierra por la carretera de Burgos. Cuando llegaron al refugio de Pellón, El Peque y su gente estaban apostados a una distancia aconsejable, a la espera de la llegada del jefe. El policía dio novedades a Herrera.

—Jefe, hay gente en el interior de la casa. He visto cómo alguien apartaba las cortinas. En la parte de atrás hay un coche aparcado. Deben de ser dos o tres personas.

—Esperan a alguien o vigilan el exterior de la casa por si llega la caballería montada —comentó Herrera, que se atrevió a hacer un diagnóstico de la situación—. Tienen a la chica dentro. Suponen que les oculta algo y la están interrogando. Si la hubieran matado ya habrían abandonado la casa. Ahora sólo nos falta decidir cómo entramos nosotros sin provocar una carnicería.

El periodista puntualizó:

—Me cuesta creer que alguien del Club Mengele se arriesgue a tanto. Después de las muertes de Villalobos y Nieto, han huido a la desbandada. Deben de ser mercenarios. Enrique, creo al fin vas a tener la oportunidad de conocer a los limpiadores. Hoy te vas a tropezar con una respuesta a esa supuesta leyenda urbana.

—Peque, ¿qué hacemos? ¿Entramos o llamamos a los geos? Si esperamos, corremos el riesgo de que maten a Leticia.

—Hoy nos toca a nosotros resolver el problema. Es una oportunidad para justificar nuestra nómina.

Herrera se puso en cuclillas y con el trozo de una rama de árbol dibujó en el suelo un rectángulo.

—Tú y yo hemos estado dentro —se dirigió a Juan—. Hagamos un croquis de la casa.

—La recuerdo perfectamente. Hay una puerta trasera que comunica la cocina con

un pequeño cobertizo. Hay dos ventanas en el dormitorio de Pellón que suelen estar abiertas. Nos quedan el otro dormitorio, la puerta principal y las ventanas del salón.

Herrera asintió y marcó en la tierra la puerta de atrás.

—Sólo nos falta decidir el elemento sorpresa.

El periodista miró al resto de los policías con cara de novato.

—Sí, el gancho sorpresa. Alguien de nosotros tiene que entretenerlos para que los demás entremos por detrás. Lo que no sé es cómo.

La solución apareció por la carretera como llovida del cielo. Una moto Vespino conducida por un cartero se aproximó al lugar donde se ocultaba la policía. Herrera le dio el alto mostrándole su placa. Le pidió que bajara del ciclomotor y que se despojara de la chaquetilla con el logo de Correos. El hombre no puso ninguna pega. Incluso les indicó que, si la necesitaban, en la bolsa guardaba la gorra de plato. Por el tamaño del cartero, a El Peque le tocaron todas las papeletas. Estaba claro que él sería el primero en jugarse el pellejo. Se acercaría hasta la puerta principal subido en la moto y llamaría para entregar una carta. Mientras, Herrera y el resto de los agentes rodearían el refugio y accederían a su interior por la puerta y las ventanas de atrás. Un agente, el campeón de tiro de la policía, se apostó en el muro de piedra con un fusil con mira telescópica. Se encargaría de cubrir las espaldas al falso funcionario de Correos. Nunca fallaba. Para ello disponía de un fusil PSG1 de alta precisión del calibre 7,62 OTAN, fabricado por Heckler & Koch para la policía alemana tras la matanza terrorista en los Juegos Olímpicos de 1972. La mira telescópica, una Hendsolt 6 × 42 mm con retícula iluminada, era otro elemento de garantía. Juan permanecería lejos de la línea de tiro acompañando al cartero.

El diseño de la operación era simple. Sólo había un riesgo: que los ocupantes del chalet se pusieran nerviosos y abrieran fuego sin mediar palabra. Todo dependía del aplomo de El Peque, quien durante años había vivido infiltrado en una red de narcotraficantes. Experiencia y dotes para la interpretación no le faltaban. Pocos conocían que para llevar a cabo aquel papel de agente encubierto se había matriculado en la escuela de interpretación de Cristina Rota, en Madrid.

El Peque cruzó con la Vespino la puerta del camino y se dirigió a la entrada de la casa. Desde la moto vio cómo desde el interior alguien levantaba los visillos de la ventana. No le dio tiempo a llegar hasta la puerta. Un tipo de casi dos metros salió de la vivienda y le dio el alto. Un bulto destacaba debajo de la chaqueta, a la altura de la cintura. No cabía duda de que iba bien armado.

—¿Dónde va usted?

—Vengo a entregar una carta.

—¿Por qué no la ha dejado en el buzón de la entrada del camino? El cerebro del policía improvisó una respuesta convincente.

—Es una carta certificada. Urgente. Tengo que entregarla en mano.

Tenía que ganar tiempo. Herrera y sus compañeros estarían a punto de irrumpir en la casa. Desde fuera, el comisario ya había divisado la silueta de Leticia en el dormitorio de Pellón. La tenían maniatada en una silla con cinta aislante tapándole la boca para que no gritara. El falso cartero jugaba con ventaja, porque el francotirador ya tendría a aquel matón en el punto de mira de su fusil. El policía bajó de la moto y se apartó de la línea de tiro. Le dio el sobre en mano y le hizo firmar en el libro de entregas. Cuando se dio la vuelta para marcharse, el gorila se percató de que la dirección de la carta no correspondía con el domicilio de Pellón; pertenecía a otra localidad de la sierra. Se llevó la mano a la cintura para desenfundar su pistola pero, antes de que hiciera el menor movimiento, se desplomó de un certero y único disparo en la cabeza. El estruendo del fusil alertó a los otros dos matones que vigilaban el refugio. El que se acercó hasta la puerta en ayuda de su compañero cayó malherido por dos balas Browning de 7,65 mm que salieron de la Walther PPK de El Peque, que se había resguardado pegado a la pared del edificio. El otro mercenario se encontró con la pistola de Herrera pegada a su sien cuando entró en la habitación en busca de Leticia. El comisario quería a uno de los secuestradores con vida. Eran aguerridos profesionales del crimen, pero tendrían que demostrarlo en un duro interrogatorio. Mientras le colocaba las esposas, uno de los agentes desató a la chica y le despegó la mordaza. Sin apenas tiempo para recuperarse, Leticia sintió cómo Juan se abalanzaba sobre ella y la abrazaba con fuerza. El periodista sujetó su cara con las dos manos y la animó:

—Tranquila. Ya ha pasado todo. Estás a salvo.

Se volvió hacia el secuestrador —un tipo cetrino y con los cabellos de color azabache y grasientos— y le propinó una patada en sus partes. Herrera se lo recriminó.

—Este hijo de puta es quien ha intentado matarme en el metro.

—Contente, Juan. Tú no eres como ellos. Pero tampoco como yo.

De un puñetazo en el mentón sentó al mercenario en la silla donde había estado maniatada Leticia. Le dio un ultimátum mientras le ponía la pistola en la cabeza.

—Amigo, tienes diez segundos para decirme quién te ha pagado y qué buscabais.

—No lo sé. Habéis matado al jefe. Yo sólo recibía órdenes.

Hablaba con dificultad mientras se sujetaba la barbilla. Sangraba por la boca. Su acento lo delataba: era argentino. Herrera pronto cayó en la cuenta que podía ser uno de los limpiadores. Tenía una asignatura pendiente con ellos. No se quitaba de la cabeza el recuerdo de Victoria. Había intentado acabar con él pero seguía queriéndola.

—¿Le hicisteis lo mismo a Victoria?

—No sé de qué me habla. Nos pidieron que recuperáramos unos papeles y nos facilitaron una fotografía y los datos de la chica.

—¿Quién?

—No lo sé. Alguien relacionado con los servicios secretos. Nunca dio la cara.

—¿Cómo contactaba con vosotros? —Lo hacía sólo con Carel, el jefe, a través de un apartado de correos. No sé más.

Herrera apretó con más fuerza el cañón de su Sig Sauer P226 de 9 mm en la base del cráneo.

—Hemos matado a tus dos colegas. No me importa liquidar a un tercero.

El sicario giró la cabeza hacia un maletín que descansaba encima de la mesa.

—No le engaño. Dentro del maletín están los papeles.

El Peque, que asistía al interrogatorio igual de tenso que el comisario, sacó de él un sobre. Esparció sobre la mesa su contenido. Guardaba varias fotografías de Leticia entrando y saliendo de su casa y del Congreso. En un folio aparte figuraban los datos de la joven. Herrera seguía igual de tenso.

—Aquí no aparecen las órdenes. ¿Qué queríais de Leticia?

—No lo sé. Yo no la interrogaba. Sólo vigilaba. Carel recibió las instrucciones en una llamada a una cabina telefónica de Callao. Siempre contactaba a través de correos y de una cabina predeterminada. Después, una vez acabado el trabajo, ingresaban el dinero en una de sus cuentas en un banco suizo.

—¿Desde cuándo trabajabais para ese hijo de puta?

—Yo sólo llevaba cinco años, pero mi jefe desde hace veinte.

De repente, el policía escuchó la voz de Leticia dirigiéndose a él.

—No te molestes, Enrique. Este cabrón no sabe nada. Buscaban unas notas de mi padre sobre el informe Jano. Insistían en que las guardaba en algún sitio y que las tenía yo. Me preguntaban por una lista con nombres. Levantaron todo el piso de la calle Cervantes y me trajeron aquí. Creo que esperaban a recibir instrucciones para ver qué hacían conmigo. Habéis llegado a tiempo, porque pensaban matarme. Me habéis salvado la vida.

Se acercó a él y le apretó fuertemente contra su cuerpo.

—Este tipo —prosiguió dirigiéndose al mercenario— no me ha puesto una mano encima. Se ha comportado siempre con corrección. Es un simple convidado de piedra. No creo que su cociente intelectual alcance la media. Es una masa de músculos.

Juan interrumpió a Leticia.

—Pero es el hijo de puta que me ha empujado a las vías del metro. Algo no cuadra en todo esto. Si Arturo se ha arriesgado a matarme, a secuestrar a Leticia y a quemar a un comando de los limpiadores es porque estaba convencido de que Pellón guardaba algo importante sobre Jano. Os puedo asegurar que yo no lo guardo entre los papeles que me dejó. Tampoco lo hallamos entre los papeles de la calle Cervantes. ¿Dónde lo habrá escondido?

Leticia contestó:

—Se nos escapa algo. No podemos estar seguros de que la orden parta de Arturo. Mi padre tuvo que darte alguna pista en la reunión que mantuvo contigo. Él era muy rebuscado.

—Leticia, ¿piensas que el informe podría estar aquí y que sólo perjudica a Arturo y a su clan?

Tomó la palabra Enrique.

—Dudo que los documentos estén aquí. Han revuelto la casa de arriba abajo y no han encontrado nada.

El comisario continuó con su interrogatorio.

—Bueno, vosotros dos ya no pintáis nada. Uno de mis hombres os devolverá a Madrid. Leticia, ¿necesitas que te lleven a un hospital? De este pájaro nos encargamos nosotros. Ahora me cantará las hazañas de los limpiadores y qué han hecho con Victoria. Me llevará un tiempo. Nos vemos mañana; debo intentar reconstruir todos los pasos. Hay piezas que no encajan.

38

Julio de 1995

Los meses previos a las elecciones al Congreso y al Senado fueron, políticamente, los más virulentos que se recordaban en España. Los socialistas se presentaban lastrados por el estigma de la corrupción y la guerra sucia. Los conservadores, en cambio, disfrutaban de un carril bus para desarrollar su estrategia electoral. Las encuestas les daban la victoria con 156 diputados frente a 141, pero con tan sólo una diferencia de 300.000 votos. La izquierda estaba a punto de abandonar La Moncloa después de un período de casi dieciséis años de gobierno. Izquierda Unida también se veía beneficiada con 21 diputados y casi tres millones de votos.

Aquellos pronósticos tenían hundida a Leticia, que no ocultaba su voto socialista. Se quejaba de que la derecha se preocupara más en ganar las elecciones que en descubrir la verdad sobre los servicios secretos. Ella había sufrido en sus propias carnes la violencia de un Estado paralelo, pero los políticos empezaban a mirar para otro lado. Sólo les importaba conquistar el poder.

Los reportajes de Juan en *El Universal* contribuyeron a que la derecha tomara ventaja en la carrera electoral. El periodista no se dejó nada en el tintero, pero no pudo señalar a Arturo y a su Club Mengele como los verdaderos causantes de tanto derramamiento de sangre. Aquello no contrarió a Leticia, que se sentía satisfecha con lo que habían podido destapar de las tramas negras del poder. Juan acumulaba un sinfín de pruebas con valor periodístico, pero sin calado judicial. Campaña tampoco le facilitó su labor en todo lo que afectaba al general Milans.

El juez Camacho mantenía su pulso con el gobierno acerca de la desclasificación de los documentos publicados por *El Universal*, a los que el Ejecutivo se oponía de raíz. Las investigaciones policiales no avanzaban en el caso de la desaparición de Amparo ni en el supuesto accidente de circulación de Pellón. El cadáver de la madre de Pascual seguía sin aparecer y el Ministerio del Interior escatimaba los medios para avanzar en las pesquisas sobre la muerte del excomandante del CESID.

Herrera, a raíz de las averiguaciones sobre Sextante y su publicación en *El Universal*, fue apartado de la Comisaría General de Policía Judicial y nombrado jefe del distrito Centro, uno de los más conflictivos de la capital. Pero el comisario no cejó en su lucha por encontrar la verdad sobre aquellas muertes. Había decidido trabajar, codo con codo, desde la trastienda, con el magistrado de la Audiencia Nacional. Juan no se enfadó cuando se enteró por el propio Herrera de que él había sido el confidente que había facilitado los datos al juez Camacho. Sólo le bastó un argumento para convencer al periodista: «Era mi obligación como policía».

Juan y Leticia tampoco habían renunciado a seguir con las pesquisas. Campaña,

el director de *El Universal*, se había volcado con el periodista durante el tiempo que había durado el serial pero, una vez agotada la munición, se centró en otros temas. Principalmente, en la composición del futuro gobierno conservador. El periodista y la hija de Pellón habían establecido su cuartel general en el piso de la calle Cervantes.

El salón se había constituido en la oficina de lo que se vislumbraba como una nueva ONG, nacida para combatir los excesos del poder. Ése, al menos, había sido el lema propuesto por Leticia.

Juan trasladó al piso de Cervantes toda la documentación acumulada en el periódico. En una de las paredes, sobre un corcho, habían confeccionado un gran rompecabezas sobre lo que ya denominaban «Informe Jano». Recortes de prensa, fotografías, documentos… formaban parte de un puzzle al que todavía le faltaban varias piezas.

Juan y Leticia releyeron en voz alta, una y mil veces, las notas del periodista. Estaban convencidos de que algo se les pasaba por alto.

La pareja había extremado sus medidas de seguridad, porque un agente del CESID había confesado al periodista que sus compañeros le tenían pinchado los teléfonos y, lo peor, habían camuflado micrófonos en el interior de la vivienda de la calle Cervantes.

Para el intercambio de información importante, Juan y Leticia establecieron un inusual lugar de encuentro. Como si se tratara de un fotógrafo que se encerraba en el cuarto oscuro para revelar sus fotos, ellos se enclaustraban en el baño para poder hablar con libertad. Abrían los grifos del lavabo y la ducha y comentaban en voz baja sus impresiones. No se equivocaban al tomar tantas precauciones, ya que el CESID, efectivamente, había sembrado la casa de micrófonos. Sus agentes habían efectuado un CIR —la terminología que usaban los espías para suavizar lo que, en realidad, era un allanamiento de morada— y habían ocultado micrófonos en los lugares más imprevisibles. Juan y Leticia se vieron incapaces de descubrirlos. Tampoco pudieron hallar un micrófono extremadamente fino que los expertos del CESID introdujeron a través del tabique desde la vivienda de al lado con un simple taladro. En el argot del mundo del espionaje se podía aseverar que el periodista y su compañera estaban «agujereados». Ellos lo sospechaban, y por eso no se lo ponían fácil a los espías.

—Leticia, volvamos a las notas sobre mi entrevista con tu padre en *El Universal*.

—Juan, las hemos revisado varias veces. No encuentro nada. Es absurdo.

Al periodista se le veía cansado, pero decidió echar mano, por enésima vez, de su libreta Rhóne. Buscó las notas sobre las palabras de Pellón.

—Aquí están. No es una transcripción literal, pero se aproxima.

Leticia comenzó desde el principio a leer las notas en voz alta. Cuando se hallaba ya en el tramo final, Juan la interrumpió.

—Vuelve a leer lo último, por favor.

—Gandhi sobre la verdad: «Ser tan humilde como el polvo para poder descubrir la verdad». San Agustín: «La mejor manera de encontrar la verdad es buscarla en tu propia casa… siempre sirve de guía».

Se trataba de la transcripción de dos citas sobre la verdad recordadas por Pellón.

—¿Estas frases son de tu cosecha o las pronunció mi padre?

—Si están ahí escritas es porque las dijo tu padre.

Juan había anotado en un folio en blanco varias de aquellas palabras: «humilde», «polvo», «verdad», «propia casa», «guía».

—Leticia, creo que quería decirnos algo. Tu padre era muy dado a esos juegos criptosemánticos. Podría estar dándonos una pista. Seguro. Concentrémonos.

El periodista dio la vuelta al folio garabateado y puso toda su atención en aquellos signos.

—¿Propia casa? ¿Donde él vivía? ¿Patones? ¿Cervantes? Ha podido dejarte algo.

La hija de Pellón no mostraba mucho interés por las deducciones del periodista, como si arrojara la toalla en el segundo asalto de un combate de boxeo por el título mundial. Pero Juan insistió en sus suposiciones.

—Aquí, en Cervantes, no creo que dejara nada. Es más fácil de encontrar. Debe de ser en Patones. Sigamos. El primer lugar, quiere decirnos que ha guardado algo en el refugio o en sus alrededores.

Juan recuperó el juego de las palabras.

—¿Humilde? ¿Polvo?… Ya lo tengo… Ramona… Ramona. La mujer de la limpieza.

Leticia reaccionó apáticamente, dándole a entender que no se enteraba de nada.

—Sí, sí, Ramona. ¿No lo pillas? La señora que limpia la casa de Patones. Una mujer humilde. La señora que limpia el polvo. ¿Entiendes? Ramona lleva toda la vida con vosotros. Te conoce desde niña. Es una persona en la que tu padre podía confiar y que no levantaría sospechas. Vive en Patones de Arriba. Vayamos a verla.

Juan y Leticia necesitaron cuarenta minutos para llegar al pequeño pueblo de la sierra norte de Madrid. El municipio, bañado por las aguas del Lozoya y el Jarama, no superaba el medio millar de habitantes. La mujer del servicio doméstico de Pellón vivía en una pequeña casita de piedra situada en una de las zonas más escarpadas de la villa, de difícil acceso en coche.

—Ramona, quiero que te concentres y recuerdes tu última conversación con mi padre. ¿Te susurró algo o te dejó alguna cosa para mí?

—Señorita Leticia, ya se lo dije a aquellos señores de la policía que vinieron a verme. No pararon de presionarme, pero les contesté que su padre no me dejó nada para usted.

Juan y Leticia se miraron sorprendidos. No era la policía, eran los hombres de Arturo. Aquella gente no daba puntada sin hilo.

—¿No te dejó ningún mensaje para mí? ¿Estás segura? Haz memoria.

—Su padre y yo teníamos poca conversación. Hablamos de lo de siempre: plánchame esto, prepárame tal comida, cómprame aquello en el mercado… Nada importante. Ya se lo he dicho: lo habitual.

Ramona, una mujer sencilla, no entendía de qué iba todo aquello. Pellón jamás había cruzado una palabra con ella al margen de sus labores domésticas. Era un tanto estirado y mantenía la distancia con el servicio. En aquellos menesteres, afloraba en él su espíritu castrense. A la mujer le costaba expresarse. Con algunos de sus silencios quería hacerles ver que el señor jamás le habría confiado a ella un secreto familiar.

—Quiero que hagas memoria, Ramona. Puede que se te escape algo.

—Señorita Leticia, ya le he dicho que no. Nada de nada. La última vez que hablé con su padre me pidió que hiciera una limpieza a fondo en el salón. Que echara a la basura todos los periódicos y revistas viejas que estaban tiradas por los sillones y las sillas. Su padre, últimamente, ya no era el de antes. Era menos ordenado… Nada más. No me dijo nada más. Que recogiera los periódicos y que cuando llegara la guía de Telefónica que no se me ocurriera tirar la antigua. Eso es todo.

—¡La guía!

—¡La guía telefónica!

Ramona no entendió la exclamación del periodista. Pero, ante las dudas, quiso aclarar una cosa.

—Las guías están en su sitio: la vieja y la nueva. No la he tirado.

Juan besó a Ramona en la frente ante la extrañeza de la mujer y tiró fuerte de la mano de Leticia. Era una invitación a salir corriendo. Abandonaron la casa atropelladamente, subieron en el coche y se dirigieron al chalet.

Conforme se acercaban a la parcela del refugio vieron que una nube de humo ascendía al cielo y un fuerte olor a quemado dificultaba respirar con normalidad. Los bomberos habían logrado sofocar el incendio y tan sólo quedaban los rescoldos del fuego. La casa de Pellón había ardido, pero no del todo; las paredes y el tejado se mantenían firmes. Leticia y Juan corrieron hacia la puerta principal pero el jefe de los bomberos les dio el alto.

—¿Dónde van ustedes? Está prohibido pasar. Es peligroso. Puede derrumbarse la techumbre.

—Soy la dueña de la casa y quiero recuperar las cosas de valor —le respondió Leticia.

—Espere a que eche el último vistazo. Mientras, pónganse estos uniformes, las botas y el casco.

—¿Cómo se ha iniciado el incendio? —le interpeló Juan, con interés.

—No cabe duda. Ha sido provocado. No se han molestado ni en disimular la

intencionalidad. Hemos encontrado en el salón una pira hecha con libros. Como en la película Farenheit 451, los autores del incendio han prendido fuego a todo el papel y ropa que han hallado en la casa.

El jefe de bomberos se acercó a la puerta sorteando las mangueras con las que seguían humedeciendo las paredes para evitar un rebrote del fuego; echó un vistazo al interior de la casa y se dirigió a Leticia.

—Ya pueden pasar. Sólo unos minutos. Saquen las cosas de valor y poco más.

El fuego, afortunadamente, solamente había afectado al salón. Presentaba un aspecto lúgubre. Todo chamuscado: las cortinas, los muebles, las puertas. En la parte central de la dependencia había un amasijo de papel y tela carbonizados. Estaba claro que habían apilado todos los libros y la ropa de los armarios, por si Pellón había tenido la tentación de guardar sus notas entre las hojas de los libros o entre la tela y el forro de las chaquetas. Los responsables del incendio buscaban algo tan concreto como unos folios, pero habían pasado por alto la guía de la provincia de Madrid del año anterior. Y allí estaba, asomando por debajo de aquella hoguera en forma de pirámide. Sobresalía entre otros libros calcinados de la base, pero debido a su grosor no se había quemado del todo. Juan se dio cuenta y se acercó con cuidado. Le dio una patada y la apartó de aquel montón. Los bomberos la habían regado, así que ya no ardía. Se agachó y la recogió con sus manos con mucho esmero, para que la parte tiznada no se desprendiera. La mirada que dirigió a Leticia era toda una invitación a abandonar aquel escenario dantesco. Cuando salieron de la casa, el jefe de los bomberos, un tanto contrariado, les recriminó.

—¿Ya está? ¿Tanta prisa para llevarse tan sólo un trozo de papel calcinado?

Aquel hombre recibió como única respuesta unas sonoras «gracias» y la devolución de los trajes de bombero y los cascos. No tuvo tiempo para más comentarios, ya que Juan y Leticia salieron corriendo hacia el coche que estaba aparcado en un recodo junto a la puerta del camino.

El periodista, con las manos tiznadas, dejó caer con cuidado la guía sobre el capó del coche. Se conservaba poco más del cincuenta por ciento.

—Hemos tenido suerte. Al menos, hemos recuperado una parte del legado de tu padre. Leticia, haz tú los honores; para eso eres su heredera.

—Gracias.

La joven fue despegando con delicadeza las hojas chamuscadas como si se dispusiera a podar un bonsái. Deslizó la yema de su pulgar por el corte irregular, a causa del fuego, de las hojas y las fue aireando en busca de algún documento. La operación le llevó un rato, pero no halló nada. Tampoco cuando, ya desesperada, colocó aquella piltrafa boca abajo y la zarandeó.

—Juan, aquí no hay nada. Ha sido una intuición equivocada.

El periodista se la quitó de las manos y repitió la misma operación, pero

moviendo las hojas a mayor velocidad. Se le veía inquieto. Tantas alforjas para tan poco camino. De la guía se desprendían trozos de papel chamuscados, pero no le importaba. Buscaba algún pedazo de mayor tamaño y despegado de su lomo.

Cuando estaba a punto de abandonar aquella búsqueda frustrante llamaron su atención unas marcas escritas con bolígrafo. El primer nombre que vio subrayado no le llamó la atención, pero cuando fueron apareciendo otros se le hizo un nudo en la garganta.

—Leticia, tu padre era un *crack*. Esta guía de Madrid contenía los nombres de la lista Jano. No tenía una copia del documento pero conocía a sus integrantes. El canalla de Arturo lo sabía y fue a por él. Es tan mezquino que no valoró la integridad de Pellón. Jamás pensó en desvelar ese secreto. Sólo lo haría si lo mataban.

Inspeccionaron la guía, folio a folio, y pudieron anotar una veintena de nombres, los que se habían salvado del incendio.

Quedaba lejos de los doscientos que formaban el proyecto Jano, pero eran suficientes para que el periodista iniciara una investigación.

39

Tal como Campaña había vaticinado, el nuevo gobierno nombró a Arturo director del CESID. En la nota de prensa, emitida por La Moncloa después del Consejo de Ministros, se le presentaba como «uno de los militares que más lucharon por la Transición desde el anonimato». En su brillante historial destacaba su apoyo incondicional a la democracia y su entrega en la lucha antiterrorista durante los diversos gobiernos centristas y socialistas. Hasta el punto que el gobierno anterior lo había ascendido a general.

Fuera de la nota oficial, los asesores de La Moncloa se encargaron de filtrar a la prensa que Milans llegaba a la dirección del CESID con el fin de poner orden en los servicios secretos. También para depurar a los espías corruptos, a quienes señalaban como los únicos responsables del deterioro de su imagen pública. Arturo era presentado como un Cid Campeador que con su espada Tizona iba a expulsar de La Casa a los indeseables. El comentario del asesor del área de Interior fue patético.

—Hemos hecho un estandarte de la lucha contra la corrupción y la guerra sucia y ahora no vamos a echarnos atrás. Queremos una catarsis en la Seguridad del Estado. Una purga que elimine los recuerdos del nefasto pasado socialista.

El consejero monclovita era nuevo en esa tarea y desconocía la atenta mirada del dios Jano.

Arturo que, como irónicamente comentaban sus detractores del CESID, no había dejado el coche oficial desde que hizo la primera comunión, no necesitó ningún vehículo para cambiar de despacho. Las dependencias del director en el CESID estaban ubicadas en la misma ala del edificio. Únicamente tuvo que desplazarse unas decenas de metros y llevarse consigo a sus más estrechos colaboradores. Su sillón de secretario general fue ocupado por Pastrana. El comandante aparecía en el currículo que se había entregado a la prensa como el fiel lugarteniente de Milans durante casi veinte años. Decían de él que presentaba una hoja de servicios irreprochable y que siempre fue un firme defensor de la Constitución y el Estado de derecho.

Arturo no tuvo que retirar muchas carpetas para cambiar de poltrona. Todo quedaba en manos de Pastrana, su hombre de confianza. Su secretaria se encargó de trasladar sus objetos personales. Ese día había cambiado su traje de Armani por el uniforme de general. Se encontraba a gusto luciendo su estrella de cuatro puntas entre el bastón y el sable cruzados. Entre aquellas cuatro paredes se sentía protegido. Le bastaba pulsar un botón para movilizar toda la maquinaria del Estado. A partir de ahora sería el hombre más poderoso de España. Si la información era poder, como rezaban los eslóganes de la mayoría de los servicios secretos del mundo, él administraba el poder absoluto. Se sentía indestructible. Cuando, como todo ególatra, levitaba, siempre se escudaba en un aserto del libertador cubano Enrique Martí:

«Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras». Arturo manipulaba la frase sustituyendo «ideas» por «información».

Aquélla sería posiblemente la última llamada que recibiría en su despacho de secretario general unos minutos antes de abandonarlo. Entraba por un teléfono encriptado, una línea protegida, de alta seguridad, en poder de muy poca gente. Al otro lado, escuchó la voz de Richard Donaldson. Llamaba desde Napa Valley, al norte de San Francisco, para felicitarlo por su nombramiento. En las últimas semanas se habían producido muchos contratiempos, algunos verdaderamente nefastos, pero Donaldson seguía ahí, dando otra muestra de compañerismo. Desde que lo conoció en Vietnam nunca le había fallado. Pero el amigo americano, en clave y entre líneas, quería aprovechar ese momento para sellar el asunto Stefano.

—Amigo, Arthur, enhorabuena. Estaba escrito desde hace años que llegarías a la cúspide. Me alegro por ti. Te lo has ganado. Es bueno tener amigos poderosos.

—Gracias, Richard. Desde la última vez que nos vimos he sufrido un verdadero calvario. Ya me entiendes.

—Lo sé. Pero las aguas han vuelto a su cauce y todo está bajo control. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Todo controlado y, a partir de ahora, mucho más. Algunas ratas han saltado del barco, pero ya les llegará su hora.

—¿Qué le pasó al bodeguero?

Arturo entendió de inmediato que se refería a Stefano. Le llamaba bodeguero porque últimamente se dedicaba a la viticultura. Le siguió el juego y continuó la conversación.

—Tuvo un accidente.

—¿Una colisión?

—Sí. Por ser temerario chocó con otro vehículo y perdió la vida. Se pasó de frenada.

—¿Sabes que su gente ha prometido venganza? Sé que andan por ahí preguntando por mí y que han enviado un equipo desde Italia a España para averiguar lo sucedido. Esta gentuza tiene conexiones con la Mafia.

—No te preocupes. Cuida de ti que yo me encargaré de ellos si pisan suelo español.

Donaldson decidió liberar lo que venía rumiando desde hacía unos minutos.

—Arthur, ¿cómo quedo yo en todo esto? ¿Me tienen a tiro?

—Descuida. Eres una sombra. Nadie sabe nada de ti. Estás blindado.

—¿Ningún cabo suelto?

—Nada. Sólo saben que había un americano, pero es imposible que lleguen a ti.

—O sea, que puedo viajar a España sin sorpresas. ¿Me lo aseguras?

—Te doy mi palabra. La palabra de un novato instruido por la CIA.

A Donaldson le traicionaba su tono receloso. Volvió a felicitar a su amigo y se despidió con un «hasta el año próximo».

Mentía. Una voz en su interior le aconsejaba no pisar suelo español en unos cuantos años. Mientras tanto, permanecería en Napa Valley al cuidado de sus viñedos.

Arturo, el ya número uno del espionaje español, abandonaba su despacho ligero de equipaje pero sin olvidar los documentos que lo habían hecho tan poderoso durante años. Se levantó del sillón de su escritorio y se dirigió a la habitación contigua, a su despacho. Detrás de un cuadro de Dionisio Fierros, que representaba una escena militar de la guerra de África, se ocultaba una caja fuerte de la serie Europe de BTV. Pulsó en el teclado un número de seguridad de seis dígitos, accionó una palanca y abrió la pesada puerta. Su contenido era exiguo. Cinco finas carpetas de color rojo, con el sello de secreto y un título sobre su contenido, y un paquete con pequeñas cintas de casete descansaban en el único estante. Arturo acarició las carpetas como si se tratara de un diamante de muchísimos quilates. Una a una las fue introduciendo en su cartera. La primera: atentado de Carrero Blanco. La segunda: PSOE-Suresnes. La tercera: 23-F. La cuarta: Mengele. Y la quinta: informe Jano. Con esta última se recreó. La abrió, repasó una larga lista de nombres y se detuvo en uno que había subrayado con tinta de rotulador fosforescente: «Eduardo Campaña. Periodista». No pudo reprimirse e hizo un comentario en voz alta.

—Sois mis mejores activos. ¿Quién podía saber que veinte años después valdríais tanto? Sólo una persona como yo. Todo os lo debo a vosotros.

El número uno del CESID besó la carpeta y la colocó junto a las otras. Introdujo las cintas, envueltas con una faja de papel en la que se podía leer: «SM» [Su Majestad]. Cerró la cartera y le dio un golpecito.

—Martí, ¿ves cómo estabas equivocado? Ésta es la mejor trinchera.

Esa noche, tras la decepción del refugio de Patones, Juan y Leticia decidieron cenar en el domicilio de la joven. Compraron una enorme pizza de cuatro quesos en el Chicago Pizza Factory, en la plaza de Santa Bárbara, y una botella de vino en el Vips de Fuencarral. Lo mejor que encontraron fue un Viña Ardanza reserva del 82. Juan sabía que esa cosecha de Rioja era excelente. Llegaron a tiempo para ver cómo el Telediario de TVE informaba sobre los nombramientos del Consejo de Ministros. El locutor hizo hincapié en la designación del nuevo director del CESID y leyó una escueta biografía que se aproximaba más a un panegírico.

De éste, el presentador destacó una vida dedicada a los servicios secretos hasta convertirse en el número uno del espionaje español. La locución iba acompañada de unas imágenes tomadas ese mismo día a Jacinto Milans en el escritorio de su nuevo destino. El general posaba, distraído, como si firmara sus primeras órdenes. La mano derecha, empuñando su estilográfica Mont Blanc, apareció en un primer plano. Era alargada, huesuda, de delgados dedos y con venas del grosor de unos macarrones. El

dedo meñique estaba incompleto, le faltaba una falange. Juan se atragantó y escupió en el plato un trozo de pizza, se volvió hacia Leticia y exclamó:

—¡Será hijo de puta! Me ha manipulado. Él es El Ronco.

Epílogo

Roma. Agosto de 2005

El general Milans agotaba sus últimas horas en Roma. Un cambio de gobierno había precipitado su pase a la reserva, lo que significaba separarse de una vida entregada a la conspiración y a los complots políticos. Su nueva situación profesional le permitía realizar su primer viaje de placer después de una intensa dedicación a los servicios secretos. Milans había enviudado cinco años atrás. Pero no había viajado solo a la Ciudad Eterna. Lo acompañaba una hermosa mujer veinte años más joven que él.

Desde que *El Universal* desvelara los escándalos del CESID, los últimos años de Arturo habían sido demasiado convulsos. Pasó más tiempo en los juzgados y en el Congreso que en su despacho. El general aguantó el tipo y, con la ayuda de su gobierno, superó todas las causas judiciales. Arturo era un personaje intocable, tanto para la derecha como para la izquierda. En privado se le conocía como el guardián de los secretos de la Transición. Para salvar el tipo también contó con la ayuda de algunos medios de comunicación. Uno de ellos *El Universal*. El diario de Juan se cebó con los cargos intermedios y con el presidente del gobierno socialista, pero dejó a Arturo fuera de la carnicería. El dios Jano fue generoso con su protegido.

Los integrantes del Club Mengele, excepto Pastrana, tuvieron menos suerte que sus jefes. Acabaron en la cárcel por los asesinatos de Pascual y Amparo, pero no rompieron el código de silencio, lo que en la Mafia se conocía por «ley de la *omerta*». Era la única manera de sobrevivir entre rejas a las presiones del poder y aspirar a la concesión de un indulto.

El periodista Juan, después de la experiencia agridulce vivida en *El Universal*, que dejó a Arturo fuera de las investigaciones de Mengele y Jano, abandonó el diario. Junto a Leticia montó una ONG a la que llamó «Sólo la Verdad», en recuerdo de Pellón. El lema también sirvió como cabecera de una revista de investigación, que montaron en el domicilio del exagente del CESID.

El cadáver de Amparo nunca apareció, pero el juez Camacho pudo demostrar que su muerte había sido un asesinato y no debida a un accidente doméstico. El magistrado de la Audiencia Nacional mantenía abiertas varias causas contra miembros de los servicios de información.

Donaldson, el exagente de la CIA, apareció sin vida en su mansión de Napa Valley. Surgieron muchas dudas sobre su óbito pero, finalmente, los forenses diagnosticaron el infarto como la causa de su muerte.

El comisario Herrera nunca localizó a Victoria. Vivía en la duda. ¿La habían asesinado o había decidido desaparecer por seguridad? Sus últimos años como policía los consumía en la embajada de España en Lisboa. Tampoco pudo cumplir su deseo

de mantener un cara a cara con Arturo. Antes de que pudiera conseguirlo, el jefe del CESID logró que el ministro del Interior firmara su traslado a la capital lusitana.

Todos ellos habían experimentado un vuelco en sus vidas. Jano era dueño del pasado y del futuro. El general, sentado a una mesa del restaurante Sabatini in Trastevere, así lo entendía. Ahora disponía de más tiempo para meditar, escribir unas memorias edulcoradas y disfrutar de su joven acompañante.

—Voy a pedir una *bistecca alla fiorentina*. Hace tiempo que no como un buen pedazo de carne.

—¿Qué dices?

—Que voy a zamparme un chuletón de dos centímetros de grosor que procede de un tipo de bueyes que no existe en España. En la guía que he leído dice que son de unas razas italianas llamadas Chianina y Maremmana.

Arturo se refería a la especialidad de la casa. El Sabatini era un restaurante histórico ubicado en uno de los barrios más castizos de Roma. Ocupaba una casona en la mismísima piazza di Santa Maria y contaba con otras dos entradas por las vías Della Lungaretta y Della Paglia. El local disfrutaba de una excelente terraza con vistas a la fachada de la catedral de Santa María, pero la pareja prefirió un rincón discreto en un reservado del interior.

El establecimiento estaba atiborrado de turistas, lo que originaba un trasiego incesante de camareros y clientes. Dos jóvenes se acercaron a la mesa de los españoles. El general los confundió con el servicio del local. Pero uno de ellos, de unos veinticinco años, alto, musculoso y con pinta de siciliano, se dirigió al militar por su apellido. Le sorprendió porque la mesa la había reservado a nombre de su acompañante.

—¿Es usted el señor Milans?

El general tragó con premura el sorbo de vino Chianti que degustaba en su paladar, sin tiempo para contestar.

—¿Es usted Arturo?

El hecho de que usara su nombre de guerra provocó que se atragantara aún más y sólo pudiera balbucir unas palabras. Su inquietud aumentó cuando giró la cabeza y cruzó la mirada con una persona que se parecía al guía del Vaticano. El italiano le sonrió e hizo un gesto con la mano como si empuñara una pistola.

—¿Qué quieren de mí?

—Yo, nada. Va por Stefano.

Introdujo la mano en su pechera y extrajo un revólver del calibre 45 de debajo de una chaqueta arrugada de lino. Disparó las seis balas sobre el general. La primera impactó en la cabeza y fue mortal. Las cinco restantes se alojaron en su cuerpo, del que brotó un río de sangre. Vaciado el cargador, el sicario, sin precipitación alguna, ocultó el arma debajo de la americana y desapareció por la salida de la piazza di

Santa Maria, donde le esperaba un diminuto automóvil. La mujer, muerta de pánico, abrazó el cuerpo ensangrentado del militar y gritó:

—¡Lo han matado! ¡Asesinos! ¡Ayuda!

Se giró y su cara de pánico se reflejó en un inmenso espejo con marco dorado envejecido que decoraba el restaurante. Era ella, sin ninguna duda. Igual de esbelta y exuberante. Era Leticia Pellón. Otro nombre de la lista. Otra pieza del informe Jano.



MANUEL CERDÁN ALENDA (Aspe, Alicante, 1954) es un periodista español. Es doctor en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid.

Trabajó en la revista Interviú entre 1980 y 1989, para pasar de ahí a Cambio 16 en la que colaboró hasta 2003. Trabajó también en el diario El Mundo, dirigiendo la sección de investigación desde 1994.

Fue director de la revista Interviú entre octubre de 2004 y octubre de 2008. Como director de Interviú fue responsable de exclusivas como la entrevista a Francisco Paesa mientras estaba oculto en París. Pasó seguidamente a dirigir el programa de Telemadrid, Objetivo, y publica los domingos en el diario La Gaceta la columna “Punto de Mira”.

Ha publicado varios libros de investigación periodística. Es coautor de: *El caso interior, El origen del GAL* y *Lobo*. También ha escrito *Paesa, el espía de las mil caras* y su primera novela: *El informe Jano*.

Ha obtenido, entre otros, los premios León Felipe y Periodista del Año 2005, concedido por ARI.